Donna Leon

Un mar de problemas



La décima novela del comisario Brunetti se desarrolla en Pellestrina, una isla de pescadores del sur de la laguna de Venecia. Dos pescadores de almejas, un padre y un hijo, han sido asesinados: un caso aparentemente fácil para Brunetti. Cuando el comisario se da cuenta de que no puede vencer la dificultad de entenderse en un dialecto diferente y la desconfianza que la cerrada cofradía de almejeros abriga contra la policía, accede a que la enigmática *signorina* Elettra pase unos días de vacaciones con unos parientes en la isla y averigüe, de incógnito, lo que esconde la impenetrable comunidad. El protagonismo de la infatigable *signorina* Elettra, los códigos de lealtad de una población sumamente peculiar, las alianzas, la amistad y el amor, convierten a *Un mar de problemas* en una de las creaciones más ricas de la gran «dama del crimen» actual.

Donna Leon

Un mar de problemas

Comisario Brunetti 10

Para Rudolf C. Bettschart y Daniel Keel

Soave sia il vento
Tranquilla sia l'onda
Ed ogni elemento
Benigno risponda
Ai vostri desir.

(Suave sea el viento
tranquila la ola,
y cada elemento
benigno responda
a vuestros deseos.)

MOZART, *Così fan tutte*

CAPÍTULO 1

Pellestrina es una península arenosa, larga y estrecha que, con el paso de los siglos, se convirtió en tierra habitable. Discurre de norte a sur, entre San Pietro in Volta y Ca'Roman, a lo largo de diez kilómetros, sin alcanzar en ningún punto más de doscientos metros de ancho. Por el este, se encara al Adriático, mar que no se distingue por su placidez, pero la orilla occidental descansa sobre la laguna de Venecia, a resguardo de vientos y tempestades. El suelo es pobre, por lo que los habitantes de Pellestrina siempre han sacado su sustento del mar.

Se cuentan muchas historias acerca de los hombres de Pellestrina, de la resistencia y de la fuerza que se han visto obligados a desarrollar, en su afán por arrancar del mar un medio de vida. Los viejos de Venecia recuerdan el tiempo en el que se decía de los hombres de Pellestrina que en invierno y en verano dormían en el suelo de tierra de sus barracas, y no en la cama, para levantarse de madrugada más ligeros y aprovechar la marea que los llevaría a sus caladeros del Adriático. Probablemente, esta historia sea apócrifa, como casi todas las cosas con las que se nos quiere convencer de lo dura que era la gente en los viejos tiempos. Sin embargo, lo cierto es que la mayoría de las personas que la oyen contar, si son de Venecia, la creen, como creerían cualquier relato que ponderase la rudeza de los hombres de Pellestrina y su indiferencia por el dolor y el sufrimiento, propios o ajenos.

Durante el verano, Pellestrina bulle de turistas, llegados de Venecia y su Lido o de Chioggia, en el continente, para degustar marisco fresco y vino de aguja en bares y restaurantes. En lugar de pan, se sirven *bussolai*, pastas secas ovaladas cuyo nombre, quizá,

se derive de *bussola*, brújula, por su forma. Con los *bussolai* se toma un pescado tan fresco que a buen seguro aún estaba vivo en el momento en que los turistas iniciaban el largo e incómodo viaje a Pellestrina. Cuando los turistas se levantaban de la cama del hotel, las branquias de las *orate* aún tremolaban al aire, ese elemento extraño; cuando los turistas embarcaban en Rialto, en un *vaporetto* madrugador, las *sardelle* aún se retorcían en las redes; cuando desembarcaban del *vaporetto* y cruzaban *piazzale* Santa Maria Elisabetta, donde subirían al autocar que los llevaría a Malamocco y el Alberoni, el *cefalo* era sacado del mar. Los turistas suelen dejar el autocar en Malamocco o en el Alberoni, toman un café, pasean un poco por la playa y contemplan los largos espigones que se adentran en el Adriático para tratar de impedir que sus aguas se precipiten en la laguna.

Para entonces el pescado ya está muerto, aunque no es de esperar que esto lo sepan, ni les importe mucho, a los turistas, que vuelven a subir al autocar para hacer la breve travesía del canal en el transbordador y luego seguir viaje, en el mismo autocar o a pie, hasta Pellestrina y su almuerzo.

En el invierno, las cosas varían. Cruza el Adriático desde la antigua Yugoslavia un viento helado cargado de aguanieve que te corta la cara. Entonces los restaurantes, tan concurridos en el verano, están cerrados y no volverán a abrirse hasta bien entrada la primavera. Mientras tanto, los turistas tienen que comer donde buenamente pueden.

Lo que está igual en invierno y verano son los *vongolari*, los barcos almejeros que a docenas se alinean en el lado interior de la estrecha península y que salen a pescar todo el año, con y sin turistas, con frío y con calor, y sin que a sus tripulantes parezcan importarles todas esas leyendas que se cuentan de los aguerridos y nobles hombres de Pellestrina que no cejan en la lucha por arrancar al mar cruel el sustento para sus mujeres e hijos. Los barcos tienen nombres sonoros, *Concordia, Serena, Assunta* y son barrigudos y altos de proa, como los barcos de los cuentos infantiles. Cuando

paseas junto a ellos al sol del verano, alargarías la mano para darles una palmada como acariciarías a un simpático poni o a un labrador cariñoso.

A los ojos del profano, todas estas embarcaciones se parecen, con sus mástiles de hierro y la cesta metálica que se deja izada sobre la proa cuando el barco está amarrado al muelle. La cesta es rectangular y tiene el armazón cubierto por una especie de reja de gallinero, aunque mucho más robusta, ya que debe soportar el choque con las rocas del fondo o con algún obstáculo sumergido en la laguna. También ha de vencer la resistencia del lecho marino en el que se hinca para barrerlo y sacar a la superficie los kilos de chirlas y almejas que quedan atrapadas en la bandeja rectangular, de la que chorrean el agua y la arena, que vuelven a la laguna.

Las diferencias que pueden observarse entre las embarcaciones son insignificantes: cesta un poco más pequeña o más grande, boyas despintadas o impolutas, una cubierta limpia que reluce al sol, o con manchas de herrumbre junto a la borda. Durante el día, los barcos de Pellestrina se mantienen muy juntos, en amigable compañía; no más alejados unos de otros viven sus dueños, en las casas bajas del pueblo, que se extiende entre la laguna y el mar.

Alrededor de las tres y media de una madrugada de primeros de mayo, se declaró un pequeño incendio en el camarote de una de estas embarcaciones, el *Squallus*, cuyo dueño y patrón era Giulio Bottin, que vivía en el número 242 de Via Santa Giustina. Los hombres de Pellestrina ya no tienen necesidad de regirse exclusivamente por las mareas y los vientos, ni limitar sus salidas a cuando éstos son favorables, pero cuesta abandonar costumbres seculares, y la mayoría de los pescadores madrugan y zarpan al amanecer, como si las brisas de la mañana aún pudieran influir en su velocidad. Faltaban dos horas para que los pescadores de Pellestrina —que ahora duermen en su casa, en la cama— tuvieran que levantarse, aún estaban en lo más profundo del sueño, cuando se inició el fuego a bordo del *Squallus*. Las llamas avanzaron sosegadamente por el suelo de la cabina de mando, hacia las

paredes de madera de cada lado y el cuadro de instrumentos situado en la parte delantera, que era de teca. La teca es madera dura y arde despacio, pero a temperatura más alta que las maderas blandas y, al pasar del cuadro al techo de la cabina y la cubierta, el fuego avanzó a una velocidad pavorosa y abrió un agujero en la cubierta. Unas astillas ardientes cayeron en el compartimento del motor, donde incendiaron unos trapos húmedos de fuel que, a su vez, pasaron las llamas al conducto del carburante.

Lentamente, el fuego consumió la madera que rodeaba el tubo hasta convertirla en ceniza, y entonces una partícula de soldadura se fundió, dejando un orificio por el que la llama entró en el tubo y avanzó a la velocidad del rayo hacia los motores y los dos depósitos de combustible que los alimentaban.

Ninguno de los que aquella noche dormían en Pellestrina sospechaba la actividad de las llamas, pero todos se despertaron a un tiempo cuando los depósitos de fuel del *Squallus* explotaron llenando el aire de la noche de una llamarada deslumbrante, seguida, a los pocos segundos, de una estruendosa detonación que hasta los habitantes de la lejana Chioggia aseguraban, al día siguiente, haber oído.

El fuego aterra en todas partes, pero en el mar y, en general, en el agua, sobrecoge todavía más. Los primeros que lo vieron desde la ventana del dormitorio dijeron después que habían visto el barco envuelto en un humo denso y viscoso que se formaba al contacto del fuego con el agua. Pero entonces las llamas habían tenido tiempo de pasar del *Squallus* a las embarcaciones amarradas a cada lado, que ya empezaban a arder, y el fuel despedido en siniestro surtidor había salpicado no sólo las cubiertas de los barcos vecinos sino también el atracadero, donde había incendiado tres bancos de madera.

A la explosión de los depósitos del *Squallus*, siguió un momento de silencio y estupor, pero a continuación hubo en Pellestrina un estallido de ruido y movimiento. Se abrían puertas violentamente y los hombres salían corriendo a la noche; unos se habían puesto un

pantalón encima del pijama, otros iban en pijama, unos se habían vestido y dos iban completamente desnudos, aunque nadie parecía reparar en ello, por la urgente necesidad de salvar los barcos. Los dueños de las embarcaciones amarradas a uno y otro lado del *Squallus* saltaron del muelle a la cubierta casi al mismo tiempo, a pesar de que uno venía de la cama de la mujer de su primo y había tenido que recorrer el doble de distancia. Los dos arrancaron los extintores de sus soportes y empezaron a rociar las llamas que había esparcido el líquido inflamado.

Los dueños de los barcos amarrados más lejos del espacio ahora vacío en el que antes estaba el *Squallus* hicieron arrancar los motores y dieron marcha atrás rápidamente, para apartarse de los barcos incendiados. Uno de ellos, del pánico, olvidó soltar la amarra y arrancó un metro de tablas del costado. Pero ni al ver la madera astillada flotando en el agua pensó en volver atrás sino que siguió alejándose hasta que tuvo su barco a cien metros de tierra, lejos de las llamas.

El hombre vio entonces que, poco a poco, en las cubiertas de los otros barcos, las llamas decrecían. De las casas más próximas llegaron dos hombres con sendos extintores. Saltaron a la cubierta de uno de los barcos y atacaron las llamas. Al mismo tiempo, el dueño del otro barco, que no había recibido tantas salpicaduras de fuel, conseguía controlar y extinguir las llamas con ayuda de la densa espuma blanca. El hombre seguía rociando la cubierta mucho después de que se hubieran apagado las llamas y no soltó el extintor hasta agotar la carga.

Para entonces, más de un centenar de personas se apiñaban en el atracadero y daban voces a los hombres de los barcos que se habían alejado hacia el centro del puerto, a los que habían apagado los incendios o a los que estaban en tierra. De todas las gargantas salían exclamaciones de ansiedad y desconcierto y preguntas de qué habían visto unos y otros y cuál había podido ser la causa del fuego.

Pero la persona que lanzó la pregunta que los hizo enmudecer a todos, con un silencio que fue propagándose como de una herida

mal curada se esparce la infección, fue Chiara Petulli, la vecina de Giulio Bottin. Estaba en primera fila de la multitud, a menos de dos metros del amarre metálico del que pendía el cabo ennegrecido que hasta hacía poco había sujetado al *Squallus*. Chiara se volvió hacia la mujer que estaba a su lado, la viuda de un pescador que había muerto en un accidente hacía un año y preguntó:

—¿Dónde está Giulio?

La viuda miró en derredor y repitió la pregunta. Lo mismo hizo la persona que estaba a su lado, y la siguiente. En cuestión de segundos, la pregunta había recorrido toda la multitud, sin hallar respuesta.

—¿Y Marco? —preguntó entonces Chiara Petulli. Esta vez todos oyeron la pregunta. Aunque su barco yacía bajo las aguas someras, de las que sólo asomaban los extremos de unos mástiles chamuscados, Giulio Bottin no estaba en el muelle, y tampoco su hijo Marco, de dieciocho años y ya dueño de una parte del *Squallus*, que descansaba, quemado y muerto, en el fondo del puerto de Pellestrina, esa madrugada de primavera que, de repente, se había puesto más fría.

CAPÍTULO 2

Entonces empezaron los cuchicheos, al tratar de recordar la gente cuándo habían visto a Giulio y a Marco por última vez. Giulio solía jugar a cartas en el bar después de la cena; ¿alguien lo vio anoche? Marco tenía una novia en San Pietro in Volta, pero allí estaba el hermano de la chica, que decía que ella había ido al cine en el Lido con sus hermanas. Nadie era capaz de imaginar siquiera qué mujer podía estar con Giulio Bottin. A uno se le ocurrió mirar en el patio de los Bottin y vio los dos coches, pero la casa estaba a oscuras.

Una extraña reticencia, un cierto escrúpulo para admitir la eventualidad, impedía a la gente hacer cábalas sobre dónde podían estar. Renzo Marolo, que vivía en la casa de al lado desde hacía más de treinta años, se armó de valor para hacer lo que nadie se atrevía a proponer, y fue a buscar el duplicado de la llave donde todo el pueblo sabía que estaba, debajo del tiesto de geranios rosa de la ventana de la derecha. Renzo abrió la puerta y entró en la casa dando voces. Encendió la luz de la pequeña sala de estar y, al no ver a nadie, fue a la cocina, aunque no hubiera podido explicar por qué, ya que allí tampoco había luz y él no se molestó en encenderla. Luego, sin dejar de repetir los nombres de los dos hombres en una especie de monólogo, subió al piso y recorrió el pasillo hasta el mayor de los dos dormitorios.

—Giulio, soy yo, Renzo —gritó, esperó, entró en la habitación y encendió la luz. La cama estaba sin deshacer. Desconcertado, el hombre cruzó el pasillo y encendió la luz del cuarto de Marco. Tampoco allí vio a nadie, aunque había un pantalón vaquero y un jersey delgado doblados en una silla.

Marolo bajó la escalera, salió, cerró la puerta con suavidad y volvió a dejar la llave en su sitio. Luego dijo a los que aguardaban fuera:

—Aquí no están.

Tratando de tranquilizarse con la mutua compañía, el grupo volvió al muelle, donde seguían la mayoría de los vecinos de Pellestrina. Algunos de los barcos que se habían puesto a salvo en aguas más profundas, regresaban lentamente a sus amarres. Cuando volvieron todos, el único hueco que quedaba, el que había dejado el *Squallus*, parecía ahora mayor que cuando sólo estaba flanqueado por los dos barcos dañados. Únicamente los mástiles asomaban del agua, en un ángulo extraño.

El hijo de Marolo, Luciano, de dieciséis años, se acercó a su padre. Un ave acuática chilló a lo lejos.

—¿Voy, papá? —preguntó el chico.

Renzo había visto crecer a su hijo a la sombra o, para utilizar una metáfora más marinera, en la estela de Marco Bottin, que iba dos clases por delante en la escuela y siempre había sido el modelo que admirar y emular.

Luciano sólo llevaba un pantalón vaquero con las perneras recortadas. No se entretuvo en ponerse una camisa cuando lo despertaron los gritos de su padre. Ahora se acercó a la orilla, se volvió e hizo una seña a su primo Franco, que estaba en primera fila de la multitud, con una gran linterna en la mano izquierda. Franco avanzó despacio, con timidez, reacio a atraer la atención de los *pellestrinotti* congregados.

Luciano se quitó las sandalias y se zambulló hacia la izquierda de la proa del *Squallus*. Franco, con el brazo extendido, iluminaba el agua en la que el cuerpo de su primo se movía con la soltura de un pez. Una mujer se adelantó, luego otra y al poco toda la primera fila estaba asomada al borde del muelle. Dos hombres con linternas se abrieron paso para ayudar a Franco a iluminar el agua.

Después de poco más de un minuto que se hizo eterno, apareció la cabeza de Luciano que se agitó hacia un lado para apartar el pelo

de los ojos.

—Alumbra la cabina —gritó a su primo y se sumergió con la agilidad de una foca.

Los tres haces luminosos recorrían el casco del *Squallus*. De vez en cuando, captaban la mancha blanca de la planta del pie de Luciano, la única parte de su cuerpo que no estaba tostada por el sol. Lo perdieron de vista un momento, pero al poco cabeza y hombros rompían el agua. Volvió a desaparecer. Otras dos veces emergió, se llenó de aire los pulmones y bajó de nuevo a la barca hundida. Al fin salió a la superficie y se quedó flotando boca arriba aspirando el aire ansiosamente, con un jadeo ronco. Al verlo así, los que sostenían las linternas apartaron de él los haces de luz, para dejar que se recuperara, iluminado sólo por la claridad que empezaba a llegar del cielo y seguido por la curiosidad de la gente.

De pronto, Luciano dio media vuelta y empezó a bracear torpemente, como nadan los perros, con un movimiento insólito en un nadador tan vigoroso, hacia la escala clavada a las tablas del embarcadero.

Cuando Luciano subía, la multitud se abrió delante de la escala y, en aquel instante, de las aguas del Adriático emergió el sol. Sus primeros rayos atravesaron la estrecha península por encima del muro del rompeolas e iluminaron a Luciano en lo alto de la escala, transformando a ese hijo de pescador en un rutilante dios pagano surgido de las aguas. Hubo una exclamación contenida, como ante una aparición.

Luciano agitó la cabeza y las gotas de agua volaron hacia uno y otro lado. Después miró a su padre y dijo:

—Los dos están en la cabina.

CAPÍTULO 3

Las palabras del muchacho no sorprendieron a los que estaban en el muelle. Un forastero hubiera podido reaccionar de forma diferente a la revelación de que había dos hombres muertos bajo las aguas que tenían a sus pies, pero la gente de Pellestrina conocía a Giulio Bottin desde hacía cincuenta y tres años; muchos habían conocido a su padre y alguno, hasta a su abuelo. Todos los hombres de la familia Bottin tenían el genio bronco, forjado o, por lo menos, endurecido, por la fiereza del mar. A nadie había de sorprender que Giulio fuera objeto de un acto violento.

Algunos habían observado que Marco era diferente, quizá porque él era el primer Bottin que había ido a la escuela varios años seguidos y había aprendido de los libros algo más que a deletrear unas palabras y garabatear una firma. Quizá, también, por la influencia de su madre, una mujer discreta y afable, muerta hacía ahora cinco años. Ella era de Murano y se había casado con Giulio hacía veinte años, decían unos, porque había tenido relaciones con su primo Maurizio y él la había dejado para marcharse a Argentina, y según otros, porque su padre, que era jugador, debía mucho dinero a Giulio y le había dado a su hija en matrimonio para saldar la deuda. Las razones de la boda nunca llegaron a saberse, o quizá no había nada que saber. Pero para todos los habitantes del pueblo era evidente la falta de amor y hasta de tolerancia entre marido y mujer, por lo que quizá las habladurías no fueran sino fruto del afán por hallar una explicación para aquella frialdad.

Bianca podía no querer a su marido pero adoraba a su hijo, y la gente, siempre dispuesta a hablar, decía que ésta era la razón de la actitud de Giulio hacia su hijo: dura, severa y rígida, aunque también

acorde con la tradición de los Bottin. Al llegar a este punto, la gente solía alzar las manos y decir que aquellos dos nunca debieron casarse, y entonces no faltaba quien dijera que, en tal caso, Marco no hubiera nacido y había que ver lo feliz que había hecho a Bianca, y que no tenías más que mirar al chico a la cara para darte cuenta de lo bueno que era.

Ya nadie podría decir eso de él hablando en presente, porque Marco estaba muerto en el fondo del puerto, entre los restos carbonizados de la barca de su padre.

Poco a poco, crecía la luz y menguaba la multitud, a medida que la gente volvía a casa. Muy pronto, la mayoría había desaparecido, pero al poco los hombres volvieron a salir y cruzaron la plaza en dirección a sus barcos. Bottin y su hijo habían muerto, pero eso no era razón para perder un día de pesca. Por si no era ya bastante corta la temporada, con todas aquellas disposiciones que controlaban lo que podías hacer, y dónde, y cuándo.

Al cabo de media hora, el único barco que quedaba en el muelle era el que estaba a la izquierda del hundido *Squallus*: había sido tal la fuerza de la explosión que había arrancado un amarre de metal proyectándolo hacia el costado del *Anna Maria* y perforándolo a un metro por encima de la línea de flotación. El patrón, Ottavio Rusponi, que al principio pensó en arriesgarse a seguir a los otros barcos a los viveros de almejas, desistió, tras mirar las nubes y comprobar la dirección del viento alzando la mano izquierda: con aquel levante, sería peligroso aventurarse.

No fue sino a eso de las ocho de la mañana, al llamar Rusponi a su agente de seguros para dar el parte de los daños que había sufrido su barco, cuando se empezó a hablar de avisar a la policía, y fue el agente, no Rusponi, el que hizo la llamada. Después, las personas a las que se pidió cuentas por esa omisión, dirían que pensaron que ya habría llamado otro. Muchos verían en esa desidia la prueba de la poca estima en que el resto de los vecinos de Pellestrina tenían a la familia Bottin.

Los *carabinieri*, que vinieron en lancha desde el puesto del Lido, tardaron en llegar. Evidentemente, no se les habían dado detalles del caso, ni explicado dónde estaban los cadáveres, porque venían de uniforme y no traían equipo para bajar a los restos del barco. Se planteó entonces un debate jurídico además de jurisdiccional, ya que nadie estaba seguro de cuál era el brazo de la ley que debía actuar en un caso de muerte en circunstancias sospechosas, que había tenido lugar en el agua. Finalmente, se decidió avisar a la policía de la ciudad para que se hiciera cargo de la investigación, asistida por submarinistas del cuerpo de Vigili del Fuoco. Contribuyó a esa decisión, en buena medida, la circunstancia de que aquel día los dos *carabinieri* que hacían tareas de buceo estaban ocupados en la ilegal recogida submarina de fragmentos de cerámicas, en un vertedero recién descubierto detrás de Murano, al que durante el siglo XVI se arrojaban las piezas defectuosas o mal cocidas. El paso de los siglos había convertido los desechos en reliquias, mediante un proceso alquímico que convertía lo rechazable en valioso. El yacimiento había sido descubierto hacía dos meses y se había dado parte al Sovrintendente ai I Beni Culturali, que lo había agregado a la lista de lugares de valor arqueológico en los que estaba prohibido hacer inmersión. Por la noche, el lugar tenía vigilancia, al igual que otras zonas de la laguna en las que las aguas cubrían preciados vestigios del pasado. Pero a veces también durante el día se veía anclada en la zona alguna embarcación con el distintivo de un organismo oficial. ¿Y a quién podía sorprender la presencia de laboriosos buzos que, según todos los indicios, estaban allí en el cumplimiento de su deber?

Los *carabinieri* regresaron al Lido en su embarcación y, al cabo de más de una hora, una lancha de la policía se aproximaba a la flota pesquera de Pellestrina, ya en el puerto, con todos sus patrones en casa.

El piloto de la lancha aminoró la marcha al acercarse a un barco del Departamento de Bomberos que cabeceaba fondeado frente al único espacio libre del muelle. El piloto dio marcha atrás un

momento para detener la lancha. El sargento Lorenzo Vianello se acercó al costado de la embarcación a mirar el agua que había en el hueco del muelle, pero el reverbero del sol le impidió ver algo más que los mástiles que asomaban.

—¿Es ése? —gritó a los dos submarinistas que estaban en la embarcación del Departamento de Bomberos, enfundados en sus trajes negros.

Uno de los buzos gritó algo que Vianello no consiguió entender, y reanudó la operación de calzarse la aleta del pie izquierdo.

Danilo Bonsuan, el piloto de la policía, salió de la pequeña cabina de mando situada en la parte delantera de la lancha y lanzó una mirada a la barca hundida. Haciendo pantalla con la mano para protegerse los ojos del reflejo del sol en el agua, miró hacia el lugar que señalaba Vianello.

—Eso debe de ser —dijo—. El que nos llamó dijo que se incendió y se hundió. —Miró las embarcaciones que estaban a uno y otro lado del espacio vacío y vio los desperfectos y el tizne que las llamas habían dejado en sus costados y cubiertas.

Los dos buzos se ajustaron las gafas y tensaron los arneses que les sujetaban las botellas de oxígeno a la espalda. Mordieron las boquillas, hicieron varias inspiraciones de prueba y se acercaron al costado del barco. El sargento Vianello y su compañero, menos corpulento que él, seguían escudriñando el fondo.

Señalando a los buzos, Vianello preguntó a Bonsuan:

—¿Tú te meterías en esa agua?

El piloto se encogió de hombros.

—No creas que está tan mal. Además, van bien protegidos —dijo señalando a los buzos del traje negro con la barbilla.

El primer buzo pasó los pies por encima del costado del barco, y de cara afuera, bajó al agua, asentando cuidadosamente los talones en cada barrote de la escalerilla. Su compañero lo siguió inmediatamente.

—¿No saltaban de espaldas? —preguntó Vianello.

—Eso es sólo en las películas de Jacques Cousteau —dijo Bonsuan, entrando en la cabina. Volvió a salir al cabo de un momento, con un cigarrillo en el hueco de la mano—. ¿Qué han dicho? —preguntó al sargento.

—Esta mañana se ha recibido una llamada de los *carabinieri* del Lido… —empezó a contar Vianello.

—Hijos de puta —apostilló Bonsuan.

—Han dicho que había dos cadáveres en un barco hundido —prosiguió Vianello como si no lo hubiera oído—. Que enviáramos buzos a echar un vistazo.

—¿Nada más? —preguntó Bonsuan.

Vianello se encogió de hombros, como preguntando si cabía esperar mucho más de los *carabinieri*.

Observaron en silencio las burbujas que estallaban en la superficie, delante de la lancha. La marea tiraba de la embarcación hacia atrás. Bonsuan la dejó derivar unos minutos, luego entró en la cabina, puso en marcha el motor y volvió a situarse frente al hueco abierto en la hilera de barcos. Paró el motor y salió otra vez a cubierta. Se agachó, recogió un cabo y lo lanzó con soltura hacia el barco de los bomberos enlazando al primer intento un candelero, al que amarró la lancha. Abajo percibían movimiento, pero vagamente, apenas unas sombras indistintas. Bonsuan terminó el cigarrillo y lanzó la colilla por encima de la borda, despreocupándose, como todos los venecianos, de lo que iba a parar al agua. Los dos hombres vieron cómo el filtro bailaba entre las burbujas antes de alejarse.

Al cabo de unos cinco minutos, los buzos emergieron y se subieron las gafas a la frente. Graziano, el de más edad, gritó a los hombres que estaban en la lancha de la policía:

—Son dos.

—¿Qué habrá pasado? —preguntó Vianello.

Graziano movió la cabeza.

—Ni idea. Se ahogarían cuando se hundió el barco.

—Eran pescadores —dijo Bonsuan con incredulidad—. No se dejarían atrapar al hundirse el barco.

La tarea de Graziano consistía en hacer inmersiones, no especulaciones acerca de lo que encontraba en el fondo, por lo que no dijo más. En vista de que también Bonsuan callaba, el otro submarinista preguntó:

—¿Queréis que los subamos?

Vianello y Bonsuan se miraron. No tenían ni idea de lo que había podido hacer que aquellos hombres se hundieran con su barco, y no querían tomar una decisión que podía ocasionar la destrucción de pruebas.

Finalmente, Graziano dijo:

—Ya hay cangrejos.

—Está bien, sacadlos —dijo Vianello.

Graziano y su compañero se ajustaron las gafas y las boquillas y, como una pareja de patos, hicieron bascular el cuerpo y desaparecieron. El piloto bajó a la cabina del pasaje de la lancha, levantó la tapa de una de las banquetas de los costados y sacó un complicado aparejo de cuerdas de cuyo extremo colgaba un arnés de lona. Subió a cubierta y se reunió con Vianello. Pasó la cuerda por encima de la borda y la dejó colgar hasta el agua.

Al cabo de un minuto, Graziano y su compañero salieron a la superficie. Entre los dos oscilaba el cuerpo de un tercer hombre. Con movimientos precisos que denotaban una práctica que impresionó a Vianello, los buzos pasaron los brazos del muerto por el arnés que sostenía Bonsuan. Uno de ellos se sumergió para pasar una cuerda entre las piernas del hombre, que ató a un gancho de la parte delantera del arnés.

A una señal del buzo, Bonsuan y Vianello empezaron a izar al hombre, asombrándose de cómo pesaba. A Vianello se le ocurrió que de ahí podía venir la expresión de «peso muerto», pero rápidamente ahuyentó la idea, un poco avergonzado. Poco a poco, el cuerpo emergió del agua, y los dos hombres se asomaron para sujetarlo e impedir que chocara contra la borda. No lo consiguieron

del todo, pero al fin lo subieron a bordo y quedó tendido en la cubierta, con los ojos abiertos como si mirara al cielo.

Antes de que pudieran observar más detalles, oyeron un chapoteo. Rápidamente, desengancharon el arnés y volvieron a lanzarlo. Al subir el segundo cuerpo, extremaron las precauciones y consiguieron impedir que chocara contra el costado del barco, y lo depositaron al lado del otro.

Había dos cangrejos enganchados en el cabello del primer cadáver, pero Vianello era incapaz de hacer algo más que mirarlos, horrorizado, y Bonsuan se agachó, los arrancó y los arrojó al agua con naturalidad.

Los buzos subieron por la escalerilla a la lancha de la policía y, una vez en la cubierta, se desprendieron de las botellas de oxígeno que dejaron en el suelo cuidadosamente y se quitaron las gafas y las negras capuchas de caucho.

Los cuatro hombres contemplaban los cuerpos que yacían a sus pies en la cubierta de la lancha de la policía. Vianello bajó a la cabina y subió con dos mantas. Se puso una debajo del brazo, hizo una seña a Bonsuan y sacudió la otra. El piloto tomó las puntas libres de la manta y entre los dos cubrieron el cuerpo del hombre mayor. Vianello desdobló la segunda manta y la operación se repitió con el hijo.

Entonces, cubiertos y ocultos a la vista los dos cadáveres, el compañero de Graziano, el más joven de los vivos que estaban en la lancha, dijo:

—Eso que tiene en la cara no se lo ha hecho un cangrejo.

CAPÍTULO 4

Vianello había visto las astillas de hueso que asomaban de la herida de la cabeza del padre, que estaba limpia de sangre, pero en el cuerpo del hijo, a primera vista, no había descubierto señales de violencia. Asintió a la observación del buzo, sacó el *telefonino*, llamó a la *questura* y pidió por su superior inmediato, el comisario Guido Brunetti. Mientras esperaba, observó cómo los buzos volvían a su barco. Por fin Brunetti contestó y el sargento dijo:

—Estoy en Pellestrina, comisario. Parece que a uno lo han matado. —Y, para no dejar lugar a duda, puesto que los dos habían muerto en un supuesto accidente, recalcó—: Asesinado.

—¿Cómo? —preguntó Brunetti.

—Al viejo lo han golpeado en la cabeza. El golpe habrá sido muy fuerte, a juzgar por la herida. El otro, el hijo, no sé.

—¿Está seguro de su identidad? —preguntó el comisario.

Vianello esperaba la pregunta.

—No, señor. Es decir, nadie ha hecho una identificación formal, pero el hombre que ha avisado a los *carabinieri* ha dicho que eran los dueños de la barca, Giulio Bottin y su hijo, y suponemos que son ellos.

—Procure confirmarlo.

—Sí, señor. ¿Algo más?

—Lo de siempre. Pregunte por ahí, a ver qué tiene que decir la gente sobre ellos. —Antes de que Vianello pudiera preguntar, Brunetti agregó—: Haga como si se tratara de un simple accidente. Y avise a los buzos. Que no digan nada.

—¿Cuánto tiempo cree que podremos mantener esa impresión? —preguntó Vianello mirando a la cubierta del otro barco, en el que

los buzos ya se habían quitado sus trajes de inmersión y estaban poniéndose el uniforme.

—Unos diez minutos, calculo —dijo Brunetti con un ligero resoplido que, en otras circunstancias, hubiera podido ser humorístico.

—Los enviaré de vuelta al Lido —dijo Vianello—. A ver si así por lo menos lo retrasamos un poco. —Adelantándose al comentario de Brunetti, el sargento preguntó—: ¿Qué quiere hacer, comisario?

—Quiero retrasar todo lo posible que se sepa que los han matado. Pregunte, pero con discreción. Ahora voy para allá. Si hay barco disponible, llegaré antes de una hora.

Vianello sintió alivio.

—Está bien, comisario. ¿Quiere que Bonsuan los lleve al hospital?

—Sí, en cuanto los hayan identificado. Llamaré al hospital para avisarlos. —Como no había nada más que decir ni que ordenar, Brunetti repitió que llegaría lo antes posible y colgó.

El comisario miró el reloj y vio que eran más de las once: sin duda, su superior, el *vicequestore* Giuseppe Patta, ya habría llegado. Sin entretenerse en llamar por teléfono, bajó directamente al pequeño antedespacho por el que se accedía al espacioso despacho del *vicequestore*.

La *signorina* Elettra Zorzi, secretaria de Patta, estaba en su sitio, con un libro abierto ante sí. Sorprendió a Brunetti encontrarla leyendo un libro en el despacho, acostumbrado como estaba a verla con revistas y periódicos. Como ella tenía la barbilla apoyada en las palmas de las manos y los dedos sobre los oídos, hasta que levantó la cabeza al notar su presencia, no vio Brunetti que se había cortado el pelo. Lo llevaba más corto de lo habitual y, si los rasgos de la cara y el rojo de los labios no hubieran pregonado feminidad, el estilo hubiera resultado muy austero, casi masculino.

A Brunetti no se le ocurría ningún comentario sobre el nuevo peinado y como, al igual que el resto de los habitantes de aquella ciudad en la que hacía más de tres meses que no caía ni una gota,

ya estaba cansado de preguntar cuándo llovería, dijo, señalando el libro con la barbilla:

—¿Es algo más serio de lo habitual?

—Veblen —contestó ella—. *Teoría de las clases ociosas*. —Lo halagó que ella no creyera necesario preguntar si lo conocía.

—¿No es un poco árido?

Ella asintió.

—Antes, aquí, no podía concentrarme en lecturas serias, había demasiadas interrupciones. —Frunció los labios y sus ojos recorrieron la oficina en un arco que abarcó el teléfono, el ordenador y la puerta del despacho de Patta—. Pero ahora las cosas han mejorado bastante y puedo aprovechar el tiempo.

—Me alegro —dijo Brunetti, Y, mirando el libro, agregó—: Su opinión sobre el césped me fascinó.

—Sí, y sobre el deporte —sonrió ella.

Él no pudo evitar la pregunta:

—¿Y qué piensa leer después?

—Aún no lo he decidido. —En su cara floreció una sonrisa—. Quizá pida consejo al *vicequestore*.

—A propósito, venía a hablar con él. ¿Está?

—Aún no ha llegado. Llamó hace una hora para avisar de que está en una reunión y seguramente no vendrá hasta después del almuerzo.

—Ah —dijo Brunetti, sorprendido, más que por el aviso en sí, porque Patta se hubiera dignado llamar para darlo—. Cuando llegue, haga el favor de decirle que he ido a Pellestrina.

—¿Para reunirse con Vianello? —preguntó ella con su instantánea omnisciencia habitual.

Él asintió.

—Al parecer, uno de los hombres que estaban en la barca ha sido asesinado. —Él no dio más detalles, preguntándose si ella ya estaría al corriente.

—Pellestrina, ¿eh? —dijo entonces la *signorina* Elettra en el tono del enterado.

—Sí. Un lugar conflictivo, ¿verdad?

—Chioggia es peor. —Ella tuvo un estremecimiento que no denotaba remilgo ni afectación.

Chioggia, ciudad del continente que las guías turísticas no se cansaban de llamar «fiel hija de Venecia», hizo honor a la definición durante la época de esplendor de la Serenissima; pero ahora alimentaba una hostilidad violenta y persistente hacia la «madre», porque los pescadores de una y otra ciudad se disputaban unas capturas que eran cada vez más escasas, a consecuencia de las disposiciones del Magistrato alle Acque, que estaba cerrando a la pesca extensas zonas de la laguna.

Pensaba Brunetti, como hubiera pensado cualquier veneciano en su lugar, que aquellas muertes podían deberse a esa rivalidad. Ya había habido peleas, incluso disparos, se habían robado e incendiado barcos, y hasta habían muerto hombres en colisiones en el agua. De todos modos, era la primera vez que se asesinaba a sangre fría.

—*Una brutta razza* —dijo la *signorina* Elettra con el desdén que las personas cuya familia ha sido veneciana desde las Cruzadas reservan para los no venecianos, cualquiera que sea su origen.

Brunetti, optando por la prudencia y la discreción, se abstuvo de mostrar su aprobación y la dejó con Veblen y sus análisis de los problemas y de las ineludibles corrupciones de la riqueza. En la oficina de los agentes, Brunetti encontró únicamente a un piloto, Rocca, al que dijo que necesitaba que lo llevara a Pellestrina. La cara del piloto se iluminó al oírlo: era una travesía larga y hacía un día espléndido, con viento fresquito del oeste.

Brunetti se quedó en cubierta durante todo el viaje, viendo desfilar las islas: Santa Maria della Grazia, San Clemente, Santo Spirito, la pequeña Poveglia, hasta que, a su izquierda, aparecieron los edificios de Malamocco. Aunque de joven Brunetti solía pasear por la laguna, no había llegado a dominar por completo el arte de la navegación ni tenía grabado en la memoria el mapa de las rutas más directas entre los distintos puertos. Sabía que Pellestrina se encontraba delante de ellos, en el centro de aquella estrecha lengua

de tierra, y sabía que la lancha tenía que mantenerse entre las hileras de postes inclinados, pero le avergonzaba tener que reconocer que, si se hubieran desviado hacia la extensión de agua que tenía a la derecha, a él le hubiera resultado difícil regresar a Venecia.

Rocca, con su joven cara radiante por el placer de estar al aire libre y en acción en un día tan espléndido, gritó por encima del hombro a su superior:

—¿Adónde, señor?

—Al puerto. Allí están Vianello y Bonsuan. Ya deberíamos verlos.

A su izquierda había árboles, entre los que se veía circular algún que otro coche. Enfrente, Brunetti empezó a divisar el contorno de unos barcos alineados de cara a un muelle protegido por una pared de cemento. Recorrió con la mirada las anchas popas sin ver la lancha de la policía. Llegaron a un hueco en la hilera de barcos, por el que, a pocos metros de la orilla, vio a Vianello, de pie al sol, con una mano levantada a modo de visera.

Brunetti agitó una mano y Vianello empezó a andar hacia la derecha, indicándoles por señas que lo siguieran hacia el extremo de la línea de embarcaciones. Cuando al fin llegaron al espacio libre, Rocca hizo la maniobra de aproximación a la *riva* y Brunetti saltó de la lancha. Sus pies reaccionaron con momentánea sorpresa al posarse en tierra firme.

—¿Bonsuan ha regresado a Venecia? —preguntó Brunetti.

—Un vecino ha subido a bordo y los ha identificado. Son los que pensábamos: Giulio Bottin y su hijo Marco. He dicho a Bonsuan que los llevara al hospital. —Vianello señaló con la barbilla a Rocca, que estaba muy atareado amarrando la lancha—. He pensado que yo podría regresar con usted, comisario.

—¿Qué más ha averiguado?

—He hablado con dos o tres personas. Todos dicen lo mismo. La explosión del depósito de combustible los despertó a eso de las tres. Cuando llegaron al muelle, la barca ardía por los cuatro costados y, antes de que pudieran hacer algo, se había hundido.

Vianello empezó a andar hacia la hilera de casas bajas que formaban el pueblo de Pellestrina y Brunetti acomodó su paso al del sargento.

—Luego, las tonterías de siempre —prosiguió Vianello—. Nadie se molestó en llamar a los *carabinieri*. Cada uno pensaba que ya los habría llamado otro. Por eso no los han avisado hasta esta mañana. —Vianello se paró de repente, mirando las casas como si no pudiera creer que estuvieran habitadas por seres humanos—. Increíble: dos hombres mueren en una explosión, y nadie nos avisa, nadie avisa a nadie. —Siguió andando—. Por fin han venido los *carabinieri*, que nos han llamado a nosotros y nos han pasado el caso, diciendo que estaba en nuestra jurisdicción. —Agitó la mano hacia adelante, indicando el hueco entre los barcos—. Los buzos los han subido.

—¿Dice que el padre tenía una herida en la cabeza?

—Sí. Terrible. El cráneo hundido.

—¿Y el hijo?

—Arma blanca —dijo Vianello—. En el abdomen. Yo diría que murió desangrado. —Y, antes de que Brunetti pudiera preguntar, dijo —: Abierto de abajo arriba. Cuando lo han subido, la camisa le tapaba la herida, lo hemos visto al moverlo. —Vianello volvió a pararse y se quedó mirando las aguas tranquilas de la laguna—. Debió de desangrarse en cuestión de minutos. —Entonces, recordando cuál era su cometido, añadió—: Aunque eso lo dirá la autopsia, supongo.

—¿Con quién ha hablado?

Vianello se golpeó el bolsillo de la chaqueta, donde guardaba la libreta.

—Aquí tengo los nombres: vecinos, la mayoría. Patrones de barcas que pescaban con ellos, mejor dicho, que salían con ellos, porque no me parece que esa gente crea que la pesca sea algo que hay que compartir.

—¿Eso le han dicho?

Vianello rechazó la idea con un gesto.

—No; por lo menos, no directamente. Pero me parece que hablaban como si quisieran dar a entender que los une un sentimiento de lealtad porque, siendo todos pescadores, tienen que mostrarse solidarios, cuando en realidad quitarían de en medio al que tratara de pescar donde pescan ellos o donde creen que tienen derecho a pescar.

—¿Quitarían de en medio? —preguntó Brunetti.

—Es un decir. No sé muy bien cómo funcionan aquí las cosas, pero tengo la impresión de que hay muchos pescadores y queda muy poca pesca. Y la mayoría ya son viejos para aprender otra cosa.

Brunetti esperó por si Vianello tenía algo que añadir y, al comprender que había terminado, dijo:

—Por aquí, a la derecha, había un restaurante.

Vianello asintió.

—Es donde antes he tomado un café, mientras hablaba con uno.

—Si me hago pasar por turista no se lo tragarán, ¿verdad? —preguntó Brunetti.

Vianello sonrió ante el absurdo.

—Todo el pueblo lo ha visto llegar en la lancha, comisario. Y venir conmigo hasta aquí. Mi compañía lo compromete, si me permite la expresión.

—Entonces podemos almorzar juntos tranquilamente —propuso Brunetti.

Vianello abrió la marcha camino del pueblo.

Al llegar a las primeras casas, se paró delante de las grandes ventanas y la puerta de madera de un restaurante. Empujó la puerta, la sostuvo mientras entraba Brunetti y cerró.

Detrás de un mostrador de zinc, un hombre que llevaba un largo delantal frotaba una copa ancha con un trapo lo bastante grande como para servir de mantel de una mesita. El hombre movió la cabeza de arriba abajo saludando a Vianello y, al cabo de un momento, a Brunetti.

—¿Se puede almorzar aquí? —preguntó Vianello.

El hombre ladeó la cabeza para indicar un pasillo que partía del bar. Luego volvió a mirar la copa y reanudó su cuidadosa labor.

A un lado del bar había una puerta como Brunetti no veía desde hacía décadas. Era una puerta estrecha, cubierta por una cortina de tiras de plástico verdes y blancas, de poco más de un centímetro cada una, con nervaduras a cada lado. Al apartar las tiras con la mano derecha, Brunetti oyó aquel ligero castañeteo que recordaba de su juventud. Hubo un tiempo en el que en todos los bares y *trattorie* había cortinas de ésas, pero desde hacía un par de décadas habían desaparecido. Él ya no recordaba dónde las había visto por última vez. Sostuvo las tiras que todavía crepitaban para que pasara Vianello y, al soltarlas, escuchó el chasquido con el que recuperaban su posición vertical.

Lo sorprendió el tamaño del comedor, en el que había treinta mesas por lo menos. Las ventanas, situadas muy arriba, dejaban entrar mucha luz. Cubrían las paredes redes de pesca en las que estaban prendidas veneras, algas y lo que parecían cadáveres petrificados de peces, cangrejos y langostas. A lo largo de una de las paredes laterales del comedor discurría un aparador bajo. Al fondo, una puerta vidriera, ahora cerrada, conducía a un aparcamiento cubierto de grava.

Al ver que sólo había una mesa ocupada, Brunetti miró el reloj y vio con sorpresa que no era más que la una y media. Con razón se decía que el aire del mar abre el apetito.

Avanzaron por el comedor, apartaron las sillas de una mesa situada en el centro de la primera hilera y se sentaron frente a frente. A la izquierda de las vinagreras había un jarrito de flores silvestres frescas y, a su lado, un cesto de mimbre con media docena de bolsitas de *grissini*. Brunetti abrió una y mordió el bastoncito de pan.

Se abrieron las tiras de plástico y un joven con chaqueta y pantalón negros entró en el comedor andando de espaldas. Cuando se volvió, Brunetti vio que traía en cada mano un plato de lo que parecía *antipasto di pesce*. El camarero saludó a los recién llegados

con un movimiento de la cabeza y fue a la mesa del rincón, donde depositó los platos delante de un hombre y una mujer de unos sesenta años.

El camarero se acercó entonces a su mesa. Brunetti y Vianello ya habían comprendido que ése era uno de los sitios en los que no tienes que molestarte en pedir la carta, por lo menos, a principios de temporada, de modo que Brunetti sonrió y dijo lo que se acostumbra la primera vez que va uno a un restaurante:

—Me han dicho que aquí se come muy bien. —Puso buen cuidado en hablar en veneciano.

—Espero que así sea —sonrió el camarero, sin mostrar sorpresa por la presencia de un policía de uniforme.

—¿Qué recomienda hoy? —preguntó Brunetti.

—El *antipasto di mare* está bien. O, si lo prefieren, también hay sepia o sardinas.

—¿Algo más? —preguntó Vianello.

—Esta mañana aún hemos encontrado espárragos en el mercado, y tenemos ensalada de espárragos con gambas.

Brunetti hizo una señal afirmativa. Vianello dijo que él no tomaría *antipasto*, y el camarero pasó a los *primi piatti*.

—*Spaghetti alle vongole, spaghetti alle cozze* y *penne all'Amatriciana* —recitó el camarero, y enmudeció.

—¿Eso es todo? —no pudo por menos de preguntar Vianello.

El camarero agitó una mano en el aire.

—Esta noche tenemos una cena de aniversario de boda de cincuenta cubiertos y por eso hay tan pocos platos en el menú.

Brunetti pidió *vongole* y Vianello *all'Amatriciana*.

Para plato fuerte, sólo se podía elegir entre pavo asado y fritura de pescado. Vianello optó por el pavo y Brunetti, por la fritura. Encargaron medio litro de vino blanco y un litro de agua mineral. El camarero les llevó un cesto de *bussolai*, las gruesas rosquillas ovaladas predilectas de Brunetti.

Cuando el hombre se fue, Brunetti tomó una, la partió por la mitad y mordió. Siempre le sorprendía que los *bussolai* se

mantuvieran tan crujientes en aquel clima. El camarero les puso el vino y el agua en la mesa y fue rápidamente a retirar los platos de la pareja.

—Venimos a Pellestrina, y usted no come pescado —dijo Brunetti dando tono de afirmación a lo que en realidad era pregunta.

Vianello sirvió vino en las copas y tomó un sorbo.

—Muy bueno —dijo—. Es como el que mi tío traía de Istria en su barco.

—¿No toma pescado? —preguntó Brunetti, porfiando.

—Ya no —dijo Vianello—. A no ser que tenga la seguridad de que es del Atlántico.

La locura tiene síntomas diversos, eso lo sabía Brunetti, y también que conviene detectarlos en la fase inicial.

—¿Por qué? —preguntó.

—Como usted sabe, comisario, me he unido a Greenpeace —dijo Vianello por toda respuesta.

—¿Y Greenpeace no le deja comer pescado? —preguntó Brunetti, tratando de bromear.

Vianello fue a decir algo, desistió, tomó otro sorbo de vino y dijo:

—No es eso, comisario.

Callaron durante un buen rato. El camarero llevó a Brunetti su *antipasto*, una pequeña pirámide de colitas de gamba sobre un lecho de rodajas de espárragos crudos. Brunetti tomó un bocado: estaban rociados con vinagre balsámico. La combinación de dulce, ácido, dulce y salado era exquisita. Desentendiéndose momentáneamente de Vianello, Brunetti saboreaba la ensalada despacio, deleitándose con el contraste de aromas y texturas.

Apoyó el tenedor en el borde del plato y tomó un sorbo de vino.

—¿Teme estropearme la comida si me revela las toxinas que impregnan las gambas? —preguntó sonriendo.

—Peor están las almejas —dijo Vianello sonriendo a su vez, pero resistiéndose a dar más explicaciones.

Antes de que Brunetti pudiera pedir al sargento la lista de los venenos que acechaban en las gambas y las almejas, el camarero se

llevó el plato y volvió rápidamente con las dos fuentes de pasta.

El resto de la comida transcurrió en amigable charla acerca de los conocidos de ambos que solían pescar en aguas de Pellestrina y de un famoso futbolista de Chioggia al que ninguno de los dos había visto jugar. Cuando llegaron los segundos platos, Vianello no pudo por menos de lanzar una mirada recelosa al de Brunetti, pese a haber dejado pasar la ocasión de extenderse en comentarios acerca de las almejas. Brunetti, por su parte, por el aprecio que le merecía su sargento, se abstuvo de revelarle el texto de un artículo que había leído el mes anterior sobre los sistemas de alimentación utilizados en las granjas de cría de pavos, y de enumerar las enfermedades transmisibles a los humanos, a las que tales aves son propensas.

CAPÍTULO 5

Después del café, Brunetti pidió la cuenta. El camarero titubeó, como por la fuerza de la costumbre y Brunetti agregó:

—No hace falta factura.

El camarero abrió mucho los ojos, al percatarse de la situación: un hombre, que seguramente era policía, dispuesto a ayudar al dueño del restaurante a evadir el impuesto que gravaba la facturación. Brunetti comprendió que había planteado un dilema a aquel hombre, que entonces se escabulló con un:

—Preguntaré al dueño.

A los pocos minutos, el camarero volvió con un vasito de *grappa* en cada mano. Dejándolos en la mesa, dijo:

—Son cincuenta y dos mil.

Brunetti sacó el billetero. Era la tercera parte de lo que un almuerzo como aquél le hubiera costado en Venecia, y el pescado era fresco y las gambas, exquisitas.

Dejó sesenta mil liras en la mesa y, cuando el camarero buscaba el cambio en el bolsillo, el comisario atajó el gesto agitando una mano y murmurando:

—*Grazie*. —Levantó el vasito de *grappa* y bebió un sorbo—. Muy buena —dijo—. Dé las gracias al dueño de nuestra parte.

El camarero asintió, tomó el dinero y dio media vuelta para marcharse.

—¿Usted es de aquí? —preguntó Brunetti, sin intentar que la pregunta pareciera casual.

—Sí, señor.

—Hemos venido por lo del accidente —dijo Brunetti, señalando vagamente en dirección al agua—. No parece que haya sido una

sorpresa —agregó sonriendo.

—No lo ha sido para la gente de aquí —dijo el camarero.

—¿Usted los conocía? —preguntó Brunetti. Apartó otra silla y con un ademán invitó al camarero a sentarse. Hacía rato que los otros clientes se habían marchado y las mesas de la cena de aniversario estaban preparadas, de modo que poco trabajo tenía ya el camarero, que se sentó, volviendo la silla ligeramente hacia Brunetti.

—Conocía a Marco —dijo—. Íbamos al mismo colegio, él un par de clases más atrás, pero nos conocíamos, porque volvíamos del Lido en el mismo autobús.

—¿Cómo era? —preguntó Brunetti.

—Listo —dijo el camarero, muy serio—. Muy listo y muy simpático. No se parecía en nada a su padre. Absolutamente en nada. Giulio no te dirigía la palabra si podía evitarlo, pero Marco era amable con todo el mundo. A mí me ayudaba con los deberes de mates, a pesar de ser más joven. —El camarero puso encima de la mesa los billetes que aún tenía en la mano, el de cincuenta mil al lado del de diez mil—. Casi lo único que yo sabía hacer era sumar esto. —Entonces, con una súbita sonrisa que reveló unos dientes mates y grises, dijo—: Y unas veces me daba cincuenta y otras setenta. —Guardó los billetes en el bolsillo y volvió la cabeza hacia la cocina de la que llegó el siseo repentino de una fritura y el golpe de una olla en el fogón—. Pero aquí no me hacen falta las matemáticas. Sólo hay que sumar, y eso lo hace el dueño.

—¿Marco aún iba a la escuela?

—No. Terminó el año pasado.

—¿Y desde entonces?

—Trabajaba con su padre —dijo el camarero, como si ésa hubiera sido la única opción que tenía Marco, o que podía concebir un *pellestrinotto*—. Todos los Bottin han sido pescadores.

—¿Marco quería ser pescador?

El camarero miró a Brunetti con evidente sorpresa.

—¿Qué otra cosa podía hacer? Su padre tenía la barca y Marco sabía todo lo que hay que saber de pesca.

—Desde luego —convino Brunetti—. Ha dicho usted que Bottin no hablaba con la gente. ¿Había algo más? —Brunetti no quiso dar lugar a que el camarero se hiciera el tonto y puntualizó—: ¿Tenía aquí muchos enemigos?

El hombre se encogió de hombros, con un gesto que traducía su resistencia a responder; pero, antes de que pudiera decir algo, Vianello terció en la conversación, dirigiéndose a Brunetti en un tono de leve complicidad bien ensayado:

—No puede contestar a eso, señor. —El sargento lanzó al camarero una mirada protectora—. Es un pueblo pequeño; todos sabrán que ha estado hablando con nosotros.

Brunetti, siguiéndole el juego, dijo:

—Pero usted, sargento, ya tiene un par de nombres, ¿no? —Notó que aumentaba el interés del camarero, por la forma en que ponía los pies debajo de la silla y se esforzaba por no adelantar el cuerpo —. Él no haría sino confirmar lo que le han dicho.

Vianello miraba fijamente a Brunetti, como si el camarero no estuviera:

—Si no quiere hablar, que no hable, señor. Ya tenemos varios nombres.

—¿Qué nombres? —inquirió el camarero.

Vianello se volvió hacia el joven y movió mínimamente la cabeza, como tratando de que Brunetti no viera el gesto.

—¿Qué nombres? —preguntó el camarero alzando la voz—. ¿El mío?

—No nos ha dicho usted cómo se llama —respondió Brunetti.

—Lorenzo Scarpa.

Vianello abrió mucho los ojos y miró al camarero como si no pudiera disimular el susto.

Al ver la reacción de Vianello, el camarero dijo con voz tensa:

—No fue nada. Una noche, Giulio estaba en el bar, bebido. Mi hermano no le dijo nada. Bottin tenía ganas de pelea y dijo que Sandro le había hecho derramar el vino. —Su mirada iba de un policía al otro, que lo escuchaban con cara de estar al cabo de la

calle—. Puedo asegurarles que no pasó nada, ni se denunció a nadie. La gente los separó antes de que la cosa se complicara. Yo estaba dentro, trabajando. Cuando salí ya había terminado todo, y nadie estaba herido.

—Seguro que es verdad —dijo Vianello con una sonrisa que se esforzó en hacer amistosa—. Pero no es eso lo que me han dado a entender que ocurrió.

—¿Qué? ¿Quién se lo ha dicho?

Vianello meneó la cabeza con ostensible reserva, como diciendo que él no tendría inconveniente en nombrar al informador, pero delante de su superior no podía ayudar a su amigo, el camarero, por más que lo deseara.

—¿Ha sido el canalla de Giacomini? Dígame sólo eso. ¿Ha sido él?

De nuevo, pareció que Vianello no podía reprimir un gesto de sorpresa al oír el nombre, y lanzó al camarero una mirada rápida, como de aviso, para hacerle callar. Pero el hombre, renunciando a toda prudencia, prosiguió:

—¡Si Giacomini ni siquiera estaba! Ese cerdo sólo busca perjudicar a Sandro. Yo sabía que ellos dos estaban peleados, por aquello que pasó delante de Chioggia. Pero miente; siempre ha sido un embustero. —El camarero echó la silla hacia atrás y se puso en pie, como para evitar seguir hablando. Volviendo repentinamente al tono formal, como si ya hubiera olvidado a su hermano, preguntó—: ¿Desean otra *grappa*?

Brunetti movió la cabeza negativamente y se levantó. Su sargento lo imitó.

—Gracias —dijo Brunetti, sin especificar si el agradecimiento era por el servicio o por la información, y se quedó esperando, en una actitud que daba a entender que Vianello no tenía más remedio que salir delante de su superior.

Brunetti caminó varios minutos, hasta el borde del agua, para situarse lejos de las miradas del restaurante y de las casas. De cara a Venecia, apoyó un pie en un saliente del muro del rompeolas y se agachó para sacarse una piedra del zapato.

—¿Qué le parece? —preguntó.

—Todo, nuevo para mí —dijo Vianello con una leve sonrisa—. Nadie había querido decirme nada.

—Lo que me figuraba —dijo Brunetti, y agregó, sabiendo que a Vianello le gustaría oírlo—: Ha montado muy bien el número.

—No ha sido difícil.

—Me gustaría saber el alcance de la pelea, sobre todo, por su interés en hacernos creer que no había sido nada. —Brunetti seguía mirando en dirección a la ciudad invisible, pero sus palabras eran para Vianello.

—Sí que ha insistido, ¿verdad?

Eso le había parecido a Brunetti, pero ahora empezaba a preguntarse si el camarero no sería más listo de lo que él creía, y había dejado caer el nombre de Giacomini y la historia de la pelea para desviar su atención de otras cosas.

—¿No será, sargento, que pretendía distraernos de algo?

—No, señor; yo diría que estaba realmente preocupado —dijo Vianello, como si ya se hubiera planteado la posibilidad y la hubiera descartado. Y, con el desdén de los naturales de las islas venecianas mayores, agregó—: Los *pellestrinotti* no son tan listos.

—Ya no está bien visto decir esas cosas, sargento —dijo Brunetti con suavidad.

—¿Ni aun si son verdad? —preguntó el sargento.

—Precisamente porque son verdad —respondió Brunetti.

Vianello meditó un momento estas palabras y preguntó:

—¿Qué hacemos ahora, comisario?

—Ver qué más podemos averiguar sobre la pelea entre Sandro Scarpa y Giulio Bottin. —Brunetti se volvió de espaldas a la laguna y echó a andar hacia las hileras de casas bajas.

Vianello, acoplando el paso, dijo:

—Detrás del restaurante hay una tienda que vende de todo. Según el letrero de la puerta, abre a las tres, y me han dicho que la *signora* Follini es puntual. —Por la izquierda del restaurante entraron en un patio de suelo arenoso, con puertas en dos de sus lados. Por

el tercer lado, que estaba abierto, se veía el muro del rompeolas detrás del que se extendía el Adriático. La altura del lejano muro impedía ver el agua, pero el olor a yodo y la humedad del aire revelaban la proximidad del mar.

Hacía años que Brunetti no iba a Pellestrina, quizá más de diez, cuando los niños eran pequeños y Paola y él, y su hermano Sergio y su familia se metían todos en la barca de Sergio los domingos a mediodía y, so pretexto de explorar las islas, buscaban buenos restaurantes de pescado fresco. Recordaba Brunetti a los niños, tostados por el sol, pesados, dormidos en el fondo de la barca como cachorritos, aletargados por un exceso de sol y el aburrimiento de las interminables conversaciones de los mayores. Recordaba a Sergio aflorando bruscamente e izándose al costado de la barca, con las piernas marcadas por los rojos verdugones que le había dejado una medusa enorme al rozarlo en las aguas cristalinas. Y recordaba, con honda satisfacción, un polvo fenomenal con Paola, en el fondo de la barca, una tarde de agosto en que Sergio se llevó a toda la chiquillería a una de las islas pequeñas, a buscar moras.

Repicó una campanilla cuando Vianello abrió la puerta. Entraron en la tiendecita, Vianello delante, anunciando con su uniforme el motivo de la visita.

Una voz de mujer gritó desde la trastienda:

—Un momento. —Se oyó el chasquido de una puerta que se cerraba, seguido de un sonido más suave, de un objeto que se depositaba en una superficie dura. Después, silencio. Brunetti paseó la mirada por la tienda y vio polvorientas hileras de cajas de arroz, paquetes dobles de papel matamoscas, una especie de paragüero lleno de escobas y fregonas y un mueble bajo en el que había cuatro ejemplares de *Il Gazzettino* de la víspera. Olía ligeramente a papel viejo y legumbre reseca.

Transcurrido el solicitado «momento», una mano apartó la cortina de algodón blanco de la puerta de la trastienda y salió una mujer con un vestido verde, corto y escotado y zapatos de tacón

alto, nada aptos para quien ha de estar todo el día de pie detrás de un mostrador.

—*Buon giorno* —dijo la dueña de la tienda, volviendo la cara en dirección a los dos hombres. Se paró delante de la cortina, sin decir más. En el intervalo, Brunetti pudo observar que la mujer estaba en la flor de la edad, aunque era una floración provocada y varias veces repetida, con intervalos más y más cortos.

El pelo, rubio platino, parecía aún más claro por el contraste con la cara bronceada. Brunetti había asistido a un seminario de tres días en técnicas avanzadas para la identificación de sospechosos, dos horas del cual trataban de los medios que utilizan los criminales para modificar su aspecto. Quizá por haber dedicado tanto tiempo a observar a las mujeres, se había sentido fascinado por las modalidades de cirugía plástica que pueden utilizarse para transformar una cara y disfrazar una identidad. Descubrió en ésa varias de aquellas técnicas, y se le ocurrió que la policía hubiera podido utilizar a esa mujer como modelo, por la facilidad con que podían detectarse las señales de la labor del cirujano.

Los ojos tenían un sesgo ligeramente oriental, y los labios se entreabrían en una leve sonrisa que condenaba a la mujer a enfrentarse a la vida con gesto de perpetuo optimismo. En el borde de la mandíbula hubiera podido afilar sus cuchillos un carnicero. La nariz, respingona y descarada, hubiera hecho maravillas en una cara con treinta años menos. En ésa, estando como estaba encima de una boca grande, de labios gruesos, desentonaba. Brunetti calculó que la mujer tendría varios años más que él.

—¿Puedo servirles en algo? —preguntó ella situándose detrás del bajo mostrador.

—Sí, *signora* Follini —respondió Brunetti adelantándose—. Soy el comisario Guido Brunetti y estoy aquí para investigar el accidente ocurrido esta mañana. —Fue a sacar la cartera para mostrarle la credencial pero ella lo detuvo con un ademán de impaciencia.

La mujer lanzó una rápida mirada a Vianello y se volvió otra vez hacia Brunetti.

—¿Accidente? —preguntó con voz neutra.

Brunetti se encogió de hombros.

—Así lo consideraremos mientras no haya razón para pensar que ha sido otra cosa —respondió.

La mujer asintió sin decir nada.

—¿Usted los conocía, *signora*?

—¿A Bottin y a Marco? —preguntó ella innecesariamente.

—Sí.

—Venían por aquí —dijo, como si ya fuera bastante.

—¿Quiere decir que eran clientes? —preguntó el comisario, a pesar de que en un pueblo tan pequeño como Pellestrina todo el mundo tenía que ser cliente suyo.

—Sí.

—¿Y aparte de eso? ¿Eran amigos?

Ella pensó un momento.

—Quizá podríamos decir que Marco era un amigo. —Acentuó la palabra «amigo» como para sugerir la interesante posibilidad de que habían sido algo más, y agregó—: Pero su padre, no, desde luego.

—¿Y eso por qué? —preguntó Brunetti.

Esta vez fue ella la que se encogió de hombros.

—No simpatizábamos.

—¿Por algún motivo en particular?

—Por todos los motivos en general —dijo ella, sonriendo por la prontitud de la respuesta. La sonrisa, que descubría una dentadura perfecta y sólo marcaba un plieguecito a cada lado de la boca, permitió a Brunetti hacerse una idea de lo que hubiera podido ser aquella mujer, de no haber decidido dedicar sus años de madurez a recuperar sus años de juventud.

—¿Puede decirme alguno?

—Nuestros padres se pelearon siendo jóvenes, hará unos cincuenta años —dijo la mujer, en un tono tan inexpresivo que Brunetti no supo si hablaba en serio o si bromeaba acerca de lo que es la vida en los pueblos pequeños.

—Dudo que eso pudiera afectarles mucho, a usted o a Giulio —dijo Brunetti, y agregó—: Usted ni habría nacido.

Hablaba con la sinceridad pasada de vueltas de la adulación. Esta vez, la sonrisa de la mujer formó las arrugas a pares, pero muy pequeñas. El año anterior, Paola había dado un curso sobre el soneto, y Brunetti recordaba uno en concreto —inglés, seguramente — que hablaba de la negación de la edad, una forma de engaño que a Brunetti siempre le había parecido patética.

—Pero ¿no tenía que tratar al viejo Bottin? —preguntó Brunetti—. Al fin y al cabo, éste es un pueblo pequeño. Aquí la gente debe verse todos los días.

Ella se puso el dorso de la mano en la frente, con ademán de cine mudo, al contestar:

—No me hable, por favor. Sé muy bien lo que es la gente de los pueblos pequeños. A la más mínima, se dedican a inventar cosas sobre unos y otros. —Su estudiada declamación de ese lamento despertó la curiosidad de Brunetti acerca del paradero, o la existencia real, del *signor* Follini. Ella miró fugazmente a Vianello y abrió la boca para proseguir.

—¿Y el *signor* Bottin? —atajó Brunetti—. ¿También sobre él se inventaban mentiras?

Ella no pareció ofenderse por la interrupción.

—Bastaba con la verdad —dijo con aspereza.

—¿La verdad de qué?

Brunetti, que había visto en la cara de la mujer que estaba dispuesta a hablar, detectó en aquel momento el retorno de la discreción que impone la vida en un pueblo pequeño.

—Oh, pues de las cosas de siempre —dijo agitando la mano con desenfado, y Brunetti comprendió que cualquier intento por sacarle algo más sería en vano. No obstante, preguntó:

—¿Qué cosas?

Ella no contestó enseguida. Era evidente que estaba buscando ejemplos lo más inocuos posible.

—Pues que era brusco con su mujer y muy duro con su hijo.

—Me parece que lo mismo podríamos decir de la mayoría de los hombres.

—Seguro que de usted no podría decirse eso, comisario —dijo ella inclinándose sobre el mostrador en actitud sugestiva.

Vianello eligió ese momento para interrumpir.

—Ha dicho el piloto que hay que regresar, señor —dijo suavemente, pero en un tono lo bastante alto como para que ella lo oyera.

—Sí, sargento, desde luego —respondió Brunetti con su voz más oficial. Volviéndose hacia la *signora* Follini con una rápida sonrisa, dijo—: Eso es todo por el momento, *signora*. Si hubiera más preguntas, enviaríamos a alguien.

—¿No vendría usted? —preguntó ella con aparente decepción.

—Quizá. Si fuera necesario.

Brunetti dio las gracias a la mujer por el tiempo que les había dedicado y, precedido por Vianello, salió de la tienda. El sargento giró primero a la izquierda y después a la derecha, familiarizado ya con las cuatro calles que componían el centro de Pellestrina.

—Salvado *in extremis*, sargento —dijo Brunetti riendo.

—Me ha parecido que había que usar la astucia para escapar, comisario.

—¿Y si no hubiera dado resultado?

—Tengo la pistola —dijo Vianello dando una palmada en la funda.

Frente a ellos se alzaba el muro del rompeolas. Impulsivamente, Brunetti cruzó la estrecha carretera que conducía hasta el extremo de la península y empezó a subir la escalera que ascendía por el costado del muro. Al llegar arriba, se hizo a un lado dejando sitio a Vianello en el estrecho pasillo de cemento.

A sus pies se ondulaban ligeramente las aguas del Adriático, salpicadas a media distancia de petroleros y otros barcos de carga. Más allá estaba la herida abierta de la antigua Yugoslavia.

—¿No le parece extraño, comisario, que un *lifting* parezca absurdo en mujeres como ella y no lo parezca en las que son ricas o famosas?

Brunetti pensó en dos amigas de su mujer, que solían hacer esporádicas escapadas a Roma, de donde volvían transformadas. Como eran ricas, el trabajo estaba mejor hecho que el practicado en la cara de la *signora* Follini, la intervención era menos evidente y el resultado, más satisfactorio. Pero, a sus ojos, el afán que las movía era el mismo y no menos patético.

Brunetti hizo un ruido ambiguo con la garganta y preguntó:

—¿Qué le ha contado la gente? ¿Le han dicho algo de ella?

—No, señor. Ya sabe lo que ocurre en los sitios como éste: nadie está dispuesto a decirte algo que puedas repetir a la persona en cuestión.

—El concepto que tiene la gente de la discreción policial —dijo Brunetti meneando la cabeza tristemente.

—Pero es comprensible, comisario. Si hay juicio, tenemos que decir cómo hemos conseguido tal o cual nombre y por qué hemos empezado a investigar a tal o cual persona. El juicio sigue su curso y acaba como acaba. Pero ellos tienen que seguir viviendo aquí, entre la gente que verá en ellos a unos informadores.

Brunetti sabía que con Vianello podía ahorrarse su sermón sobre la conciencia cívica y el deber del ciudadano a ayudar a las autoridades en su lucha contra el crimen. La circunstancia de que eso fuera un asesinato, un doble asesinato, no supondría ni la menor diferencia para quienes vivían allí: el primer deber cívico era vivir tranquilos y no dejarse hostigar por el Estado. Más le valía a uno confiar en la familia y los vecinos. Al otro lado de este círculo de seguridad acechaban los peligros de la burocracia y el funcionariado con las inevitables complicaciones para quienes se involucraban con una y otro. Dejando a Vianello a sus reflexiones, Brunetti estuvo un rato contemplando el mar. Los barcos habían avanzado en la ruta hacia su punto de destino. Dichosos ellos, pensó el comisario.

CAPÍTULO 6

Brunetti comprendió que, mal que le pesara, Vianello estaba en lo cierto, que de nada serviría quedarse más tiempo en Pellestrina, y propuso regresar a Venecia, propuesta que Vianello recibió sin sorpresa. Bajaron la escalera del rompeolas, cruzaron la carretera, atravesaron el estrecho pueblo y salieron a la costa orientada a Venecia, donde los esperaba la lancha de la policía. Durante la travesía de la laguna, Vianello dio al comisario los nombres de las personas interrogadas e hizo un breve resumen de las banalidades que le habían contado. Había averiguado que Bottin tenía un hermano en Murano que trabajaba en una cristalería. Por lo demás, sus únicos allegados eran los parientes de su difunta esposa, que también vivían en aquella isla, aunque nadie parecía saber a qué se dedicaban.

No era que las personas interrogadas por Vianello se hubieran mostrado reacias a cooperar: respondían a todas las preguntas, pero sin dar más información que la que cabía en la respuesta más simple y directa. Nadie se extendía en detalles ni liberaba el caudal de chismorreo en el que nada la vida social de una comunidad. Desde luego, eran lo bastante listos como para no responder con escuetos monosílabos y hasta conseguían dar la impresión de que se esforzaban por recordar todo lo que pudiera ser de utilidad a la policía. Y, mientras tanto, Vianello veía lo que hacían y, probablemente, ellos veían que lo veía.

Cuando Vianello terminaba su informe, la lancha viró hacia la izquierda por el canal principal que conducía a San Marcos, y ante ellos apareció la vista que había saludado al viajero desde los siglos de esplendor de la Serenissima: campanarios, cúpulas y torres en

tan prieto tropel que hasta parecía que se empujaban con el codo, como los niños, disputándose la atención del visitante. La única diferencia entre lo que veían los dos policías y lo que habrían visto los que navegaban por ese canal hacía quinientos años era el bosque de grúas de la construcción que había brotado de la ciudad y la multitud de antenas de televisión, de altura y forma diversas, que poblaban los tejados.

Mientras miraba el perfil anguloso y hosco de las grúas, Brunetti descubrió con sorpresa que casi nunca las veía moverse. Dos de ellas se erguían junto a la carcasa del teatro de la ópera, paralizadas como los planes para su reconstrucción. Cada vez que Brunetti recordaba el jactancioso titular que campeaba en primera plana de *Il Gazzettino* al día siguiente del incendio, de que, antes de dos años, el teatro se habría reconstruido en el mismo sitio y tal como era, no sabía si reír o llorar, a pesar de que había tenido ya más de dos años para decidirse. La voz popular, que sabía muy bien lo que se decía, afirmaba que aquellas grúas inmóviles costaban a la ciudad diez millones de liras al día, y la imaginación popular hacía tiempo que había renunciado a calcular el coste total de la restauración. Los años pasaban, el dinero se esfumaba, y las grúas seguían quietas, irguiéndose en silencio en medio de las interminables protestas y disputas legales acerca de quién tenía que encargarse de la reconstrucción.

Los dos hombres dejaron de hablar y contemplaron cómo la ciudad iba a su encuentro. No hay en el mundo ciudad más entregada a la autocontemplación que Venecia: en las paredes de muchas de sus calles se alinean los autorretratos burdos y canallas; en casi todos los quioscos se ofrecen gondolitas de plástico; bergantes que usan boina para disfrazarse de pintores venden sus horribles pasteles por las esquinas. A cada paso, Venecia halaga el mal gusto y exhibe chabacanería. A todo ello había que sumar en aquel momento los efectos de varias semanas de sequía: olor a orina, canina y humana, en las callejuelas, y una fina capa de polvo que cubría el suelo a todas horas, por mucho que se barriera. Y,

pese a todo, la belleza de la ciudad permanecía incólume. Incólume y suprema.

El piloto viró hacia la derecha y paró delante de la *questura*. Brunetti agitó la mano en señal de agradecimiento y saltó al muelle, seguido de Vianello.

—¿Y ahora, comisario? —preguntó el sargento cuando entraban por las altas puertas vidrieras.

—Llame al hospital y pregúnteles cuándo harán las autopsias. Yo pediré a la *signorina* Elettra que busque información sobre los Bottin. —Sin dar a Vianello tiempo de preguntar, añadió—: Y también sobre Sandro Scarpa y, ya puestos, sobre la *signora* Follini.

En el primer piso, Brunetti torció hacia el despacho de Parta, y Vianello se dirigió a la oficina de los agentes de uniforme.

—¿Sigue con Veblen? —preguntó Brunetti al entrar en el despachito de la *signorina* Elettra.

Ella marcó la página con un sobre y cerró el libro.

—No es fácil de leer, pero no pude encontrarlo traducido.

—Yo hubiera podido prestárselo —ofreció Brunetti.

—Gracias, comisario. De haber sabido que lo tenía… —empezó a decir ella, y dejó la frase sin terminar. No estaría bien, pensó, pedir a un superior un libro para leerlo en la oficina.

—¿Ha llegado el *vicequestore*?

—Después del almuerzo, ha estado aquí media hora y se ha marchado. Ha dicho que tenía una reunión.

Una de las cosas que a Brunetti le gustaban de la *signorina* Elettra era la precisión de sus expresiones. No «tenía una reunión» sino, más concretamente: «ha dicho que tenía una reunión».

—¿Entonces está usted libre?

—Libre como el aire —dijo ella con las manos juntas sobre la mesa y la espalda erguida, como una alumna aplicada.

—Las víctimas son Giulio Bottin y su hijo Marco. Los dos, de Pellestrina y pescadores. Le agradeceré que vea lo que encuentra sobre ellos.

—¿He de mirar en todas partes, comisario?

Suponiendo que se refería a todos los lugares a los que podía acceder tanto con el ordenador como con su red de amigos y conocidos, él asintió:

—Y sobre Sandro Scarpa, también de Pellestrina y, probablemente, pescador. Vea si, asociado a ellos, aparece un tal Giacomini, no tengo el nombre de pila. Y la *signora* Follini, la dueña de la tienda del pueblo.

Al oír el nombre, la *signorina* Elettra alzó las cejas con gesto de vivo interés.

—¿La conoce?

—En realidad, no. Lo justo para saludarnos.

Brunetti se quedó esperando que ella dijera algo más, pero, en vista de que no era así, prosiguió:

—No sé si es su nombre de casada. —La *signorina* Elettra movió la cabeza para indicar que ella también lo ignoraba—. Debe de rondar los cincuenta —informó Brunetti, y no pudo menos que agregar—: Pero tendría que meterle palitos de bambú debajo de las uñas para hacérselo confesar.

Ella lo miró, sorprendida.

—Eso es un poco cruel.

—¿Y no será menos cruel por ser cierto? —preguntó él.

Ella pensó un momento antes de responder:

—Probablemente, más.

En defensa de su comentario, él dijo:

—Ha coqueteado conmigo —poniendo irónico énfasis en la última palabra, para hacer resaltar lo absurdo de la conducta de la mujer.

La *signorina* Elettra le lanzó una mirada rápida.

—Ah —fue la única reacción que se permitió, antes de preguntar con igual rapidez—: ¿Algún otro nombre, comisario?

—No; pero vea si el barco era totalmente suyo y estaba libre de cargas. —Pensó un momento, explorando posibilidades—. Y si se ha hecho alguna reclamación al seguro.

Ella iba asintiendo a medida que él hablaba, pero no tomaba notas.

—¿Conoce a alguien allí? —preguntó él de pronto.

—Una prima mía tiene una casa en el pueblo —respondió ella modestamente, disimulando el placer que pudiera producirle que le preguntara por fin.

—¿En Pellestrina? —inquirió él con interés.

—En realidad, es prima de mi padre. Hace un montón de años escandalizó a la familia casándose con un pescador y yéndose a vivir allí. Su hija mayor también está casada con un pescador.

—¿Usted va a verlas?

—Todos los veranos —dijo ella—. Me quedo una semana, a veces, dos.

—¿Cuánto hace que va? —preguntó él, mientras su pensamiento iba muy por delante de la pregunta.

Ella se permitió una sonrisa.

—Desde que éramos niñas. Y he salido a pescar en el barco del yerno.

—¿A pescar? ¿Usted? —preguntó Brunetti asombrado por completo, como si acabara de oír que practicaba el sumo.

—Entonces era más joven, comisario —dijo ella y, buceando en las aguas profundas de la memoria, agregó—: Me parece que fue el año en que Armani propuso el azul marino.

Él la imaginó con pantalón acampanado, seguramente, mezcla de seda y cachemir, con el talle bajo, de corte marinero. Gorrito blanco no, desde luego. Si acaso, gorra de almirante, con trencilla dorada. Abandonó la visión, volvió al antedespacho y preguntó:

—¿Todavía va?

—Aún no había hecho planes para este verano, pero, si me lo pregunta usted en ese tono, creo que podría ir.

Brunetti no pensaba pedirle que fuera; preguntaba por simple curiosidad, por si ella conocía a alguien que pudiera estar dispuesto a hablar abiertamente.

—Nada de eso, *signorina* —dijo—. Es sólo que me ha sorprendido la coincidencia. —Pero, mientras decía eso, ya estaba considerando las posibilidades: una prima en Pellestrina, casada con un pescador…

Ella interrumpió sus pensamientos:

—Aún no había hecho planes para las vacaciones, y aquello me gusta.

—Por favor, *signorina* —empezó a decir él, tratando de hacer que sus palabras sonaran convencidas y convincentes—, nosotros nunca podríamos pedirle tal cosa.

—Nadie me ha pedido nada, comisario. Simplemente, estoy tratando de decidir adónde iré durante la primera mitad de mis vacaciones.

—¿No acaba de volver de…? —empezó Brunetti, pero ella lo cortó con una mirada.

—Son tan pocos los días que puedo tomarme… —dijo, modestamente y, al oírla, él borró de su memoria las postales de Egipto, Creta, Perú y Nueva Zelanda que habían llegado a la *questura*.

Antes de que ella pudiera hacer una propuesta, Brunetti dijo:

—No me parece procedente, *signorina*.

Ella lo miró con una mezcla de asombro y ofensa.

—No creo que sea de la incumbencia de nadie dónde yo pase las vacaciones, comisario.

—*Signorina…* —empezó a decir él, pero ella cortó su protesta con su voz más glacial.

—Si no tiene inconveniente, dejemos esto para otro momento. Ahora vamos a ver lo que puedo encontrar acerca de esas personas. —Ladeó la cabeza, como si oyera un sonido imperceptible para Brunetti—. Me parece recordar algo acerca de los Bottin, algo ocurrido hace años. Tendré que hacer memoria. —Sonrió ampliamente—. O preguntar a mi prima.

—Naturalmente —convino Brunetti, nada satisfecho de la forma en que ella lo había desarmado. Su cautela habitual le hizo preguntar—: ¿Saben ellos que trabaja usted aquí?

—Lo dudo. A la mayoría de la gente no le interesa el prójimo ni lo que hace, a menos que les perjudique o afecte de algún modo.

Brunetti había adquirido el mismo convencimiento tras años de experiencia. Se preguntaba si ella basaría esta creencia en hechos reales o en pura teoría. Parecía tan joven y a la vez tan experimentada…

Ella levantó la mirada hacia él.

—A mi padre no le gustó que yo dejara el banco, por lo que dudo que haya ido diciendo por ahí dónde trabajo ahora. Me parece que la mayor parte de la familia ni está enterada del cambio ni les importa.

Brunetti era consciente de lo que su manifiesto interés la había hecho plantearse, y volvió a protestar:

—No sería prudente, *signorina*. Esos dos hombres han sido asesinados. —Ella lo miraba fría e impasible—. Y, en realidad, usted no es policía. No oficialmente. —Ella volvió la palma de la mano hacia arriba, dobló los dedos y se contempló las uñas, como si fueran lo más interesante de la habitación. Con la del dedo pulgar hizo saltar de otra uña una mota invisible y volvió la cara hacia él, para averiguar si había terminado de hablar. Era una secuencia que él había visto en infinidad de películas.

—Como le decía, comisario, me parece que la próxima semana me iré de vacaciones. El *vicequestore* no estará, por lo que no creo que se oponga.

—*Signorina* —dijo Brunetti, en tono firme y oficial—, esto podría ser peligroso. —Ella no contestó—. No está capacitada.

—¿Preferiría enviar a Alvise y Riverre? —preguntó ella secamente, nombrando a los peores agentes del cuerpo—. ¿Capacitada? —repitió.

Él fue a hablar, pero ella no le dejó.

—¿Capacitada para qué, comisario? ¿Para disparar una pistola, agarrar a un sospechoso o saltar desde la ventana de un tercer piso?

Él prefirió no contestar, para no provocarla más aún, resistiéndose a reconocerse responsable de aquella idea disparatada.

—¿Qué capacidad cree que he estado utilizando desde que trabajo aquí? Yo no salgo a la calle a arrestar a la gente, pero le señalo dónde está la gente a la que hay que arrestar y le doy las

pruebas que ayudarán a condenarlos. Y eso lo hago preguntando por ahí y sacando deducciones de lo que me dicen unos para preguntar a otros. —Ella hizo una pausa, pero él no dijo nada y se limitó a mover la cabeza de arriba abajo para indicar que la escuchaba—. Y me parece que poco importa si utilizo esto —agitó sus rojas uñas sobre el teclado del ordenador— o voy a pasar unos días con personas a las que conozco desde hace años.

Cuando vio que ella callaba, Brunetti dijo:

—Me preocupa su seguridad, *signorina*.

—Qué atento —dijo ella en un tono que lo dejó atónito.

—Y no tengo autoridad para enviarla. Sería algo totalmente irregular. —Lo sorprendió descubrir que tampoco tenía autoridad para impedir que fuera.

—Pero yo tengo autoridad para tomarme una semana de vacaciones, comisario. Eso no tiene nada de irregular.

—No puede usted hacer eso —insistió él.

—Nuestra primera pelea —dijo ella con un acento falsamente trágico que le hizo sonreír a pesar suyo.

—De verdad, Elettra, no quiero que haga eso.

—Y la primera vez que me llama por mi nombre de pila.

—No me gustaría que fuera la última —replicó él.

—¿Es una amenaza de despido o una advertencia de que pueden matarme?

Él meditó largamente la respuesta.

—Si me promete usted que no irá, yo le prometo no despedirla nunca.

—Comisario —dijo ella volviendo a su tono formal—, es una oferta tentadora, pero no olvide que el *vicequestore* Patta nunca le permitiría despedirme, ni aunque resultara que a esos dos hombres los había matado yo. Y es que le hago la vida muy cómoda.

Brunetti tuvo que reconocer para sus adentros que era verdad.

—¿Y si la acuso de insubordinación? —preguntó, aunque los dos sabían que no tenía tal intención.

Ella prosiguió, como si no le hubiera oído:

—Necesitaré un medio para mantenerme en contacto con usted.

—Podemos darle un *telefonino* —claudicó él.

—Me será más fácil usar el mío —dijo ella—. Pero me gustaría tener allí a alguien, sólo por si resulta que usted tiene razón y hay peligro.

—Enviaremos a algunos de nuestros hombres a investigar. Les diremos que usted está allí.

La respuesta fue instantánea.

—No. No me fío; son capaces de ponerse a hablar conmigo si me ven. Y, si les dice que hagan como si no me conocieran, montarán una pantomima de disimulo que aún será más llamativa. No quiero que nadie de la *questura* esté al corriente de lo que hago. Si es posible, no quiero ni que sepan que estoy allí. Excepto usted y el sargento Vianello.

¿Se debía esa prevención a que ella poseía información que él desconocía sobre las personas que trabajaban en la *questura* o era resultado de un escepticismo sobre la naturaleza humana aún mayor que el suyo propio?

—Si yo me asigno a mí mismo la investigación, yo seré quien vaya a hablar con la gente. Sólo Vianello y yo.

—Sería lo mejor.

—¿Cuánto piensa quedarse?

—Supongo que podré quedarme una semana, como siempre, quizá un poco más. Porque no hay que hacerse ilusiones de que a la gente del pueblo vaya a faltarles tiempo para venir a decirme el nombre del asesino en cuanto me vean apearme del autobús naranja, ¿verdad? Iré a casa de mi prima, y procuraré enterarme de las novedades y de lo que dice la gente. No creo que haya nada de particular en eso.

Poco más quedaba por decidir.

—¿Le parecería melodramático si le pidiera que llevara pistola? —preguntó él.

—Más melodramático sería que yo aceptara, comisario —dijo ella, volviéndose hacia otro lado, no menos deseosa que él de dar por

terminada la conversación—. Para empezar, veré qué puedo encontrar acerca de los Bottin, ¿de acuerdo? —preguntó alargando la mano para encarar hacia sí la pantalla del ordenador.

CAPÍTULO 7

—¿Que vas a dejarle que haga *qué*? —protestó Paola aquella noche después de la cena, cuando él acabó de contarle su viaje a Pellestrina y ulterior conversación —iba a decir disputa, pero le pareció exagerado— con la *signorina* Elettra en el despacho—. ¿Que vas a dejar que vaya a Pellestrina a hacer de detective? ¿Sola? ¿Sin un arma? ¿Con un asesino suelto? ¿Has perdido el juicio, Guido?

Aún estaban sentados a la mesa. Los chicos se habían ido a hacer esas cosas que los hijos responsables y obedientes hacen después de cenar para no tener que colaborar en las tareas domésticas. Ella dejó su copita de calvados, aún medio llena, en la mesa y lo miró.

—Repito, ¿has perdido el juicio?

—No he podido disuadirla —insistió Brunetti, consciente de lo débil que ese reconocimiento le hacía aparecer. Al relatar el hecho, había omitido mencionar que la idea había partido de él, y había dado a Paola una versión retocada, según la cual la *signorina* Elettra había insistido por propia iniciativa en tomar una parte más activa en la investigación. Mientras hablaba, Brunetti se veía a sí mismo en el papel del jefe bonachón a merced de una secretaria insumisa, demasiado indulgente para imponerle la necesaria disciplina, a fin de no comprometer la carrera de la muchacha.

Una larga experiencia de las prevaricaciones de los hombres en posiciones de poder hacía sospechar a Paola que lo que estaba oyendo no se ajustaba a la verdad. Pero comprendía que de nada serviría poner en tela de juicio el relato de los hechos cuando lo que interesaba era el resultado.

—Así que dejarás que vaya —insistió.

—Ya te lo he dicho, Paola —repitió él, comprendiendo que sería preferible esperar a que terminara eso para servirse otra copita de calvados—, no se trata de que yo la deje; es que no puedo impedir que vaya. Si se lo prohíbo, se tomará una semana de vacaciones y empezará a hacer preguntas por su cuenta.

—Entonces ¿es ella la que no está en su sano juicio? —inquirió Paola.

Eran muchas las preguntas que a Brunetti le hubiera gustado responder acerca de la *signorina* Elettra, pero no era ésa una de ellas. En lugar de admitir tal suposición, cedió a sus más bajos instintos y se sirvió otro traguito de calvados.

—¿Qué se imagina ella que va a poder hacer? —preguntó Paola.

Él dejó la copa en la mesa, intacta.

—Por lo que me ha dicho, piensa utilizar las mismas tácticas y técnicas que con el ordenador: preguntar, escuchar y volver a preguntar.

—¿Y si, mientras está preguntando, a alguien le da por clavarle un cuchillo en el vientre, como al hijo del pescador?

—Lo mismo le he preguntado yo —dijo Brunetti, lo cual era cierto, si no textualmente, sí por la intención.

—¿Y ella qué te ha contestado?

—Está convencida de que basta con que haya ido a Pellestrina todos los veranos.

—¿Basta para qué? ¿Para hacerla invisible? —Paola puso los ojos en blanco y meneó la cabeza con estupor.

—No es tonta, Paola —dijo Brunetti en defensa de la *signorina* Elettra.

—Eso ya lo sé. Pero es sólo una mujer.

Él se inclinaba hacia adelante para asir la copa, pero esa frase lo paralizó:

—¿Eso, en boca de la Rosa Luxemburgo del feminismo? ¿*Sólo* una mujer?

—Vamos, Guido, pelea limpio —dijo Paola, ya francamente furiosa—. Ya sabes lo que quiero decir. Ella andará por allí con su

telefonino y su ingenio, pero habrá otra persona con un cuchillo, y una persona que ya ha matado a dos. No sería la situación en la que me gustaría ver a una persona a la que apreciara.

Él acusó la observación, pero la dejó pasar por el momento.

—Quizá deberías haber hablado tú con ella y no yo.

—No —dijo Paola sin darse por enterada del sarcasmo—. Dudo que hubiera dado resultado. —Paola había coincidido con la *signorina* Elettra sólo dos veces, en cenas ofrecidas por Patta al personal de la *questura*. Se habían saludado e intercambiado unas frases, pero las dos veces, estaban sentadas en mesas distintas, algo que a Brunetti siempre le había parecido una maniobra de Patta para impedir que las dos mujeres hablaran de él.

Siempre práctica, Paola, orilló las teorías y las recriminaciones para ceñirse a la realidad.

—¿Podrías poner allí a alguien que vigilara?

—No creo que sea necesario todavía.

—Es que cuando sea necesario ya será tarde —dijo Paola, y lo mismo pensaba él, aunque no lo dijo—. ¿Qué te parece la idea?

—He preguntado a Vianello si había alguien en el cuerpo que viviera allí. —Negó con la cabeza para indicar la respuesta—. Además, ella ha insistido en que nadie, aparte de Vianello y de mí, debe saber lo que está haciendo. —Sin dar a Paola tiempo de preguntar, explicó—: Dice que nadie de su familia sabe dónde trabaja, aunque me parece muy extraño. Quizá sus parientes de Pellestrina no lo sepan, ya que sólo los ve una vez al año, pero alguien se habrá interesado por averiguar a qué se dedica.

—¿Y si lo supieran, o alguien le preguntara, o descubriera que trabaja en la *questura*? —preguntó Paola.

—Oh, algo se le ocurriría, seguro. Miente muy bien. Hace años que la veo mentir.

—¿Y si estuviera en peligro? —preguntó Paola, haciéndole volver a la tierra.

—Espero que no sea así.

—Eso no es una respuesta, Guido, no es suficiente.

—Nosotros nada podemos hacer. Está decidida y no hay manera de impedirlo.

—Me parece que te lo tomas con mucha tranquilidad.

Brunetti no estaba seguro de cómo reaccionaría su esposa ante la revelación de sus sentimientos por otra mujer, por lo que no trató de defenderse.

—Sería terrible si le sucediera algo —dijo Paola.

Tragándose la confesión de que eso le destrozaría el corazón, él extendió la mano hacia la copa de calvados.

A la mañana siguiente, Brunetti llegó a la *questura* después de las nueve. Lo habían retrasado las llamadas telefónicas que había hecho a tres informadores, llamadas que, por precaución, hacía siempre desde una cabina a sus *telefonini*. Todos habían leído la noticia de los asesinatos, pero ninguno pudo darle información sobre los Bottin ni el posible móvil de los hechos. Prometieron llamarlo si sabían algo, pero no se mostraron optimistas, ya que los crímenes se habían cometido fuera de la ciudad. Por lo que a sus contactos venecianos se refería, era como si aquello hubiera sucedido en Milán.

El tema de su discusión con Paola no estaba en su sitio cuando él llegó, y el comisario siguió hasta su propio despacho donde, rápidamente, repasó la prensa del día. Los periódicos nacionales, comprensiblemente, no se ocupaban de los Bottin, pero *Il Gazzettino* les dedicaba la mitad de la primera plana de la segunda sección. Con el estilo melodramático que el periódico local reservaba para los actos de violencia, el artículo empezaba con la pregunta de si los Bottin habrían tenido algún presentimiento y si, cuando se despertaron la mañana anterior, sospecharon que aquél sería el último día de su vida, preguntas que se habían convertido en la fórmula con la que el diario iniciaba todas y cada una de sus informaciones de cualquier muerte violenta, por lo que Brunetti murmuró entre dientes:

—Probablemente, no.

La crónica relataba los hechos que Brunetti ya conocía: el padre había muerto de un golpe en la cabeza y el hijo, de una herida de arma blanca. Los dos estaban muertos cuando el barco fue incendiado y hundido. El relato periodístico no le revelaba nada nuevo, aunque contenía dos pequeñas fotos de las víctimas. Bottin tenía las facciones rudas y curtidas del hombre que ha pasado mucho tiempo a la intemperie, y la expresión taciturna y hostil que suele verse en las fotos de documentos oficiales. Marco, por el contrario, mostraba una sonrisa que le marcaba dos hoyuelos junto a las comisuras de los labios. Si el padre era moreno, de cuello corto y ancho, Marco parecía hecho de un material más fino y ligero. Probablemente, sus facciones se hubieran endurecido al cabo de dos décadas de trabajo en el mar, pero había una elegancia natural en el gesto de la cabeza que despertó la curiosidad de Brunetti por la madre y por las circunstancias que habían hecho que Marco corriera la misma trágica suerte que su padre.

CAPÍTULO 8

La *signorina* Elettra no entró en el despacho hasta más de dos horas después. Al verla, Brunetti no pudo resistir el impulso de acercarse a ella, y se levantó, pero el decoro lo retuvo en su sitio.

—Buenos días —la saludó con naturalidad, confiando en que el tono de voz volviera a situarlos en los términos de su relación habitual, la de antes de que a ella se le ocurriera la idea… no, tenía que ser justo, antes de que él le sugiriera la idea de ir a Pellestrina.

—Buenos días, comisario —dijo ella con total normalidad. Él vio que traía papeles en la mano.

—¿Los Bottin? —preguntó.

Ella levantó las hojas.

—Sí, señor. Pero muy poca cosa —dijo en tono de disculpa—. Aún estoy trabajando en los otros.

—Vamos a ver —dijo él, procurando mantener una voz neutra, y sentándose.

Ella dejó los papeles en la mesa, dio media vuelta y fue hacia la puerta. Brunetti la vio salir. El jersey azul celeste con finas listas verticales acentuaba la esbeltez del talle. Él recordó entonces que, hacía un par de años, cuando le preguntó por sus expectativas para el nuevo milenio, ella le respondió que sus expectativas eran ver cómo le sentaba el azul celeste, color cuyo predominio se anunciaba para la nueva década. Presionada, reconoció que había un par de pequeñas cosas que le gustarían, pero que no valía la pena hablar de ellas porque eran insignificantes, y ahí terminó la conversación. Bien, el azul celeste le sentaba de maravilla, y Brunetti deseó que también las otras pequeñas cosas le hubieran sido otorgadas.

Los Bottin, a juzgar por aquellos datos, eran personas corrientes, copropietarios de la casa de Pellestrina y del *Squallus*, aunque con cuentas bancarias individuales. Los dos tenían coche, y Marco era, además, único propietario de una casa en Murano, heredada de su madre.

Pero, fuera del terreno puramente económico, Giulio tenía sus particularidades: los *carabinieri* del Lido lo conocían, porque había sido objeto de varias denuncias, tres de ellas, a consecuencia de riñas de bar y una, de un incidente ocurrido entre dos barcos en la laguna, aunque el otro barco no era el de Scarpa. De todos modos, por lo que a sus relaciones con la policía se refería, Bottin había tenido suerte, porque nunca llegó a ser acusado formalmente, ya fuera por falta de pruebas, ya por resistencia de los testigos a declarar. Marco nunca había sido denunciado a la policía.

Brunetti buscó el informe de lo ocurrido entre los barcos en la laguna, pero no se daban detalles. Descolgó el teléfono, con la intención de llamar a la *signorina* Elettra para preguntarle quién podría facilitarle la información, pero desistió, con la esperanza de que, si no volvía a hablarle del asunto, quizá ella se olvidara de sus planes.

El número que marcó era el de la oficina de los agentes, para pedir que subiera Bonsuan.

A los pocos minutos, el piloto llamaba a la puerta, entraba y, sin un saludo ni otra muestra de deferencia, se sentaba en el sillón que Brunetti le señalaba. Bonsuan mantenía los pies bien asentados en el suelo y asía con las manos los brazos del sillón, como si, después de tantas horas de navegación, esperase sentir de un momento a otro el flujo de la corriente o de la marea.

—Bonsuan, ¿tiene usted algún amigo pescador? —preguntó Brunetti a modo de preámbulo, mirando el muñón del dedo meñique del piloto, al que faltaban dos falanges, a causa de un accidente náutico olvidado.

Bonsuan no mostró curiosidad.

—Amigos pescadores tengo, sí. *Vongolari*, no.

La vehemencia de la respuesta sorprendió a Brunetti tanto como la distinción que hacía el piloto.

—¿Qué tienen de malo los *vongolari*? —preguntó.

—Que todos son unos *figli di puttane*.

Similar opinión acerca de los pescadores de almejas se la había oído Brunetti a Vianello, entre otros, pero nunca expresada con tanto encono.

—¿Por qué?

—Son hienas —respondió Bonsuan—. Buitres. Se lo llevan todo con sus malditos aspiradores de cuchara, arrancan los viveros, destruyen colonias enteras. —Bonsuan se interrumpió, se inclinó hacia adelante y prosiguió—: No piensan en el futuro. Los viveros de almejas nos han alimentado durante siglos y podrían seguir alimentándonos siempre. Pero ellos escarban y escarban como animales salvajes, destrozándolo todo.

Brunetti recordó el almuerzo de Pellestrina.

—Vianello ya se niega a comer almejas.

—Ah, Vianello —dijo Bonsuan despectivamente—. Él no las come por motivos de salud. —En labios de Bonsuan eso sonaba casi como una obscenidad.

Brunetti, sin saber cómo debía reaccionar, preguntó:

—¿Quiere decir que se pueden comer con tranquilidad?

Bonsuan se encogió de hombros.

—A mi edad, ya se puede comer de todo con tranquilidad. —Reflexionó un momento—. No, supongo que habrá variedades peligrosas. Los muy cerdos las pescan mismamente delante de Porto Marghera, y sabe Dios lo que allí se echa al agua. Yo he visto a esos sinvergüenzas anclados allí de noche, sin luces, faenando a menos de cincuenta metros del letrero que dice que las aguas están contaminadas y está prohibido pescar.

—Pero ¿quién se las come? —preguntó Brunetti, pensando otra vez en las almejas que había tomado en Pellestrina.

—Nadie que sepa eso —respondió el piloto—. Pero ¿quién lo sabe? ¿Quién sabe ya de dónde viene lo que se vende en el

mercado? Una cesta de almejas es una cesta de almejas. —Bonsuan levantó la mirada a la cara del comisario, sonrió y agregó—: Ni pasaporte ni tarjeta sanitaria.

—¿Y no hay controles? ¿Nadie las analiza?

Bonsuan sonrió ante semejante prueba de inocencia en una persona de sus años, pero no se dignó contestar.

—No, dígame, Bonsuan —insistió Brunetti—. ¿No hay inspectores de sanidad? —Antes de terminar, Brunetti advirtió lo poco que él sabía del tema. Había pescado en la laguna desde niño, pero no sabía absolutamente nada de pesca.

—Hay inspectores de todas clases, *dottore* —respondió Bonsuan. Extendió la mano derecha y fue contándolos con los dedos—. Están los inspectores que deberían hacer exámenes aleatorios del pescado que está a la venta en el mercado: ¿es realmente fresco todo lo que se vende como fresco? Están los inspectores que deberían comprobar si hay sustancias peligrosas en el pescado: metales pesados, toxinas o agentes químicos, todas esas cosas que las fábricas vierten a la laguna. Luego están los inspectores del Magistrato alle Acque, que tienen la misión de vigilar que los pescadores pesquen únicamente donde deben. —Cerró la mano formando un puño y agregó—: Éstos, que yo sepa, aunque estoy seguro de que, si buscáramos, encontraríamos muchos más. Pero eso no quiere decir que inspeccionen ni que, si inspeccionan, informen de lo que encuentran.

—¿Por qué no han de informar?

La sonrisa de Bonsuan era paradigma de la compasión. Pero, en lugar de hablar, se limitó a frotar el pulgar y el índice.

—¿Y quién les paga? —preguntó Brunetti.

—Use la imaginación, *dottore*. Quien haga algo que no quiere que se sepa, algo que, si se supiera, le perjudicaría el negocio, quien tenga un barco o un puesto de pescado en Rialto, o una empresa que envía platijas contaminadas al Japón o a cualquier otro país con hambre de pescado.

—¿Está seguro de lo que dice, Bonsuan?

—¿Que si estoy seguro de que ocurre esto o si sé los nombres de los que lo hacen?

—Las dos cosas.

Bonsuan miró a su superior con gesto pensativo antes de responder:

—Supongo que, si lo pensara detenidamente, se me ocurrirían los nombres de un par de amigos míos que faenan en la laguna que quizá hayan pagado a alguien para que cerrara los ojos. Y supongo que, si indagara, descubriría los nombres de los que cobraron.

—Pero…

—Pero tengo dos sobrinos pescadores con barco propio. Y dentro de dos años me jubilo.

Cuando Brunetti comprendió que ésa era toda la respuesta que Bonsuan iba a darle, preguntó:

—¿Y qué quiere decir?

—Quiero decir que mi vida está en la laguna, no aquí, en la *questura*. Por lo menos, dentro de dos años ya no estará.

A Brunetti le pareció una actitud bastante razonable. De todos modos, probó:

—Pero, si ese pescado está contaminado, ¿no es peligroso que la gente se lo coma?

—¿Quiere eso decir lo que imagino, comisario?

—¿Qué?

—¿Que apela usted a mi responsabilidad cívica para que ayude a eliminar un peligro público? Tengo la impresión de que me está pidiendo que actúe como Greenpeace y le diga quiénes son esas personas, a fin de que usted pueda impedir que hagan algo peligroso para las personas y el entorno.

Aunque en la manera de hablar de Bonsuan no había ni un ápice de sarcasmo, Brunetti no pudo por menos de sentirse ridiculizado por las palabras del piloto.

—Bien, supongo que algo de eso hay —reconoció a desgana.

Bonsuan se revolvió en la silla, irguió el tronco y apoyó las manos en las rodillas, al tiempo que mantenía las plantas de los pies

pegadas al suelo, como para resistir el embate repentino de una ola.

—Yo no soy un hombre instruido, comisario —dijo—, y me doy cuenta de que mis ideas al respecto no están muy claras, pero no me parece que eso importe mucho. —Brunetti no hizo comentarios, y el piloto prosiguió—: ¿Se acuerda de cuando se hablaba de cerrar las fábricas de productos químicos por la contaminación que causaban? —Miró a Brunetti, esperando respuesta.

—Sí. —Desde luego que se acordaba. Hacía varios años, los investigadores habían comprobado que de las distintas plantas químicas y petroquímicas del continente se filtraban y vertían a la laguna toda clase de sustancias tóxicas. Incluso se publicó en los periódicos una lista de los trabajadores que habían muerto de cáncer durante los diez últimos años, un número tan alto que excedía ampliamente de la proporción normal. Un juez ordenó el cierre de las plantas, que fueron declaradas un peligro para la salud de los trabajadores, y dejó abierta a debate la cuestión del daño que causaban a los residentes de la zona. Al cabo de veinticuatro horas, hubo una protesta masiva, con amenaza de violencia, de los mismos trabajadores, los hombres que manipulaban, respiraban y se impregnaban de las toxinas que estaban matándolos, para exigir que se mantuvieran abiertas las fábricas. Ellos querían trabajar y aducían que preferían exponerse a enfermar mañana que estar en el paro hoy. Las fábricas permanecieron abiertas, los hombres siguieron trabajando y poco más se dijo o escribió acerca de esa otra marea que entraba en la laguna.

Bonsuan había quedado en silencio, y Brunetti lo azuzó:

—¿Y qué más?

—Clara tiene un paciente —dijo Bonsuan, refiriéndose a una hija suya, médica, que ejercía en Castello—. Es un hombre que padece una rara forma de cáncer de pulmón. No ha fumado ni un cigarrillo en su vida. Tampoco su mujer fuma. —Señaló al continente con un vago ademán de la mano derecha—. Pero ese hombre ha trabajado allí durante veinte años.

Bonsuan calló y Brunetti preguntó:

—¿Y bien?

—Pues, aunque Clara tiene estadísticas que dicen que esa forma de cáncer sólo se da en personas que han estado expuestas durante mucho tiempo a una de las sustancias químicas que allí se usan, él sigue negándose a creer que el cáncer se lo haya causado su trabajo. La esposa dice que ha sido la voluntad de Dios y él, que la mala suerte. Clara renunció a seguir hablándole de eso cuando comprendió que a ellos lo mismo les daba lo que fuera que lo estaba matando. Dice que no ha podido hacerles creer que su trabajo haya tenido algo que ver.

Esta vez, Bonsuan no esperó a que Brunetti pidiera aclaración.

—Así que me parece que poco importa que alguien advierta a la gente de que es peligroso comer almejas, o pescado, o gambas. Te dirán que sus padres siempre los comieron y vivieron hasta los noventa, o que no puedes estar siempre preocupándote por todo. O se enfadarán contigo por tratar de quitarles el trabajo. Pero lo único que no vas a conseguir es impedir que la gente haga lo que quiera, tanto si es comer un pescado que reluce en la oscuridad, como sobornar a quien sea, para poder seguir pescándolo y vendiéndolo.

En todos los años que hacía que Brunetti conocía a Bonsuan, no le había oído hablar tanto. Puesto que el piloto había empezado refiriéndose a sus sobrinos y a su próxima jubilación, Brunetti se resistía a creer que su explicación fuera ecuánime.

—Cuando se retire, Bonsuan, ¿piensa trabajar con sus sobrinos?

—Tengo licencia de piloto y no puedo permitirme comprar un taxi —respondió Bonsuan—. Además, no creo que ese trabajo me gustara. Otro hatajo de cerdos codiciosos.

—Y conoce bien la laguna —apuntó Brunetti.

—Y conozco bien la laguna.

Brunetti, resignado, preguntó:

—¿Hay algo que pueda usted decirme? —El comisario sabía que Bonsuan no era tan duro como aparentaba. Alguna que otra vez, Brunetti le había visto salir de su caparazón, despojarse de su disfraz de lobo de mar que no se deja impresionar por los crímenes de los

hombres—. Podría ser una ayuda, ¿comprende? —agregó, procurando que sus palabras sonaran más a sugerencia que a súplica.

Bonsuan se puso en pie. Antes de volverse hacia la puerta, dijo:

—Acabaría antes si le dijera cuáles son los pescadores que cumplen las ordenanzas que los que no las respetan. —Acercando la mano derecha a la frente, en un gesto que Brunetti interpretó como un saludo, terminó—: Esto es demasiado grande para usted, comisario, y demasiado grande para nosotros. —Le deseó buenos días y salió del despacho.

Brunetti no estaba ahora mucho mejor informado que cuando hizo subir al piloto. Comprendía que había pecado de optimista al pretender que el celo profesional o la conciencia cívica prevalecieran sobre la lealtad a la tribu o, lo que era más, a la familia. Concedía que esa facultad de pensar en la tribu o en la familia antes que en uno mismo podía considerarse un paso adelante hacia la civilización, aunque era un paso muy pequeño, desde luego. Como siempre que se ponía a generalizar sobre la conducta humana, lo que solía ocurrir cuando necesitaba una justificación para criticar el comportamiento de una persona conocida, Brunetti acababa preguntándose si, en iguales circunstancias, él actuaría de otro modo. Habitualmente, la conclusión era que no, y eso ponía fin a sus elucubraciones y lo dejaba sintiéndose ligeramente incómodo con su yo más íntegro. Al fin y al cabo, eran pocas las pruebas de que las instituciones públicas o el Gobierno se preocuparan ni lo más mínimo por el bien común.

Repasando su breve conversación con Bonsuan, Brunetti recordó que, efectivamente, ya hacía años que leía noticias de hechos violentos ocurridos en aquellas aguas: barcos que embarrancaban o chocaban, hombres que caían o eran arrojados al agua y que luego eran pescados, o ahogados, disparos que partían de embarcaciones que nadie había visto, hechos por hombres cuya identidad nunca llegaba a descubrirse. No obstante, en general, la laguna se percibía

como una presencia benigna por las gentes que vivían rodeadas por sus aguas, a las que muchos debían vida y fortuna.

Su curiosidad creciente le hizo abandonar la supersticiosa idea de que con su actitud podía influir de algún modo en la decisión de la *signorina* Elettra, y la llamó por teléfono para pedirle que buscara en los archivos de *Il Gazzettino* de los tres últimos años todas las noticias relacionadas con la laguna, los pescadores y los *vongolari*, concretamente, incidentes violentos entre los pescadores y entre éstos y la policía. Sabía que había leído más de un artículo que hablaba de ello, pero como los partes de los hechos violentos ocurridos en el agua solían pasarse a la policía portuaria o a los *carabinieri*, no les había prestado atención.

Brunetti, que había nacido a orillas de la laguna, aún la idealizaba y la consideraba un entorno apacible. Se preguntaba si así verían las gentes de la India a la madre Ganges, fuente de toda vida, dispensadora de alimento y guardiana de la paz. Recientemente, había leído en una de las revistas inglesas de Paola un artículo sobre la contaminación del Ganges, muchos de cuyos tramos estaban irremisiblemente envenenados, de modo que causarían la enfermedad y hasta la muerte de quienes bebieran sus aguas o se bañaran en ellas, mientras un Gobierno letárgico no pasaba de hacer gestos puramente simbólicos y pronunciar frases huecas. Pero, antes de poder empezar a consolarse con una supuesta superioridad europea, recordó la negativa de Vianello a comer moluscos y la revelación de Bonsuan acerca de los turbios manejos que hacían posible su extracción del fondo de la laguna.

Brunetti sacó la guía telefónica del cajón de abajo de la mesa. Sintiéndose bastante estúpido, lo abrió por la «P» y pasó las hojas rápidamente hasta encontrar «Policía». Los subepígrafes de San Polo, Ferrocarriles y Fronteras no parecían muy prometedoras. Tampoco la Policía Postal ni la de Autopistas serían de gran ayuda. Cerró la guía, marcó el número de la centralita de la planta baja y preguntó al operador a quién se pasaban las llamadas sobre incidentes en la laguna. El agente de servicio le explicó que

dependía del tipo de incidente: los accidentes se pasaban a la Capitaneria di Porto mientras que de los delitos se ocupaban los *carabinieri* o bien —y aquí la voz del telefonista se hizo un poco tensa— ellos mismos.

—Comprendo —dijo Brunetti—. Pero ¿quién va a investigar?

—Depende, señor —dijo el agente, con una voz que era todo un compendio de discreción—. Si no tenemos lancha disponible, avisamos a los *carabinieri* y van ellos.

Brunetti sabía perfectamente por qué los buzos de los *carabinieri* no estaban disponibles para examinar los restos del *Squallus*, por lo que se limitó a tomar nota mentalmente, reservándose cualquier comentario.

—Y durante los últimos años… —empezó a decir Brunetti, pero se interrumpió y rectificó—. No, déjelo. Esperaré a la *signorina* Elettra.

En el momento de colgar, le pareció oír la voz del agente, adelgazada por la distancia, que decía: «Somos varios los que la esperamos», pero no estaba seguro.

Al igual que todos los italianos, Brunetti había crecido oyendo chistes de *carabinieri*. ¿Por qué siempre van a investigar dos *carabinieri*? Porque uno lee y el otro escribe. Él sabía que los norteamericanos contaban esa clase de chistes sobre los polacos, y los ingleses, sobre los irlandeses. Durante su carrera, Brunetti había visto muchas cosas que abonaban esa muestra de sabiduría popular, pero hasta hacía pocos años no habían empezado a ocurrir cosas que habían debilitado su convicción de que, por estúpidos y cortos que pudieran ser, los *carabinieri* eran honrados a carta cabal.

En su desánimo, Brunetti se sentía incapaz de buscar una actividad constructiva, y atrajo hacia sí un fajo de papeles e informes sin leer que empezó a recorrer rápidamente con la mirada, buscando el lugar en el que debía poner la inicial antes de pasarlos al siguiente lector. Cuando los niños eran pequeños, alguien le dijo que la escuela estaba obligada a guardar todos los ejercicios de los alumnos durante diez años. Había olvidado dónde había oído aquello, pero recordaba que entonces imaginó un archivo enorme,

tan grande como toda la ciudad, repleto de papeles oficiales. Los historiadores romanos que tanto amaba él describían la península italiana cubierta de espesos, y hasta impenetrables, bosques de robles, hayas y castaños. Bosques ya desaparecidos, desde luego, talados para la agricultura y para la construcción de navíos. Y también, pensaba él con amargura, para papel que, si alguien no lo remediaba, un día volvería a cubrir toda la península. También él habría hecho su aportación a tan colosal archivo, pensó mientras estampaba sus iniciales en otra hoja y la dejaba a un lado. Miró el reloj y, no queriendo que pareciera que atosigaba a la *signorina* Elettra, renunció a reclamarle la información solicitada y decidió irse a casa a almorzar.

CAPÍTULO 9

Brunetti encontró a Paola sentada a la mesa de la cocina, con la cabeza inclinada sobre un ejemplar de *Panorama* o *Espresso*, los dos semanarios a los que estaba suscrita. Paola tenía la costumbre de guardar las revistas durante seis meses por lo menos antes de leerlas; decía que era el tiempo necesario para situar las cosas en perspectiva, dejar que la *pop star* que hacía furor muriera de sobredosis y cayera en un merecido olvido, que Gina Lollobrigida iniciara y abandonara otra carrera y que se hiciera borrón y cuenta nueva de todos los planes y debates de *riforma* política.

Brunetti vio en las páginas de la revista la foto de dos hombres con chaqueta blanca de chef y el gorro rojo de Papá Noel y, a su izquierda, una mesa adornada con brezo y velas rojas que indicaban que, en sus lecturas, Paola había llegado ya al final del año anterior.

—Ah, magnífico —dijo él inclinándose para darle un beso en la coronilla—. ¿Hoy tenemos pavo para almorzar? —Como ella no respondiera, agregó—: Hace mucho calor para pavo, ¿verdad? Pero lo que sea huele a gloria.

Ella lo miró sonriendo:

—Si por lo menos fuera pavo lo que éstos proponen para la cena de Navidad —dijo golpeando la página con un índice furioso—. Es inconcebible.

Como la lectura de aquellas revistas provocaba habitualmente ese tipo de reacciones en su esposa, Brunetti concentró su atención en sacar de la nevera una botella de Pinot Grigio y, del armario situado encima, dos copas que llenó hasta la mitad. Acercó una a Paola al tiempo que hacía un sonido interrogativo con la garganta.

Ella decidió tomarlo por una señal de auténtico interés y respondió:

—Dicen que hemos de abandonar las ideas nuevas en materia culinaria y resucitar las tradiciones de nuestros padres y abuelos. —Brunetti, que estaba saturado de *nouvelle cuisine,* se sentía plenamente de acuerdo, pero, como sabía que Paola tenía ideas más audaces y disentía de él en este tema, se reservó la opinión—. Mira lo que proponen para empezar una cena de Navidad al estilo de nuestros abuelos. —Levantó la revista y la agitó nerviosamente, como para meterla en vereda—. «Hígado de pavo con tartaletas de pera *al Taurasi»,* que vete tú a saber qué es o quién, y «pifia al aroma de *limoncello».* —Levantó la cara hacia Brunetti, que tuvo el sano reflejo de mover la cabeza con un gesto que él esperaba que fuera de condena. Reconfortada, ella prosiguió—: Y escucha esto: «*Sartú*» otro que tal, «arroz con rodajas de berenjena, huevos y albondiguillas *di annechia* con salsa de tomates de San Marsano». —Indignada por ese exceso que colmaba toda medida, arrojó la revista sobre la mesa, donde se cerró, ofreciendo a Brunetti la visión de un exuberante busto femenino distintivo de portada obligatorio de ambas publicaciones—. ¿Dónde se han creído que vivían nuestros abuelos? ¿En la corte de Luis XIV? —preguntó.

Brunetti, que sabía que por lo menos uno de los bisabuelos de Paola había servido en la corte del primer rey de Italia, nuevamente optó por el silencio.

Apartando aún más la revista, ella preguntó:

—¿Por qué les resulta tan difícil recordar lo pobre que era Italia? Tampoco hace tanto.

Eso parecía más que una pregunta meramente retórica, y Brunetti respondió:

—Supongo que la gente prefiere recordar tiempos felices, es decir, tiempos más felices y, si no pueden recordarlos, procuran hacer que lo parezcan.

—Eso lo hacen los viejos —convino Paola—. Por ejemplo, en Rialto, si escuchas a las viejas, no oyes más que lo bien que se vivía

antes, mucho mejor que ahora, y con menos.

—O será, quizá, que la mayoría de los periodistas son jóvenes y no tienen esos recuerdos.

Ella asintió.

—Además, nos falta el sentido de la memoria histórica, por lo menos, a escala de país. La semana pasada, estuve hojeando el libro de Historia de Chiara, y me asusté. En los capítulos del siglo XX, se habla de la Segunda Guerra Mundial muy por encima. Mussolini hace un papelito de comparsa en los años veinte, antes de ser pervertido por los malvados alemanes, pero aquello acaba pronto y Roma vuelve a ser libre: aunque no sin que nuestros valientes soldados lucharan como leones y murieran como héroes.

—En el colegio no nos contaban nada de aquello, por lo menos, que yo recuerde —dijo Brunetti sirviéndose otra media copa de vino.

—Es que, cuando nosotros íbamos al colegio —dijo Paola después de tomar un sorbo de su copa—, estaba en el poder la derecha, que no iba a fomentar un análisis ecuánime del fascismo. Por lo mismo que, cuando formó alianza con la izquierda, tampoco era conveniente hablar del comunismo. —Otro sorbo—. Y como durante la guerra cambiamos de bando, tenían que ser muy cautos al repartir los papeles del malo y el bueno.

—¿Quiénes tenían que ser cautos? —preguntó Brunetti.

—Los que escriben los libros de Historia. Mejor dicho, los políticos que deciden quiénes escriben los libros de Historia, por lo menos, los que se usan en los colegios.

—¿Y la noción de la simple verdad histórica? —preguntó Brunetti.

—Tú, Guido, que pasas la mayor parte del tiempo leyendo Historia, deberías saber que esa noción no existe.

Él no tuvo más que recordar la diferencia entre las versiones católica y protestante de la historia del papado para dar la razón a su mujer. Pero aquello era la religión, una materia en la que te parece que lo normal es que todos mientan, y eso era memoria viva: las personas que habían tomado parte en aquellos hechos aún

vivían; los padres de la mayoría de sus amigos habían luchado en la guerra.

—Quizá en la propia experiencia sea más difícil distinguir la verdad —propuso él y, al ver que ella lo miraba desconcertada, aclaró—: Cuando relatas los actos de unas personas que vivieron hace cientos de años, puedes ser imparcial o, por lo menos, tienes la posibilidad de serlo.

—¿Te refieres a cómo la Iglesia relata la Inquisición? —preguntó ella.

Él se dio por vencido con una sonrisa y preguntó:

—Si no es pavo, ¿qué es?

Ella, magnánima en la victoria, dijo:

—He pensado que podríamos comer los platos de nuestros antepasados.

—¿Concretamente?

—Esos *involtini* que tanto te gustan, con *prosciutto* y corazones de alcachofa.

—Dudo mucho que un antepasado mío comiera eso —confesó él.

—También hay polenta. Para darle un toque de verismo histórico.

Los chicos almorzaron en casa, pero estaban insólitamente apagados, inmersos como se hallaban, en esas últimas semanas de escuela, en los preparativos de los exámenes de fin de curso. Raffi, que esperaba ir a la universidad al año siguiente, se había convertido durante los últimos meses en una especie de fantasma, que sólo salía de su habitación para comer o para pedir a su madre que le ayudara a salvar algún escollo de una traducción de griego. El noviazgo con Sara Paganuzzi subsistía, al parecer, a base de conversaciones telefónicas nocturnas y esporádicos encuentros en *campo* San Bartolo antes del almuerzo. Chiara que, a cada mes que pasaba, iba entrando en posesión de su herencia de la belleza materna, vivía absorta en los misterios de las matemáticas y la navegación por los astros, ignorante del poder que un día le daría su hermosura.

Después del almuerzo, Paola se llevó el café a la terraza, instando a su marido a seguirla. El sol de primera hora de la tarde calentaba tanto que, antes de salir, Brunetti se quitó la corbata, primera e inequívoca señal de que el verano estaba cerca.

Se quedaron en plácido silencio. De una terraza de la izquierda, llegaban voces; de vez en cuando una de las sábanas tendidas en una ventana del piso de abajo, restallaba por un viento fresco que, por desgracia, no traía promesa de lluvia.

—Seguramente, tendré que ir bastante a Pellestrina —dijo Brunetti.

—¿Cuándo?

—Esta misma semana. Quizá a partir de mañana.

—¿Para tenerla vigilada? —preguntó Paola, sin insistir en sus objeciones a la decisión de la *signorina* Elettra.

—En parte, aunque no sé cuándo piensa ir.

—¿Y para algo más?

—Para hablar con la gente, ver lo que dicen.

—¿Querrán hablar contigo, sabiendo que eres policía?

—No pueden negarse a hablar conmigo. Otra cosa es que digan la verdad, o que insistan en que no recuerdan nada de los Bottin. Es la táctica habitual.

—Entonces, ¿por qué molestarse en hablar con ellos?

—Por lo que callen y por lo que mientan. —Brunetti cerró los ojos, y se recostó en el respaldo del sillón, dejando que el sol le diera de lleno en la cara por primera vez aquel año. Al cabo de un rato, dijo—: Yo diría que eso me convierte en algo así como uno de esos historiadores de que hablábamos antes, y me obliga a hacer lo mismo que ellos. —Se quedó esperando a que Paola le pidiera aclaración y, en vista de que ella no decía nada, la miró para ver si se había dormido. Pero no dormía sino que lo miraba atentamente, esperando a que continuara.

—Hay que escuchar las explicaciones de unos y otros, tratar de comprobarlas y actuar teniendo en cuenta a quién beneficia cada versión.

—¿Y, todo eso, sin perder de vista que mienten?

—Que, probablemente, mienten —asintió él.

—¿Y después?

—Después tendré que averiguar lo que han contado a la *signorina* Elettra.

—¿Y después? —insistió ella.

—No tengo ni idea.

—¿Y vendrás a dormir a casa?

—Seguramente. ¿Por qué?

Ella lo miró largamente, sorprendida por su pregunta.

—Porque, si al fin me decido a fugarme con el cartero, me gustaría saber que queda alguien en casa que dé de comer a los chicos.

A media tarde, la *signorina* Elettra llamó a Brunetti y le dijo que el *vicequestore* Patta quería verlo. Brunetti rara vez recibía esa llamada con placer, pero estaba tan aburrido de leer y contraseñar informes que hasta esa escapatoria fue bien recibida. Rápidamente, bajó al despacho de la *signorina* Elettra.

Ella lo saludó con una sonrisa.

—Quiere comunicarle quién estará al mando durante su ausencia.

—Espero no ser yo —dijo Brunetti. Ello complicaría sus planes de ir a Pellestrina.

—No; ya ha hablado con Marotta —dijo ella, aludiendo a un comisario de Turín que había sido destinado a la *questura* de Venecia hacía unos meses.

—¿Debería ofenderme? —preguntó Brunetti. Marotta era mucho más joven y no era veneciano, por lo que el nombramiento no podía ser más que un insulto calculado.

—Probablemente. Por lo menos, eso es lo que a él le gustaría.

—Entonces haré cuanto pueda por darme por ofendido —dijo Brunetti—. No quiero defraudarlo ahora que se va de vacaciones.

—No se va de vacaciones, comisario —dijo ella en tono de reproche—. Es una conferencia sobre nuevos métodos para la prevención del delito —especificó, sin mencionar los detalles de la invitación.

—En Londres —agregó Brunetti.

—En Londres —confirmó ella.

—En inglés.

—*Yes*.

—Lengua que el *vicequestore* habla con tanto desparpajo como el finlandés.

—Un poco mejor que el finlandés. Sabe decir: «Bond Street», «Oxford Street» y «the Dorchester».

—Y «the Ritz» —dijo Brunetti—. No lo olvide.

—¿Ha hablado de eso con él? —preguntó ella.

—¿De qué, de la conferencia o de su inglés?

—De la conferencia y de quién debía asistir.

—Hubiera sido perder el tiempo. Hace semanas me dijo que iría él y, antes de que yo pudiera mencionar la cuestión del idioma, me dijo que su mujer se había ofrecido a acompañarlo en calidad de intérprete.

—Yo no sabía eso —dijo la *signorina* Elettra con evidente sorpresa y, según le pareció a Brunetti, irritación—. ¿Su mujer habla inglés?

—Tanto como él —dijo Brunetti dando media vuelta para llamar con los nudillos a la puerta de Patta.

El *vicequestore*, como siempre que hacía una mala pasada a Brunetti —a quien estaba dirigida la invitación—, hacía el papel del ofendido. A fin de crear el ambiente apropiado, permaneció sentado a su mesa, situándose a un nivel inferior.

—¿Dónde ha estado estos últimos días? —preguntó nada más ver a Brunetti, quien, reconoció la técnica del ataque preventivo. El propio Patta, con un traje gris que Brunetti no le conocía, parecía haber pasado los últimos días preparándose para el viaje a Londres: el pelo gris, recién cortado, y la tez, con el saludable tinte veraniego

que imprimen las lámparas bronceadoras bien dosificadas. Como de costumbre, Brunetti se asombró de lo perfecto que resultaba Patta para el puesto de alto funcionario de la policía, o alto funcionario de cualquier sitio.

—Nos llamaron de Pellestrina, señor. Dos hombres fueron asesinados en su barco. —Brunetti procuraba no demostrar interés —. La llamada era para nosotros, por lo que no tuve más remedio que ir a echar un vistazo.

—No está dentro de nuestra jurisdicción —dijo Patta, a pesar de que los dos sabían que no era verdad.

—También llamaron a los *carabinieri* —dijo Brunetti con una sonrisita que pretendía expresar a un mismo tiempo alivio y conformidad con la objeción de Patta—. Por lo que es probable que el caso les sea asignado a ellos.

Algo en la manera de hablar de Brunetti hizo recelar a Patta, como recela un perro al oír un tono insólito en una voz conocida.

—¿Parece un caso sencillo?

—Ni idea, señor. Suelen ser crímenes pasionales o cuestiones de dinero.

—Así pues, será fácil de resolver. Quizá podamos hacernos cargo.

—Oh, no me cabe duda de que será un caso fácil. En realidad, ya nos han dado el nombre de un hombre que tuvo una pelea con una de las víctimas.

—¿Y? —inquirió Patta, vivamente interesado en el caso, ahora que parecía que no habría dificultades. La rápida solución de un caso de asesinato sería un éxito para la *questura* de Venecia. Brunetti ya veía a su superior redactando el titular: *Asesinato resuelto por la pronta intervención del vicequestore*.

—Verá, señor, si usted va a estar fuera la próxima semana, he pensado que quizá sea preferible que se encarguen los *carabinieri*. —Brunetti calló, dando ocasión a Patta, de hablarle de la cadena de mando que regiría en su ausencia.

—¿Y que se lleven ellos el mérito? —preguntó Patta sin ocultar la indignación ni hacer referencia alguna a la semana siguiente—. Si es

tan fácil como usted dice —prosiguió, alzando una mano para cortar la protesta de Brunetti—, debemos investigarlo nosotros. Los *carabinieri* harán una chapuza.

—Pero, señor —objetó Brunetti débilmente—, no creo que dispongamos de efectivos para enviarlos allí. —Uno de los personajes favoritos de Brunetti siempre había sido Yago, cuya astucia admiraba y con frecuencia había tratado de emular. Abrazando, por así decir, la imagen de Yago, Brunetti prosiguió—: Quizá Marotta podría encargarse del caso. Sería conveniente enviar a alguien que no pudiera tener relación alguna con aquella gente. Él es de Turín, ¿verdad? —Patta asintió y Brunetti prosiguió—: Bien, entonces no hay posibilidad de que conozca o esté relacionado con alguien de Pellestrina.

Patta no resistió más.

—Brunetti, por Dios, use la cabeza. Si enviamos a un *torinese*, nadie le dirá ni media palabra. Tiene que ser alguien de aquí. —Como si acabara de ocurrírsele, Patta agregó—: Además, Marotta ocupará mi puesto en mi ausencia, y no podrá andar de un lado a otro de la laguna, interrogando a gente que no hablan más que el dialecto. —El desdén de Patta no hubiera sido más patente, si aquella gente hubiera creído que la Tierra era plana, además del centro del Universo.

Sin parar mientes en la observación de Patta, pero pensando que quizá iba demasiado lejos, Brunetti preguntó:

—Entonces, ¿quién, señor?

—A veces, comisario, parece increíblemente ciego. —Patta lo dijo con tanta condescendencia que Brunetti no pudo por menos de admirar el autodominio de su superior por no haber dicho «estúpido»—. Usted es veneciano y ya ha estado allí.

Haciendo gala de un autodominio no menos portentoso, Brunetti se abstuvo de alzar ambas manos para mostrar su sobresalto y asombro. Era un aspaviento que había visto en las películas mudas de los años veinte y que siempre pensó que le gustaría hacer. Pero se limitó a decir, con voz grave:

—No estoy muy seguro, señor. —Había observado que, para convencer a Patta, era más eficaz una ligera resistencia que una conformidad inmediata.

—Pues yo lo estoy. Es un caso fácil, y nos vendrá bien un poco de buena publicidad, especialmente después de que esos estúpidos de la magistratura hayan dejado salir de la cárcel a todos los mafiosos. —Los periódicos no hablaban de otra cosa desde hacía varios días. Quince jefes de la Mafia, condenados a cadena perpetua, habían sido excarcelados a causa de una pequeña irregularidad descubierta en el proceso de apelación. Uno de ellos, según repetían los periódicos, había confesado el asesinato de cincuenta y nueve personas. Y ahora estaban todos en la calle. Brunetti recordó las palabras de la *signorina* Elettra: «Libres como el aire.»

—No me parece que haya relación entre los dos casos —objetó Brunetti.

—Naturalmente que la hay —dijo Patta levantando la voz airadamente—. La mala publicidad repercute en todos nosotros.

Brunetti se preguntaba si eso era todo lo que el caso suponía para Patta: mala publicidad. ¿Se ponía en libertad a aquellos monstruos para que pudieran devorar a sus enemigos y lo único que veía Patta era mala publicidad?

Antes de que la decencia más elemental pudiera inducir a Brunetti a protestar, Patta prosiguió:

—Quiero que vaya usted y lo resuelva. Si ya tiene un nombre, vea lo que puede averiguar sobre esa persona. Y procure que se haga pronto. —Patta abrió una carpeta, sacó la Mont Blanc del bolsillo del pecho y se puso a leer. La prudencia impidió a Brunetti poner objeciones a las perentorias órdenes de Patta y a la rudeza de su despedida. Había conseguido lo que venía a buscar: el caso era suyo. Pero no era la primera vez que salía del despacho de Patta sintiéndose denigrado por la facilidad con que había manipulado al otro, poniéndose el gorro de cascabeles del bufón para conseguir lo que consideraba suyo por derecho. El nombramiento provisional de

Marotta apenas se había mencionado, lo que significaba que Patta se había quedado sin la oportunidad de regodearse con lo que él podía considerar una victoria. Pero, por lo menos, Brunetti se había ahorrado la necesidad de fingirse ofendido por la decisión. El mando era lo último que él deseaba, pero ésa era una información que prefería no revelar a su superior, ni de palabra ni de obra. Brunetti era incapaz por naturaleza de adorar a la perversa diosa del Éxito. Él tenía aspiraciones más modestas. Ponía sus miras más cerca, le interesaba el aquí y ahora, lo concreto. Dejaba para otros los objetivos y deseos más ambiciosos. Él se conformaba con una familia bien avenida, una vida decente y un trabajo hecho con dignidad. Le parecía que eso era lo menos que podía pedir a la vida, y ésas eran sus ilusiones.

CAPÍTULO 10

A la mañana siguiente, poco después de las nueve, Brunetti y Vianello salieron para Pellestrina. Aunque los dos sabían que los llevaba allí la investigación de dos brutales asesinatos, una vez más, el esplendor del día alegraba el ánimo y daba al viaje un aire aventurero de excursión de colegio. Lejos de las paredes de un despacho y de un Patta que llamara exigiendo resultados inmediatos, liberados de la obligación de estar en un sitio determinado a una hora fija, se sentían de tan buen humor que ni el gesto adusto de Bonsuan que, al timón, despotricaba de la contracorriente que dificultaba su avance, los afectaba. La mañana no defraudaba sus expectativas. Los árboles del Giardini tenían hojas nuevas que, movidas por un repentino soplo de brisa, relucían con reflejos trémulos al captar con el envés el reverbero del sol en el agua.

Cuando se acercaban a la isla de San Servolo, Bonsuan se abrió hacia la derecha en una amplia curva, por delante de Santa Maria della Grazia y San Clemente. Ni siquiera el recuerdo de que, durante siglos, esas islas se habían utilizado para aislar a los enfermos de cuerpo y espíritu del resto de la población de Venecia, enfrió el ánimo de Brunetti.

Vianello lo sorprendió con su comentario:

—Muy pronto, no se podrá ni ir a buscar moras.

Confuso, pensando que el viento de la marcha había podido hacerle oír mal, Brunetti se inclinó hacia el sargento.

—¿Cómo?

—Ahí —dijo Vianello señalando a una isla mayor que se veía a la derecha, a lo lejos—. Sacca Sèssola. De niños íbamos a buscar

moras. La isla estaba abandonada, y crecían por todas partes. Podíamos recoger varios kilos en un día y nos atracábamos hasta ponernos malos. —Vianello levantó la mano para protegerse los ojos del sol—. Dicen que la han vendido en subasta a no sé qué universidad o empresa, y que van a construir un centro de congresos o algo por el estilo. —Brunetti pudo oír el suspiro—. Adiós moras.

—Pero así vendrán más turistas, ¿no? —dijo Brunetti, aludiendo a la divinidad que adoraban los que mandaban en la ciudad.

—Yo prefiero las moras.

Callaron hasta que, a su derecha, apareció el solitario *campanile* de Poveglia. Entonces Vianello preguntó:

—¿Cómo enfocamos esto, comisario?

—Me parece que habría que tratar de averiguar más cosas acerca de lo que dijo el camarero, sobre su hermano y las posibles consecuencias de aquella discusión. Vea si encuentra al hermano y qué le dice. Yo volveré a hablar con la *signora* Follini.

—Es usted valiente, comisario —dijo Vianello, impasible.

—Mi mujer me ha prometido llamar a la policía si a la hora de la cena no he vuelto a casa.

—Dudo que ni nosotros pudiéramos servir de algo frente a la *signora* Follini.

—Temo que tenga usted razón, sargento. De todos modos, uno ha de cumplir con su deber.

—Como John Wayne.

—Exacto. Después de hablar con ella, probaré en el otro bar. Me parece que hay uno en la calle del restaurante, al otro lado.

Vianello asintió. Él también lo había visto, pero aquel día estaba cerrado.

—¿Y el almuerzo? —preguntó.

—En el mismo sitio —dijo Brunetti—. Usted, nada de almejas ni de pescado, por supuesto. Debe de ser un gran sacrificio.

—Créame, comisario, no cuesta nada.

—Pues es lo que hemos comido desde niños —dijo Brunetti, sorprendiéndose a sí mismo por insistir—. Tiene que costar dejarlo.

—Como ya le dije —empezó a decir Vianello volviéndose a mirarlo y sujetándose la gorra con una mano contra una brusca ráfaga de viento—, ciertas cosas que he leído me han decidido a no comer nada de eso.

—Tiene que echarlo de menos a la fuerza —insistió Brunetti.

—Claro que lo echo de menos. Soy humano. Todo el que deja de fumar echa de menos el tabaco. Pero estoy seguro de que eso me mataría, de verdad. —Antes de que Brunetti pudiera cuestionar sus palabras o tomarlas a broma, el sargento prosiguió—: No un plato, ni cincuenta, desde luego. Pero esos animales están cargados de sustancias químicas y metales pesados. Sólo Dios sabe cómo pueden estar vivos. Sencillamente, la sola idea de comerlos me repugna.

—Entonces, ¿por qué los echa de menos?

—Porque soy veneciano y, como usted dice, los he comido desde niño. Pero entonces no estaban envenenados. Me gustaban, me encantaban los *spaghetti* que hacía mi madre con salsa de almejas, y la sopa de pescado. Pero ahora que sé lo que contienen, no puedo. —Consciente de que aún no había satisfecho la curiosidad de Brunetti, dijo—: Quizá sea algo parecido a lo que sienten los indios acerca de comer carne de vaca. —Se quedó pensativo y rectificó—: No; ellos no la han comido nunca, no es que hayan renunciado a ella. —Siguió reflexionando y, finalmente, desestimó el símil—. No sabría explicarle lo que es eso. Supongo que podría comerlos si me apetecieran. Es sólo que no me apetecen.

Brunetti fue a responder, pero Vianello se adelantó a preguntar:

—¿Por qué le sorprende tanto? No reaccionaría así si alguien dejara de fumar, ¿verdad?

Brunetti meditó.

—Seguramente, no. —Se echó a reír—. Será que, tratándose de comida, es diferente, y me cuesta trabajo creer que una persona renuncie a algo tan bueno como las almejas, a pesar de las consecuencias.

Eso pareció zanjar la cuestión, al menos por el momento. Bonsuan aceleró y el ruido del motor impidió la conversación. De vez en cuando, pasaban junto a alguna barca fondeada en la laguna, en la que había un hombre con una caña en la mano, al parecer, más entregado a la contemplación que al propósito de capturar algún pez. Al oír acercarse la lancha a toda velocidad, levantaban la mirada, pero cuando veían que era la policía volvían a fijar la atención en el agua.

Pronto —demasiado pronto, para Brunetti— avistaron el largo muelle de Pellestrina. Un pequeño hueco señalaba el lugar en el que seguía hundido el *Squallus*, cuyos mástiles asomaban con el mismo ángulo inverosímil. Bonsuan los llevó hasta el extremo del muelle, puso el motor al ralentí, dejó que la lancha se deslizara hasta que estuvieron a menos de un metro de la *riva*, dio marcha atrás durante unos segundos y paró el motor. La lancha derivó en silencio hasta el muelle. Vianello rodeó un amarradero de metal con el cabo y tiró de la lancha con facilidad para situarla. Con pericia y rapidez, anudó el cabo y dejó caer el extremo en la cubierta.

Bonsuan se asomó desde la cabina de mando para decir:

—Los esperaré.

—No hace falta, Bonsuan —dijo Brunetti—. No sé cuándo terminaremos. Podemos ir en el autobús hasta el Lido y allí tomar el barco.

—Los esperaré —repitió Bonsuan, como si Brunetti no hubiera dicho nada o como si él no hubiera oído a su superior.

Como las funciones de Bonsuan eran estrictamente las de piloto, Brunetti no podía pedirle que se mezclara con los vecinos de Pellestrina para tratar de obtener información acerca del asesinato de los Bottin. Tampoco quería ordenarle que regresara a la *questura*, a pesar de que allí podían necesitar la lancha. Optó por una vía intermedia y preguntó:

—¿Qué va a hacer durante todo el día?

Bonsuan dio media vuelta y levantó la tapa del pañol que tenía a su derecha. Se inclinó y sacó tres cañas de pescar y un cubo

pequeño, cubierto por un plástico.

—Estaré ahí delante —dijo señalando el agua que tenían a la derecha. Miró de frente a Brunetti y dijo—: Si le parece bien, después de pescar, podría ir al bar a tomar un café.

—Buena idea —dijo Brunetti, subiendo al muelle.

Él y Vianello se encaminaron hacia la piña de casas del pequeño pueblo. Brunetti miró el reloj.

—Son más de las once. Nos encontraremos en el restaurante.

Cuando llegaron a lo que pasaba por ser el centro de Pellestrina, Brunetti torció a la izquierda, en dirección a la tienda de la *signora* Follini, mientras Vianello seguía adelante, camino del restaurante, para preguntar al camarero dónde podía encontrar a su hermano.

La *signora* Follini estaba detrás del mostrador, hablando con una anciana. Al entrar él, la dueña de la tienda inició una amplia sonrisa, pero enseguida Brunetti vio cómo la presencia de la otra mujer le hacía moderar su afabilidad reduciéndola a la atención formal que dispensaría a un desconocido que no tuviera derecho a esperar nada más que pura cortesía.

—*Buon giorno* —dijo Brunetti.

La *signora* Follini, que hoy llevaba un vestido color naranja con anchas franjas de encaje en el escote y la cintura, le devolvió el saludo e inmediatamente centró la atención en la mujer, que miraba a Brunetti con unos ojos grises, empañados por la edad, pero inquisitivos. Si tenía dientes, hoy no se había molestado en ponérselos. Era baja, apenas le llegaba a la barbilla a la *signora* Follini e iba vestida toda de negro. Al mirarla, Brunetti pensó que sería más apropiado decir «enfundada», porque era difícil distinguir a primera vista una prenda de otra: falda larga, hasta media pierna, chaqueta de lana, abrochada hasta el cuello y una toquilla de ganchillo que le cubría los hombros y la cabeza, cuyas puntas le llegaban casi a la cintura.

Su indumentaria proclamaba su viudez con tanta claridad como un cartel que hubiera llevado en la mano o una letra gigante prendida en el pecho. El sur estaba lleno de mujeres como aquélla,

vestidas de negro, destinadas a pasar el resto de su vida como sombras, sometidas a unas normas de conducta tan rigurosas como las que rigen para las campesinas de Bengala o de Perú. Pero eso no era el sur, eso era Venecia, donde las viudas llevaban colores vivos, iban al baile cuando querían y con quien querían y volvían a casarse, si lo deseaban.

Él, bajo el peso de aquella mirada, dijo:

—Buenos días, *signora*.

La mujer se desentendió de él y se volvió hacia la *signora* Follini.

—También, un paquete de velas y medio kilo de harina —le pareció a Brunetti que decía, pero su dialecto era tan cerrado que no estaba seguro. A menos de veinte kilómetros de su casa, y casi no entendía a la gente.

Brunetti fue hacia el fondo de la tienda y se puso a examinar el género de los estantes. Tomó una lata de tomates Cirio, miró por curiosidad la fecha de caducidad estampada en la base y vio que era de dos años atrás. Dejó cuidadosamente la lata dentro de su círculo de polvo y se acercó a los jabones.

Miró al mostrador, pero la viuda seguía allí. Oyó que decía algo a la *signora* Follini, pero en una voz muy baja como para distinguir sus palabras, aunque no estaba seguro de si, dichas en voz más alta, las hubiera entendido. Una fina película de polvo cubría la irregular pila de cajas de detergente. Una tenía una esquina roída y un montoncito de minúsculas bolas blancas y azules había caído al estante.

El reloj dijo a Brunetti que llevaba más de cinco minutos en la tienda. La *signora* Follini no había agregado nada a las velas y la harina que había dejado en el mostrador delante de la vieja, pero las dos mujeres seguían hablando.

Brunetti fue más al fondo de la tienda y miró una hilera de frascos de pepinillos y aceitunas que tenía a la altura del pecho. Un frasco de algo que parecían champiñones le llamó la atención por un pequeño óvalo de moho blanco que había escapado por debajo de la tapa y descendía por el vidrio. A su lado había una lata pequeña sin

etiqueta. Parecía extrañamente perdida e inútil y, al mismo tiempo, un tanto amenazadora.

Brunetti oyó la campanilla y se volvió hacia el mostrador. La anciana se había ido y con ella habían desaparecido las velas y la harina. Fue hacia la parte anterior de la tienda y dijo otra vez:

—*Buon giorno*.

La mujer correspondió con una sonrisa, pero era una sonrisa fría; quizá la vieja se había llevado todo el calor o quizá había dejado tras de sí una fría advertencia de cómo debe comportarse con los extraños una mujer que no tiene marido visible.

—¿Cómo está, *signora*?

—Muy bien, gracias —respondió ella con cierta ceremonia—. ¿En qué puedo servirle? —En la anterior visita del comisario, la pregunta hubiera tenido un aire insinuante y provocativo. Pero esta vez su tono indicaba claramente que el ofrecimiento no iba más allá de los garbanzos, la sal o la lata de anchoas.

Brunetti le dedicó la más cordial de sus sonrisas.

—He vuelto para hablar con usted, *signora* —respondió, con la esperanza de que eso la hiciera reaccionar. En vista de que no era así, prosiguió—: Quería preguntarle si ha recordado algo más acerca de los Bottin, algo que pudiera sernos de utilidad.

La cara de la mujer permaneció inexpresiva.

—La otra vez que hablamos, dijo usted conocer bien, por lo menos, al hijo, y he pensado que quizá haya recordado algo que pudiera ser importante.

Ella movió la cabeza negativamente, todavía sin hablar.

—Supongo que a estas horas todo el mundo sabrá que fueron asesinados —dijo él, y esperó.

—Sí, ya lo sé —dijo ella al fin.

—Pero lo que la gente ignora es que fueron unos asesinatos brutales, especialmente el de Marco.

Ella asintió, bien fuera para indicar que ya estaba enterada, bien para dar a entender que también eso lo sabía la gente de Pellestrina.

—Por lo tanto, necesitamos averiguar sobre ellos todo lo posible, a fin de empezar a formarnos una idea de quién ha podido hacer esto. —Como ella no respondiera, preguntó—: ¿Comprende, *signora*?

Ella lo miró a los ojos. Sus labios permanecían fijos en la sonrisa que le habían dado los cirujanos, pero Brunetti vio la tristeza de sus ojos.

—Nadie podía querer mal a Marco. Era un buen chico.

Aquí se interrumpió y volvió la cara hacia el fondo de la tienda.

—¿Y el padre? —preguntó Brunetti.

—No puedo decirle nada —respondió la mujer con voz tensa—. Nada.

Brunetti percibió el nerviosismo de su acento.

—Le prometo total discreción, *signora*.

La inmovilidad de las facciones de la mujer hacía impenetrable su expresión, pero a él le pareció que su actitud se relajaba.

—No podían haber querido matar a Marco.

—¿No podían? ¿Quiénes?

Volvió el nerviosismo.

—Quienquiera que haya sido.

—¿Qué clase de persona era Giulio? —preguntó Brunetti.

La barbilla de la mujer, esculpida a golpe de bisturí, se movió de derecha a izquierda negando mayor información.

—Pero *signora…* —dijo Brunetti, pero lo interrumpió el sonido de la campanilla. Vio que la mujer volvía rápidamente los ojos hacia la puerta y se apartaba del mostrador.

—Como le decía, *signore*, para fósforos debe ir al estanco. Yo no tengo.

—Perdón, *signora*, pero como he visto que vendía velas a esa señora, pensé que también tendría —dijo él con absoluta naturalidad, sin prestar atención a los pasos que sonaban a su espalda.

Brunetti dio media vuelta y fue hacia la puerta. Como es costumbre en los pueblos pequeños, saludó con una inclinación de la

cabeza a los dos hombres que acababan de entrar y, sin mostrar interés alguno, captó hasta el último detalle de su aspecto. Cuando el comisario llegaba a la puerta, los hombres se situaron uno a cada lado, con un movimiento que despertó en él una vaga sensación de amenaza, a pesar de que ellos no parecían dedicarle gran atención.

La campanilla repicó brevemente al abrirse la puerta. Al salir a la luz del sol, Brunetti sintió en la espalda un ligero escalofrío, en respuesta al leve chasquido que hizo la puerta al cerrarse con suavidad.

Torció a la derecha, mientras se grababa en la memoria las caras y figuras de los dos individuos. Aunque no conocía a ninguno de los dos, sabía la clase de hombres que eran. Por su aspecto, podían ser parientes: los dos tenían la cara colorada, las facciones toscas y el cuerpo fornido. Pero ese aspecto también podían habérselo dado años de duro trabajo en el mar. El más joven tenía la cara alargada y el pelo negro, que llevaba peinado hacia atrás con una especie de gomina. El de más edad se peinaba del mismo modo pero tenía menos pelo y parecía que se lo habían pintado en el cráneo, aunque sobre el cuello de la camisa aún le colgaban unos ricitos grasientos. Los dos vestían pantalón vaquero muy gastado y calzaban las gruesas botas que usan los hombres que hacen trabajos pesados.

Los hombres habían mirado a Brunetti con unos ojos rodeados de esa maraña de arruguitas que se forman al cabo de años de vivir al sol, y con la clase de atención que el depredador tiene para la presa: fija, vigilante, pronta a traducirse en acción. Esa agresividad contenida había disparado las alarmas en el cuerpo de Brunetti, a pesar de que la *signora* hubiera sido testigo de la agresión, y de que, probablemente, aquellos hombres sabían que era policía.

Brunetti bajó por la estrecha calle y entró en el estanco. Estaba tan oscuro y mugriento como la tienda de la *signora* Follini, otro lugar en el que había venido a anidar el fracaso.

El hombre que estaba detrás del mostrador levantó la mirada de la revista que leía y contempló a Brunetti a través de unos gruesos lentes:

—¿Sí? —preguntó.

—Fósforos, por favor —dijo Brunetti, manteniendo el pretexto de la *signora* Follini.

El hombre abrió un cajón del mostrador.

—¿Caja o carterita?

—Caja —dijo Brunetti buscando monedas en el bolsillo.

El hombre puso una caja de fósforos delante de Brunetti y le pidió doscientas liras. Cuando el comisario puso las monedas en el mostrador, el hombre preguntó:

—¿Cigarrillos?

—No —dijo Brunetti—. Estoy tratando de dejarlo. Pero me gusta llevar cerillas, por si no puedo resistir y pido uno por ahí.

El hombre sonrió.

—Hay mucha gente que trata de dejarlo —dijo—. En el fondo, la mayoría no quiere, pero piensan que será bueno para ellos y prueban.

—¿Y lo consiguen?

—¡Bah! —exclamó el hombre despectivamente—. Aguantan una semana, dos, un mes, pero antes o después vienen otra vez a comprar cigarrillos.

—Eso no dice mucho en favor de la fuerza de voluntad de la gente, ¿verdad? —dijo Brunetti.

El hombre recogió las monedas y las dejó caer, una a una, en el cajón.

—La gente hace siempre lo que quiere hacer, aunque sepa que es malo para ellos. Nada los detiene, ni el miedo, ni la ley, ni las promesas. —Al ver la expresión de Brunetti, agregó—: Después de pasarte la vida vendiendo cigarrillos, eso es lo que sacas en limpio. Cuando de verdad quieren algo, nada los detiene.

CAPÍTULO 11

Las palabras del estanquero resonaban en los oídos de Brunetti mientras el comisario iba hacia el restaurante. Se preguntaba si un día también Vianello claudicaría o si, por el contrario, el sargento resultaría ser uno de esos seres excepcionales que poseen la fortaleza necesaria para prescindir de lo que desean. El propio Brunetti no se consideraba dotado de una fuerza de voluntad muy robusta, y sabía que a veces se las ingeniaba para no tener que tomar la decisión de obrar en contra de sus deseos.

Hacía dos años, cuando por fin Paola consiguió convencerlo para que se hiciera una revisión médica completa, Brunetti dijo al médico que podía saltarse las pruebas del colesterol y la diabetes, dando a entender que se las habían hecho recientemente. La verdad era que no quería saber los resultados, para no tener que tomar medidas si eran malos. Cada vez que pensaba en esa argucia y en las consecuencias que podía tener para su familia, se decía que nunca se había encontrado mejor y que no había que preocuparse.

Y hacía tres años, cuando se arrestó a un albanés bajo la sospecha de haber maltratado a las dos prostitutas de once años que lo mantenían, Brunetti no hizo nada para impedir que se encargara el interrogatorio a un detective que tenía una hija de la misma edad y a un compañero cuya hija de quince años había sido agredida por otro albanés. Tampoco preguntó qué había ocurrido durante el interrogatorio, para que el sospechoso confesara tan pronto.

Brunetti no pudo seguir haciendo examen de conciencia porque llegó al restaurante. Desde detrás del mostrador, donde hacía café

para varios hombres que estaban en el bar, el dueño saludó su llegada moviendo la cabeza de arriba abajo.

—Su agente está dentro —dijo. Los clientes del mostrador se volvieron hacia Brunetti, que sintió la misma mirada intensa que le habían lanzado los dos hombres en la tienda. Sin darse por enterado, fue a la puerta, apartó las tiras de plástico de la cortina y entró en el comedor.

Vianello estaba sentado a la misma mesa, con una botella de agua mineral y una jarra de medio litro de vino blanco delante. Cuando Brunetti apartó la silla situada frente al sargento, éste se inclinó y sirvió agua y vino en las copas.

Brunetti bebió el agua, sorprendido por la sed que tenía y preguntándose si sería una reacción tardía al miedo —reconocía que era miedo— que había sentido al dar la espalda a aquellos dos hombres. Miró a Vianello y preguntó:

—¿Qué hay?

—Lorenzo Scarpa, el camarero, no ha vuelto a trabajar desde el día en que estuvimos aquí nosotros. Dice el dueño que llamó para decir que tenía que ir a cuidar a un amigo, pero no dijo dónde vive el amigo ni cuánto tardará en volver. —Como Brunetti no preguntaba, Vianello prosiguió—: He ido a su casa, el dueño me ha dado la dirección, pero los vecinos no recuerdan haberlo visto desde hace días y dicen que no saben dónde está.

—¿Y Sandro, el hermano?

—Por extraño que parezca, ése sigue aquí. O, por lo menos, seguía. Hoy ha salido con su barco antes de amanecer pero aún no ha vuelto.

—¿Qué significará eso?

—Puede significar cualquier cosa —dijo Vianello—. Que los peces no se están quietos y vas tras ellos o que ha tenido una avería. El dueño piensa que habrá encontrado un buen banco. —Vianello tomó un sorbo de vino y prosiguió—: La *signora* Bottin murió de cáncer hace cinco años. Después de su muerte, sus parientes no han tenido más tratos con Giulio ni con Marco.

—¿Por qué? —preguntó Brunetti.

—Por la casa de Murano. Impugnaron el testamento, pero como la casa la había heredado ella de sus padres y Bottin accedió a que su hijo fuera su único propietario, nada pudieron conseguir.

—¿Y desde entonces?

—Al parecer no ha habido contacto.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Me lo ha dicho el dueño del bar. Le habrá parecido que por lo menos eso podía contarme, que era inofensivo.

Brunetti se preguntó qué nueva disputa habría ahora sobre la herencia, pero pasó a otra cuestión:

—¿Qué hay de ese Giacomini de que nos habló el camarero?

Vianello sacó la libreta y la abrió con un golpe de pulgar:

—Paolo Giacomini, otro pescador. El dueño del bar dice que vive en Malamocco, pero por algún motivo amarra aquí el barco. Es un camorrista, le gusta buscar pelea.

—¿Y qué dicen de la que hubo entre Scarpa y Bottin?

—Nadie ha querido hablar de eso, sólo que tuvieron un choque hará cosa de un año. Sus barcos colisionaron o se acercaron demasiado y los aparejos se enredaron. Lo cierto es que desde entonces estaban enemistados.

—Podríamos preguntar a la policía de Chioggia —sugirió Brunetti.

—Probablemente, sería lo mejor, si el incidente ocurrió allí —convino Vianello—. Quizá ellos puedan decirnos algo, si se presentó la denuncia. Pero tengo la impresión de que esta gente resuelve las cosas a su manera. Y todos han hecho voto de silencio por lo que a Bottin se refiere. Nadie recuerda nada y nadie tiene para él una mala palabra.

—De todos modos, la *signora* Follini dice que lo que ocurrió tuvo que ser por causa del padre, no del hijo.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Vianello.

—Primero, almorzar —respondió Brunetti—. Después, ir a ver si encontramos a ese Giacomini.

El almuerzo transcurrió apaciblemente, en parte, porque Brunetti se abstuvo de hacer comentarios sobre la elección de Vianello y, en parte, porque renunció a pedir almejas, aunque comió una enorme fuente de *coda di rospo* pescado aquella misma mañana, según le aseguró el dueño. Éste no había encontrado sustituto para Lorenzo Scarpa y tenía que servir él mismo las mesas, por lo que los platos tardaron en llegar. Contribuyó a la demora un grupo de japoneses que entraron en el momento en que Brunetti y Vianello hacían su encargo.

El guía sentó a los turistas a dos mesas largas situadas junto a las paredes, donde ellos parecieron quedarse esperando el almuerzo muy contentos, porque se hacían risueñas reverencias unos a otros, al guía, a Brunetti, a Vianello y al dueño. Su conducta era tan exquisitamente cortés y discreta que a Brunetti le asombraba que pudiera haber en el mundo alguien que hablara mal de aquella nación. Cuando él y Vianello terminaron, pagaron la cuenta, también en efectivo y sin factura, y se pusieron en pie. Automáticamente, Brunetti hizo una reverencia a los japoneses, esperó a que Vianello lo imitara y a que los japoneses correspondieran y, seguido de su sargento, salió al bar, donde ambos tomaron un café pero rehusaron la *grappa*.

Mientras comían, la temperatura había seguido subiendo, y ahora se solazaban al calor del mediodía que les devolvía aquella sensación de juvenil despreocupación que habían experimentado por la mañana, al salir de Venecia. Volvieron a la lancha, en la que no encontraron a Bonsuan pero vieron un racimo de peces en el agua, colgado de un candelero del costado.

A ninguno de los dos le desagradó tener que esperar, y se sentaron tranquilamente en un banco de madera orientado hacia Venecia, aunque lo único que se veía era el agua de la laguna, las embarcaciones que se movían sobre ella y un cielo, alto, infinito.

—¿Adónde cree que habrá ido? —preguntó Brunetti.

—¿Bonsuan o Scarpa?

—Bonsuan.

—Estará en algún bar, averiguando más cosas en cinco minutos que nosotros en dos días.

—No me sorprendería —dijo Brunetti quitándose la chaqueta y levantando la cara al sol. Vianello no lo imitó porque llevaba uniforme.

Al cabo de unos diez minutos, despertó a Brunetti de su letargo la voz de Vianello que decía:

—Ahí viene.

Brunetti abrió los ojos y vio acercarse a Bonsuan, con el pantalón oscuro del uniforme pero en mangas de camisa y con un manchón negro en un hombro. Cuando el piloto llegó, Brunetti se retiró hacia la izquierda, dejándole sitio en el banco entre ellos dos.

—¿Qué hay?

—Decidí tener una avería en el motor —respondió el piloto.

—¿Decidiste? —preguntó Vianello.

—Para poder pedir ayuda.

—¿Qué has hecho?

—He serrado con una lima un cable del distribuidor, lo he dejado colgando y he probado de poner en marcha el motor. Como no arrancaba, he vuelto a destaparlo y, al ver la avería, he ido al pueblo a buscar un trozo de cable.

—¿Y?

—Pues he encontrado a un individuo al que conocía del ejército, de cuando hice el servicio militar. Su hijo amarra el barco aquí y él le repara los motores. Ha venido conmigo, ha visto el cable, ha ido a su taller, ha vuelto con el cable y me ha ayudado a cambiarlo.

—¿Se ha dado cuenta de lo que habías hecho? —preguntó Vianello.

—Probablemente. Yo hubiera preferido encontrar a alguien que no supiera mucho de motores, o sea, no tanto como yo. Fidele seguramente lo habrá notado. Pero no importa. Me lo he llevado al bar para darle las gracias y él no ha tenido inconveniente en hablarme de ellos.

—¿De los Bottin?

—Sí.

—¿Qué ha dicho?

Brunetti encontraba interesante la forma en que Bonsuan se distanciaba de la información que había obtenido. Era lo que quería Brunetti y lo que quería Vianello. Probablemente, no era sino su manera de mantener la lealtad hacia los otros pescadores, familia en la que él entraría pronto.

—El padre era todo lo que se pueda uno imaginar —explicó al fin.

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó Vianello.

—¿Qué hacía? —preguntó Brunetti al mismo tiempo.

Bonsuan respondió a ambos encogiéndose de hombros y dijo:

—Nadie me ha dicho nada con exactitud, pero estaba claro que a nadie le caía bien. Normalmente, disimulan, sobre todo, hablando con un forastero como yo. Pero con Bottin, no. Algo debió de hacer, ésa es la impresión que me da, aunque no sé qué exactamente. Es como si ya no lo considerasen uno de ellos.

—¿No será por su forma de tratar a su mujer? —preguntó Brunetti.

—No —respondió Bonsuan con un brusco movimiento de la cabeza—. Ella no cuenta, era de Murano —agregó, descartando con esas palabras, a un mismo tiempo, la suposición de Brunetti y la entidad de la mujer.

Se hizo un silencio largo. Tres cormoranes volaron por su lado haciendo sisear el aire y, con un chapoteo, se posaron a cierta distancia de la orilla. Estuvieron nadando de un lado al otro, se reunieron como para deliberar acerca de la situación de los peces y, suavemente, casi sin turbar la superficie, se sumergieron sin dejar ni el menor rastro de su presencia. Brunetti, curioso, automáticamente contuvo el aliento al verlos desaparecer bajo el agua, pero tuvo que soltar el aire y hacer tres largas aspiraciones antes de que el primer cormorán emergiera, como un corcho, seguido rápidamente por los otros dos.

—Vamos a Malamocco —dijo el comisario poniéndose en pie.

El motor arrancó al instante. Vianello soltó la amarra y Bonsuan dejó atrás el muelle. El piloto inició un ancho viraje, para poner rumbo a Malamocco, manteniendo la estrecha península a su derecha. Cuando se acercaban al canal que sale al Adriático, Brunetti se inclinó y tocó el hombro de Bonsuan. El piloto se volvió y Brunetti señaló hacia la izquierda, a una humareda que se elevaba a lo lejos.

—¿Qué es aquello? —preguntó.

Protegiéndose los ojos con la mano izquierda, Bonsuan siguió con la mirada el gesto de Brunetti y dijo:

—Marghera.

Al no ver allí nada digno de interés, Bonsuan volvió su atención hacia las aguas que tenían delante. De pronto, puso el motor en punto muerto y, rápidamente, dio marcha atrás, con lo que la lancha se detuvo. Brunetti, que estaba tratando de distinguir el origen del humo, se volvió al sentir el brusco cambio de ritmo del motor.

—*Maria Vergine* —exclamó al ver surgir a su derecha un barco enorme, terriblemente alto y terriblemente amenazador—. ¿Qué es eso? —preguntó a Bonsuan. A pesar de estar a varios centenares de metros, tuvo que levantar la cabeza para mirarlo, y sólo veía el costado del casco, la línea de carga y el lado izquierdo de la cristalera del puente de mando, tan alto y tan distante como la torre de una iglesia.

—Un petrolero —dijo Bonsuan, como hubiera podido decir «un violador» o «un incendiario».

Como el motor de la lancha estaba mudo, se sintieron envueltos por el rugido que partía del petrolero. El universo se hizo ruido, una fuerza que los asaltaba con la misma furia que la onda expansiva de una explosión. Involuntariamente, los tres hombres se taparon los oídos con las manos hasta que el petrolero se alejó por el Canale dei Petroli, hacia las fábricas del continente. Entonces los alcanzaron las olas de su estela, y tuvieron que agarrarse a la borda para no perder el equilibrio. La lancha subía, bajaba, y cabeceaba, y ellos danzaban en cubierta como idiotas.

Asiendo con fuerza la barandilla, Brunetti se inclinó hacia adelante y aspiró profundamente. Su mirada se posó en el agua y vio en la superficie unas motas negras, pequeñas, como botones. Eran pocas, y no estaba seguro de que no estuvieran allí antes de que pasara el barco.

Bonsuan puso en marcha el motor. En silencio, siguieron viaje hacia Malamocco.

CAPÍTULO 12

La visita fue infructuosa. En la dirección que les había dado el dueño del restaurante no había ni rastro de Giacomini. Como ya era tarde para continuar hasta Chioggia, Brunetti decidió ponerse en contacto con aquella policía por teléfono, y dijo a Bonsuan que los llevara de regreso a la *questura*.

Quizá fue el petrolero, o quizá, las negras manchas que flotaban en el agua, pero algo los había puesto de mal humor, y durante el resto de la travesía hablaron poco. Los rayos del sol, ya un poco oblicuos, hacían refulgir la miríada de joyas que exhibe la ciudad, sobre todo, a los ojos de los que llegan por mar, que siempre fue la manera de llegar a Venecia. El sol de media tarde aún calentaba, y Vianello dijo que había olvidado ponerse la crema protectora. Brunetti no se dio por enterado.

Cuando se acercaban a la *questura*, Brunetti vio que aquella tarde estaba de guardia Pucetti y entonces tuvo la idea. Cuando desembarcaron, el joven agente saludó. El comisario dijo a Vianello que preguntara por teléfono a la policía de Chioggia si tenían detalles del incidente ocurrido entre Scarpa y Bottin, agregando que estaría esperándolo en su despacho, pero que antes quería hablar con Pucetti.

—Pucetti —le dijo—, ¿hasta cuándo tiene guardia?

—Toda la semana, señor. La próxima me toca patrulla de noche.

—¿Le interesa un servicio especial?

Al joven se le iluminó la cara.

—Oh, sí, señor.

Brunetti le agradeció que no se quejara del servicio de guardia: estar todo el día de pie en la entrada, sin hacer nada más que abrir

la puerta o sofocar el ocasional altercado que estallaba entre los que formaban largas colas delante de las distintas oficinas.

—Bien, cambiaré los turnos —dijo Brunetti, y fue a alejarse. Pero no había dado más que dos pasos cuando retrocedió.

—¿Nunca ha trabajado de camarero?

—Sí, señor —respondió el agente—. Mi cuñado tiene una *pizzeria* en Castello y a veces, los fines de semana, voy a ayudarle. —Pucetti se ganó otro punto por no preguntar.

—Está bien. Luego hablaremos.

Brunetti fue al despacho de la *signorina* Elettra, a la que encontró arreglando un ramo de forsythia en un jarrón Venini azul.

—¿Es suyo? —preguntó el comisario señalando el jarrón.

—No, señor; pertenece a la *questura*. El que usaba antes nos lo robaron la semana pasada, y he tenido que buscar otro.

—¿Que lo robaron? ¿De la *questura*?

—Sí, señor. Un ordenanza lo dejó en los lavabos después de limpiarlo, y desapareció.

—¿De la *questura*?

—Tendré más cuidado con éste —dijo ella, rectificando la posición de una rama arqueada. Brunetti tenía un amigo que trabajaba en Venini y sabía que un jarrón como aquél valía por lo menos tres millones de liras.

—¿Cómo adquirió la *questura* ese jarrón? —preguntó Brunetti, eligiendo cuidadosamente las palabras.

—Mobiliario y ajuar de oficina —respondió ella. Introdujo la última rama y se hizo a un lado, para permitirle trasladar el jarrón. Con una mano lánguida, señaló un punto del alféizar, y Brunetti puso el jarrón exactamente donde ella le indicaba.

—¿Le parece Pucetti lo bastante listo? —preguntó el comisario.

—¿Ese muchachito tan simpático, con bigote? —dijo ella. Por el tono, parecía ajena a la circunstancia de que Pucetti tendría sólo cinco años menos que ella—. ¿El que tiene la novia rusa? —agregó.

—Sí. ¿Le parece lo bastante listo?

—¿Bastante listo para qué?

—Para ir a Pellestrina.

—¿Para qué?

—Para trabajar en un restaurante y protegerla a usted.

—¿Puedo preguntarle cómo piensa organizarlo?

—El camarero que nos dio la primera información sobre Bottin ha desaparecido. Llamó al dueño con la excusa de que tenía que ir a cuidar a un amigo enfermo, y desde entonces no ha dado señales de vida. Así que necesitan un camarero.

—¿Y qué dice Pucetti?

—No se lo he preguntado. Antes quería hablar con usted.

—Muy amable, comisario.

—Él tendría que protegerla, y he querido asegurarme de que usted lo consideraba capaz.

Ella lo pensó un momento.

—Sí —dijo—. Me parece una buena elección. —Su mirada fue de las forsythias a Brunetti—. ¿Quiere que me encargue de planificarle el servicio?

—Sí —respondió Brunetti, pero no pudo resistir la tentación de preguntar—: ¿Cómo lo hará?

—Le asignaré una tarea especial. Me parece que la llamaré «Servicios Auxiliares».

—¿Qué significa?

—Puede significar lo que yo quiera.

—Comprendo —dijo Brunetti—. ¿Y qué dirá Marotta? ¿No estará él al mando la semana próxima? ¿No depende de él asignar los servicios?

—Ah, Marotta —suspiró ella sin disimular el desdén—. Viene a trabajar sin corbata.

«Aquí acaban las posibilidades de ascenso permanente de Marotta en la *questura* de Venecia», pensó Brunetti.

—Ya que ha venido, comisario —dijo ella abriendo un cajón y sacando varios papeles—, podría llevarse esto. Es todo lo que he podido encontrar sobre esa gente. Y el informe de las autopsias.

Brunetti tomó los papeles y subió a su despacho. El informe de las autopsias, practicadas por un forense del hospital, al que Brunetti no conocía, indicaba que Giulio Bottin había muerto a consecuencia de cualquiera de los tres golpes recibidos en la frente y el cráneo. La forma de las lesiones indicaba que se había utilizado un objeto cilíndrico, quizá un tubo o una barra de metal. Su hijo había muerto desangrado. La hoja del cuchillo había penetrado profundamente y seccionado la aorta abdominal. La ausencia de agua en los pulmones y la circunstancia de que Giulio Bottin debía de haber tardado algún tiempo en morir hacían descartar la hipótesis de que hubieran sido asesinados poco antes del hundimiento de la barca.

Brunetti acababa de leer el informe cuando Vianello llamó a la puerta y entró.

—He hablado con Chioggia, comisario —dijo el sargento sin tomar asiento—. No tienen absolutamente ningún detalle.

Brunetti dejó a un lado los papeles.

—Como usted dice, no parecen ser la clase de gente que confía en que la policía les resuelva los problemas.

Brunetti casi esperaba que Vianello le preguntara si alguien confiaba ya en eso, pero el sargento no hizo comentarios. Brunetti aprovechó la oportunidad para hablarle de su plan de enviar a Pucetti a Pellestrina.

—¿Y las referencias? —preguntó Vianello.

—Dice Pucetti que ha trabajado en la *pizzeria* de su cuñado. El cuñado podría llamar al restaurante, decir que se ha enterado de que necesitan un camarero y recomendar a Pucetti. Todo queda en familia.

—¿Y si alguien lo reconoce? —preguntó Vianello, poniendo voz a los temores del propio Brunetti.

—No parece probable, ¿verdad? —dijo Brunetti, consciente de que ya empezaba a hablar como la *signorina* Elettra.

Vianello, advirtiendo la resistencia de Brunetti a seguir hablando del tema, no hizo objeciones, se excusó sin solicitar nuevas órdenes y bajó a su oficina.

Brunetti volvió a los papeles que le había dado la *signorina* Elettra. Si el Alessandro Scarpa que era objeto de la curiosidad de Brunetti tenía treinta y tantos años —característica que lo distinguía del otro Alessandro Scarpia que residía en Pellestrina y tenía ochenta y siete—, había sido arrestado tres años antes por amenazar a un hombre con una navaja. Al día siguiente, el otro hombre retiró la acusación, por lo que en los archivos de la policía no había nada contra Scarpa, aunque el *maresciallo* de los *carabinieri* del Lido hacía constar que Scarpa causaba problemas cuando bebía.

No se había hallado información sobre alguien apellidado Giacomini.

Acerca de la *signora* Follini sí se había averiguado algo. Follini no era su apellido de casada, ya que sus relaciones con los hombres nunca habían sido bendecidas por el clero. Su nombre de pila era Luisa y había nacido en Pellestrina hacía cincuenta y dos años.

Luisa Follini había tenido su primer contacto con la policía a los diecinueve años, cuando fue arrestada por prostitución. Como no tenía antecedentes, fue amonestada y puesta en libertad, pero durante el año siguiente fue detenida por lo menos otras tres veces. A continuación había un largo intervalo, que indicaba o bien que la mujer había hecho algún trato con la policía local o bien que se había ausentado de la zona. No reaparecía en Pellestrina hasta hacía doce años, cuando, bajo las todavía severas leyes sobre la droga, fue arrestada por posesión, uso y tentativa de venta de heroína, además de prostitución.

Afortunadamente para ella, fue admitida en un centro de rehabilitación próximo a Bolonia, donde pasó tres años, transcurridos los cuales regresó a Pellestrina curada de su adicción y retirada de su profesión. Entre tanto, sus padres habían muerto y ella se hizo cargo de la tienda que tenían en el pueblo, donde había vivido hasta la actualidad.

Ahora, al leer el informe, Brunetti recordó que la mujer llevaba vestidos de manga larga, y se preguntó de dónde habría sacado el dinero para la cirugía plástica y cuándo se habría operado. ¿Y quién

habría pagado las operaciones? La tiendecita no daba para tanto, ni tampoco la prostitución esporádica, ni la venta de heroína en un lugar tan pequeño como Pellestrina.

Brunetti recordó las dos veces que había hablado con la mujer. La primera, ella estuvo coqueta y se lamentó con afectado pesar de los inconvenientes de vivir en un lugar como Pellestrina. Con un pasado como el suyo, a la fuerza habría tenido que sufrirlos, se dijo él. Pero la *signora* Follini no daba señal alguna de la crispada energía del drogadicto. Tampoco el nerviosismo que el comisario observó en ella en su segunda visita parecía debido a las drogas; era el nerviosismo del miedo, y había culminado con la entrada de aquellos dos hombres.

Brunetti no sabía hasta qué hora ella tendría abierta la tienda. Sacó la guía de teléfonos y buscó Pellestrina. Allí figuraba Follini, Luisa. Marcó el número. A la tercera señal, ella contestó con su apellido.

—*Signora*, aquí el comisario Brunetti. Antes hablé con usted… — Se oyó un suave chasquido cuando la mujer colgó el teléfono.

Brunetti guardó la guía en el cajón, puso la carpeta a la izquierda de la mesa y bajó a hablar con Pucetti.

CAPÍTULO 13

Pucetti rebosaba alegría cuando tuvo conocimiento de la misión. Al oír el nombre de la *signorina* Elettra sonrió y, cuando Brunetti le explicó que su principal función sería la de protegerla, se puso radiante. El agente preguntó de quién había sido la idea de enviarla, a lo que Brunetti eludió responder diciendo que esperaba que la novia de Pucetti no pusiera objeciones a esa misión especial, es decir, ese «servicio auxiliar».

Aquella noche, Brunetti habló de Pucetti con Paola. Esperaba que ella estuviera de acuerdo en que su presencia en Pellestrina podría si no garantizar, por lo menos, aumentar la seguridad de la *signorina* Elettra.

—Son una extraña pareja —comentó Paola.

—¿Quiénes?

—La *signorina* Elettra y Pucetti.

—No son pareja —protestó Brunetti.

—No, ya lo sé. Quiero decir, como personas. Es extraño que personas como ellos, tan inteligentes, estén en la policía.

Brunetti se indignó.

—Yo estoy en la policía. Supongo que no se te habrá olvidado.

—Vamos, Guido, no seas quisquilloso —dijo ella poniéndole una mano en el brazo—. Sabes perfectamente a lo que me refiero. Tú eres un profesional, licenciado en Derecho, y cuando entraste en la policía las cosas eran diferentes. Entonces la policía era algo respetable a lo que dedicar tu vida.

—¿Y ya no lo es?

—Bueno, supongo que sí —dijo ella y, al ver la expresión de su marido, agregó rápidamente—: Claro que es una opción respetable,

tú sabes que eso no lo dudo. Es sólo que los mejores, la gente como tú, ya no entra en el cuerpo. Dentro de diez años, estará plagado de Pattas y de Alvises: trepas y cretinos.

—¿Quiénes son unos y otros?

—Buena pregunta —rió ella.

Estaban en la terraza, tomando una tisana. Los chicos habían vuelto a encerrarse con sus libros. Cuatro nubes rollizas que el resplandor del ocaso teñía de rosa formaban un lejano telón de fondo al *campanile* de San Polo. El resto del cielo, diáfano, prometía para el día siguiente más tiempo espléndido.

—¿Por qué crees tú que son tan pocas las personas realmente válidas que entran ahora en la policía? —preguntó ella volviendo al tema al cabo de un rato.

Él, en lugar de responder, preguntó a su vez:

—¿No ocurre lo mismo en la universidad? ¿Cómo son tus nuevos colegas?

—Vaya por Dios, nos parecemos a Plinio el Viejo, despotricando de la juventud que no sabe lo que es el respeto, y de la degeneración de las costumbres.

—Es lo que se dice siempre. Ésta es una de las pocas constantes que encuentro en los libros de Historia: cada época considera que la anterior era mejor: los hombres, justos; las mujeres, puras; y los hijos, obedientes.

—Y, sobre todo, «respetuosos» —apuntó Paola.

—¿Los hijos o las mujeres?

—Ambos, imagino.

Se quedaron un rato en silencio. Las nubes, navegando hacia el sur, enmarcaban ahora el *campanile* de San Marco.

Brunetti rompió el silencio con una pregunta:

—¿Quién quieres que entre ahora en la policía? —Dejó la pregunta en el aire y, como Paola no se molestara en responder, prosiguió—: Ocurre continuamente. Nosotros nos esforzamos en hacer un arresto, luego intervienen los abogados, o los mismos jueces, y el criminal se libra. Lo he visto docenas de veces, y cada

día más. Por ejemplo, esa mujer que se casó en Bolonia la semana pasada. Hace dos años, mató a su marido de una puñalada. Fue condenada a nueve años. Apeló, al cabo de tres meses de cárcel, ya estaba en la calle, y ahora ha vuelto a casarse.

Normalmente, Paola hubiera hecho algún comentario irónico sobre la valentía del segundo marido, pero ahora prefirió esperar por si él tenía algo que agregar. Lo que él dijo entonces la asombró.

—Yo podría retirarme, ¿sabes? —Ella callaba—. Ya tengo los años de servicio reglamentarios. Bueno, casi. Dentro de dos años, podría retirarme.

—¿Es eso lo que quieres? —preguntó Paola.

Él tomó un sorbo de tisana y notó que se había enfriado. Vació la taza en la jardinera de la adelfa, se sirvió más infusión, puso miel y dijo:

—Probablemente, no. En realidad, no. Pero es duro ver lo que pasa y no poder hacer nada para impedirlo. —Brunetti se recostó en el sillón y extendió las piernas, sosteniendo la taza con las dos manos—. Ya sé que eso de la boda de esa mujer no debería afectarme tanto, pero a veces pasan cosas o leo cosas que, francamente, no las soporto.

—¿No dijeron los periódicos que él pegaba? —preguntó Paola.

—Conozco a alguien en Bolonia. Es el que la interrogó cuando la detuvieron. Ella no dijo nada de eso hasta después de hablar con un abogado. Ya estaba liada con el que se ha casado ahora.

—Nada de eso salía en los periódicos. No debió mencionarse en el juicio —dijo Paola.

—No había pruebas de la relación. Pero lo cierto es que ella mató al marido, quizá durante una disputa, como dijo, y ahora se ha casado con el otro, y tan tranquila.

—¿Y felices para siempre? —sugirió Paola.

—Es sólo un caso banal —dijo, pero enseguida rectificó—: No; un asesinato nunca es banal. Lo que quiero decir es que es un caso aislado, y quizá tuvieron una pelea. Pero la historia se repite. Un hombre ha matado a diez o veinte personas, y viene un abogado

que se las sabe todas o, lo que es más frecuente, un juez que no se entera, y el asesino queda en libertad. Y no perderá un minuto en volver a lo que es su especialidad, matar.

Hacía bastantes años que Paola tenía que escuchar estas reflexiones de labios de su marido, pero nunca lo había visto tan furioso y desmoralizado por sus condiciones de trabajo.

—¿Qué harías si te retiraras?

—Eso es lo malo, que no tengo ni idea. Ya sería tarde para tratar de sacar una plaza de abogado. Seguramente, tendría que volver a la universidad y empezar de cero.

—Si algo puedo aconsejarte —interrumpió Paola—, es que ni te plantees volver a la universidad. —Su escalofrío de horror no por deliberado era menos real.

Reflexionaron un rato sin que ninguno aportara ideas. Finalmente, Paola dijo:

—¿No volvían los nobles romanos a sus posesiones y se dedicaban a mejorar la agricultura y a escribir cartas a sus amigos de la ciudad, deplorando el estado del Imperio?

—Ajá —hizo Brunetti—. Pero, por desgracia, yo no soy noble.

—Ni romano, por fortuna.

—Ni tengo posesiones.

—Entonces no puedes retirarte —concluyó ella, y le pidió otra taza de tisana.

El fin de semana fue apacible. Brunetti no sabía cuándo tenía intención de ir a Pellestrina la *signorina* Elettra. Pensó en llamarla a su casa, y hasta buscó el número en la guía telefónica, algo que no había hecho nunca. Era un número bajo de Castello, que situaba el domicilio, estimó él, en los alrededores de Santa Maria Formosa. Había otros dos Zorzi que vivían cerca. ¿Familia?

Ella le había dado el número de su *telefonino*, pero Brunetti lo había dejado en el despacho y, si no la llamaba a su casa, no podría

salir de dudas hasta el lunes por la mañana, cuando la viera —o no la viera— detrás de su escritorio de la *questura*.

El sábado por la tarde le llamó Pucetti para decirle que ya estaba en Pellestrina, y trabajando, pero no había visto a la *signorina* Elettra. Le contó que su cuñado, después de averiguar que él y el dueño del restaurante de Pellestrina tenían amistades comunes, le había conseguido el puesto, por lo menos, hasta que el dueño supiera si Scarpa volvía.

El domingo por la tarde, Brunetti entró en el que fuera el dormitorio de invitados y que, con los años, había pasado a ser trastero. Encima de un armario, en un rincón, encontró el arca pintada a mano que había sido de su tío Claudio, el que quería ser pintor, y que no recordaba cómo había ido a parar a sus manos. Era lo bastante grande para servir de caseta a un pastor alemán y estaba cubierta de flores de colores vivos y variedades diversas, en abigarrada promiscuidad. Por alguna misteriosa razón, la caja albergaba en su interior mapas, mezclados en la misma caótica confusión que imperaba entre las flores de su superficie.

Brunetti se puso a buscar el mapa que necesitaba, por el procedimiento de pasar el contenido de la caja de un lado al otro. Viendo que ese sistema no daba resultado, inició el lento e ineludible proceso de ir sacando los mapas, uno a uno. Cuanto más buscaba, más parecía que no iba a encontrarlo. Por fin, después de revolver en la mayoría de naciones y continentes del mundo, encontró el mapa de la laguna que utilizaba años atrás, cuando él y sus compañeros de estudios dedicaban los fines de semana y las vacaciones a explorar los sinuosos canales que rodean la ciudad.

Brunetti arrojó los otros mapas a la caja y se llevó el de la laguna a la terraza. Lo abrió despacio, cuidando de no romper la reseca cinta adhesiva con que había sido reparado, y lo extendió sobre la mesa. Qué pequeñas parecían las islas, rodeadas de la gran extensión de *palude*. Los canales discurrían en kilómetros a la redonda: venas y capilares que bombeaban el agua hacia adentro y hacia afuera dos veces al día, por influjo de la Luna. Durante mil

años, los canales de Chioggia, Malamocco y San Nicolo, actuando a modo de aortas, habían mantenido limpias las aguas, incluso en el apogeo de la Serenissima, cuando vivían allí cientos de miles de personas cuyos desperdicios iban a parar a las aguas.

Brunetti se contuvo antes de que esos pensamientos derivaran por los derroteros habituales. Recordó lo que había dicho Paola dos noches antes, del romano descontento que se amargaba la vida criticando el presente y suspirando por un tiempo pasado que sabía perdido para siempre, y desvió su pensamiento de la historia a la geografía.

La inmensidad de la zona representada en el mapa le hacía patente su desconocimiento del lugar y su ignorancia de la forma en que se organizaban las cosas en aquellas aguas, incluso por lo que a jurisdicción policial se refería. Si los casos se asignaban al primero que llegaba, sin orden ni concierto, ¿cómo podías esperar encontrar archivos coherentes de lo que allí ocurría?

Si, como era de suponer, el pescado grande procedía del Adriático, ¿dónde se pescaban las almejas y las gambas? Brunetti ignoraba cuáles eran las zonas de la laguna en las que estaba autorizada la pesca, aunque suponía que todas las aguas someras de la costa de Marghera estarían vedadas. No obstante, si era cierto lo que decía Bonsuan —y Vianello creía—, incluso allí se pescaba todavía.

A veces, él iba a Rialto con Paola a comprar pescado, y recordaba los letreros que había visto sobre la plateada mercancía: «*Nostrani*», como si la declaración de que el pescado era «nuestro» lo hiciera bueno y saludable, libre de toda sospecha de contaminación. El mismo letrero había visto en cerezas, melocotones y ciruelas, sobre las que debía de obrar el mismo mágico efecto: el hecho de que la fruta fuera italiana bastaba para limpiarla de todo vestigio de sustancias químicas y de pesticidas, y hacerla tan pura como la leche materna.

Brunetti había leído un libro en el que se estudiaba la historia de la alimentación, y sabía que sus antepasados no tenían a su alcance

una dieta ideal, segura y saludable sino que con cada bocado ingerían grandes cantidades de miasmas y que cada trago de leche los exponía a la tuberculosis y cosas peores.

Impaciente con su propia insatisfacción, Brunetti dobló el mapa y entró en casa.

—Paola —llamó hacia el fondo del pasillo—. Vámonos a tomar una copa.

Lo primero que descubrió Brunetti el lunes por la mañana fue que, contra todo pronóstico, él iba a estar al mando durante la ausencia de Patta. Marotta había sido llamado a Turín, donde permanecería una semana, para declarar en un juicio. Él no había intervenido directamente en el caso sino que sólo mandaba una brigada de detectives cuando dos de sus hombres arrestaron a seis sospechosos de tráfico de armas. No era probable que lo llamaran a declarar y sin duda hubiera podido excusar su presencia, pero no quería renunciar a un viaje a casa con los gastos pagados más dietas, y dejó una nota a Brunetti en la que decía que su presencia en Turín era indispensable para la acusación y que estaba seguro de que el *vicequestore* Patta aprobaría su decisión de designar a Brunetti para que lo sustituyera.

Durante la mañana, Brunetti llamó varias veces al despacho de la *signorina* Elettra, pero como ella tenía por costumbre no imponer su presencia en la *questura* en ausencia de su jefe, no estaba seguro de si habría decidido quedarse en la cama hasta mediodía o marchar a Pellestrina. A las once, sonó el teléfono y, con gran alivio, Brunetti oyó su voz.

—¿Dónde está, *signorina*? —preguntó blandamente más que inquirió.

—En la playa de Pellestrina, comisario, de cara al mar. ¿Sabe que se han llevado el barco varado? —Como él no respondiera, prosiguió —: Resulta extraño no verlo aquí. Dice mi prima que lo remolcaron el año pasado. Parece que me falta algo.

—¿Cuándo ha llegado, *signorina*?

—El sábado, antes del almuerzo. Quería estar aquí el mayor tiempo posible.

—¿Qué ha dicho a su prima?

Se oyó el chillido de una gaviota.

—Que sentía haber estado tanto tiempo sin venir, pero que ahora quería alejarme unos días de la ciudad. —Ella hizo una pausa, durante la cual la gaviota hizo otro comentario. Cuando el ave hubo terminado, ella prosiguió—: Le he dicho a Bruna que había tenido *una storia* que había acabado mal y deseaba alejarme de todos los recuerdos. —Con una voz más suave, agregó—: En parte, es verdad. —Y al momento, Brunetti sintió curiosidad por quién pudiera ser él y la causa del fin de la *storia*.

—¿Cuánto tiempo ha dicho a su prima que se quedará?

—Pues no he concretado, una semana como mínimo, quizá más, depende de mi estado de ánimo. Pero ya estoy mejor. El sol es una delicia y el aire es totalmente diferente del que respiramos en la ciudad. Podría quedarme aquí para siempre.

El burócrata que había en él saltó entonces:

—No lo dirá en serio.

—Era un decir, comisario.

—¿Qué piensa hacer?

—Pasear por la playa, a ver a quién me encuentro. Tomar café en el bar y enterarme de las novedades. Charlar con la gente. Pescar.

—¿Unas vacaciones normales en Pellestrina?

—Exactamente —respondió ella, a lo que la gaviota no tuvo nada que decir. Con la promesa de volver a llamarlo, ella cortó la comunicación.

CAPÍTULO 14

Al guardar el *telefonino* en el bolsillo izquierdo de la chaqueta, Elettra Zorzi se felicitó de haber cogido la de ante en lugar de la de lana. Ésta tenía los bolsillos más hondos y, por lo tanto, más seguros para el minúsculo Nokia, apenas mayor que un paquete de cigarrillos. Y casaba mejor con el pantalón azul marino, aunque no acababa de gustarle cómo combinaba con los náuticos que había traído para andar por la playa. Nunca le había gustado mezclar el cuero con el ante, y ahora le pesaba no haber comprado los mocasines color barquillo que había visto en la liquidación de Fratelli Rosetti.

La gaviota volvió a gritar, pero ella no le hizo caso. Como el ave persistía en sus gritos, Elettra se volvió y caminó hacia ella hasta que la gaviota levantó el vuelo y se alejó por la orilla en dirección a la Riserva de Ca'Roman. Al igual que la mayoría de los venecianos, Elettra toleraba las gaviotas pero aborrecía las palomas, a las que veía como causa de constantes problemas, ya que con sus nidos obstruían los canalones del agua de lluvia y con su guano convertían el mármol en merengue. Se estremecía cada vez que pensaba en aquellos turistas, plantados delante de San Marco, con la cabeza y los brazos cubiertos por enjambres de esas ratas voladoras.

Siguió andando playa adelante, alejándose del pueblo, sin otro objetivo que el de llegar a San Pietro in Volta, tomar un café y regresar a Pellestrina. Alargó la zancada, agradeciendo el calor del sol en la espalda y notando cómo su cuerpo gozaba con ese simple ejercicio de caminar por la playa, después de haber estado tanto tiempo atado a una mesa.

Su prima Bruna no pareció sorprenderse cuando, la semana anterior, la llamó por teléfono para proponerle la visita. Le preguntó cómo era que disponía de tiempo libre en esa época del año, y ella decidió decirle, por lo menos, parte de la verdad: que hacía meses que ella y su pareja planeaban pasar dos semanas en Francia, pero su brusca ruptura había truncado aquellos planes, y ya era tarde para solicitar un cambio de fechas para las vacaciones. Bruna, lejos de ofenderse porque se la considerara una alternativa de consolación, había insistido en que fuera inmediatamente dejando atrás en la ciudad todos los malos recuerdos.

Elettra sólo llevaba dos días en Pellestrina, pero el remedio ya había empezado a surtir efecto. Hacía meses que se había dado cuenta de que su ex no era hombre para ella. Era médico, amigo de su hermana, pero muy serio, muy ambicioso y —también esto tenía que admitirlo— muy egoísta. Ella pensaba que estar otra vez sola sería doloroso; pero ahora veía que no era así. Hizo lo mismo que la gaviota: cuando no le gustó la compañía, levantó el vuelo.

Se acercó a la orilla, se descalzó y se subió los bajos del pantalón. No resistió el agua más que unos segundos y volvió brincando a la arena, se sentó y empezó a frotar primero un pie y luego el otro. Cuando volvió a sentir los pies, asió los zapatos haciendo pinza con los dedos y siguió andando descalza y libre, recordando lo que era ser feliz.

Pero pronto se acabó la arena, y Elettra tuvo que subir la escalera del muro del rompeolas. A su derecha, vio barcos que navegaban y, a su izquierda, no tardó en divisar el pueblecito de San Pietro in Volta.

En el bar, instalado en la planta baja de una casa particular, Elettra pidió agua mineral y un café, se bebió el agua sin respirar y tomó un sorbo de café. El hombre que estaba detrás del mostrador la recordaba de otras visitas y le preguntó cuándo había llegado. Fácilmente, entraron en conversación y él no tardó en sacar el tema de los asesinatos, por los que ella no mostró mucho interés.

—Rajado de arriba abajo como un pescado —dijo el hombre—. Lástima. Era un buen chico, lo que no deja de ser raro, con aquel padre. —Aún no había pasado tiempo suficiente como para que la gente empezara a decir todo lo que pensaba de Bottin, comprendió ella: aún lo sentían muy cerca y les daba reparo hablar con claridad.

—Yo no los conocía —dijo Elettra, mirando con indiferencia la primera plana de *Il Gazzettino* que estaba doblado encima del mostrador.

—Marco había ido al colegio con mi nieta —dijo el hombre.

Elettra pagó el agua y el café, dijo que era una delicia volver a estar allí y se fue. Volvió a Pellestrina andando por el muro del rompeolas. Cuando llegó volvía a tener sed, por lo que entró en el bar del restaurante y pidió una copa de *prosecco*. Y quién había de servírsela sino el propio Pucetti, que no le dedicó más atención de la que le merecería cualquier mujer atractiva unos cuantos años mayor que él.

Mientras bebía, ella escuchaba lo que hablaban los hombres apiñados en el bar. Tampoco ellos se fijaron mucho en la recién llegada, después de reconocer en ella a la prima de Bruna, la que venía todos los veranos, lo que la convertía en una especie de vecina honoraria.

Se habló de los asesinatos, pero sólo de pasada, como una muestra más de la mala suerte que aflige a todos los pescadores. Más les importaba decidir lo que había que hacer con aquellos hijos de puta de Chioggia que venían de noche a sus aguas a escarbar en los viveros de almejas. Uno sugirió denunciarlos a la policía. Nadie se molestó en responder a semejante estupidez.

Elettra pagó en la caja. El dueño sabía que era la prima de Bruna y le dio la bienvenida al pueblo. Estuvieron un rato charlando, y cuando el hombre mencionó también los recientes asesinatos, ella dijo que estaba de vacaciones y no quería oír hablar de esas cosas, dando a entender que a los habitantes de la gran ciudad no le interesan demasiado los asuntos de los pueblerinos, por sangrientos que sean.

El resto del día y el siguiente transcurrieron apaciblemente. Elettra no averiguó nada nuevo pero no por ello dejó de llamar a Brunetti para tenerlo al corriente. En el pueblo, se mantenía firme en su negativa a comentar los recientes asesinatos, y no tardó en adaptarse al ritmo de vida de Pellestrina, que seguía una pauta particular. La mayoría de los hombres salían al mar cuando aún era de noche, no regresaban hasta mediodía o primeras horas de la tarde y muchos se acostaban poco después del anochecer. Elettra estableció una rutina. Como Bruna, su prima, tenía que cuidar de los nietos mientras la madre daba clase en la escuela elemental, ella, para escapar de la algarabía que desataba en la casa la presencia de dos niños pequeños, pasaba fuera la mayor parte del día. Paseaba por la playa o se iba a Chioggia en barco y volvía al cabo de unas horas. Al regreso, siempre entraba en el bar del restaurante a tomar un café, a la hora en que empezaban a acudir a él los hombres de los barcos.

Al cabo de pocos días, Elettra se había convertido en una atractiva presencia habitual, que solía responder con el silencio a cualquier mención de los Bottin o de su asesinato.

Desde el primer día, se dio cuenta de que todos detestaban a Giulio; pero, con el tiempo, empezó a intuir que su antipatía no se debía tan sólo a que fuera un hombre violento. Al fin y al cabo, todos ellos se ganaban la vida matando y, aunque sus víctimas fueran peces, estaban habituados a la sangre, a la violencia y al acto de quitar la vida. La brutalidad del asesinato de Giulio no parecía impresionarlos: es más, si aludían a las circunstancias de la muerte, lo hacían, mal que les pesara, con cierta admiración. Si algo reprochaban al asesino era que no hubiera actuado a favor de los intereses de los *pellestrinotti* constituidos en jauría de caza. Cualquier agresión dirigida contra los pescadores de Chioggia estaría plenamente justificada y hasta sería aplaudida. De todos modos, también Giulio Bottin parecía capaz de actuar contra su propia gente, si le reportaba algún beneficio, y eso no podían perdonárselo

ellos, ni siquiera después de su muerte, ni de una muerte tan horrible como la suya.

El miércoles por la tarde, mientras estaba sentada a una mesa del bar leyendo *Il Gazzettino* y sin prestar ni la menor atención a las conversaciones de alrededor, notó que llegaba alguien nuevo. No levantó la mirada hasta haber leído unas páginas más, y entonces vio a un hombre varios años mayor que ella que se destacaba entre los pescadores del bar por su forma de vestir, sencilla y elegante. Llevaba pantalón gris oscuro, jersey amarillo pálido con escote en V y una camisa que casaba perfectamente con el pantalón. Inmediatamente, la intrigó el color del jersey tanto como la naturalidad con que trataba a aquellos hombres que parecían aceptarlo como si fuera uno de ellos. Estaba segura de que la mayoría se hubieran dejado matar antes que ponerse una prenda amarilla que no fuera un impermeable.

El hombre tenía el cabello oscuro, lo mismo que los ojos y las cejas. La cara, que ella veía de perfil, era oscura, aunque Elettra no distinguía si el color era moreno natural o del sol. Era más alto que la mayoría, y la estatura acentuaba su aire distinguido. Ni el jersey amarillo ni la actitud con que inclinaba la cabeza para escuchar a los que estaban a su lado, encajaban plenamente en el concepto tradicional de lo masculino, especialmente, por contraste con aquellos rudos pescadores; pero era tan recia la masculinidad que respiraba aquel hombre que no la afectaban los simples detalles de indumentaria o de gesto.

Elettra, deliberadamente, bajó la mirada al periódico sin apartar la atención del hombre. Resultó ser pariente de uno de los pescadores. Se pidió más bebida, y Elettra se encontró cerca de las páginas de deportes, sección que ni su firme sentido del deber podría obligarla a leer. Dobló el diario y se puso en pie. Cuando se acercaba a la caja, un pariente del marido de Bruna —no recordaba en qué grado—, la llamó para presentarle al recién llegado.

—Elettra, es Carlo, un pescador como nosotros. —Con dos gruesos dedos, el hombre pellizcó la fina lana del jersey de Carlo y

agregó—: Nadie lo diría, ¿eh?

La carcajada general que saludó esas palabras fue franca y amigable, y Carlo se unió a ella de buen grado.

Carlo se volvió, sonrió y le estrechó la mano.

—¿Otra forastera? —preguntó.

Ella sonrió ante la idea.

—Supongo que, si no has nacido aquí, nunca dejas de serlo —respondió.

Él ladeó la cabeza y la miró.

—¿No nos conocemos? —preguntó.

—Creo que no —respondió ella, pensando, en un momento de confusión, que quizá sí le era familiar aquel hombre. Pero estaba segura de que se acordaría.

—No; no la he visto antes —dijo él, acentuando la sonrisa—. No se me hubiera olvidado.

Ese eco de su propio pensamiento desconcertó a Elettra. Con un movimiento de la cabeza, se despidió de él y de los hombres del bar, dijo que ya era hora de volver a casa de su prima, pagó el café y escapó a la calle, inundada por el sol del mediodía.

Mientras volvía a casa, Elettra reconocía que tenía debilidad por la belleza masculina. Su médico era guapo; pero ese Carlo, por lo poco que había podido apreciar, no sólo era guapo sino, además, simpático. Se recordó con severidad que estaba allí en misión policial. A pesar de no residir en Pellestrina, Carlo podía estar relacionado con los asesinatos de Giulio y Marco Bottin. Sonrió para sí. Pronto sería como los agentes de uniforme, que en todo el mundo y en todas partes veían a posibles sospechosos, antes de que existieran pruebas de que se había cometido un crimen.

Apartando al bello Carlo de su pensamiento, Elettra siguió andando hacia la casa de Bruna. Por el camino, llamó por el *telefonino* al comisario Brunetti a la *questura* y le dijo que no había novedad, salvo que los pescadores estaban de acuerdo en que, con el cambio de luna, empezaría a entrar la anchoa.

CAPÍTULO 15

Mientras, en Pellestrina, la *signorina* Elettra tomaba el sol y paseaba por la playa sin averiguar absolutamente nada sobre los asesinatos, Brunetti, en Venecia, no hacía más progresos que ella. Volvió a llamar al número de Luisa Follini, pero le contestó un hombre y esta vez fue Brunetti el que colgó sin decir nada. La había llamado siguiendo un impulso, una respuesta atávica a la amenaza que irradiaban los dos hombres que habían entrado en la tienda, el mismo instinto que le hizo tomar la decisión de enviar a Vianello a hablar con ella, después de haber intentado de nuevo encontrar a Giacomini.

Siguiendo las órdenes de Brunetti, Vianello fue otra vez a Malamocco, donde no tuvo dificultad para encontrar a Enrico Giacomini. El pescador recordaba la pelea suscitada entre Scarpa y Bottin y dijo que la había provocado Scarpa, al acusar a Bottin de tener la lengua larga. Vianello preguntó entonces a Giacomini si sabía a qué se refería Scarpa, y el pescador respondió que no tenía ni idea, pero lo dijo de un modo que dio al sargento la impresión de que estaba pisando un terreno vedado a los forasteros. Vianello, con toda su aparente flema, tenía una aguda sensibilidad para esas situaciones. Ya mientras preguntaba al hombre si estaba seguro de que no tenía idea de a qué se refería Scarpa, el sargento era consciente de lo inútil de su intento de sacar información a un pescador sobre otro pescador. El concepto de lealtad de aquella gente no incluía a la policía; probablemente, no incluía a nadie más que la pequeña porción de la humanidad que pescaba en las aguas de la laguna y del Adriático.

Vianello, tan irritado por las evidentes evasivas de Giacomini como curioso por lo que podía haber ocurrido entre Bottin y Scarpa, pidió a Bonsuan que lo llevara a Pellestrina. Tras dejar a Bonsuan en la lancha, fue primero a la tienda de la *signora* Follini: pero era la hora del almuerzo y estaba cerrada. Como Brunetti le había aconsejado discreción, el sargento pasó sin detenerse ni mostrar interés.

Torció a la izquierda, camino de la dirección que le habían dado de Sandro Scarpa, el autor del comentario que había provocado la indignación de Bottin. Pero Scarpa, impaciente al ver interrumpido su almuerzo por la policía, dijo que la pelea la había empezado el muerto, y el que dijera otra cosa mentía. No; no recordaba con exactitud lo que había dicho Bottin, ni por qué lo habían indignado sus palabras. Además, agregó, en realidad, no fue tan fuerte la pelea. Eran cosas que solían pasar, dio a entender, cuando se hace tarde y has bebido: no tenían importancia, y no volvías a acordarte.

Entonces Vianello, sin transición, preguntó si sabía dónde estaba su hermano. Scarpa dijo que le parecía que había ido a Vicenza, a ver a un amigo para no sabía qué asunto. No era que quisiera que Vianello se fuera, pero en la cocina se le estaba enfriando el almuerzo y no tenía nada más que decir de Bottin. Vianello no vio razón para prolongar la conversación y se fue al restaurante a tomar un vaso de vino.

Al entrar, tuvo un instante de confusión y se preguntó si no habría sido transportado a la *questura* por arte de magia, porque detrás del mostrador vio a Pucetti y, sentada a una mesa de la izquierda, leyendo *Il Gazzettino* con la misma atención que le había visto dedicar a *Vogue*, estaba la *signorina* Elettra. Los dos levantaron la mirada al entrar él. Y, al ver el uniforme, los dos tuvieron la misma reacción: ni las caras de los reincidentes a los que Vianello arrestaba una y otra vez mostraban tanta prevención y antipatía. Era de desear que los demás clientes del bar también lo hubieran observado.

Pucetti dejó pasar un buen rato antes de acercarse a preguntar a Vianello qué iba a tomar. El vaso de *prosecco* tardó en llegar, y estaba un poco agrio, además de caliente. Vianello tomó un sorbo, dejó el vaso en el mostrador con un golpe seco, pagó y se fue.

Al cabo de varios minutos, al ver acercarse una vez más la sección de deportes, la *signorina* Elettra, dobló el periódico, pagó su café, saludó a unos hombres que estaban en el bar y salió al sol. No había dado más que unos pasos cuando, a su espalda, sonó una voz que reconoció al instante:

—¿Vuelve a casa de su prima?

Ella se volvió, lo vio, vaciló un momento y le devolvió la sonrisa.

—Sí, o eso creo. —Al ver que él hacía un gesto de extrañeza, explicó—: Ha llevado a los niños al Lido, a comprar zapatos de verano, y no volverán hasta después del almuerzo.

—¿Así que hoy, para variar, podrá almorzar tranquila? —preguntó él con otra sonrisa, ésta más amplia.

—En realidad, son muy buenos. Además, tienen más derecho que yo a estar en casa de Bruna.

—Así que está libre —dijo él, más interesado en esta circunstancia que en la conducta de los niños.

—Eso parece —respondió ella y, al darse cuenta de lo seca que parecía su respuesta, suavizó—: Sí, libre.

—Me alegro. Quería convencerla para ir a almorzar a la playa. En el rompeolas hay un sitio en el que la marea se ha llevado las piedras y queda resguardado del viento. Ideal para un picnic.

—¿Un picnic? —preguntó ella, viendo que él tenía las manos vacías.

Carlo enganchó los pulgares en lo que ella había tomado por unos tirantes.

—Está aquí —dijo volviéndose a medias para mostrar una pequeña mochila negra, del tamaño justo para contener un almuerzo para dos.

Ahora la sonrisa de Elettra fue espontánea.

—Está bien —dijo—. ¿Qué trae?

—Sorpresas —respondió él, y entonces ella observó que la sonrisa de Carlo empezaba siempre en los labios para extenderse después a los ojos.

—Mientras una de las sorpresas sea mortadela…

—¿Mortadela? —preguntó él—. Qué casualidad. A mí me encanta, pero siempre me parece que soy el único. Es comida de pueblo. Nunca hubiera imaginado que una persona como usted la comiera.

—Pues sí —dijo ella con entusiasmo, sin detenerse en el cumplido, por el momento al menos—. Y es verdad, parece que la gente se siente incómoda comiéndola. Toman, qué sé yo, caviar o langosta o…

—… Cuando lo que realmente les apetece —interrumpió él— es un *panino* con mortadela, bien untado de mayonesa que les rezume por la barbilla. —Con naturalidad, como si los picnics fueran algo habitual entre ellos, la tomó del brazo para llevarla hacia el rompeolas.

Una vez en el malecón, Carlo trepó al primero de los grandes bloques de piedra y se volvió con la mano extendida, para ayudarla a subir. Mientras avanzaban, ella agradeció que Carlo no fuera señalándole los obstáculos, como si no la creyera capaz de saber dónde tenía que poner el pie. Cuando habían recorrido más de la mitad del rompeolas, él se paró, inclinando el cuerpo hacia adelante para estudiar las rocas. Le dijo que esperara y saltó a un enorme bloque escorado en un ángulo peligroso. Le tendió la mano y ella saltó a su vez. Una fuerte tormenta se había llevado varios bloques de piedra de aquel lado del malecón, dejando una especie de minúscula caleta, del tamaño justo para albergar a dos personas. No había en ella colillas ni envoltorios de alimentos, prueba de que no había sido descubierta por los *pellestrinotti*.

El suelo de la caleta era una alfombra de arena blanca y, por capricho o presión de las mareas, de la pared del fondo sobresalía un bloque plano que podía hacer las veces de mesa. Cuando Carlo hubo depositado en aquella superficie el contenido de la mochila, los

dos se sentaron en el suelo arenoso con las piernas cruzadas como los indios y empezaron a comer, mientras el sol iniciaba su declive y las olas batían las rocas a sus pies.

A pesar de no incluir la mortadela, el picnic era perfecto, se dijo Elettra. No sólo por los bocadillos, bien provistos de *prosciutto*, con el pan generosamente untado de mantequilla, ni por el chardonnay fresco, ni por los fresones que ellos hundían en la tarrina del *mascarpone*, en franco desafío a los principios de las dietas de adelgazamiento: el picnic era perfecto, sobre todo, por la compañía. Carlo la escuchaba como si fueran viejos amigos y le hablaba como si la hubiera conocido durante muchos años, todos, años felices.

Le preguntó a qué se dedicaba y ella dijo que estaba en un banco: un trabajo aburrido, pero seguro en estos tiempos de paro creciente. Cuando ella preguntó a su vez, él dijo que era pescador, sin dar más explicaciones. Pero, con un hábil interrogatorio, ella consiguió que le dijera que había abandonado los estudios a la muerte de su padre, ocurrida hacía dos años, en que regresó a Burano para estar con su madre. Le gustó la forma en que él hablaba de aquello, como si asumir la responsabilidad de cuidar de su madre fuera lo más natural.

Mientras hablaban de sus familias y de sus proyectos, Elettra, poco a poco, iba sintiendo una emoción honda que nada de lo que cualquiera de ellos decía o hacía parecía justificar. Cuanto más escuchaba, más se convencía de que aquélla era una voz que había escuchado antes y que le gustaría volver a escuchar.

Comidos los bocadillos, bebido el chardonnay y rebañada la tarrina del *mascarpone* por unos dedos golosos, él recogió los envoltorios y las servilletas que habían utilizado a modo de platos y las metió en la mochila. Al ver que ella lo observaba, sonrió:

—Me revienta ver basura en las playas. —Se encogió de hombros con autoindulgencia y torció la boca en una sonrisa que ella ya empezaba a reconocer con agrado—. Supongo que es tonto preocuparse, pero cuesta tan poco…

Ella, al inclinarse para meter la servilleta en la mochila, rozó con un pecho el brazo de él, y se asustó de la fuerza de su propia reacción por aquel contacto, que nada tenía que ver con placeres pasados y producía vértigo con la promesa de placeres futuros. Él le lanzó una mirada de una sorpresa casi estúpida, pero, al verla aparentemente indiferente, siguió atando la mochila.

Después de aquello, mientras fingía contemplar un gran barco que se divisaba por entre las rocas, ella sentía su mirada y, más que ver, intuyó en su cara una mueca de disgusto consigo mismo.

—¿Café? —preguntó él.

Elettra asintió con una sonrisa, pero sin saber si la pregunta le había causado alivio o decepción.

CAPÍTULO 16

Brunetti, lejos de poder sentarse a la orilla del mar, a comer fresones bañados en *mascarpone*, se encontraba atrapado en su despacho y sepultado por la avalancha de papeles que generaban los órganos del Estado. Él pensaba que, en ausencia de Patta y durante la evasión de Marotta, tendría que tomar decisiones que afectaran a la forma en que se imponía la ley en Venecia. Aunque no pudiera hacer más que encargar a funcionarios incompetentes asuntos sin importancia, tales como quejas por televisores estridentes, dejando libres a los mejores para perseguir delitos más graves, por lo menos, estaría contribuyendo al bien común. Pero no tenía tiempo ni para cosas tan simples como ésas. Libres de la criba diaria que —ahora lo comprendía— debía de practicar en el correo la *signorina* Elettra, los papeles inundaban su despacho y absorbían todas sus horas de trabajo. El Ministerio del Interior parecía capaz de producir diariamente tomos enteros de comunicados y directrices, sobre temas tan diversos como la necesidad de disponer de intérprete en los interrogatorios de detenidos extranjeros o la altura de los tacones de los zapatos de las agentes femeninas. Por todos aquellos papeles, Brunetti pasaba la vista. No sería exacto decir que los leía, ya que el acto de la lectura implica un mínimo de comprensión, y Brunetti pronto se sustrajo a ella, al sumirse en un estado de aturdimiento desde el que sus ojos recorrían palabras cuyo significado se le escapaba.

Brunetti no podía evitar que su imaginación derivara hacia Pellestrina. Buscó tiempo para hablar con Vianello, y lo decepcionó lo poco que su sargento había averiguado. No obstante, le llamó la atención el comentario que hizo Vianello de que, al hablar con la

gente de Pellestrina, tenías la impresión de que no consideraban a Bottin uno de ellos, ya que eso confirmaba una sospecha que había tenido el propio Brunetti no recordaba por qué. Y ahora, cuanto más lo pensaba, más extraño le parecía. Según su experiencia, era insólito que los integrantes de una comunidad tan cerrada como la que formaban los vecinos de Pellestrina coincidieran en manifestar reprobación contra uno de los suyos. Según ellos, para la supervivencia era fundamental presentar a los extraños un frente unido, y nadie más extraño que la policía. También era curiosa la constante disparidad entre lo que se decía de Giulio y lo que se decía de Marco. Todos lamentaban la muerte del chico, mientras que la de Giulio Bottin no parecía haber afligido a ninguno de los habitantes de Pellestrina. Y más curioso todavía era que no hicieran nada por ocultarlo.

La creciente marea de papel barrió esos pensamientos de la mente de Brunetti durante los dos días siguientes. El viernes recibió una llamada de Marotta, que le comunicó que el lunes regresaba de Turín. Brunetti no le preguntó si había declarado en el juicio; lo único que importaba era que viniera a relevarlo de la tarea de despachar papeles.

Aquel sábado, Paola y él estaban invitados a cenar en casa de unos amigos y cuando, poco antes de las ocho, mientras Brunetti se hacía el nudo de la corbata, sonó el teléfono, estuvo tentado de no contestar.

Paola preguntó desde el fondo del pasillo.

—¿Quieres que conteste?

—No, ya voy yo —dijo él, pero de mala gana, pensando que era una lástima que no estuviera en casa alguno de los chicos, para decir al que llamaba que su papá había salido. O que había decidido irse a la Patagonia a apacentar ovejas.

—Brunetti —contestó.

—Pucetti, señor —dijo el agente—. Llamo desde una cabina del puerto. Acaba de llegar un barco. Han pescado un cadáver.

—¿Quién es?

—No lo sé, señor.

—¿Hombre o mujer? —preguntó el comisario con el corazón helado, pensando en la *signorina* Elettra.

—Tampoco lo sé. Hace un momento, un pescador ha entrado en el bar con la noticia y todos hemos salido a ver. —Se oían ruidos lejanos, y Pucetti colgó.

Brunetti colgó a su vez y fue al dormitorio. Paola estaba poniéndose el segundo pendiente. Llevaba un vestido negro, ceñido a las caderas y con un gran escote en la espalda, un vestido que él no le había visto. Cuando él entró, su mujer lo miró a la cara y dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo.

—En fin, de todos modos, tampoco tenía muchas ganas de ir —dijo, soltando el pendiente en el cajón de la cómoda, el de arriba, en el que guardaba las joyas y, por alguna insondable razón, los frascos de las vitaminas que tomaba. Con indiferencia, como quien pide media docena de huevos, agregó—: Llamaré a Mariella.

Brunetti conocía a hombres que tenían secretos para sus esposas. Uno había tenido dos amantes durante más de diez años. Sabía de hombres que habían perdido la empresa y la casa antes de que su mujer se enterase de que jugaban. Durante un momento, contempló la posibilidad de que Paola hubiera vendido el alma al diablo a cambio del poder de leer el pensamiento a su marido. Pero no; ella era muy inteligente para hacer tan mal negocio.

—¿O quieres llamar tú antes a la *questura*? —preguntó.

Él fue a explicar lo sucedido, pero desistió, como si el silencio pudiera proteger a la *signorina* Elettra.

—Usaré el *telefonino* —dijo tomando el aparatito de la cómoda, donde lo había dejado, ante la perspectiva de una velada tranquila con unos amigos. Paola fue a la sala a hacer la llamada y él pulsó el familiar número de la *questura*. Pidió que le enviaran una lancha para ir a Pellestrina. Oprimió la tecla azul, marcó el número de Vianello y, recordando las instrucciones que le habían dado al entregarle el aparato, volvió a pulsar la tecla azul.

Contestó la esposa. Al oír quién llamaba, ella, prescindiendo de saludos y fórmulas de cortesía, dijo que avisaría a Lorenzo. Las esposas de los policías tienen un radar que les señala cuándo se ha frustrado una velada. Unas lo llevan mejor que otras.

—¿Sí, señor? —dijo el sargento.

—Ha llamado Pucetti. Desde una cabina. Han pescado un cadáver.

—Estaré en la parada de los Giardini —dijo Vianello, y colgó.

Allí estaba quince minutos después, pero no de uniforme, ni hizo más que levantar una mano para saludar a Brunetti cuando la lancha se acercó al embarcadero, sin llegar a parar, y él saltó a bordo. Vianello suponía que Brunetti le había dicho todo lo que sabía, por lo que no perdió el tiempo con preguntas, ni pronunció el nombre de la *signorina* Elettra.

—¿Nadia? —preguntó Brunetti en el lenguaje taquigráfico que habían desarrollado durante su larga asociación.

—Sus padres iban a llevarnos a cenar.

—¿Algún motivo especial?

—Nuestro aniversario.

En lugar de pedir disculpas, Brunetti preguntó:

—¿Cuántos años?

—Quince.

La lancha viró hacia la derecha, en dirección a Malamocco y Pellestrina.

—He pedido que enviaran a un equipo del laboratorio —dijo Brunetti—. Pero habrá que ir a recogerlos a sus casas, y tardarán en llegar.

—¿Qué explicación les damos por llegar tan pronto? —preguntó Vianello.

—Puedo decir que alguien nos llamó.

—Ojalá nadie haya visto a Pucetti en la cabina.

Brunetti, que casi nunca se acordaba de llevar el móvil, preguntó:

—¿Por qué no le han dado un *telefonino*?

—La mayoría de los agentes jóvenes ya tienen el suyo propio, comisario.

—¿Y él?

—No lo sé. Supongo que no, señor, si ha llamado desde una cabina.

—Qué estupidez. —Al decirlo, Brunetti era consciente de que estaba transformando el temor que sentía por la *signorina* Elettra en irritación contra el joven agente que se lo había provocado con su llamada.

Sonó el *telefonino* de Brunetti. Era el operador de la *questura*, con la información de que acababa de recibirse la llamada de un hombre que avisaba de que un barco había apresado con sus redes el cadáver de una mujer y lo había llevado al puerto de Pellestrina.

—¿El que ha llamado ha dicho quién es? —preguntó Brunetti.

—No, señor.

—¿El cuerpo lo ha encontrado él?

—No, señor. Sólo ha dicho que había llegado un barco con un cadáver, no que él lo hubiera encontrado.

Brunetti dio las gracias y cortó la comunicación. Miró a Vianello.

—Es una mujer. —El sargento no dijo nada, y Brunetti preguntó —: Si todos esos barcos tienen radio y teléfono, ¿por qué no nos han avisado?

—A la mayoría no les gusta tener tratos con nosotros, comisario.

—No creo que el que encuentra el cadáver de una mujer en sus redes, pueda pensar que va a librarse de tener tratos con nosotros —dijo Brunetti, trasladando parte de su enojo a Vianello.

—La gente no piensa en esas cosas. Y, quizá, aún menos cuando encuentran el cadáver de una mujer en sus redes.

Comprendiendo que tenía razón el sargento y lamentando haber hablado con tanta sequedad, Brunetti dijo:

—Sí, desde luego.

Pasaron las luces de Malamocco, después el Alberoni, y ya no quedó sino la costa larga y recta hasta Pellestrina. Pronto divisaron las luces dispersas de las casas y la hilera de las farolas del puerto,

en torno al que estaba construido el pueblo. Curiosamente, no parecía que hubiera ocurrido algo anormal: en la *riva* no había más que un puñado de personas. Ni siquiera los *pellestrinotti* podían haberse habituado tan pronto a la muerte.

El piloto, que no había estado en Pellestrina durante esa investigación, llevaba la lancha hacia el hueco que se veía en la hilera de barcos. Brunetti subió rápidamente a la cabina de mando y le puso la mano en el hombro diciendo:

—No, ahí no. Al extremo.

Al momento, el piloto dio marcha atrás, y la lancha primero aminoró la velocidad y luego empezó a alejarse de la *riva*.

—Ahí, a la derecha —dijo Brunetti, y el piloto los acercó al muelle suavemente. Vianello lanzó el cabo a un hombre que se acercaba y, cuando éste lo hubo atado al amarradero, los dos policías saltaron a tierra.

—¿Dónde está? —preguntó Brunetti, dejando que los distintivos de la lancha revelaran su identidad.

—Está aquí —dijo el hombre, volviéndose hacia el pequeño grupo reunido a la pálida luz de las farolas. Al acercarse Brunetti y Vianello, el grupo abrió paso hacia el cuerpo tendido en el suelo.

Los pies estaban en una zona de luz y la cabeza quedaba en la sombra, pero a Brunetti le bastó ver el pelo rubio para saber quién era. Reprimiendo un suspiro de alivio, se acercó. Al principio, creyó que un alma caritativa le había cerrado los ojos, pero enseguida vio que no los tenía. Recordó que uno de los policías, para justificar la decisión de sacar los cuerpos de los Bottin, había dicho que abajo había cangrejos. Brunetti había leído libros en los que, en situaciones como ésa, se decía que a uno se le revolvía el estómago, pero la impresión la sintió él en el corazón, que le latió furiosamente durante unos segundos y no se calmó hasta que él apartó la mirada de la cara de la mujer para dirigirla hacia las aguas tranquilas de la laguna.

Vianello tuvo presencia de ánimo para preguntar:

—¿Quién la ha encontrado?

Un hombre bajo y robusto se adelantó.

—Yo —dijo, con los ojos fijos en Vianello, evitando mirar a la mujer de la que estaban hablando.

—¿Dónde la ha encontrado? ¿Y cuándo? —preguntó Vianello.

El hombre señaló vagamente el continente, hacia el norte.

—Por ahí —dijo—. A unos doscientos metros de la costa, justo en la embocadura del Canale di Ca'Roman.

En vista de que el hombre no contestaba a la segunda pregunta de Vianello, Brunetti insistió:

—¿Cuándo?

El hombre miró el reloj.

—Hará cosa de una hora. Estaba en la red, pero he tardado mucho en acercarla al barco. —Su mirada iba de Brunetti a Vianello, como para ver cuál de los dos estaría mejor dispuesto a creerle—. Yo estaba solo en mi *sandalo*, y me ha dado miedo de volcar si la subía a bordo.

—¿Y qué ha hecho?

—Remolcarla —dijo el hombre, evidentemente violento por tener que confesarlo—. No había otra manera de traerla.

—¿La ha reconocido?

El hombre asintió.

Alegrándose de no tener que volver a mirar a la *signora* Follini, Brunetti pasó revista a los presentes, pero la *signorina* Elettra no estaba entre ellos. Cuando miraban al cadáver, sus caras desaparecían en las sombras proyectadas por las farolas, pero la mayoría preferían no mirarlo.

—¿Cuándo la vieron por última vez? —preguntó el comisario.

Nadie respondió.

La mirada de Brunetti se cruzó con la de una mujer del grupo.

—Usted, *signora* —dijo, manteniendo un tono cortés, simplemente interrogativo, sin asomo de autoridad—, ¿recuerda cuándo vio por última vez a la *signora* Follini?

La mujer lo miró con ojos asustados, se volvió a derecha e izquierda y al fin dijo rápidamente, de un tirón:

—Hará cosa de una semana o quizá cinco días, cuando entré en la tienda a comprar papel higiénico. —Al darse cuenta de lo que había dicho delante de todos aquellos hombres, se tapó la boca con la mano, bajó la mirada y volvió a alzarla.

—Vale más que nos vayamos de aquí —propuso Brunetti, yendo hacia las ventanas iluminadas de las casas. Del pueblo venía un hombre con una manta. Al verlo acercarse al cadáver, Brunetti dijo, a pesar suyo—: No haga eso. No se puede tocar el cadáver.

—Es por respeto —insistió el hombre, aunque sin mirar a la víctima—. No podemos dejarla así. —Sostenía la manta sobre el antebrazo, en una actitud extrañamente ceremoniosa.

—Lo siento, no puede ser —dijo Brunetti, sin dejar adivinar que simpatizaba con los deseos del hombre. Su negativa a permitir que el hombre cubriera el cadáver le hizo perder las simpatías que pudiera haberle valido la decisión de llevarse de allí a la gente.

Vianello así lo comprendió, dio varios pasos en dirección al pueblo, puso la mano con suavidad en el brazo de la mujer que había hablado y preguntó:

—¿Está aquí su marido, *signora*? Quizá sea preferible que la acompañe a casa.

La mujer negó con la cabeza, retiró el brazo, pero despacio, sin mostrarse ofendida y sin ánimo de ofender, y se alejó hacia las casas, dejando aquel asunto a los hombres.

Vianello se acercó al hombre que había estado al lado de la mujer.

—¿Recuerda cuándo fue la última vez que vio a la *signora* Follini?

—Un día de esta semana, quizá el miércoles. Mi mujer me mandó a comprar agua mineral.

—¿Vio a alguien más en la tienda?

El hombre vaciló antes de responder. Tanto Brunetti como Vianello observaron su indecisión, pero ninguno de los dos lo demostró.

—No.

Vianello no insistió, y miró al resto de los presentes:

—¿Alguien más puede decir cuándo la vio?

Un hombre dijo:

—El martes por la mañana. Yo iba al bar y la vi abrir la tienda.

—Mi mujer le compró el periódico el miércoles —declaró otro.

Como nadie más hablaba, Vianello preguntó:

—¿Alguien recuerda haberla visto después del miércoles? —Nadie respondió. Vianello sacó el cuaderno del bolsillo de atrás, lo abrió y dijo—: ¿Me permiten, sus nombres?

—¿Para qué? —preguntó el hombre de la manta.

—Tenemos que hablar con todas las personas del pueblo —explicó Vianello pacientemente, sin mostrarse molesto por la pregunta ni por el tono—. Si me dan sus nombres, no tendremos que volver a molestarlos.

Aunque no del todo convencidos, los hombres le dieron sus nombres y, al ser requeridos, sus direcciones. Después, lentamente, se alejaron entrando y saliendo de los círculos de luz de las farolas y dejando en el muelle a los dos policías y la mujer que yacía a cierta distancia, muda, vuelta hacia las estrellas, la mirada ausente.

CAPÍTULO 17

Antes de hablar, Brunetti se alejó un poco más del cadáver de la mujer.

—La semana pasada, estando yo en la tienda, entraron dos hombres y vi que ella se ponía muy nerviosa. Después, cuando la llamé, creo que fue el lunes, me colgó el teléfono al oír mi nombre. Volví a llamar un par de días después, contestó un hombre y colgué. Probablemente, fue una estupidez. —Pensó en lo que había averiguado sobre ella, que durante años se había drogado, que había conseguido curarse, que había vuelto al pueblo y que se había hecho cargo de la tienda de sus padres—. Me caía bien. Tenía sentido del humor. Y era dura. —La mujer que inspiraba esas reflexiones yacía ahora a su espalda, indiferente a su opinión.

—Lo dice como un cumplido —dijo Vianello.

—Lo es —respondió Brunetti sin vacilar.

—Y no se hacía ilusiones sobre la vida en Pellestrina, ¿verdad? —dijo Vianello después de una pausa.

Brunetti miró las casas del pueblo. En una ventana de una planta baja se apagó la luz. Luego en otra. ¿Era señal de que los vecinos de Pellestrina querían tratar de dormir las más horas posibles antes de que salieran las barcas, o apagaban la luz para ver mejor lo que pasaba fuera?

—No creo que aquí haya quien se haga ilusiones a ese respecto.

Si alguno de ellos pensó en ir al bar a tomar una copa mientras esperaban a los técnicos del laboratorio, no lo propuso. Brunetti miró la lancha de la policía y, en un círculo de luz, vio al piloto sentado en el amarradero metálico en forma de hongo, fumando un cigarrillo, pero no fue hacia allí. Le parecía que lo menos que podía hacer era

quedarse junto a la *signora* Follini hasta que llegaran los otros y la convirtieran en otra víctima de un crimen, una estadística.

En la segunda lancha de la policía venían no sólo los cuatro técnicos del laboratorio sino también un joven médico al que el hospital enviaba cuando ni Rizzardi ni Guerriero estaban disponibles. Brunetti había coincidido con él en dos ocasiones y le había disgustado la displicencia con la que aquel individuo había desempeñado su función de certificar una muerte, como esforzándose por restar solemnidad al acto. Al parecer, el *dottor* Venturi había invertido los cinco años transcurridos desde que salió de la facultad en adquirir no la compasión que exige el ejercicio de su profesión sino la arrogancia que caracteriza a algunos de sus colegas. También se había esforzado por imitar el esmero en el vestir de Rizzardi, su superior, pero lo que en Rizzardi era elegancia, en el bajo y grueso Venturi era una afectación ridícula.

La segunda lancha atracó al lado de la primera. El médico saltó pesadamente a tierra y se acercó a las figuras que sabía que eran Brunetti y Vianello, pero sin darse por enterado de su presencia. Vestía un traje gris marengo mil rayas que, sorprendentemente, no lo hacía más esbelto sino aún más chaparro.

El médico se quedó un momento mirando el cadáver de la *signora* Follini, sacó el pañuelo del bolsillo del pecho, lo puso en el suelo mojado y se arrodilló cuidadosamente sobre él. Le tomó la mano sin dignarse mirarla a la cara, le palpó la muñeca y la soltó dejándola caer al suelo.

—Está muerta —dijo a nadie en particular. Lanzó una rápida mirada a Brunetti y Vianello, esperando su reacción.

Como ellos no decían nada, Venturi repitió:

—Digo que está muerta.

Entonces Brunetti apartó la mirada de la laguna y la fijó en el joven médico. Deseaba saber la causa de la muerte, pero no quería ver cómo aquel sujeto volvía a tocarla, por lo que se limitó a mover la cabeza de arriba abajo dándose por enterado y miró de nuevo las luces que se reflejaban en el agua, allá lejos.

Vianello hizo una seña a los hombres que se habían acercado mientras el médico estaba arrodillado al lado del cadáver. Cuando Venturi se levantaba, la puntera de su zapato derecho resbaló en el suelo mojado y, para no caer de bruces, el médico tuvo que apoyar las manos ante sí. Torpemente, se puso de pie, se apartó del cadáver, cuidando de no tocarse la ropa y dijo a un fotógrafo.

—¿Me da mi pañuelo?

El fotógrafo, un hombre de la edad de Brunetti, estaba ocupado en montar el trípode. Desplegó y enroscó una de las patas, lanzó una mirada al médico y respondió:

—No lo he tirado yo. —Y se puso a montar otra pata.

Venturi abrió la boca para increpar al técnico, pareció pensarlo mejor y se alejó en dirección a la lancha, dejando el pañuelo en el suelo, al lado del cadáver. Brunetti lo vio marchar con las manos extendidas en posición horizontal, como un pingüino, pensó. La lancha vacía se mecía en el agua por lo menos a un metro del muelle. Ninguno de los dos pilotos estaba a la vista. En vez de acercar la lancha tirando del cabo o tratar de salvar la distancia con un gran salto, Venturi siguió andando por el muelle y se sentó en un banco de madera. Brunetti observó que estaba formándose una niebla densa, y se alegró.

El comisario se acercó otra vez a la *signora* Follini y se arrodilló a su lado, agradeciendo la momentánea distracción que le deparó la humedad que empezaba a filtrarse por la tela del pantalón. La mujer llevaba un escotado jersey de angora, con el pelo de la lana apelmazado por el agua en un caos de ondas y anillas. Aunque no era médico forense, Brunetti conocía las señales de la muerte violenta, y no veía ninguna. La piel del cuello estaba intacta, lo mismo que la textura del jersey. Con los dedos de la mano derecha, levantó el jersey, descubriendo el estómago. Al no ver en él más que las estrías de la edad, apartó la mirada y volvió a cubrirlo.

Vianello y Brunetti se quedaron esperando que los técnicos terminaran su trabajo. Durante la espera, Brunetti vio acercarse otra

vez al hombre de la manta, que dijo a Vianello, señalando a los técnicos con un movimiento de la cabeza:

—¿La tapará cuando terminen, por favor?

Vianello asintió y tomó la manta que el hombre le tendía.

—No me hace falta, no es necesario que me la devuelvan —dijo el hombre, que se alejó del muelle y desapareció por un callejón. Pasaba el tiempo. De vez en cuando, brotaba en la oscuridad el *flash* de la cámara del técnico. Cuando el equipo del laboratorio hubo terminado y empezó a recoger sus utensilios, Vianello se acercó a la *signora* Follini, desplegó la manta y la dejó caer sobre el cadáver, cuidando de que cara y ojos quedaran cubiertos.

—Rizzardi nos hubiera dicho algo más —dijo Vianello acercándose a Brunetti.

—Rizzardi hubiera recogido su pañuelo —respondió Brunetti.

—¿Importa que hasta después de la autopsia no sepamos la causa de la muerte? —preguntó Vianello.

Brunetti señaló con la barbilla en dirección a las casas de Pellestrina, la mayoría ya a oscuras.

—¿Cree que alguien va a ayudarnos, cuando lo sepamos?

—Parece que algunos la apreciaban —dijo Vianello con tímido optimismo.

—También apreciaban a Marco Bottin —fue la respuesta de Brunetti.

A fin de aprovechar la presencia de la *signorina* Elettra y Pucetti en el pueblo, el comisario estimó conveniente aplazar los interrogatorios hasta el día siguiente. Así tendrían ocasión de moverse casualmente entre la población y oír cosas que después, cuando la policía iniciara la investigación oficial de la muerte de la *signora* Follini, se olvidarían o se silenciarían.

Brunetti hizo una seña a los técnicos, que desplegaron una camilla. La manta apenas se movió cuando levantaron a la *signora* Follini y la llevaron a la lancha.

Durante el viaje de regreso a Venecia, Brunetti, de pie en la cubierta, pensaba en cómo él y Vianello habían bromeado a costa de

aquella mujer, aunque entonces ninguno sospechaba que ella tuviera tanta experiencia en las técnicas de seducción. Lo consolaba pensar que, de haberlos oído, a ella le hubieran divertido sus bromas, pero la idea de que ahora la *signora* Follini ya fuera insensible a su pesar acrecentaba el remordimiento.

Ya era más de medianoche cuando Brunetti llegó a su casa, pero, tal como él deseaba, encontró a Paola esperándolo despierta. Estaba sentada en la cama, leyendo y al entrar él cerró el libro, lo dejó en la mesita de noche y se quitó las gafas antes de preguntar:

—¿Qué ha pasado?

Brunetti guardó la chaqueta en el armario, se quitó la corbata y la colgó del respaldo de una silla.

—La *signora* Follini. Un pescador la ha encontrado en la laguna —dijo empezando a desabrocharse la camisa. Se sentó, más cansado de lo que había supuesto, en la silla de al lado de la cama y se inclinó para desatarse los cordones de los zapatos—. Alguien la tiraría al agua para que se ahogara.

—¿Tiene que ver con los otros asesinatos? —preguntó ella.

—A la fuerza.

—¿Ella sigue allí? —preguntó Paola. En un primer momento, Brunetti pensó que se refería a Luisa Follini, cuyo cadáver se encontraba ahora en la fría compañía de otros difuntos en el Ospedale Civile, pero enseguida comprendió que «ella» era la *signorina* Elettra.

—Le diré que regrese —dijo Brunetti. Antes de que Paola pudiera decir algo, se fue al cuarto de baño, donde evitó mirarse al espejo mientras se limpiaba los dientes.

Después, cuando se metía en la cama, Paola volvió a tomar el hilo de la conversación.

—¿Y te escuchará?

—Ella siempre me escucha.

—Lo mismo que Chiara —dijo Paola, sin más comentarios.

Él se volvió hacia su mujer, abrazándola por la cintura. La sintió moverse, y la luz se apagó. Ella se acomodó en la cama, pasándole

el brazo por el cuello y haciendo descansar la cabeza de él en el hueco de su hombro. Brunetti, en brazos de su esposa, pensaba en otra mujer, pero era sólo en su seguridad, se dijo, por lo que no trató de ahuyentar el pensamiento.

Después de mucho rato, cuando ya hubieran tenido que estar dormidos los dos, Paola dijo:

—Vale más que hagas algo pronto.

Él gruñó suavemente. Pasó otro rato, y los dos se durmieron.

A la mañana siguiente, antes de salir de casa, Brunetti llamó al depósito y preguntó al empleado a quién se había encargado la autopsia de la mujer que la noche antes habían llevado de Pellestrina.

—Al doctor Rizzardi.

—Bien. ¿Para cuándo?

Una pausa, y Brunetti oyó ruido de papeles.

—Hubo dos muertos en Castello. Probablemente, intoxicados por los gases del calentador de agua. Pero puedo ponerla a ella primero. Habrá terminado a las once.

—Gracias. Dígale que le llamaré, por favor.

—Sí, comisario —dijo el empleado, y colgó.

Brunetti quería saber cuándo había muerto la *signora* Follini, y sólo Rizzardi podía decírselo. Después del miércoles, a menos que alguien la hubiera visto después.

¿Y dónde? Sacó el mapa de la laguna y contempló la estrecha península de Pellestrina. En el extremo inferior estaba la embocadura del canal en el que había sido hallada, a unos tres kilómetros del pueblo, un poco más allá de la zona protegida de la Riserva de Ca'Roman. Brunetti dobló el mapa y lo guardó en el bolsillo interior de la chaqueta. Sólo uno de los pilotos podría decirle lo que necesitaba saber sobre las mareas, las corrientes y la deriva de los cuerpos en el agua.

Al llegar a la *questura*, Brunetti fue directamente a la oficina de los agentes de uniforme, y allí encontró a Bonsuan que a menudo solicitaba el turno del domingo, más tranquilo. El piloto estaba sentado en la oficina, insólitamente desierta, mirando un deteriorado ejemplar de *La Gazzetta dello Sport* con el mismo interés con que contemplaría la pared. Brunetti extendió el mapa encima del periódico, repitió lo que había dicho el pescador acerca del sitio en el que había encontrado a la *signora* Follini y pidió al piloto que le explicara cómo había podido ir a parar allí.

Después de examinar el mapa detenidamente, Bonsuan preguntó:

—¿Estaba muy mal?

«Estaba muerta —pensó Brunetti—. Peor no podía estar.»

—No comprendo.

—Usted vio el cadáver, ¿no? —preguntó el piloto pacientemente.

—Sí.

—¿Estaba muy dañado?

—No tenía ojos.

Bonsuan asintió, como si lo hubiera supuesto.

—¿Y los brazos y las piernas? ¿Tenían señales como de haber sido arrastrada por el fondo?

Brunetti, con desgana, rememoró su última imagen de la *signora* Follini.

—Llevaba jersey de manga larga y pantalón; no le vi los brazos ni las piernas. Pero no tenía señales en las manos ni en la cara, aparte lo de los ojos.

Con un gruñido, Bonsuan se inclinó sobre el mapa.

—La recogieron a eso de las ocho, ¿no?

—A esa hora me llamaron. —Brunetti descubrió, sorprendido, que ni siquiera al piloto le decía que la llamada la había hecho Pucetti. Quizá fuera un primer síntoma de paranoia.

—¿No sabe cuánto tiempo estuvo en el agua?

—No.

Bonsuan se puso en pie apoyando las manos en la mesa y se acercó a una librería de vitrina, reliquia de tiempos pretéritos. Abrió la puerta y sacó un cuaderno. Lo abrió, pasó el índice por una página, luego por la siguiente y la otra. Encontró lo que buscaba, lo leyó atentamente, cerró el cuaderno y volvió a guardarlo en la vitrina.

—Necesito saber cuánto tiempo estuvo en el agua —dijo al volver a la mesa—. Pudo llegar hasta allí desde cualquier sitio; Chioggia, Pellestrina, incluso pudieron arrojarla desde el borde de alguno de los canales. —Hizo una pausa—. Anoche había luna llena, la marea era fuerte, y cuando la encontraron estaba bajando, o sea que el cuerpo era arrastrado hacia el mar. Si hubiera llegado al mar, no creo que la hubieran encontrado.

—No sabré la hora de la muerte hasta media mañana, cuando haya hablado con Rizzardi —dijo Brunetti.

Bonsuan asintió.

—Si ha estado varios días en el agua, probablemente, la tirarían sin más. Pero, si no llevaba muerta mucho tiempo, yo diría que la echaron al agua en algún sitio desde el que sabían que la marea la arrastraría al Adriático. Por otra parte, si la hubieran pescado del fondo del canal, no hubiera quedado mucho de ella: las mareas son fuertes, el cuerpo se hubiera movido deprisa y las rocas del fondo lo hubieran destrozado. —Al ver cómo lo miraba su superior, Bonsuan agregó—: No es que yo lo diga, comisario, es lo que hacen las mareas.

Brunetti le dio las gracias y, sin comentar la natural suposición de Bonsuan de que la mujer había sido asesinada, subió a su despacho, a esperar que llegara la hora de llamar a Rizzardi.

Pero fue el médico el que llamó, para comunicarle que la causa de la muerte era por inmersión en agua salada.

—¿Intencionada?

La respuesta de Rizzardi tardó un momento en llegar.

—Es posible. Bastaría que la hubieran arrojado desde un barco o que la hubieran sostenido bajo el agua. No tiene señales de

ligaduras que sean recientes.

Antes de que Brunetti pudiera preguntar sobre esa observación, el forense agregó:

—En el aspecto ginecológico es interesante.

—¿Por qué?

—Hay huellas de que tuvo la mayoría de las enfermedades venéreas que se conocen y, por lo menos, un aborto.

—Fue drogadicta durante años —dijo Brunetti. Rizzardi emitió un gruñido que indicaba que esa particularidad era tan evidente que ni merecía mención—. Y, al parecer, prostituta.

—Lo que suponía —dijo Rizzardi con una naturalidad que hizo recordar a Brunetti lo mucho que apreciaba a aquel médico y por qué.

Brunetti volvió sobre la observación que le había intrigado.

—Dice que no tenía señales recientes de ligaduras. ¿Qué significa?

Después de una larga vacilación, el forense dijo:

—Hay señales de ligaduras en los brazos y los tobillos. Yo diría que su pareja de los últimos tiempos, quienquiera que fuese, era aficionado al rollo fuerte.

—¿Qué quiere el rollo fuerte? ¿Violación?

—No. —La respuesta de Rizzardi fue inmediata.

—¿Qué si no? ¿Qué más puede ser?

—El sexo violento no tiene por qué ser violación —dijo Rizzardi no sin aspereza, y esperó unos segundos antes de agregar un seco —: comisario.

—¿Y qué es entonces violación?

—Violación es cuando una u otra parte no consiente.

—¿Una u otra?

La voz de Rizzardi se suavizó:

—Son otros tiempos, Guido. Ya pasaron los días en los que la violación era únicamente un acto que perpetraba un hombre violento contra una mujer inocente.

Brunetti, padre de una adolescente, sentía curiosidad por saber lo que tenía que decir el médico sobre la cuestión, pero como ello en nada ayudaría a la investigación, abandonó el tema y preguntó:

—¿Cuándo ocurrió la muerte?

—Yo diría que hace dos días, el viernes por la noche.

—¿Por qué?

—Sólo fíese de mí, Guido. No estamos en la televisión, donde yo tendría que hablar del contenido del estómago o de la cantidad de oxígeno en la sangre. Hace dos días —repitió—; probablemente, después de las diez de la noche. Confíe en mí, y esté seguro de que así se declarará en el juicio.

—Si el caso llega a juicio —dijo Brunetti distraídamente, observación no necesariamente dirigida al forense.

—Bueno, eso es cosa suya. Yo me limito a decir lo que veo. Usted debe deducir el porqué, el cómo y el quién.

—Ojalá fuera tan sencillo —dijo Brunetti.

Rizzardi renunció a debatir las exigencias de sus respectivas profesiones y puso fin a la conversación, dejando para Brunetti la misión de ir a Pellestrina, a buscar las respuestas a esas preguntas.

CAPÍTULO 18

Pese a ser domingo, Brunetti no veía por qué razón él y Vianello no habían de ir a Pellestrina, en busca de algo que pudiera contribuir a explicar la muerte de la *signora* Follini. Bonsuan se mostró más que dispuesto a llevarlos, insistiendo en que las noticias del periódico lo aburrían y, como no era un gran aficionado al fútbol, prefería no perder el tiempo leyendo el avance de los partidos del día.

Mientras estaban en la cubierta de la lancha en la parada de los Giardini, esperando la llegada de Vianello, el comisario, volviendo sobre el comentario de Bonsuan, le preguntó:

—Si no es aficionado al fútbol, ¿qué deportes le gustan?

—¿A mí? —preguntó Bonsuan, utilizando la táctica dilatoria del testigo ante una pregunta incómoda, que Brunetti conocía bien desde hacía mucho tiempo.

—Sí.

—¿Se refiere a practicar o a mirar? —preguntó Bonsuan evasivamente.

Ya más curioso por la reticencia de Bonsuan que por la respuesta en sí, Brunetti dijo:

—A las dos cosas.

—Practicar, a mi edad, ya no practico ningún deporte —dijo el piloto en un tono que indicaba que aquí se acababa la información.

—¿Y mirar? —preguntó Brunetti.

Bonsuan buscaba ansiosamente con los ojos alguna señal de Vianello en el largo *viale* arbolado que venía de *corso* Garibaldi. Brunetti observaba a los transeúntes.

—Verá, comisario, no es que yo entienda mucho de eso ni que me tome muchas molestias para seguirlo, pero me gusta ver por televisión los concursos de perros de pastor. A veces los dan desde Escocia, ¿sabe? —En vista de que Brunetti no decía nada, agregó—: Y Nueva Zelanda.

—No encontrará mucho de eso en *Il Gazzettino*, desde luego —concedió Brunetti.

—No —respondió el piloto, y entonces, mirando hacia el arco del fondo del *viale*, dijo—: Ahí viene Vianello —con audible alivio en la voz.

El sargento, de uniforme, saludó alzando una mano al acercarse y saltó a bordo. Bonsuan apartó la lancha de la *riva* y la dirigió hacia el canal, ahora ya familiar, que conducía a Pellestrina, a la que esperaban encontrar entregada a la apacible observancia del Día del Señor.

El hecho de que la religión sea cosa del pasado y ya no sea un factor determinante del comportamiento del pueblo italiano, no ha influido en su hábito de acudir a la iglesia, especialmente, en los pueblos pequeños. En realidad, podría establecerse una especie de ecuación algebraica entre el tamaño de una parroquia y la proporción de los vecinos que van a misa. Son esos grandes paganos de romanos y milaneses los que no acuden al templo y, arropados en el anonimato de los millones de conciudadanos, se esconden de los ojos y las lenguas del chismorreo vecinal. Los *pellestrinotti*, por el contrario, son asiduos asistentes a misa, lo que les permite mantenerse al corriente de la vida y milagros de sus convecinos sin aparente indiscreción, ya que todo lo que ocurre, especialmente todo aquello que puede poner en tela de juicio la virtud o la honradez de las personas, es objeto de comentario el domingo por la mañana, en la escalera de la iglesia.

Allí estaban Brunetti y Vianello, esperándolos, y esperando acontecimientos, poco antes de las doce, cuando iba a terminar la

misa de once y por última vez se invitaba a los feligreses a «ir en paz».

De pie en la escalera de la iglesia, Brunetti sentía, una vez más, aquella desazón que siempre le había producido la religión, aunque no fue consciente de ella hasta que Paola se la hizo notar. Paola había tenido lo que él consideraba la suerte de recibir una educación libre de religión. Sus padres no se molestaban en asistir a los oficios religiosos, por lo menos, los considerados preceptivos. Desde luego, su posición social les exigía asistir a ceremonias tales como la investidura de obispos y cardenales y a la misma coronación del papa actual; pero ésos eran ritos que no tenían que ver con la fe sino con el poder que, por cierto, según Paola, era el verdadero objetivo de la Iglesia.

Estando exenta de fe, como lo estaba del hábito de la práctica religiosa, Paola no sentía hostilidad hacia la religión y contemplaba las peculiares formas en las que la gente optaba por observar sus preceptos desde una perspectiva antropológica. Brunetti, por el contrario, que había sido educado por una madre religiosa, a pesar de haber dejado de creer antes de llegar a la adolescencia, conservaba el recuerdo de la fe, aunque de una fe desengañada. Sabía que su actitud hacia la religión era la de un adversario, incluso de un antagonista. Y, por más que trataba de resistirse a este sentimiento, no podía librarse de él, ni de la sensación de culpa que le causaba. Como Paola no se cansaba de recordarle: «Preferiría ser pagano y haber mamado un credo caduco…»

Todas esas cosas pasaban por la cabeza a Brunetti mientras, en la escalera de la iglesia, esperaba a ver quién salía y qué nueva información le daba. Sonó un órgano, la pureza de cuyos acordes hablaba más en favor del sistema de sonido de la iglesia que del talento del organista. Las puertas se abrieron, y la música creció y se derramó por la escalera, seguida de los primeros feligreses. Al verlos, Brunetti observó, y no por primera vez, la expresión de inquietud con que la gente salía de la iglesia.

Si hubieran sido un hato de animales, un rebaño de corderos que entra en un cercado, no hubiera podido ser más evidente su repentina percepción de una presencia extraña, ni más patente la convulsión de inquietud que recorría el grupo de delante atrás, a medida que cada nuevo individuo descubría la amenaza en potencia que aguardaba en la escalera. Brunetti pensó que, si Vianello no hubiera ido de uniforme, muchos de ellos hubieran fingido que no los veían. Aun así, algunos se hacían los distraídos, a pesar de que la gorra blanca del sargento era tan llamativa como la aureola de cualquiera de los santos que habían dejado en la iglesia.

Brunetti, sin aparentarlo, estudiaba la cara de la gente. En un principio, creyó que lo que percibía era el resultado de un esfuerzo colectivo por componer una expresión de inocencia e ignorancia combinadas; pero después comprendió que debía de ser la consecuencia de unos factores ambientales restrictivos: la mayoría se parecían. Todos los hombres eran bajos y tenían la cabeza redonda y los ojos hundidos. Su complexión musculosa la atribuyó Brunetti al trabajo que hacían, que también debía de ser la causa de que todos ellos, hasta los más jóvenes, tuvieran la cara curtida y surcada de pliegues profundos. Las mujeres mostraban mayor diversidad de fisonomías, aunque la figura de las que pasaban de los treinta mostraba una tendencia generalizada a la dilatación.

Esa mañana nadie se paró en la escalera de la iglesia a conversar con los vecinos sino que toda la feligresía se encaminó a casa como si tuviera una tarea urgente. Decir que huyeron sería exagerar. Más exacto sería decir que se fueron aprisa y nerviosos.

Cuando se alejaban los últimos, Brunetti se volvió hacia Vianello, con intención de intentar aliviar su sensación de frustración preguntando si debían atribuir su fracaso al uniforme del sargento. Pero, antes de empezar a hablar, vio salir a la *signorina* Elettra del bar que estaba a la izquierda de la iglesia. Mejor dicho, la vio salir y, casi al momento, retroceder hasta desaparecer en parte.

Después reapareció, más despacio y, cuando ella se apartaba de la puerta, Brunetti vio la causa de la demora: la asía de la mano un

hombre joven que se había parado en el vano de la puerta a decir algo a los que estaban dentro. Fuera lo que fuese lo que dijo, provocó más de una carcajada, y la *signorina* Elettra le tiró del brazo arrancándolo de la puerta.

El joven se acercó a ella y, con la naturalidad nacida de una larga familiaridad, le rodeó los hombros con el brazo y la atrajo hacia sí. No había ni asomo de coquetería en la forma en que ella respondió, rodeándole la cintura con el brazo izquierdo y acomodando el paso al de él, en dirección a los policías a los que aún no habían visto. El hombre, que era bastante más alto que ella, inclinó la cabeza para decirle algo, y Elettra alzó la cara y respondió con una sonrisa que Brunetti no le conocía. El hombre le dio un beso en el pelo, lo que los obligó a aflojar el paso. Al erguir la cabeza, él vio a Brunetti y a Vianello en la escalera de la iglesia y se paró bruscamente.

La *signorina* Elettra, sorprendida, siguió la dirección de su mirada. La exclamación que brotó de sus labios quedó ahogada por las campanadas del reloj de la iglesia. Mucho antes de que acabaran de dar las doce, ya se había repuesto de la sorpresa y concentrado la atención, momentáneamente distraída por la inesperada presencia de un policía en la escalera de la iglesia, en la importante cuestión de decidir con su nuevo amigo dónde almorzar.

Al cabo de una hora de tratar de interrogar a los habitantes de Pellestrina, Brunetti comprendió que cualquier intento sería inútil hasta que todos hubieran terminado su almuerzo. Por lo tanto, él y Vianello se fueron al restaurante, donde hicieron una comida un tanto apagada, con la que ninguno de los dos disfrutó, a pesar de que los alimentos eran frescos y el vino, excelente. Decidieron que se separarían, con la esperanza de que las simpatías que Vianello había despertado al hablar con la gente en su visita anterior pudieran contrarrestar la inevitable reacción que había de producir el uniforme.

En las dos primeras casas, dijeron a Brunetti que ellos apenas conocían a la *signora* Follini y un hombre hasta le contó que él llevaba a su mujer en el coche al Lido todas las semanas para hacer la compra, porque en la tienda del pueblo los precios eran muy caros y muchos de los artículos no eran frescos. El hombre mentía tan mal que daba grima, mientras la esposa disimulaba como podía, cambiando de sitio cuatro figuritas de porcelana que tenían un vago parecido con perros salchicha.

En las dos casas siguientes no le abrieron la puerta, no se sabía si por ausencia o por reticencia de sus habitantes. En la tercera, por el contrario, abrieron antes de que acabara de llamar, y Brunetti se encontró frente al sueño dorado del policía: la vecina fisgona. La reconoció a primera vista por los labios prietos, los ojos vivaces y la postura ligeramente encorvada. No le faltaba sino frotarse las manos; pero ese detalle no mermaba la impresión de satisfacción que transmitía su ávida sonrisa: por fin, una persona a la que hacer partícipe del horror y el espanto que le causaban las infamias de toda especie que cometían sus vecinos.

Llevaba un moñito en la nuca del que habían escapado unas greñas engomadas con una pomada grasienta y perfumada. Tenía la cara chupada y el cuerpo macizo, sin cintura visible. Encima de un vestido negro que con años de lavados empezaba a verdear, llevaba un delantal sucio que tiempo atrás pudo ser de flores.

—Buenas tardes, *signora* —empezó el comisario, pero antes de que pudiera dar su nombre, ella le interrumpió.

—Sé quién es y a qué ha venido. Ya iba siendo hora de que hablara conmigo. —Trataba de manifestar enojo, pero le era imposible reprimir la satisfacción que la visita le producía.

—Lo siento, *signora*; pero, antes de hablar con usted, quería saber qué tenían que decir los otros.

—Pase, pase —dijo ella, dando media vuelta y guiándolo hacia la parte trasera de la casa. Él la siguió por un pasillo largo y húmedo hasta una cocina en la que entraba la luz por una puerta abierta. No se notaba cambio de temperatura, ni calor que disipara la humedad

que la proximidad del mar concentraba en el pasillo. Tampoco había aromas de guisos que disfrazaran el tufo opresivo a moho, lana y a algo selvático y animal que Brunetti no podía identificar.

Ella le señaló una silla junto a la mesa y, sin ofrecerle algo de beber, se sentó frente a él.

Brunetti sacó una libretita del bolsillo lateral de la chaqueta, la abrió y quitó el capuchón a la estilográfica.

—¿Su nombre, *signora*? —preguntó, cuidando de hablar en italiano y no en veneciano, al comprender que, cuanto más oficial fuera el tono de la entrevista, mayor sería la satisfacción de la mujer por haber conseguido que al fin las autoridades prestaran atención a las muchas cosas que ella llevaba dentro desde hacía tantos años, y con tanta discreción.

—Boscarini —dijo ella—. Clemenza.

Él escribió en silencio, sin comentarios.

—¿Cuánto hace que reside aquí, *signora* Boscarini?

—Toda la vida —respondió ella, hablando también en italiano, con audible dificultad—. Sesenta y tres años.

Experiencias o emociones que él no podía imaginar la habían hecho aparentar diez años más, pero Brunetti se limitó a tomar nota.

—¿Y su marido, *signora*? —preguntó Brunetti, seguro de que la mujer se sentiría halagada si él daba por hecho que estaba casada, y tomaría como una ofensa que él le preguntara por su estado civil.

—Murió. Hace treinta y cuatro años. En una tormenta. —Brunetti anotó el hecho, por su relevancia. Levantó la mirada y decidió no preguntar por hijos.

—¿Ha tenido siempre los mismos vecinos, *signora*?

—Sí; menos los Rugoletto, que viven tres puertas más abajo —dijo, con un airado movimiento de la barbilla hacia la izquierda—. Vinieron de Burano hace doce años, cuando murió el abuelo de la mujer y les dejó la casa. Ella es sucia —sentenció en tono despectivo y recalcó, para asegurarse de que él comprendía—: *Buranesi*.

Brunetti gruñó en señal de conformidad y, sin más preámbulos, preguntó:

—¿Conocía a la *signora* Follini?

A eso, ella sonrió regodeándose, y rápidamente borró la expresión. Brunetti oyó un leve sonido, la miró y tardó un instante en darse cuenta de que ella estaba relamiéndose, literalmente: se pasaba la lengua por los labios como liberándolos para que al fin pudieran dejar salir la cruda verdad.

—Sí —dijo finalmente—; la conocía a ella y conocía a sus padres. Buenas personas, muy trabajadores. Ella los mató. Los mató a disgustos, tan cierto como si hubiera clavado un puñal en el corazón de la pobre madre.

Brunetti, mirando el cuaderno para esconder la cara, escribía y hacía ruidos con la garganta animándola a continuar.

Ella hizo una pausa, volvió a pasar la lengua por los labios y prosiguió:

—Era una puta y una drogadicta que llevó la enfermedad y la deshonra a su familia. No me extraña que haya muerto, ni que haya muerto así. Lo raro es que haya tardado tanto. —Calló un momento y agregó con una voz almibarada que hizo cerrar los ojos a Brunetti —: Que Dios se apiade de su alma.

Dejando a la divinidad tiempo suficiente para atender la petición, Brunetti preguntó:

—¿Dice que era una prostituta, *signora*? ¿Aquí? ¿Lo era todavía?

—Ya era puta de jovencita. La que empieza así se pierde para siempre, le toma gusto. —Su voz tenía certidumbre y repugnancia—. Debía de seguir haciendo lo mismo. Seguro.

Brunetti volvió la hoja, compuso la expresión y levantó la cara con una sonrisa estimulante.

—¿Conoce usted a alguien que pudiera ser cliente suyo?

Vio que la mujer iba a contestar y, al pensar en las consecuencias de una falsa acusación, cerraba la boca.

—¿O sospecha de alguien, *signora*? —Como ella titubeara, el comisario cerró la libreta y puso encima la estilográfica, después de taparla con el capuchón—. A veces, para nosotros es importante tener una visión de conjunto, aun sin pruebas. Es suficiente para

situarnos en el buen camino, para saber por dónde podemos empezar a buscar. —La mujer callaba y él prosiguió—: Y son sólo los ciudadanos más honrados y valientes los que pueden ayudarnos, *signora*, sobre todo en una época en la que la gente tiende a cerrar los ojos ante la inmoralidad y los comportamientos que destruyen la unidad de la familia y corrompen la sociedad. —Estuvo tentado de decir «sagrada unidad», le pareció excesivo y optó por moderar la estupidez. Pero surtió efecto en la *signora* Boscarini.

—Stefano Silvestri. —El nombre se deslizó entre sus labios como un reptil. Era el del hombre que había dicho que él llevaba a su mujer al Lido una vez a la semana para hacer la compra—. Ése estaba siempre en la tienda, como el perro que husmea a la perra, para ver si ella estaba dispuesta.

Brunetti recibió la información con otro de sus sonidos de aceptación, pero no acercó la mano a la libreta. Como animada por esa prueba de discreción, la mujer prosiguió:

—Ella hacía como que no le interesaba, se burlaba de él delante de la gente, pero yo sé lo que hacía. Todos lo sabíamos. Lo provocaba. —Brunetti escuchaba con calma, tratando de recordar si había visto a esa mujer en la escalera de la iglesia y preguntándose lo que ir a misa podía significar para una persona como ella.

—¿Sabe de otro u otros que pudieran mantener relaciones con ella? —preguntó.

—La gente hablaba —empezó a decir deseosa de informarle—. Otro hombre casado —prosiguió, con sus labios jugosos y entusiastas—. Un pescador. —Él pensó que iba a dar el nombre, pero entonces la vio medir las consecuencias, y dijo tan sólo—: Seguro que había muchos más. —Como Brunetti recibiera en silencio esa calumnia, la mujer dijo—: Ella los provocaba.

—Desde luego —se permitió decir él. Se preguntaba Brunetti qué sería peor, si morir en el mar o pasar treinta y cuatro años al lado de esa mujer. Al advertir que ella no parecía dispuesta a decir más, y suponiendo que lo que le había dado era información y no simple despecho o envidia, él se puso en pie, recogió la libreta y la

estilográfica, las guardó en el bolsillo y dijo—: Muchas gracias por su ayuda, *signora*. Puede estar segura de que todo lo que me ha dicho será tratado con la mayor discreción. Personalmente, me gustaría agregar que pocas veces se encuentra a un testigo dispuesto a darnos esta clase de información. —Era un puyazo pequeño, y ella no pareció acusarlo, pero no dejaba de ser un puyazo, e hizo que él se sintiera mejor. Con todas las fórmulas de cortesía de rigor, Brunetti se despidió, contento de escapar de aquella casa, aquellas palabras y aquella lengua viscosa y reptil.

Según lo convenido, él y Vianello se encontraron a las cinco en el bar. Pidieron café y, cuando el camarero se alejó, después de ponerles delante las tazas, Brunetti preguntó:

—¿Y bien?

—Había alguien —dijo Vianello—. Un hombre.

Brunetti rompió dos bolsitas de azúcar, las vació en el café, lo removió y lo bebió de un tirón.

—¿Quién? —preguntó, observando que Vianello seguía tomando el café sin azúcar, costumbre que, según había oído decir a su abuela, «aclaraba la sangre», aunque no estaba seguro de lo que eso significaba.

—Ni idea. Y sólo un hombre ha dicho algo, algo de que la *signora* Follini siempre se levantaba antes del amanecer, a pesar de que no abría la tienda hasta las ocho. En realidad, no es tanto lo que ha dicho como la forma de decirlo, y la mirada que le ha lanzado su mujer.

Eso era todo lo que había conseguido Vianello, y no parecía mucho. Podría tratarse de Stefano Silvestri, aunque Brunetti no creía que su mujer fuera de las que permiten al marido estar antes del amanecer más que en la cama con ella o en el barco, faenando.

—He visto a la *signorina* Elettra —dijo Vianello.

Brunetti se obligó a sí mismo a esperar un momento antes de preguntar:

—¿Dónde?

—Camino de la playa.

Brunetti se abstuvo de preguntar y, al cabo de lo que parecía mucho tiempo, Vianello agregó:

—Iba con ese hombre.

—¿Sabe quién es él?

Vianello movió negativamente la cabeza.

—Supongo que lo más práctico será pedir a Bonsuan que lo pregunte a su amigo.

A Brunetti no le gustaba la idea; no deseaba hacer algo que llamara la atención hacia la *signorina* Elettra.

—Sería preferible preguntar a Pucetti.

—Para eso hará falta que vuelva al trabajo —dijo Vianello mirando al fondo del bar, donde el dueño conversaba animadamente con dos hombres.

—¿Dónde vive?

—En casa de un primo o no sé qué del dueño. Está cerca.

—¿Podemos ponernos en contacto con él?

—No; no ha traído el *telefonino*. Dijo que le daba miedo que alguien lo llamara y dejara un mensaje que lo comprometiera.

—Podríamos haberle dado otro aparato del que sus amigos no tuvieran el número —dijo Brunetti con impaciencia.

—Tampoco lo quiso. Dijo que nunca se sabe.

—¿Qué es lo que nunca se sabe? —inquirió Brunetti.

—No lo aclaró. Imagino que pensaría que alguien de la *questura* podía decir que le habían dado un móvil para una misión especial, o que alguien podía llamarlo, o que alguien podía escuchar nuestras llamadas.

—¿No es un poco paranoico todo eso? —preguntó Brunetti, aunque más de una vez él había pensado en la tercera posibilidad.

—A mí me parece que lo más seguro es pensar siempre que alguien está escuchando todo lo que dices.

—Ésa no es forma de vivir —dijo Brunetti con vehemencia, porque así lo creía.

Vianello se encogió de hombros.

—¿Qué hacemos?

Brunetti, recordando el comentario de Rizzardi sobre el «rollo fuerte» dijo:

—Me gustaría saber con quién andaba. —Notó que Vianello lo miraba y aclaró—: Me refiero a la *signora* Follini.

—Sigo pensando que lo mejor será pedir a Bonsuan que hable con su amigo. Esta gente no nos dirá nada. Por lo menos, directamente.

—Una mujer me ha contado que la *signora* Follini todavía tentaba a los hombres del pueblo al pecado —dijo Brunetti, entre sarcástico y asqueado.

—Seguramente, uno de los tentados sería su marido o el vecino de al lado.

—Dos puertas más abajo.

—Da lo mismo.

Brunetti decidió volver a la lancha para pedir a Bonsuan que hablara con su amigo. No fue necesario ir tan lejos, porque al salir del bar se tropezaron con el piloto que precisamente volvía de almorzar en casa de su amigo, y habían pasado parte de la tarde tomando *grappa* y hablando de sus días en el ejército. Después de revivir la campaña de Albania y de brindar por los tres venecianos que no habían vuelto, empezaron a hablar de su vida actual. Bonsuan había puesto cuidado en dejar bien claro hacia dónde se orientaba su lealtad, declarando la intención de retirarse de la policía lo antes posible.

Mientras los tres policías caminaban lentamente hacia la lancha, Bonsuan explicó que la averiguación había resultado relativamente fácil y, al despedirse, casi vacía la botella de *grappa*, ya conocía el nombre del amante de Luisa Follini.

—Vittorio Spadini —dijo no sin orgullo—. De Burano. Pescador. Casado, tres hijos, dos chicos, pescadores y una chica, casada con un pescador.

—¿Y? —dijo Brunetti.

Quizá por efecto de la *grappa* o quizá por la reciente charla acerca de su retiro, Bonsuan contestó:

—Y, probablemente, eso es más de lo que usted y Vianello conseguirían en una semana. —Sorprendido al oírse a sí mismo hablar así, agregó—: Señor. —Pero el tiempo que transcurrió entre la respuesta y el tratamiento fue largo.

Se hizo un silencio, que rompió el propio Bonsuan al decir:

—Pero él ya no pesca. Perdió el barco hará unos dos años.

Brunetti, recordando al marido de la *signora* Boscarini, preguntó:

—¿En un naufragio?

Bonsuan descartó la idea con un enérgico movimiento de la cabeza.

—No. Algo Peor. Impuestos. —Antes de que Brunetti pudiera preguntar cómo podían los impuestos ser peor que un naufragio, Bonsuan explicó—: La Guardia di Finanza le puso una multa por tres años de fraude en las declaraciones de ingresos. Él estuvo un año litigando, pero al final perdió. Siempre pierdes. Se quedaron con el barco.

—¿Por qué es eso peor que un naufragio? —preguntó Vianello.

—Si pierdes el barco en un naufragio, cobras del seguro. Pero con esos hijos de puta de la Finanza no hay seguro que valga.

—¿Cuánto le pedían? —preguntó Brunetti, consciente, una vez más, de lo poco que sabía del mundo de los barcos y de los hombres que se embarcaban.

—Quinientos millones. Era lo que calculaban que había defraudado más la multa. Pero no hay quien tenga tanto dinero en efectivo, y tuvo que vender el barco.

—Pero ¿tanto pueden valer? —preguntó Brunetti.

Bonsuan lo miró con extrañeza.

—Un barco tan grande como el suyo vale mucho más. Puede llegar a los mil millones.

—Si le pedían quinientos millones por tres años —terció Vianello —, es que probablemente defraudó el doble, o el triple.

—Es posible —convino Bonsuan no sin un punto de orgullo por el ingenio de los hombres de la laguna—. Ezio me ha dicho que Spadini creía que ganaría. El abogado le dijo que apelara, pero seguramente

lo hizo para hinchar la minuta. Al fin, Spadini no pudo evitar que le quitaran el barco. Si hubiera pagado la multa con dinero contante y sonante, hubieran empezado a hacer preguntas —dijo el piloto—, porque hubieran sospechado que dinero tenía, escondido en inversiones y cuentas secretas, como tanta de la riqueza de Italia. —Mirando de soslayo a Vianello, el piloto apuntó—: Dicen que el juez era de los *verdes*.

El sargento lo asaeteó con la mirada, pero no dijo nada.

—Y que tenía antipatía a los *vongolari* por lo que le están haciendo a la laguna.

A esto, Vianello dijo al fin, con una amenazadora tensión en la voz:

—Danilo, esos casos de evasión de impuestos no son llevados ante el juez. —Sin dar a Bonsuan tiempo de responder, agregó—: Sea *verde* o no. —Y volviéndose hacia Brunetti pero apuntando a Bonsuan con sus palabras, dijo—: Ahora alguien nos dirá que los *verdes* lanzan víboras a las montañas desde helicópteros, para preservar la especie. —Y, a Bonsuan, con una voz más áspera de lo que Brunetti podía recordar—: Vamos, Danilo, ¿no vas a decirnos que unos amigos tuyos encontraron en las montañas botellas con víboras muertas o que vieron cómo las tiraban desde helicópteros?

Bonsuan miró al sargento, pero no se dignó contestar, sumiéndose en un silencio en el que estaba implícita su convicción de que era inútil tratar de razonar con fanáticos. Hacía años que Brunetti oía hablar a la gente de aquellos malignos helicópteros misteriosos, pilotados por ecologistas locos, decididos a defender una perversa idea de la «naturaleza», pero nunca se le había ocurrido que alguien pudiera creerlo.

Habían llegado, no sólo a un punto muerto sino también a la lancha. Bonsuan se apartó de los otros dos hombres y se concentró en la operación de soltar las amarras. Vianello, quizá para suavizar el efecto de sus comentarios, fue a popa y empezó a desatar el segundo cabo. Brunetti los dejó hacer, mientras consideraba las sorprendentes sumas que acababan de mencionarse. Cuando

Bonsuan hubo enrollado el cabo, Brunetti embarco a su vez y gritó al piloto que subía la escalera de la cabina del timón:

—Mucho pescado habrá que capturar para pagar un barco como ése.

—Almejas —rectificó Bonsuan al momento—. Es lo que da dinero. Nadie se lía a tiros por el pescado. Pero, como te pillen destrozando los viveros para sacar almejas, prepárate.

—¿Eso hacía él, destrozar los viveros? —preguntó Brunetti.

—Ya le dije que eso lo hacen todos —respondió Bonsuan—. Escarban en cualquier sitio, y cada año hay menos almejas. Así el precio sube. —Miró de Brunetti a Vianello, que escuchaba desde el muelle. El piloto llamó entonces al sargento con un brusco ademán —. Vamos, Lorenzo.

Vianello rodeó uno de los candeleros del costado de la lancha con el cabo que tenía en la mano y saltó a bordo.

—Pero, si ha perdido el barco —dijo Brunetti, fingiendo no darse cuenta del acuerdo de paz y desviando la conversación de lo general a lo particular—, ¿qué hace ahora?

—Dice Fidele que trabaja para uno de sus hijos, patronea uno de sus barcos —dijo Bonsuan, maniobrando en el panel—. Es un barco mucho más pequeño, en el que sólo van dos hombres.

—Debe de ser duro para él haber dejado de ser el dueño —dijo Vianello.

Bonsuan se encogió de hombros.

—Depende de cómo sea el hijo, supongo.

—¿Y respecto a la *signora* Follini? —preguntó Brunetti llevando la conversación a su terreno.

—Llevaban unos dos años —dijo Bonsuan—. Desde que él perdió el barco. —Por si no era suficiente explicación, agregó—: Ya no tenía que madrugar. Ahora sólo madruga cuando quiere.

—¿Y la esposa? —preguntó Vianello.

Bonsuan se encogió de hombros, y en ese gesto con el que el piloto desestimaba la pregunta estaba contenida Italia toda, su historia y su cultura.

—Ella tiene su casa, y él la mantiene. Sus tres hijos ya están casados y son independientes. ¿De qué puede quejarse? —Si algo agregó Bonsuan quedó ahogado por el ruido del motor, que arrancó, obediente a su orden.

Brunetti, que no deseaba polemizar sobre el tema, se alegró de regresar a la ciudad, a su propia casa, a reunirse con sus propios hijos.

CAPÍTULO 19

A la mañana siguiente, Brunetti apenas llevaba una hora en su despacho cuando, al contestar al teléfono, oyó la voz de la *signorina* Elettra.

—¿Dónde está? —preguntó bruscamente, pero enseguida moderó el tono—. Quería decir ¿cómo está?

Un largo silencio le dio a entender el efecto que a ella le había causado que la interrogara de aquel modo. Pero cuando contestó no había resentimiento en su voz.

—Estoy en la playa. Y estoy muy bien.

Unos chillidos lejanos de gaviotas confirmaban la primera parte de la respuesta y su tono festivo, la segunda.

—*Signorina* —empezó él, desprevenido, sin medir sus palabras—, hace más de una semana que está ahí. Creo que ha llegado el momento de pensar en el regreso.

—Oh, no, señor. No me parece buena idea.

—A mí sí —insistió él—. Opino que debería despedirse de su familia y presentarse mañana mismo en la oficina.

—Estamos a principios de semana. Pensaba quedarme por lo menos hasta el domingo.

—Creo preferible que regrese. Tiene mucho trabajo acumulado.

—Por favor, comisario. Estoy segura de que cualquiera de las otras secretarias podrá despacharlo.

—Necesito información —dijo Brunetti, advirtiendo que su tono era casi suplicante—. Son cosas que no quiero que sepan las otras secretarias.

—Vianello ya maneja el ordenador y podrá sacar todo lo que usted quiera.

—Se trata de la Guardia di Finanza —dijo Brunetti, jugando lo que él creía un triunfo—. No creo que Vianello pueda conseguir la información que necesito.

—¿Qué información, comisario? —Se oían ruidos de fondo: gaviotas, una sirena, un coche que arrancaba, y Brunetti recordó la estrecha playa de Pellestrina, casi pegada a la carretera.

—Evasión de impuestos.

—Pues no tiene más que leer el periódico —dijo ella riendo. Al no oírle reír a él, agregó con voz serena y un poco fría—: Llame a la central y pregunte por el *maresciallo* Resto. Dígale que llama de mi parte. Él puede darle toda la información que usted necesite.

Brunetti conocía a la *signorina* Elettra lo bastante como para reconocer la inflexibilidad que había bajo aquella cortesía formal.

—Preferiría que se encargara usted, *signorina*.

La cortesía se había desvanecido de su voz cuando le respondió:

—Si insiste, señor, me obligará a tomarme una semana de permiso a cuenta de vacaciones, lo que sería un inconveniente, por el tiempo que nos llevaría cambiar los turnos.

A él le hubiera gustado preguntarle sin rodeos quién era el hombre con el que la había visto la víspera, pero ni la pregunta ni —menos aún— el tono que él sabía que no podría moderar al hacerla, encajaban en la índole de su relación. Él era su superior, sí, pero la jerarquía no lo autorizaba para actuar *in loco parentis*. Como su diferente posición impedía que entre ellos existiera la intimidad que genera la amistad, no podía preguntarle qué había entre ella y su apuesto acompañante. Brunetti no encontraba la manera de expresar su preocupación sin que pareciera que sentía celos, como tampoco podía explicar, ni aun a sí mismo, qué era lo que sentía en realidad.

—Bien. Dígame entonces si ha podido averiguar algo —respondió el comisario con una voz que él trató de hacer menos severa, esperando que ella lo tomara como una concesión más que como la indiscutible derrota que era.

—He averiguado cuál es la diferencia entre un *sandolo* y un *puparin* y cómo localizar un banco de peces con el sonar.

Resistiendo la tentación de caer en el sarcasmo, él preguntó con voz neutra:

—¿Y sobre los asesinatos?

—Nada —reconoció ella—. Como no soy de aquí, nadie habla de ellos delante de mí, excepto para decir lo habitual en estos casos. —Parecía pesarosa de que los *pellestrinotti* no la trataran como a uno de ellos, y Brunetti se preguntaba cuál sería el atractivo del lugar, o de la gente, que podía producir esa reacción. Pero prefirió no inquirir.

—¿Y Pucetti? ¿Ha descubierto algo?

—Nada, que yo sepa, señor. Lo veo en el bar cuando me sirve el café, pero hasta ahora no me ha indicado que tenga algo que decirme. No me parece necesario que siga aquí.

En eso, Brunetti estaba de acuerdo con ella: el teniente Scarpa, adjunto de Patta, ya le había preguntado tres veces por Pucetti, al no ver su nombre en la lista de servicios regulares. El comisario, mintiendo con el aplomo que nace de la costumbre, le decía que había asignado al agente un servicio de vigilancia en el aeropuerto, porque se sospechaba que iban a hacerse unos envíos de droga. No había para esa mentira otros motivos que su instintiva prevención contra el teniente y el deseo de que absolutamente nadie estuviera enterado de la presencia de Pucetti y de la *signorina* Elettra en Pellestrina.

—Lo mismo vale para usted, *signorina* —dijo Brunetti, buscando el desenfado y el humorismo.

—Ya le he dicho que deseo quedarme un poco más.

Ahora, por encima de los gritos de las gaviotas, una voz de hombre gritó: «Elettra». Brunetti oyó que ella aspiraba bruscamente, como sobresaltada, y decía:

—*Ti chiamerò. Ciao Silvia*.

Brunetti, atónito, con el mudo teléfono en la mano, cavilaba sobre el mecanismo que hacía que, para atreverse a tutearlo, ella

hubiera tenido que llamarlo Silvia.

Para tutear a Carlo, la *signorina* Elettra no tenía la menor dificultad. Es más, había momentos en los que le parecía que esa intimidad en el trato no reflejaba plenamente la sensación de grata familiaridad que experimentaba a su lado. Desde el primer momento percibió en él un algo familiar y cuanto más lo oía hablar y mejor lo conocía, más viva era la sensación. A ambos les gustaba la mortadela, pero lo curioso era que también les gustaban Asterix y Bracio di Ferro, el café sin azúcar y Bambi y los dos confesaban haber llorado cuando se enteraron de la muerte de Moana Pozzi, y decían que nunca se habían sentido tan orgullosos de ser italianos como al ver la espontánea manifestación de sentimiento que provocó la muerte de una estrella del porno.

Durante aquella semana, habían pasado horas hablando, y a ella le dolía tener que sostener la mentira de que trabajaba en un banco, frente a la franqueza con que él le había contado la breve historia de su vida. Había estudiado Económicas en Milán, pero a la muerte de su padre, ocurrida dos años antes, había dejado los estudios y vuelto a casa. Como los dos sabían muy bien, una persona a la que aún faltaban dos exámenes para licenciarse en Económicas no tiene posibilidad de encontrar empleo. Elettra admiró su sinceridad cuando él le dijo que no había tenido más opción que la de hacerse pescador, y le encantó ver lo orgulloso y agradecido que estaba de que su tío le hubiera ofrecido trabajo.

Era trabajo duro la pesca, y por dos veces él se había quedado dormido a su lado, la primera, en la caleta de la playa y la otra, allí, en el bar. A ella no le importó, ya que así pudo contemplar a placer aquel pequeño surco que él tenía delante de la oreja y cómo se rejuvenecía su cara con la relajación del sueño. Elettra le decía que estaba muy flaco y él contestaba que era por el trabajo. A pesar de que tragaba como una fiera, según ella podía comprobar a cada comida, aquel hombre no tenía ni un gramo de grasa. Sus

movimientos eran un juego de líneas armoniosas y flexibles formadas por músculos elásticos. Un día, ella se sintió tan conmovida por la belleza de su bronceado antebrazo que estuvo a punto de echarse a llorar.

A veces, Elettra se recordaba a sí misma que había ido a Pellestrina para escuchar lo que decía la gente de los asesinatos y no para dejarse atraer a la órbita de un joven, por guapo que fuera. Estaba allí con el propósito de recoger toda la información que pudiera ser útil a la policía, y no para liarse con un hombre que, aunque no fuera más que por su medio de vida, se encontraba entre aquellos sobre los que ella debía recoger información.

Todos esos pensamientos se desvanecían en cuanto el brazo de Carlo encontraba su punto de apoyo habitual en su hombro y ella sentía su mano izquierda cerrarse alrededor de su brazo. Ya se había acostumbrado a la forma en que aquella mano traducía sus emociones, cómo sus dedos le oprimían el brazo cuando él recalcaba lo que estuviera diciendo y cómo tamborileaban cuando se disponía a hacer una broma. Aunque Carlo no era el primer hombre que le oprimía el brazo, sí era el primero que con ese gesto la hacía vibrar. Una noche, en que había salido con él y con su tío en la barca, ella lo miraba mientras, con manos que relucían al claro de la luna llena, cubiertas de escamas, vísceras y sangre de pescado, él trasladaba la captura de las redes a la bodega refrigerada. Cuando levantó la cara y la sorprendió mirándolo, al momento se transformó en el monstruo de Frankenstein, extendió los brazos y, con dedos temblorosos y movimientos de autómata, se acercó a ella.

Elettra chilló. No hay otra palabra más delicada: chilló de exquisito horror y retrocedió hasta la borda. El monstruo fue hasta ella, le pasó un brazo por cada lado de la cabeza, procurando no rozarle el pelo con las manos, y la boca risueña de Carlo buscó la suya y no la dejó hasta que el tío gritó desde el timón:

—Que ella no es un pescado, Carlo. A trabajar.

Pero ahora, en la playa, no había que pensar en el trabajo. La mano de él le oprimió el brazo. Una gaviota chilló y alzó el vuelo

cuando él la atrajo hacia sí, ni muy brusca ni muy delicadamente. El beso se prolongaba mientras sus cuerpos se acoplaban. Él se apartó, le soltó el brazo y le puso la mano en la nuca, oprimiéndole suavemente la cabeza contra su hombro. Su mano le recorrió la espalda de arriba abajo, una vez y otra, y se detuvo, abierta, en la cintura.

Elettra suspiró medio gimiendo, como la soprano que se prepara para atacar un aria importante. Él dejó resbalar las yemas del meñique y el anular, sólo las yemas, por debajo del cinturón. Ella apretó los labios contra la clavícula de él, abrió la boca y, bruscamente, mordió a través del grueso jersey.

Elettra se apartó, buscó a ciegas la mano de Carlo y, rápidamente, lo llevó por la playa hacia la caleta del rompeolas.

CAPÍTULO 20

Brunetti, menos alterado por las pasiones, pero aún dolido por haberse oído llamar Silvia, pensaba en las mentiras que acababa de decir a la *signorina* Elettra. Él no necesitaba información alguna de la Guardia di Finanza y era cierto que Vianello ya estaba capacitado para sacar del ordenador una considerable cantidad de información. Por cierto que, a propósito de la Finanza, le parecía recordar haber leído u oído algo que, como de costumbre, no debía de ser muy halagüeño.

Se levantó, fue a la ventana y, en *campo* San Lorenzo, vio los refugios que alguien —quizá, los residentes del geriátrico cercano— había construido para los gatos que rondaban por allí. Se preguntó cuántas generaciones de gatos habrían pasado por el *campo* desde que él llegó a la *questura*, hacía más de una década.

El nombre le vino al pensamiento con la ligereza y la agilidad de aquellos felinos: Vittorio Spadini, el supuesto amante de Luisa Follini. La Finanza le había confiscado el barco, ¿cuándo?, ¿hacía dos años? Spadini vivía en Burano, y hoy hacía un hermoso día de primavera, un día perfecto para ir a almorzar a Burano. El comisario dijo al agente de servicio en la entrada que, si alguien preguntaba por él, dijera que había ido al dentista y volvería después del almuerzo.

Brunetti bajó del *vaporetto* en Mazzorbo y torció a la izquierda. Apetecía el paseo hasta el centro de Burano y un buen almuerzo en Da Romano, donde no comía desde hacía años. Caminaba a buen paso, disfrutando del ejercicio, del sol y del yodo que impregnaba el aire. Había perros que retozaban en la hierba nueva y ancianas que tomaban el sol, agradeciendo la renovada promesa de vida que brindaba la primavera. Un perrazo negro se levantó de junto a su

amo, que leía tranquilamente *Il Gazzettino* y se acercó a Brunetti con un trote pesado. Él se inclinó y le ofreció el dorso de la mano, que el can lamió encantado y, cuando se cansó de su nuevo amigo, regresó y se desplomó al lado de su amo.

Antes ya de que el barco llegase a la parada de Burano, Brunetti había observado una gran animación. Había más gente de lo que podía considerarse normal para un día laborable de finales de primavera. Cuando llegó a los primeros tenderetes que vendían «auténtico encaje de Burano», importado de Indonesia en su mayor parte, sospechaba él, se encontró con una muralla de cuerpos vestidos de colores pastel que le cerraba el paso. Empezó a sortearlos, desconcertado por su aparente ignorancia de que había personas que querían llegar a un punto de destino en lugar de deambular sin rumbo, taponando las calles.

Dejó la *piazza* y se metió por Via Galuppi, camino de Da Romano. Estaba seguro de poder hacer una reserva para la una. Un cliente solo siempre es bienvenido en un restaurante. En el peor de los casos, tendría que esperar un cuarto de hora, pero en un día como ése sería una delicia sentarse en uno de los bares que bordeaban la calle, a tomar un *prosecco* y, quizá, leer el periódico.

Todas las mesitas de la terraza del restaurante estaban ocupadas. En muchas mesas para dos personas, había tres. Brunetti entró en el restaurante, pero, antes de que pudiera abrir la boca, un camarero que pasaba presuroso por su lado con una bandeja de *antipasto* de marisco, gritó al verlo:

—*Siamo al completo*.

Brunetti estuvo tentado de insistir y tratar de encontrar un sitio, pero después de lanzar una mirada al local, abandonó la idea y se fue. Igualmente llenos estaban otros dos restaurantes, a pesar de que eran poco más de las doce, muy temprano para que una persona civilizada pudiera tener ganas de comer.

Brunetti almorzó de pie en la barra de un bar, tostadas con un jamón grasiento y una loncha de queso que parecía haber pasado media vida en plástico. El *prosecco* era insípido o, si acaso,

amargaba, y hasta el café era malo. Indignado por la comida y por la frustración de sus esperanzas, Brunetti se encaminó hacia un pequeño parque, con intención de sentarse al sol para tratar de disipar el mal humor. Se sentó en el primer banco que encontró y levantó la cara hacia el sol. Al cabo de unos minutos, oyó fuertes ladridos y, al abrir los ojos, vio al perrazo negro de antes en el que ahora reconoció a un terranova.

El perro corría por el césped en dirección a una niñita rubia que estaba al pie de la escalera de un alto tobogán. Al ver acercarse al perro, la niña se agarró a los barrotes y empezó a subir la escalera rápidamente. El amo del perro, con la inútil correa colgando de la mano, llamaba al animal desde el otro lado del parque.

El perro llegó al tobogán sin dejar de ladrar furiosamente. Arriba, la niña daba gritos de terror. De repente, el perro se puso a subir la escalera del tobogán, para asombro de Brunetti que, impotente, lo vio llegar arriba. La niña se dejó caer por la plancha metálica y el perro se lanzó tras ella, con las patas delanteras rígidas.

La pequeña quedó tendida en la arena, y Brunetti se levantó y echó a correr en dirección a ella, mientras su mano buscaba inútilmente la pistola que, una vez más, había olvidado. Apretó el puño y siguió corriendo.

El perro aterrizó a la izquierda de la niña, que abrió los brazos y le rodeó la enorme cabeza. Los ladridos del animal quedaron ahogados por la risa infantil, y al poco cesó el ruido, mientras el animal se dedicaba a lamer la cara de la niña.

Brunetti se paró en seco y estuvo a punto de caer de bruces en la hierba. Miró al dueño del perro, que agitó una mano y empezó a andar en dirección a él. La niña se levantó y corrió a la escalera, seguida con júbilo por el perro. Nuevamente, el animal trepó tras ella y se tiró por el tobogán, y abajo se repitió la escena de los lametones. Sin esperar al dueño del perro, Brunetti dio media vuelta y se alejó hacia *campo* Vigner, la dirección de Vittorio Spadini que indicaba la guía de teléfonos.

La casa de la derecha de la de Spadini estaba pintada de un rojo vivo y la de la izquierda, de un azul brillante. La casa de Spadini, por el contrario, tenía un color rosa desteñido por años de lluvia y de sol. Brunetti observó, en una ventana, un visillo medio desprendido de la varilla y el ángulo de una persiana podrido. Esas señales de abandono chocaban, ya que los *buranesi* tenían merecida fama de ser cuidadosos de sus casas.

Brunetti llamó al timbre, esperó y volvió a llamar.

En vista de que nadie contestaba, fue a la casa roja y pulsó el timbre. Abrió una mujer redonda, por lo menos, a primera vista, le pareció redonda. Era bajita, más que Chiara, y debía de pesar más de cien kilos, depositados la mayor parte entre los pechos y las rodillas. Tenía la cabeza redonda, la cara redonda y hasta los ojitos, incrustados en abultadas carnes, eran redondos.

—Buenas tardes, *signora*. Busco al *signor* Spadini.

—Pues no es el único —dijo ella, con una risa que hizo tremolar la mayor parte de su cuerpo.

—¿Cómo dice?

—Lo busca su mujer, lo buscan sus hijos y también lo buscaría mi marido, si creyera que iba a poder recuperar el dinero que le prestó. —Volvió a reír y a tremolar.

Brunetti, desconcertado por la extraña disonancia entre lo que decía la mujer y su manera de decirlo, preguntó:

—¿Cuándo lo vio usted por última vez?

—Oh, no sé qué día de la semana pasada. —Y entonces, para explicar la vaguedad de su respuesta, agregó—: Siempre hace lo mismo: desaparece y no vuelve a casa hasta que se ha gastado todo el dinero y tiene que volver a trabajar.

—¿A pescar?

—Naturalmente —dijo ella, pero ahora no se reía sino que su cara expresaba la extrañeza que le producía que ese desconocido que había llamado a su puerta imaginara que un hombre de Burano podía hacer otra cosa para ganarse la vida.

—¿Y su esposa?

—Trabaja —dijo la mujer y, al ver que Brunetti iba a pedir una aclaración, explicó—: Hace la limpieza en la escuela primaria. —Y como si, de repente, hubiera caído en la cuenta de que ese hombre, que evidentemente no era buranés, a pesar de hablar veneciano, no le había explicado la razón de su curiosidad, preguntó—: ¿Por qué quiere verlo?

Brunetti, con una sonrisa fácil y, así lo esperaba él, compungida, respondió:

—Me parece que estoy en la misma situación que su marido, *signora*. —Suspiró, meneó la cabeza y abrió las manos en un ademán que expresaba a un tiempo decepción y resignación—. ¿Alguna idea de dónde podría encontrarlo?

Ella volvió a reír, ahora, por lo absurdo de su pretensión.

—No, hasta que él decida volver. Vittorio es como los pájaros del bosque, viene y va a su antojo, y no hay manera de agarrarlo, hagas lo que hagas.

Durante un momento, Brunetti estuvo tentado de darle el número de teléfono de su casa para que lo llamara si Spadini aparecía, pero renunció, le dio las gracias por su ayuda y agregó:

—Espero que su marido tenga más suerte.

Las carnes de la mujer volvieron a tremolar ante tan vana ilusión, lo despidió con una sonrisa y cerró la puerta, y Brunetti se encaminó entre el gentío a la parada del *vaporetto* de vuelta a Venecia.

Al entrar en la *questura*, lo sorprendió ver a Pucetti de uniforme en la puerta del Ufficio Straniero, vigilando a las personas que hacían cola para tramitar papeles.

—¿Qué hace aquí? —preguntó al no menos sorprendido agente.

—Esta mañana he llamado para hablar con usted, señor —dijo Pucetti, desentendiéndose de las personas que estaban detrás de él —. Me han puesto con el teniente Scarpa. Supongo que había dado instrucciones en ese sentido. Me ha ordenado que me presentara inmediatamente, de uniforme, que tenía órdenes expresas del *vicequestore*. Cuando he tratado de explicarle que estaba en misión especial, me ha dicho que, si no obedecía, podía ser expulsado. —

Pucetti sostuvo la mirada de Brunetti con valentía—. He pensado que no podía desobedecer una orden directa, señor. Y he regresado.

—¿Ya lo ha visto? —preguntó Brunetti, reprimiendo la indignación.

—¿A Scarpa?

—Sí —respondió Brunetti sin rectificar a Pucetti por haber omitido el título—. ¿Qué ha dicho?

—Me ha preguntado dónde había estado. Le he dicho que tenía instrucciones de no hablar de ello con nadie.

—¿Le ha preguntado quién le había dado la orden?

—Sí, señor. —La voz de Pucetti era tranquila—. Le he contestado que había sido usted y ha dicho que hablaría con usted.

—¿Algo más?

—No, señor. No ha dicho más.

Aunque Brunetti pensaba hacer regresar a Pucetti a Venecia, lo enfurecía que Scarpa se hubiera permitido saltarse su autoridad.

—Lo siento, señor —dijo Pucetti, y se volvió hacia un barbudo que increpaba al que estaba detrás de él en la cola. Bastó una mirada de Pucetti para que los dos hombres callaran. El agente miró de nuevo a Brunetti.

—¿Ha tenido ocasión de hablar con la *signorina* Elettra? —preguntó el comisario con indiferencia.

—Una o dos veces, cuando le servía el café, pero siempre había alguien delante y teníamos que hacer nuestro papel. Hablábamos del tiempo o de la pesca.

—Ese joven… —dijo Brunetti—, ¿tiene idea de quién es? —No se le ocurrió pensar que daba por descontado que Pucetti deduciría a quién se refería, ni le pareció significativo que Pucetti lo supiera inmediatamente.

—Es sobrino de un pescador.

—¿Cómo se llama?

—¿Quién, él o el tío?

—Él. ¿Cómo se llama? —Brunetti advirtió entonces lo perentorio de su tono, y metió una mano en el bolsillo e hizo bascular el peso

del cuerpo, adoptando una postura más relajada—. Si es que lo sabe —agregó blandamente.

—Targhetta —respondió Pucetti, sin mostrar extrañeza por el interés de Brunetti—. Carlo.

Brunetti iba a seguir preguntando por el joven y lo que hacía en Pellestrina, cuando notó que se despertaba la curiosidad de Pucetti por su interés en la vida personal de la *signorina* Elettra.

—Bien, gracias, Pucetti. Puede volver a ponerse en el turno ordinario de servicio —dijo, olvidando que, a falta de la *signorina* Elettra que supervisara la rotación de los turnos, hacía dos semanas que regía la misma lista.

Una vez en su despacho, Brunetti, acomodándose a la ausencia de la versátil secretaria de Patta, llamó personalmente a la oficina de la Guardia di Finanza, y pidió por el *maresciallo* Resto.

Le dijeron que el *maresciallo* había salido un momento y preguntaron si deseaba hablar con otra persona. Su negativa fue instantánea y automática, y cuando colgó el teléfono comprendió el significado de su reacción. Incluso en algo tan normal, una comunicación entre dos agencias del Estado, no quería revelar la razón de su llamada a alguien que, independientemente de su rango o posición, no estuviera avalado por una persona de su plena confianza. Lo triste era no tanto que las personas con las que trataba pudieran estar a sueldo de la mafia o ser sospechosas por alguna otra razón, como el hecho de que la desconfianza fuera un instinto tan fuerte que impedía *a priori* toda colaboración entre las distintas fuerzas del orden público. Y si el *maresciallo* Resto gozaba de su confianza era porque merecía la de la *signorina* Elettra. Esa idea le hizo volver con la imaginación a Pellestrina, al ya identificado joven y a la *signorina* Elettra. Con estos pensamientos se entretuvo un cuarto de hora, y volvió a llamar a la Finanza.

—Resto —dijo una voz aguda.

—*Maresciallo*, aquí el comisario Guido Brunetti de la *questura*. Le llamo para pedirle información.

—¿Es el jefe de Elettra? —preguntó el hombre, sorprendiendo a Brunetti no con la pregunta sino con la familiaridad con que mencionaba a la joven.

—Sí.

—Bien. Entonces pregunte lo que quiera. —Brunetti esperaba el habitual encomio de las muchas virtudes de la *signorina* Elettra, pero esperaba en vano.

—Deseo información acerca de un caso que trataron ustedes hace dos años. A un pescador de Burano, Vittorio Spadini, le fue confiscado el barco. —Esperó el comentario del otro hombre, pero éste callaba y Brunetti prosiguió—: Me gustaría saber qué puede usted decirme del caso, o de él.

—¿Tiene que ver con los asesinatos? —preguntó Resto, sorprendiéndolo.

—¿Por qué lo pregunta?

Resto rió brevemente.

—Durante los diez últimos días, ha habido en Pellestrina, tres muertes; dos, de pescadores. Y ahora la policía me hace preguntas sobre un pescador. Tendría que ser un *carabiniere* para no ver la relación.

Lo dijo en son de broma, pero no era broma.

—Dicen que Spadini estaba liado con una de las víctimas —explicó Brunetti.

—¿Lo ha interrogado?

—No hay ni rastro de él. Una vecina me dijo que estaba fuera.

Resto no respondió enseguida.

—Un momento —dijo al fin—. Sacaré la carpeta. —Se fue y, al cabo de unos instantes, volvió y dijo—: Está abajo en el archivo. Yo lo llamaré. —Y colgó.

De modo que también Resto quería cerciorarse de la identidad de su comunicante. Brunetti sospechaba que el *maresciallo* tenía la carpeta en su despacho, pero consideraba más prudente llamar a la *questura* y preguntar por Brunetti.

Cuando, al cabo de un momento, sonó el teléfono, el comisario contestó dando su apellido y, como nada hubiera ganado con una provocación, resistió la tentación de preguntar a Resto si ahora ya estaba seguro de con quién hablaba.

Brunetti oyó ruido de papeles y a Resto que decía:

—Empezamos la investigación hace dos años, en junio. Le intervenimos la cuenta del banco y el teléfono, y también el teléfono y el fax del gestor. Controlamos lo que vendía en el mercado y comprobamos cuánto declaraba.

—¿Qué más?

—Las comprobaciones habituales.

—¿Que son…?

—Eso prefiero reservármelo —respondió Resto—. Pero al fin averiguamos que vendía almejas y pescado por valor de mil millones de liras al año y declaraba ingresos de menos de cien millones.

—¿Y…? —preguntó Brunetti en el silencio que siguió.

—Lo tuvimos vigilado durante varios meses. Y entonces lo atrapamos.

—¿Como un pez?

—Exactamente. Como un pez, pero se nos cerró como una almeja. Nada. Ni dinero, ni el menor indicio de dónde pueda tenerlo. Si lo tiene.

—¿Durante cuánto tiempo cree que estuvo ganando eso?

—No lo sé. Quizá cinco años. O más.

—¿Y no saben dónde lo tiene?

—Quizá se lo haya gastado.

Brunetti, que había visto el estado de la casa de Spadini, lo dudaba, pero no dijo nada. Después de reflexionar, preguntó:

—¿Qué les puso sobre su pista?

—Uno uno siete.

—¿Cómo?

—Es el número para las denuncias anónimas.

Hacía años que Brunetti oía hablar de este número, 117, al que los ciudadanos podían llamar para hacer denuncias anónimas de

evasión de impuestos. No obstante, no había acabado de creer en su existencia, y pensaba que el 117 era otra leyenda urbana. Pero todo un *maresciallo* de la Finanza acababa de decirle que era verdad: el número existía y había sido utilizado para promover la investigación de Vittorio Spadini que le había acarreado la pérdida del barco.

—¿Se lleva algún registro de esas llamadas?

—Lo siento, comisario, pero no puedo hablar de eso con usted —dijo Resto, sin que en su voz se notara ni pesar ni reticencia.

—Comprendo —dijo Brunetti—. ¿Se presentaron cargos criminales contra él?

—No. Se optó por una sanción.

—¿De cuánto?

—Quinientos millones de liras —dijo Resto—. Es decir, finalmente. Al principio era más alta, pero fue reducida.

—¿Por qué?

—Repasamos su activo, y no tenía más que el barco y dos pequeñas cuentas bancarias.

—Pero ustedes sabían que estaba ganando quinientos millones al año.

—Teníamos motivos para creerlo así, en efecto. Pero, a falta de otro capital, tuvimos que fijar un importe menor.

—¿Que correspondía…?

—Al barco y el saldo de las dos cuentas.

—¿La casa no?

—La casa es de la esposa. Ella la aportó al matrimonio, y no podíamos tocarla.

—¿Tiene idea de adónde puede haber ido a parar el dinero?

—No. Pero hay rumores de que es jugador.

—Y perdedor —observó Brunetti.

—Todo el que juega pierde.

Brunetti recibió la salida con la carcajada que merecía y preguntó:

—¿Y desde entonces?

—Nada —respondió Resto—. No hemos vuelto a saber de él, por lo que nada más puedo decirle.

—¿Usted lo vio personalmente? —preguntó Brunetti.

—Sí.

—¿Y qué le pareció?

—Un hombre muy desagradable —respondió Resto sin vacilar—. Y no por lo que hubiera hecho. Todo el mundo defrauda. Eso no es una sorpresa para nosotros. Pero en su manera de resistirse a nosotros había un furor como pocas veces he visto. Y no creo que tuviera que ver con el dinero que debía desembolsar, aunque quizá me equivoque.

—¿Si no era por el dinero, por qué?

—Por el hecho de haber perdido. De haber sido derrotado. Nunca he visto a nadie tan furioso por haber sido atrapado, a pesar de que hubiera sido imposible no pillarlo, con lo estúpido que había sido. —Sonaba como si lo que Resto reprochaba a Spadini fuera su imprudencia y no su fraude.

—¿Diría usted que es un tipo violento? —preguntó Brunetti.

—¿Quiere decir capaz de asesinar?

—Sí.

—No lo sé. Supongo que la mayoría de la gente lo es, aunque no se da cuenta hasta que se encuentra en las mejores circunstancias. O quizá deba decir en las peores —rectificó rápidamente—. Quizá sí. O quizá no. —Como Brunetti no decía nada, Resto agregó—: Siento no poder contestar a eso, pero es que no lo sé.

—No importa —dijo Brunetti—. Gracias por su información.

—Me gustaría saber cómo termina eso, ¿me lo dirá? —preguntó Resto, sorprendiendo a Brunetti con la petición.

—No hay inconveniente. ¿Por qué?

—Oh, simple curiosidad —dijo Resto, ocultando algo, aunque Brunetti no sabía qué. Después de un intercambio de frases cordiales, los dos hombres se despidieron.

CAPÍTULO 21

Al llegar a casa, Brunetti encontró a su familia sentada a la mesa, frente a unos platos de *lasagna* casi vacíos. Chiara se levantó para darle un beso, Raffi dijo: «*Ciao, papà*» y volvió a la pasta y Paola le envió una sonrisa, fue a la cocina de gas, se inclinó, abrió el horno, sacó un plato con un gran rectángulo de *lasagna* en el centro y lo puso en el sitio de su marido.

Él se fue al cuarto de baño, se lavó las manos y volvió a la cocina, hambriento y contento de estar en casa con ellos.

—Parece que hoy te ha dado el sol en la cara —dijo Paola sirviéndole una copa de cabernet.

Él tomó el primer sorbo.

—¿Es el que hace ese chico alumno tuyo? —preguntó levantando la copa para mirar el color.

—Sí. ¿Te gusta?

—Sí. ¿Cuánto hemos comprado?

—Dos cajas.

—Bien —dijo él, empezando a comer la pasta.

—Hoy has tomado el sol —repitió Paola.

Brunetti tragó y dijo:

—He estado en Burano.

—Papá, ¿podré ir contigo si vuelves? —interrumpió Chiara.

—Chiara, estoy hablando con tu padre —dijo Paola.

—¿Por qué no puedo hablar yo al mismo tiempo? —preguntó Chiara, ofendida.

—Espera a que yo termine.

—Hablamos de lo mismo, ¿no? —dijo Chiara eliminando hábilmente todo vestigio de resentimiento de su voz.

Paola miró su plato y, cuidadosamente, dejó el tenedor al lado del resto de *lasagna*.

—Yo he hecho una pregunta a tu padre —dijo, y no escapó a Brunetti que, al referirse a él, decía «tu padre»: la distancia que marcaba con esa fórmula oral, sospechó él, era indicativa de otra distancia subyacente.

Chiara fue a decir algo, pero Raffi le dio un puntapié por debajo de la mesa que la hizo volver la cara hacia su hermano. Él apretó los labios y la miró entornando los ojos, y ella cerró la boca.

Un silencio se abatió sobre la mesa.

—Sí —dijo Brunetti. Carraspeó y prosiguió—: He ido a Burano a ver a un hombre, pero no lo he encontrado. Quería comer en Da Romano, pero no había mesa. —Terminó su *lasagna* y miró a Paola —. ¿Hay un poco más? Está deliciosa —agregó.

—¿Qué hay después, *mamma*? —preguntó Chiara, a quien el apetito había hecho olvidar la advertencia de Raffi.

—Estofado de buey con pimientos —dijo Paola.

—¿Y patatas? —preguntó Raffi, con fingido entusiasmo en la voz.

—Sí —dijo Paola poniéndose en pie y empezando a apilar los platos. De *lasagna*, para decepción de Brunetti, no se podía repetir.

Mientras Paola estaba ocupada en el fogón, Chiara agitó una mano para atraer la atención de Brunetti, ladeó la cabeza, abrió la boca y sacó la lengua, puso los ojos bizcos e hizo oscilar la cabeza hacia uno y otro lado con movimiento de metrónomo, con la lengua colgando.

Desde los fogones donde estaba sirviendo los platos, Paola dijo:

—Si tienes miedo de que el estofado sea de vaca loca, quizá sea mejor que no lo comas.

Al momento, Chiara dejó de mover la cabeza y juntó las manos en actitud piadosa.

—Oh, no, *mamma* —dijo suavemente—. Tengo hambre y ya sabes que es uno de mis platos favoritos.

—Para ti todos son favoritos —dijo Raffi.

Chiara volvió a sacar la lengua pero ahora sin mover la cabeza.

Paola volvió a la mesa, puso un plato delante de Chiara y otro delante de Raffi. Dio el tercero a Brunetti y se sirvió ella. Luego se sentó.

—¿Qué habéis hecho hoy en la escuela? —preguntó Brunetti a los dos chicos a la vez, esperando que alguno de ellos contestara. Comía repartiendo su atención entre los trozos de carne, los dados de zanahoria y los aros de cebolla. Raffi hablaba de su profesor de griego. En un inciso, Brunetti miró a Paola y preguntó—: ¿Le has puesto *barbera*?

Ella asintió y él sonrió, contento de haber acertado.

—Riquísimo —dijo pinchando con el tenedor otro bocado de carne. Raffi terminó sus historias sobre el profesor de griego y Chiara recogió la mesa.

—Platos de postre —dijo su madre.

Paola fue a la encimera y retiró la tapadera de la fuente de porcelana heredada de su tía abuela Ugolina, de Parma. Dentro, como Brunetti casi no se atrevía a esperar, había un pastel de manzana con zumo de limón y naranja, tan emborrachado de Grand Marnier, como para dejarte su sabor en la lengua para siempre.

—Vuestra madre es una santa —dijo Brunetti a los chicos.

—Una santa —repitió Raffi.

—Una santa —convino Chiara, haciendo méritos para una segunda porción.

Después de la cena, Brunetti sacó una botella de calvados, a fin de seguir con el tema de la manzana introducido por el pastel, y salió a la terraza. Dejó la botella y volvió a la cocina en busca de dos copas y, si había suerte, de su mujer. Cuando sugirió a Chiara que fregara los cacharros, la niña no puso objeciones.

—Vamos —dijo a Paola volviendo a la terraza.

Sirvió las dos copas, se sentó, apoyó los pies en la barandilla y miró las nubes que flotaban a lo lejos. Cuando Paola se sentó en el otro sillón, él señaló las nubes con un movimiento de la cabeza.

—¿Te parece que lloverá?

—Ojalá. Hoy he leído que en las montañas de Belluno hay incendios.

—¿Provocados? —preguntó él.

—Probablemente. ¿Cómo iban a edificar, si no? —Por una peculiaridad de la ley, las tierras no edificables perdían esa calificación en cuanto los árboles que las poblaban dejaban de existir. Y, para eliminar árboles, ¿qué mejor medio que el fuego?

Ninguno de los dos deseaba seguir con ese tema, y Brunetti preguntó:

—¿Qué ocurre?

Una de las cosas que a Brunetti le gustaban de Paola era lo que él, pese a las protestas de su mujer, insistía en llamar su mentalidad masculina, que ahora hizo que, lejos de fingir extrañeza, ella dijera:

—Se me hace extraño tu interés por Elettra. Supongo que, si lo pensara mucho más, probablemente, llegaría a hacérseme ofensivo.

Fue Brunetti el que se hizo el inocente.

—¿Ofensivo?

—Sólo si siguiera pensándolo. Curioso, insólito.

—¿Por qué? —preguntó él dejando la copa en la mesa y sirviéndose más calvados.

Ella lo miraba fijamente con una cara que era la imagen de la confusión. Pero no repitió la pregunta de él sino que trató de contestarla:

—Porque, desde hace una semana, apenas has pensado en algo que no sea ella, y porque me parece que tu viaje de hoy a Burano tiene algo que ver con ella.

Otras cualidades que él admiraba en Paola eran que no era entrometida ni celosa.

—¿Tienes celos? —preguntó sin pensar.

Ella abrió la boca y lo miró sin pestañear. Luego, volvió la cara y dijo, dirigiendo su comentario al *campanile* de San Polo.

—Ahora me pregunta si tengo celos. —En vista de que el *campanile* no respondía, miró a San Marcos.

El silencio se instaló entre ellos y la tensión de la escena fue cediendo, como si la sola mención de la palabra «celos» hubiera bastado para disiparla.

Sonaron las campanadas de la media, y al fin Brunetti dijo:

—No debes estar celosa, Paola. Yo nada deseo de ella.

—Deseas su seguridad.

—Eso es algo que deseo para ella, no de ella —insistió él.

Entonces su mujer lo miró fijamente, sin asomo de su habitual vehemencia.

—Tú crees realmente que no deseas nada de ella, ¿verdad?

—Por supuesto.

Paola volvió a mirar las nubes, ahora más altas, que se alejaban hacia el continente.

—¿Qué ocurre? —preguntó él ante su largo silencio.

—En realidad, no ocurre nada. Es sólo que estamos en un terreno en el que se hace evidente la diferencia que existe entre los hombres y las mujeres.

—¿Qué diferencia?

—La capacidad para engañarnos a nosotros mismos —dijo ella, pero enseguida rectificó—: Mejor dicho, las cosas sobre las que decidimos engañarnos a nosotros mismos.

—¿Por ejemplo? —preguntó él, esforzándose por ser ecuánime.

—Los hombres se engañan acerca de sus propios actos, mientras que las mujeres prefieren engañarse acerca de lo que hacen otras personas.

—¿Seguramente, los hombres? —preguntó él.

—Sí.

No hubiera podido ser más categórico un químico que estuviera leyendo la tabla periódica de los elementos.

Él terminó el calvados pero no se sirvió más. Estuvieron en silencio mucho rato, mientras él meditaba.

—Da la impresión de que los hombres lo tienen más fácil.

—¿Y cuándo no?

A la mañana siguiente, Brunetti interpretaba el comentario de Paola, de que desde hacía una semana él no había pensado más que en la *signorina* Elettra, lo cual era cierto, como una señal de que su mujer creía tener motivos para estar celosa. Convencido como estaba de que no era así, su preocupación por la joven persistía, embotando su instinto habitual de recelar de todos los que intervenían en un caso. Por eso no reparaba en ciertas señales ni tiraba de cabos sueltos.

Marotta regresó y se hizo cargo de la *questura*. Como en Venecia no solía haber asesinatos y él era ambicioso, pidió el expediente de los Bottin y, después de leerlo, anunció su intención de encargarse del caso.

Brunetti, al no encontrar el número del *telefonino* de la *signorina* Elettra, estuvo media hora sentado delante del ordenador, tratando de acceder a las listas de TELECOM, hasta que se rindió y pidió a Vianello que le buscara el número. Cuando lo tuvo, dio las gracias al sargento y subió a su despacho, para hacer la llamada. El teléfono sonó ocho veces y entonces una voz le dijo que el teléfono estaba fuera de servicio y, si lo deseaba, podía dejar un mensaje en el buzón de voz. Ya iba a dar su nombre cuando recordó cómo había mirado ella a aquel joven que ahora ya tenía nombre y entonces, llamándola Elettra a secas y tuteándola, le dijo que llamara a Guido al trabajo.

Brunetti llamó después a Vianello y le pidió que volviera al ordenador, ahora, para ver si encontraba algo sobre un tal Carlo Targhetta, quizá residente en Pellestrina. La voz de Vianello era perfectamente neutra al repetir el nombre, lo que dio a entender a Brunetti que el sargento ya había hablado con Pucetti y sabía quién era el hombre.

Brunetti sacó una hoja de papel del cajón y escribió el nombre de Bottin en el centro, el de Follini a la izquierda y el de Spadini al pie. Trazó una línea que unía a Spadini con Follini. A la derecha del de Spadini, escribió el nombre de Sandro Scarpa, el hermano del

camarero, de quien se decía que había tenido una pelea con Bottin, y enlazó su nombre con el de Scarpa. Debajo escribió el nombre del camarero desaparecido. Luego se quedó mirando aquellos nombres, como si esperase que empezaran a moverse sobre el papel o que aparecieran otras líneas que establecieran entre ellos conexiones interesantes. No apareció nada. Volvió a tomar el bolígrafo y escribió el nombre de Carlo Targhetta en un discreto rincón, consciente de que lo escribía en letras más pequeñas que las que había utilizado para los otros.

Seguía sin pasar nada. Abrió el cajón del centro, guardó el papel y bajó a ver qué había encontrado Vianello.

El sargento había estado deambulando por los archivos de varias agencias gubernamentales, para averiguar si Carlo Targhetta había hecho el servicio militar y si había tenido algún problema con la policía. Al parecer, todo lo contrario, o eso dijo Vianello cuando Brunetti entró en el despacho de la *signorina* Elettra, cuyo ordenador estaba usando el sargento.

—Estaba en la Guardia di Finanza —dijo Vianello, sorprendido.

—Y ahora es pescador —terminó Brunetti.

—Probablemente, gana mucho más —comentó Vianello.

Aunque eso parecía indiscutible, no dejaba de ser un cambio de ocupación extraño, y los dos se preguntaban cuál podía ser la causa.

—¿Cuándo lo dejó? —preguntó Brunetti.

Vianello pulsó varias teclas, miró la pantalla, tecleó un poco más y dijo:

—Hace unos dos años.

Los dos pensaron lo mismo, pero Brunetti fue el primero en mencionar la coincidencia.

—Cuando Spadini perdió el barco.

—Ajá —exclamó Vianello, borrando la pantalla—. A ver si descubrimos por qué se fue —dijo, al tiempo que hacía brotar nueva información. Durante varios segundos, fueron desfilando letras y números que aparecían y desaparecían en rápida sucesión, como

persiguiéndose. Tras lo que pareció un lapso de tiempo muy largo, Vianello dijo:

—Eso no nos lo dirán, comisario.

Brunetti se inclinó hacia la pantalla y vio muchos números y símbolos incomprensibles y sólo al pie pudo leer: «Sólo uso interno, ver carpeta correspondiente», a lo que seguía una serie de números y letras, probablemente, el archivo en el que se encontraría la razón de la baja de Carlo Targhetta.

Vianello, señalando con el índice la frase del pie, preguntó:

—¿Le parece que eso puede significar algo?

—Todo significa algo, ¿no? —respondió Brunetti. También él sentía curiosidad—. ¿Usted conoce a alguien? —preguntó entonces. Es la pregunta que inicia el proceso secular por el que se gestionan los asuntos en Venecia: ¿tienes algún amigo, pariente o compañero de clase, que te deba un favor?

—La madrina de Nadia, comisario —dijo Vianello, después de reflexionar un momento—. Su marido era coronel.

—¿No estarían invitados a la cena de su aniversario? —preguntó Brunetti.

Vianello sonrió al recordar el favor que Brunetti le debía.

—No, señor. Se retiró hace tres años, pero aún debe de tener influencia.

—¿Y quiere mucho a Nadia?

Vianello dijo, con sonrisa de tiburón.

—Como a una hija, comisario. —Alargó la mano hacia el teléfono —. A ver qué nos encuentra.

Por la brevedad del preámbulo, Brunetti dedujo que Vianello había comunicado directamente con el coronel. Luego le oyó explicar su petición. Cuando Vianello, tras una corta pausa, dijo únicamente: «En junio de hace dos años», Brunetti supuso que el coronel no se había preocupado de preguntar por qué quería aquella información el sargento. Y cuando le oyó decir: «De acuerdo. Te llamaré mañana por la mañana», el comisario volvió a su despacho.

CAPÍTULO 22

A la mañana siguiente, Brunetti salió de casa antes de que Paola se despertara, rehuyendo así contestar preguntas acerca de la marcha de la investigación. Como la *signorina* Elettra no había contestado su llamada ni le había llamado el día antes a la *questura*, él tenía la esperanza de que le hubiera hecho caso y regresado de Pellestrina, y que ahora la encontraría sentada a su mesa, con uno de sus vestidos de primavera, contenta de estar de regreso y más que contenta de volver a verlo.

Pero ya es sabido que los deseos rara vez se traducen en realidades, y ella no se hallaba en su sitio. El ordenador estaba inactivo y la pantalla, apagada, y Brunetti apresuró el paso hacia su propio despacho, antes de que aquella imagen pudiera despertar en él algún presentimiento.

Al pasar por la oficina de los agentes, vio a Vianello en su mesa, con una pistola desmontada ante sí. Las piezas metálicas estaban diseminadas sobre una hoja de la *Gazzetta dello Sport*, cuyo papel rosado era tan incongruente con la muda amenaza del arma como un bailarín de ballet con un puño americano.

—¿Qué ha pasado?

El sargento levantó la mirada y sonrió.

—Es de Alvise, señor. La ha desmontado para limpiarla y luego no se acordaba de cómo se monta.

—¿Dónde está él? —preguntó Brunetti mirando en derredor.

—Ha salido a tomar un café.

—¿Y la ha dejado aquí?

—Sí, señor.

—¿Y usted qué hace?

—He pensado en montarla por él y dejársela en la mesa.

Brunetti asintió.

—Sí, será lo mejor.

Desentendiéndose de la pistola, Vianello dijo:

—Me ha llamado el coronel.

—¿Y?

—Dice que no puede hablar.

—¿Y eso significa…?

—Probablemente, que no han querido decirle nada.

—¿Por qué?

Vianello buscó la mejor forma de decirlo y finalmente dijo:

—Era coronel y estaba acostumbrado a que todos le obedecieran. Y, si no han querido decirle por qué se fue Targhetta, debe de molestarle reconocerlo, y dice que no está autorizado a revelar la información. —Hizo una pausa y agregó—: Es su manera de salvar la faz. Así parece que es decisión suya.

—¿Está seguro?

—No, señor. Pero es la explicación más plausible. —Otra pausa—. Además, me debe varios favores. Estoy seguro de que, si pudiera, me lo diría.

Brunetti se quedó pensativo y entonces, al comprender que Vianello había tenido más tiempo que él para reflexionar, preguntó:

—¿Usted qué opina?

—Debieron de pillar a Targhetta en algún trapicheo, pero no pudieron probarlo o no quisieron exponerse a las consecuencias de arrestarlo o expedientarlo. Así que lo dejaron marchar tranquilamente.

—¿Y lo anotaron en el expediente?

—Ajá —convino Vianello, volviendo su atención a la pistola. Rápidamente, con dedos expertos, fue montando las piezas. A los pocos segundos, la pistola había recobrado su aspecto frío y letal.

Apartando el arma a un lado, el sargento dijo:

—Me gustaría que estuviera aquí.

—¿Quién?

—La *signorina* Elettra.

No sabía exactamente por qué, Brunetti agradeció que su sargento no se refiriera a ella con familiaridad.

—Sí; sería una gran ayuda —dijo. Se sentía atorado. De pronto, se daba cuenta de lo mucho que, durante los últimos años, había llegado a depender de ella—. ¿Hay alguien más?

—Desde que ha llamado el coronel, no pienso en otra cosa —dijo Vianello—. Sólo se me ocurre una persona que pueda ayudarnos.

—¿Quién?

—No le va a gustar, comisario.

Brunetti comprendió que esto sólo podía significar una cosa, es decir, una persona.

—Ya sabe que preferiría no tener tratos con Galardi —dijo. Stefano Galardi dueño y presidente de una empresa de *software*, había ido a la escuela con Vianello, pero hacía ya mucho tiempo que, en su vertiginoso ascenso a las grandes alturas del cibercapital, había dejado atrás todos sus recuerdos de Castello, donde se había criado en una casa sin calefacción ni agua caliente. Galardi había escalado las cumbres de la sociedad y de las finanzas y tenía acceso, más aún, era recibido con honores en todas las mesas de la ciudad, salvo en la de Guido Brunetti donde, seis años antes, estando más que bebido, se había más que insinuado a Paola, hasta que un más que sobrio e indignado marido le dijo que se fuera.

Como Galardi estaba convencido de que, hacía más de veinte años, después de una fiesta del Redentore bastante movida, Vianello le había salvado de morir ahogado, antes de la llegada a la *questura* de la *signorina* Elettra, se prestaba a proporcionar ciertos datos informáticos. Una de las mayores alegrías que había deparado a Brunetti el talento de la *signorina* Elettra era la de haberle librado de la necesidad de pedir favores a Galardi.

Los dos callaron hasta que, al fin, Brunetti suspiró:

—De acuerdo. Llámelo. —Salió de la oficina, porque no quería estar presente cuando Vianello hiciera la llamada.

Su curiosidad quedó satisfecha dos horas después cuando Vianello entró en su despacho y, sin ser invitado, se sentó frente a su superior.

—Hasta ahora no ha conseguido entrar —dijo.

—¿Y qué ha encontrado?

—Lo que me figuraba. Lo pillaron manipulando ciertas pruebas de un caso y lo echaron.

—¿Qué pruebas? ¿Y qué caso?

Vianello empezó por la primera pregunta.

—Lo único que ha podido darme es el significado del código. —Al observar el desconcierto de Brunetti, dijo—: ¿Recuerda la serie de números y letras que había al pie del informe?

—Sí.

—Ha encontrado la clave. —Vianello siguió hablando, sin obligar a Brunetti a preguntar—. Me ha dicho que lo usan en los casos en los que un funcionario de la Finanza pasa por alto pruebas, o las oculta o trata de influir en el resultado de una investigación.

—¿Por qué procedimiento?

—Por el mismo que usamos nosotros —respondió un cínico Vianello—. Mirando para otro lado cuando el dueño de la tienda de comestibles no da la *ricevuta fiscale*. No recordando cómo ha empezado una pelea entre un agente de policía y un civil. Esas cosas.

Haciendo caso omiso del segundo ejemplo de Vianello, Brunetti preguntó:

—En este caso, ¿qué hizo él? Concretamente.

—Eso no ha podido descubrirlo. No está en el archivo. —Vianello dio tiempo a Brunetti para que digiriera el significado de esto y agregó—: Pero el caso era el de Spadini. El nombre no figura, pero el número de referencia de uno de los casos que llevaba Targhetta en aquel entonces coincide con el que se indica para Spadini.

Brunetti reflexionó. La vida le había enseñado a desconfiar de las coincidencias, como le había enseñado también a considerar coincidencia cualquier conjunción de hechos o personas

aparentemente fortuita y, por consiguiente, desconfiar también de ella.

—¿Pucetti? —preguntó.

Vianello movió la cabeza negativamente.

—Ya le he preguntado, comisario, pero no sabe absolutamente nada de Targhetta. Sólo lo ha visto varias veces en el bar.

—¿Con Elettra?

—Eso no me lo ha dicho, comisario.

Brunetti no advirtió lo evasiva que era la respuesta de Vianello. Estaba pensando en varias posibilidades de actuación, entre ellas, la de ir personalmente a Pellestrina. Al fin preguntó:

—¿Le parece que Bonsuan podría sacarle algo a su amigo si lo llama?

—La única forma de averiguarlo es preguntar a Bonsuan —sonrió Vianello—. Hoy no tiene servicio. Podría llamarlo a su casa.

Así se hizo, y Bonsuan accedió a hablar con su amigo. Les llamó al cabo de diez minutos, para decir que su amigo no estaba y que no volvería hasta la noche.

Eso dejó a Brunetti y Vianello sin otra cosa que hacer más que cavilar y preocuparse. El sargento, que prefería preocuparse por su cuenta, bajó a su oficina.

Brunetti pensaba en todos los favores que debía y que le debían como en una baraja mugrienta por el uso. Tú me dices esto y yo te digo esto otro; tú me das eso y yo te lo pago con esto. Tú me das una carta de recomendación para mi primo y yo me encargo de que tu solicitud de un amarradero para tu barco sea atendida esta semana. Sentado a su escritorio, con la mirada en el vacío, mentalmente, sacó la baraja y empezó a pasar las cartas. De vez en cuando, separaba una y seguía pasando, contemplaba otra, dudaba, la ponía con las demás y seguía. Luego volvía a la primera carta y la miraba fijamente, tratando de recordar cuándo había sido la última vez que la había sacado. No la sacó él sino Paola, que dedicó varios días a preparar a la hija de aquel hombre para los exámenes finales

de literatura en la universidad. La chica aprobó con nota. Sin duda, Brunetti podía sentirse más que justificado al jugar aquella carta.

Hacía diez años, el padre de la chica, Aurelio Costantini, había sido dado de baja discretamente del servicio en la Guardia di Finanza, después de haber sido absuelto de los cargos de asociación con la Mafia. Los cargos estaban fundados, pero las pruebas resultaron insuficientes, por lo que se dio el retiro al general, con toda la pensión, en recompensa por sus muchos años de servicio diligente, a dos bandos.

Brunetti lo llamó a su casa y le expuso la situación. Con prudencia y sencillez, señaló que el asunto no tenía nada que ver con la Mafia. El general, recordando quizá que su hija optaba a un puesto docente en Ca'Foscari, no hubiera podido mostrarse más deseoso de ayudar, y dijo a Brunetti que lo llamaría antes del almuerzo.

Hombre de palabra, el general llamó bastante antes de mediodía. Dijo que iba a ver a un amigo que aún trabajaba en la Finanza y que, si Brunetti quería reunirse con él dentro de una hora para tomar una copa, le daría una copia del *dossier* completo de Targhetta.

Brunetti marcó el número de su casa y, congratulándose de poder hablar al contestador, dejó el mensaje de que no iría a almorzar pero que por la tarde volvería a la hora de siempre. El general era un hombre distinguido, con el pelo blanco y el porte erguido de un oficial de caballería, que se comía las erres al hablar, con ese acento común a las clases altas y a los que aspiran a entrar en ellas. El general tomó un *prosecco*, mientras Brunetti, al ver el tamaño de la carpeta que el general puso en el mostrador entre los dos, consumió rápidamente dos emparedados a modo de almuerzo. Al igual que venían haciendo el resto de los venecianos durante los tres últimos meses, los dos hombres hablaron del tiempo e hicieron votos por una pronta llegada de la lluvia que limpiara los establos de Augias en que se habían convertido las calles más estrechas.

Mientras volvía a la *questura*, Brunetti pensaba en lo incoherente de su actitud respecto a los dos hombres que le habían proporcionado las pruebas que ahora llevaba debajo del brazo. Galardi no había hecho nada más que lo que suelen hacer los borrachos, y Brunetti no quería ni dirigirle la palabra, mientras que el general Costantini era un individuo venal que había vendido secretos de Estado a la Mafia, y Brunetti se dejaba ver con él en público, le sonreía, le pedía favores y ni se le ocurría interrogarle acerca de la relación que aún pudiera tener con la Guardia di Finanza.

Cuando llegó a su despacho y abrió la carpeta, esos jesuíticos pensamientos se borraron de su mente, que se centró en el examen del expediente personal de Carlo Targhetta. A los treinta y dos años, Targhetta llevaba diez de servicio en la Finanza cuando «renunció voluntariamente», según se leía en el *dossier*. Veneciano de nacimiento, prestó servicio en Catania, Bari y Génova antes de ser destinado a Venecia hacía tres años, uno antes de su renuncia. El expediente contenía los elogios de todos sus superiores, por su «sentido del deber» y «firme lealtad».

Por lo que Brunetti pudo deducir de los eufemismos del *dossier*, en el momento de su dimisión, Targhetta estaba encargado de recibir las llamadas anónimas que denunciaban casos de evasión de impuestos y, a raíz de una de esas llamadas, había incurrido en un error que la Finanza calificaba de falta, en tanto que Targhetta insistía en que había sido simple omisión. La Guardia di Finanza ofreció a Targhetta la oportunidad de renunciar, a cambio de dejar en suspenso el fallo, ofrecimiento que él aceptó, y fue dado de baja, aunque sin derecho a pensión.

Se incluía una cinta de audio, marcada con la fecha que, supuso Brunetti, era la del día en que se produjo la llamada que dio lugar a los hechos. Grapados a la carpeta por la parte interior había varios papeles fechados el mismo día. Brunetti bajó con la cinta a una de las cabinas en las que se grababan los interrogatorios. Introdujo la cinta, pulsó «*Play*» y abrió la carpeta.

La primera llamada, transcrita en la primera página, era larga. Una mujer decía que quería denunciar a su marido, carnicero, por no declarar todos sus ingresos. Su acento era puro Giudecca, y su manera de hablar del marido sugería décadas de resentimiento. Cualquier duda que pudiera haber acerca de sus motivos se desvaneció cuando la mujer perdió los estribos y se puso a gritar que así aprenderían él y «*quella puttana di Lucia Mazotti*». Algunas de sus más floridas expresiones habían sido sustituidas en la transcripción por una discreta línea de asteriscos.

Las dos llamadas siguientes eran de ancianas que decían que el vendedor de periódicos no les había dado *ricevute fiscali*, a lo que Targhetta, con gran paciencia, y así tuvo que reconocerlo Brunetti, respondió que los vendedores de periódicos no estaban obligados a facilitar recibo. Targhetta no omitió dar a ambas mujeres las gracias por cumplir con su deber cívico, aunque en su voz había una nota de hastío, o eso pareció a Brunetti.

—Guardia di Finanza —oyó decir Brunetti a la voz, ya familiar, de Targhetta.

—¿Es ése el número al que hay que llamar? —preguntó una voz de hombre en cerrado veneciano.

Brunetti había observado, en las llamadas anteriores, que Targhetta siempre contestaba en italiano y, si el comunicante hablaba en veneciano, utilizaba el dialecto, para hacerles sentirse más cómodos. Así lo hizo ahora al preguntar:

—¿Cuál es el motivo de su llamada?

—Una persona que no paga impuestos.

—Sí, señor; es este número.

—Bien. Pues tome nota de su nombre.

—Dígame —instó Targhetta, esperando la respuesta.

—Spadini, Vittorio Spadini, de Burano.

Hubo una pausa más larga, y Targhetta dijo, ahora sin asomo de acento veneciano, en un tono mucho más oficial:

—¿Podría darme más detalles?

—Ese hijo de puta de Spadini pesca millones cada día —dijo el hombre con voz tensa de encono o furor—. Y no paga ni una lira de impuestos. Todo, negro. Todo lo que gana es negro, no lo declara.

En las otras llamadas, Targhetta pedía más información acerca de la persona denunciada: dónde vivía, qué clase de empresa tenía. Pero esta vez preguntó:

—¿Me da su nombre, por favor?

Algo que no había hecho nunca.

—Oiga, ¿ésta no es una línea anónima? —preguntó el hombre, receloso.

—En general, sí, señor, pero en un caso como éste… Ha dicho usted millones, ¿no? Preferimos saber quién hace la denuncia.

—Pues mi nombre no pienso dárselo —dijo el hombre ásperamente—. Pero tomen buena nota del nombre de ese sinvergüenza. No tienen más que ir a la lonja de pescado de Chioggia a la hora en que él descarga, verán lo que trae y verán quién lo compra.

—Lo siento, pero no podemos hacer eso, a menos que nos dé usted su nombre.

—¿Y a usted qué le importa mi nombre, gilipollas? Es Spadini al que tienen que perseguir. —Con estas palabras, el hombre colgó bruscamente.

Hubo un corto silencio y Brunetti oyó decir a Targhetta:

—Guardia di Finanza.

Brunetti paró el magnetófono y miró la transcripción. Allí, pulcramente mecanografiadas en forma de diálogo de teatro, estaban todas las llamadas. Los nombres asignados a los personajes eran: *finanziere Targhetta y Cittadino*.

Brunetti pasó las hojas que quedaban y vio que había otras tres llamadas. Volvió a conectar el magnetófono y las escuchó todas, hasta el final de la transcripción y de la cinta.

El comisario volvió a leer la última hoja y le dio la vuelta, esperando encontrar la cara interior de la carpeta en blanco. Pero encontró varios impresos, sujetos con un clip. En cada uno había, en

la parte superior, casillas para la fecha, hora, nombre del denunciado y, al pie, para la contraseña del funcionario que había recibido la llamada. Las contó: había seis. Leyó los nombres del carnicero, los dos vendedores de periódicos y los de los acusados en las tres últimas llamadas, pero no figuraba la nota correspondiente a la llamada relacionada con Spadini. Siete llamadas en la cinta y siete llamadas en la transcripción, pero sólo seis llamadas en los formularios, cada uno de ellos, con las iniciales «CT» estampadas al pie.

Brunetti pulsó «*Rewind*» y, parando y arrancando, buscó el principio de la llamada que no figuraba en los formularios. La escuchó hasta el final, prestando atención a la voz del comunicante. Su madre hubiera identificado el acento al momento; si era de la isla principal, probablemente, hasta hubiera podido decir de qué *sestiere* procedía aquel hombre. Lo más que podía suponer Brunetti era que correspondía a una de las islas, quizá a Pellestrina. Volvió a escuchar la conversación y percibió la sorpresa de Targhetta al oír el nombre de Spadini. No había podido disimularla, y entonces había empezado a disuadir al denunciante: no había otra palabra para describir el tono que revelaba la cinta. Cuanto más intentaba el hombre dar información más insistía Targhetta en pedirle su nombre, petición que no podía menos que desmotivar a cualquier testigo, especialmente, si tenía que habérselas con la Guardia di Finanza.

Brunetti reconoció el acierto de la Guardia di Finanza en grabar las llamadas. Así se vigilaba a los vigilantes. Targhetta, ignorante de que se estaba grabando la llamada, pensaría que, si omitía llenar el formulario, no habría constancia de la denuncia. Si se habían cotejado los formularios con la lista de llamadas, suponiendo que éste fuera el procedimiento de control, habría dicho que se había extraviado el impreso. Evidentemente, no le habían creído, ¿o cómo explicar si no su brusca separación del servicio, después de diez años?

Pero, alguien que había trabajado una década para la Finanza, ¿podía ser tan estúpido como para no darse cuenta de que se

grababan las llamadas? Brunetti sabía por experiencia que el hecho de que se graben las llamadas no supone necesariamente que se escuchen. Quizá Targhetta, confiando en la desidia burocrática, esperaba que su omisión pasara inadvertida. O quizá, a juzgar por el sonido de su voz, estaba tan sorprendido que respondió instintivamente y trató de silenciar al denunciante sin pensar en las consecuencias.

Sólo quedaba una pieza del puzzle por colocar o, pensó Brunetti sacando la hoja de papel en la que había trazado líneas entre los nombres de las personas involucradas, sólo una línea por dibujar: la que enlazaba a Targhetta con Spadini. Y era fácil: hacía mucho tiempo que la geometría le había enseñado que la línea recta es la distancia más corta entre dos puntos. Pero eso no le permitía ver la relación; para eso tendría que derribar el muro de silencio de los *pellestrinotti*.

CAPÍTULO 23

Cuando decidió que necesitaba hablar con Targhetta, Brunetti estuvo algún tiempo debatiendo consigo mismo si llamaba o no a Paola para decirle que iba a Pellestrina. No deseaba que ella cuestionara sus motivos, ni él mismo se sentía muy inclinado a analizarlos. Así pues, valía más pedir a Bonsuan que lo llevara y dejarse de disquisiciones.

Prefería no llevar a Vianello, y tampoco se molestó en averiguar por qué. Rebobinó la cinta, la guardó en el bolsillo y pasó por la oficina de los agentes a pedir una grabadora a pilas, por si acaso encontraba en Pellestrina a alguien que estuviera dispuesto a escuchar y, quizá, identificar la voz del hombre que había hecho la llamada.

El día había refrescado y al norte se veían unas nubes oscuras que hacían esperar que por fin llegara la lluvia. Durante la travesía, Brunetti permaneció abajo, en la cabina de pasaje, leyendo el periódico de la víspera y una revista náutica que uno de los pilotos había olvidado. Cuando llegaron a Pellestrina, había descubierto muchas cosas sobre motores de 55 caballos, pero ninguna más sobre Carlo Targhetta ni Vittorio Spadini.

Cuando se acercaban al puerto, subió a reunirse con Bonsuan en el puente.

El piloto, miró a la ciudad, a su espalda, y dijo:

—Esto no me gusta nada.

—¿El qué? ¿Venir aquí? —preguntó Brunetti.

—No. Cómo pinta el tiempo.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Brunetti, impacientándose con los marineros y sus intuiciones.

—Este aire. Y el viento. Me huele a *bora*.

El periódico anunciaba bonanza y aumento de las temperaturas. Así lo dijo Brunetti, pero Bonsuan resopló con desdén.

—Se palpa —insistió—. Tendremos *bora*. No deberíamos estar aquí.

El comisario miró hacia adelante y vio danzar el reflejo del sol en un agua tranquila. Cuando la lancha se aproximaba al muelle, salió a cubierta. El aire estaba inmóvil y, al apagar Bonsuan el motor, ningún ruido turbaba el silencio del día.

Brunetti saltó a tierra y amarró la lancha, sintiéndose muy orgulloso de ser capaz de hacer esa operación. Dejando a Bonsuan que se buscara a otros marineros para hablar del tiempo, se dirigió hacia el pueblo y el restaurante en el que había empezado la investigación.

Cuando él entró, se hizo una pausa en las conversaciones, que se reanudaron con brusca arrancada, al tratar de llenar todos a la vez el silencio creado por la llegada de un comisario de policía. Brunetti fue al mostrador y pidió un vaso de vino blanco. Mientras esperaba, miró en derredor, sin sonreír pero sin dar la impresión de que su presencia tenía un motivo concreto.

Cuando el camarero le sirvió el vino, Brunetti movió la cabeza de arriba abajo y levantó una mano para retener al hombre.

—¿Conoce a Carlo Targhetta? —preguntó, decidido a no perder más tiempo en vanos intentos de sorprender a los *pellestrinotti*.

El camarero ladeó el mentón, en señal de que sopesaba la pregunta, y respondió:

—No, señor, en absoluto.

Antes de que Brunetti pudiera volverse hacia el anciano que estaba a su lado en la barra, el camarero preguntó con voz lo bastante alta como para hacerse oír por todos los presentes:

—¿Alguno de ustedes conoce a un tal Carlo Targhetta?

La clientela respondió a coro:

—No, en absoluto.

Se reanudaron las conversaciones con aparente normalidad, aunque Brunetti observó rápidos intercambios de sonrisas cómplices.

Brunetti concentró la atención en el vino y alargó la mano hacia *Il Gazzettino* del día que estaba doblado en la barra. Lo abrió por la primera página y leyó los titulares. Notaba cómo, poco a poco, se apartaba de él la atención de la concurrencia, especialmente, con la entrada de un hombre de cara grande y colorada que anunció que había empezado a llover.

Brunetti abrió el periódico encima del mostrador. Con la mano izquierda, sacó la grabadora del bolsillo y la deslizó debajo del papel. Había rebobinado la cinta hasta el punto en el que el denunciante levantaba la voz para acusar directamente a Spadini. Levantó una punta del diario para mirar la grabadora, subió el volumen al máximo, puso el índice en la tecla «*Play*» y bajó otra vez el periódico. Sin mover el dedo de la tecla, levantó el vaso y bebió un sorbo, aparentemente abstraído en la lectura.

Salieron tres hombres a ver cómo llovía, y los del bar callaron, esperando su regreso y sus impresiones.

Brunetti oprimió «*Play*».

—Ese hijo de puta de Spadini pesca millones cada día. Y no paga ni una lira de impuestos. Todo, negro. Todo lo que gana es negro. No lo declara.

Al viejo que estaba a su lado le resbaló de la mano el vaso de vino, y se estrelló en el suelo.

—*Maria Santissima*! —exclamó—. Es Bottin. No está muerto.

Su voz ahogó parte de la conversación grabada, pero todo el bar oyó decir a Targhetta:

—… tenemos por norma comprobar la identidad del denunciante.

—*O Dio* —dijo el viejo buscando el apoyo del mostrador con una mano temblorosa—. Es Carlo.

Brunetti deslizó la mano bajo el periódico y oprimió «*Stop*». El fuerte chasquido hirió el silencio sin alterarlo. El viejo seguía moviendo los labios, pero su invocación, o su protesta, era muda.

Se abrió la puerta y entraron los tres hombres, con los hombros oscurecidos y el pelo mojado. Alegremente, como niños a los que se deja salir de clase antes de tiempo, gritaron:

—¡Ya llueve! ¡Ya llueve!

Al notar el ambiente enrarecido, se quedaron en suspenso.

—¿Qué pasa? —preguntó uno a nadie en particular.

Brunetti, con voz perfectamente normal, dijo:

—Me han contado lo de Bottin y Spadini.

El hombre recorrió el bar con la mirada, buscando confirmación, y la encontró en las miradas huidas y las bocas cerradas. Agitó los brazos sacudiéndose unas gotas de agua, se acercó al bar y dijo:

—Una *grappa*, Piero.

El camarero se la sirvió sin decir nada.

Poco a poco, volvieron a oírse voces, pero en tono contenido. Brunetti llamó al camarero y señaló al anciano de su lado. El camarero sirvió otro vaso de vino al hombre, que lo bebió como si fuese agua y lo dejó en el mostrador con brusquedad. Brunetti asintió y el camarero volvió a llenar el vaso. Volviéndose hacia el viejo, Brunetti preguntó:

—¿Targhetta?

—Sobrino —dijo el viejo, vaciando el segundo vaso.

—¿De Spadini?

El hombre miró a Brunetti y presentó el vaso al camarero, que volvió a llenarlo. En lugar de beber, el viejo lo dejó en el mostrador y se quedó mirándolo fijamente. Tenía los ojos húmedos del bebedor habitual, que se levanta con vino y se acuesta con vino.

—¿Dónde está ahora Targhetta? —preguntó Brunetti, doblando el periódico, como si esto fuera lo que menos le interesaba.

—Pescando, seguramente, con su tío. Los he visto en el muelle hará una media hora. —El hombre frunció los labios en la mueca de reprobación del pescador, y Brunetti esperaba que, al igual que Bonsuan, ahora hablara de la *bora*, y de que no le gustaba ese aire, pero el viejo dijo—: Seguramente, se han llevado otra vez a la mujer. Trae mala suerte una mujer a bordo.

La mano de Brunetti oprimió el periódico.

—¿Qué mujer? —se obligó a preguntar con indiferencia.

—Esa que se ha estado tirando. La veneciana.

—Ah —dijo Brunetti, haciendo que su mano soltara el periódico y asiera el vaso de vino. Tomó un sorbo y asintió con gesto de comprensión mirando, primero, al viejo y, después, al camarero. Volvió a mirar el periódico, como si la veneciana y lo que Carlo pudiera hacer con ella le fuera totalmente indiferente y sólo le interesaran los resultados del fútbol de la víspera.

Hubo en las ventanas un estallido de luz, seguido al momento de un trueno tan potente que hizo tintinear las botellas del bar. Se abrió la puerta y entró otro hombre, chorreando. Cuando se paró en el vano de la puerta, todos los sonidos del interior del bar quedaron ahogados por el fragor de la lluvia y el gorgoteo de los desagües. Hubo otro fogonazo y los que estaban en el bar se prepararon para la explosión que había de seguir. Cuando llegó, se prolongó durante largos segundos y, cuando empezaba a apagarse, fue sustituida por el bramido de la *bora* que venía arrasando por el norte. Hasta en el interior del bar se notó la brusca caída de la temperatura.

—¿Dónde pueden estar? —preguntó Brunetti al viejo.

El hombre bebió el vino y miró a Brunetti interrogativamente. El comisario asintió al camarero, que volvió a llenar el vaso. Antes de tocarlo, el viejo dijo:

—No hace mucho que han salido. Estarán tratando de escapar de eso. —Señalaba con la barbilla la puerta y, más allá, los relámpagos, el viento y la lluvia que habían convertido el día en un caos.

—¿Cómo? —preguntó Brunetti, tratando de disimular el temor creciente y procurando imprimir en su voz un tono de simple curiosidad por las veleidades de la laguna y los hábitos de los hombres que pescaban en sus aguas.

El viejo se volvió hacia el hombre que tenía a su derecha, el primero que había entrado desde que había empezado a llover.

—Marco, ¿adónde te parece que puede haber ido Vittorio?

Brunetti advirtió la tensión del silencio con que todos los pescadores esperaban a ver quién sería el primero en seguir al viejo en saltarse la regla hablando a un policía.

El interpelado se quedó mirando el vaso, y un instinto hizo que Brunetti reprimiera el ademán con que iba a pedir al camarero que se lo llenara. Se quedó quieto, aguardando la respuesta.

El llamado Marco miró al viejo. Al fin y al cabo, él era el que había preguntado. Si el policía oía la respuesta, no sería por culpa suya.

—Yo diría que tratará de llegar a Chioggia.

Un hombre que estaba en una mesa del fondo dijo, con voz serena:

—No podrá. Con la *bora* y con la marea que viene detrás, no podrá llegar. Si se acercara a Porto di Chioggia, sería arrastrado al mar. —Nadie hizo objeciones ni comentarios; no se oía más que el viento y la lluvia, que ahora eran un solo ruido atronador.

Desde otra mesa, dijo una voz:

—Vittorio es un cabrón, pero sabe manejárselas.

Otro, levantándose a medias, señaló la puerta:

—Nadie sabe manejárselas con eso. —A su tono airado replicó inmediatamente otra descarga, que cayó más cerca, seguida de una catarata de trueno.

Cuando el estrépito disminuyó y quedó reducido al solo redoble de la lluvia, un hombre que estaba cerca de la puerta dijo:

—Si la cosa empeora, probará de embarrancar en la Riserva.

Brunetti había pasado mucho tiempo estudiando el mapa con ayuda de Bonsuan, por lo que supuso que el hombre se refería a la Riserva di Ca'Roman, una desnuda protuberancia arenosa que sobresalía del extremo sur del largo y estrecho dedo de Pellestrina.

—¿Embarrancar? —preguntó.

El hombre empezó a contestar, pero su voz se perdió en el estallido de un trueno ensordecedor que pareció sacudir el edificio. Cuando hubo pasado, el hombre volvió a probar:

—No hay sitio para atracar, pero quizá pueda encallar el barco en la playa.

—¿Por qué no regresar aquí?

El viejo meneó la cabeza con gesto de desesperanza, ya fuera por la imposibilidad de una hazaña semejante con ese tiempo, ya por la ignorancia de quien podía preguntar tal cosa.

—Si trata de virar en el canal, el viento y la marea pueden hacerle zozobrar. Lo único que puede hacer es probar de llegar a Ca'Roman. Es lo que le ocurrió a Elio Magrini en el 27 —prosiguió, hablando como si él hubiera vivido también aquella tormenta—. Lo volcó como a una tortuga. No pudieron encontrarlo, y lo que quedó de la barca no valía la pena recuperarlo. —Levantó el vaso, quizá a la memoria de Elio Magrini, y lo vació de un trago.

Mientras el hombre hablaba, Brunetti examinaba posibilidades: con aquel viento del noroeste que empujaba a la marea que estaba bajando, la estrecha franja de tierra que iba hasta Ca'Roman estaría batida por las olas o, quizá, sumergida. Él y Bonsuan sólo podrían llegar hasta allí por barco y, si era cierto lo que decía el viejo, eso significaría hacer embarrancar la lancha de la policía.

—¿Usted cree que la mujer habrá salido con ellos? ¿Con este tiempo?

El resoplido que salió de los prietos labios del hombre expresaba desdén no sólo por la inconsciencia de la *signorina* Elettra sino por la de todas las mujeres en general. Sin ni una palabra más, el viejo se apartó del bar y fue a sentarse a una mesa.

Brunetti dejó unos miles de liras en el mostrador, guardó la grabadora en el bolsillo y fue hacia la puerta. Poco antes de que llegara, ésta se abrió violentamente, pero no entró nadie, y el viento y la lluvia la lanzaron repetidamente contra la pared. Brunetti salió y se aseguró de cerrar bien tras de sí.

Al momento, quedó completamente mojado. Fue instantáneo, no le dio tiempo de pensar en que iba a mojarse ni en cómo protegerse de la lluvia. Pasó de estar seco a estar chorreando, con los zapatos inundados, como si saliera de un lago. Se dirigió hacia el puerto, en

busca de Bonsuan. Al cabo de unos segundos, tuvo que levantar una mano para protegerse los ojos del viento y la lluvia que lo cegaban. Dificultaba su avance el peso del agua que se abatía sobre él, como si le tirara de los zapatos y de la chaqueta.

Cuando dejó atrás el amparo de los edificios que bordeaban la carretera por la parte de la laguna, el viento lo embistió como si quisiera derribarlo. Había oscurecido de repente y, para ir hacia la lancha, Brunetti tuvo que guiarse por la luz débil de la hilera de farolas que recorrían el muelle. Gracias a que caminaba lentamente, no se cayó cuando su pie tropezó con el amarradero metálico al que estaba atada la lancha.

Asiéndose con las dos manos a la parte superior en forma de hongo del amarradero, se inclinó hacia la vaga silueta que supuso que era la lancha y llamó a Bonsuan. Al no recibir respuesta, extendió el brazo buscando el cabo, y cuando lo encontró lo notó flojo, ya que el viento empujaba la lancha contra el costado del muelle. Brunetti subió a bordo y, cegado por la lluvia que le lanzó a la cara una ráfaga de viento, cayó contra la puerta de la cabina de mando.

Bonsuan abrió, asomó la cabeza y tiró de Brunetti. Una vez dentro, Brunetti se dio cuenta de que el estruendo que producía la lluvia al caer en el asfalto y en el agua, ahogaba cualquier otro sonido, y tardó unos instantes en habituarse al relativo silencio de la cabina.

—¿Puede moverse con esto? —gritó a Bonsuan alzando la voz más de lo necesario.

—¿Cómo «moverme»? —preguntó el piloto, resistiéndose a comprender lo evidente.

—Hasta Ca'Roman.

—Qué disparate. No podemos salir con esto. —Como para darle la razón, la lluvia azotó con fuerza las ventanas de estribor de la cabina, ahogando voces y pensamientos—. Hay que esperar a que pase para regresar. —El viento arreciaba y Bonsuan tenía que gritar para hacerse oír.

—Yo no hablo de volver.

Bonsuan, temiendo no haber comprendido, preguntó:

—¿Cómo?

—Elettra está con ellos. En el barco de Spadini. Alguien ha dicho que habían salido a pescar.

Las facciones de Bonsuan se crisparon de asombro o de miedo.

—Los he visto. Por lo menos, he visto un barco de pesca. Ha pasado hace unos veinte minutos. Iban dos hombres y alguien más que se había asomado a un costado y sacaba una cuerda del agua. ¿Cree que era ella?

Brunetti movió la cabeza de arriba abajo. Era más fácil que hablar.

—Hay que estar loco para salir con este tiempo —dijo Bonsuan.

—Me han dicho que seguramente irán a Ca'Roman y tratarán de encallar.

—Otro disparate —gritó Bonsuan. Y luego—: ¿Quién se lo ha dicho?

—Un pescador.

—¿De aquí?

—Sí.

Bonsuan cerró los ojos, como si estudiara el mapa de la península y la situación de los canales que la cruzaban. Más abajo, la lengua de tierra quedaba cortada por el Porto di Chioggia, de un kilómetro de ancho, pero lo bastante estrecho aún como para estar expuesto a violentas corrientes con el reflujo, sobre todo, si las empujaba un viento huracanado. Con ese temporal, sería un suicidio tratar de cruzarlo en una embarcación tan ligera como la lancha de la policía. Incluso un barco de pesca tan grande como el que había visto tendría dificultades. Pero antes del Porto estaba el cabo que albergaba un santuario de aves y las ruinas de un pequeño fuerte. De todos modos, quien tratara de encallar allí se exponía a que el oleaje lo arrastrara y lo lanzara a mar abierto por el canal.

Bonsuan abrió los ojos y miró a Brunetti.

—¿Está seguro?

Ahora era el Bonsuan rudo e irascible el que preguntaba.

—¿De qué? ¿De si ella va a bordo? No estoy seguro. En el bar un hombre ha dicho que estaba con ellos en el muelle.

—No puede ser otra persona —dijo Bonsuan casi como si hablara consigo mismo. Empujando a Brunetti hacia un lado, abrió la puerta de la cabina. Salió y se quedó un momento con los ojos cerrados y las manos extendidas con las palmas hacia arriba, como un indio que escuchara la voz de sus dioses. Sin abrir los ojos, volvió la cabeza hacia uno y otro lado, buscando algo que Brunetti no podía oír.

El piloto entró en la cabina y ordenó:

—Salga a buscar dos chalecos salvavidas. —Brunetti obedeció inmediatamente y a los pocos momentos había vuelto, no más mojado de lo que ya estaba. Observó cómo Bonsuan se ataba el chaleco y lo imitó.

—Muy bien —dijo Bonsuan—. El viento remitirá y después arreciará y será peor que antes. —Brunetti no se explicaba cómo podía saber eso Bonsuan, pero ni se le ocurrió ponerlo en duda. Con voz potente, Bonsuan prosiguió—: Iremos hasta allí. Si encallamos en el canal, quizá pueda dar marcha atrás, por lo menos, antes de que el viento arrecie. Cuando lleguemos a Ca'Roman, tendrá usted que buscarlos, a ellos o al barco, con el faro. Si han encallado, procuraré situarme a su lado.

—¿Y si no están? —preguntó Brunetti.

—Veré si puedo dar la vuelta y regresar.

Recordando a Elio Magrini, Brunetti estuvo tentado de preguntar al piloto si no sería muy arriesgado, pero se contuvo y se limitó a pasarse las manos por la cara y el pelo para escurrir el agua que le entraba en los ojos.

Bonsuan puso en marcha el motor, encendió las luces y conectó el limpiaparabrisas, que no parecía surtir efecto, con aquella oscuridad que iba en aumento y aquella lluvia torrencial. Brunetti recordó a tiempo que tenía que salir a soltar el amarre, que enrolló alrededor de un candelero del costado de la lancha. Volvió a entrar

en la cabina y se situó detrás de Bonsuan. Para hacer algo, limpiaba con la manga de su empapada chaqueta el vaho de los cristales de la cabina, que enseguida volvían a empañarse.

Bonsuan accionó otro interruptor y un chorro de aire lamió el cristal, eliminando la película de humedad. Lentamente, el piloto apartó la embarcación del muelle. La lancha dio un bandazo hacia la izquierda, como si una mano gigante la hubiera golpeado, y Brunetti se vio lanzado contra la pared de la cabina. Bonsuan apretó el timón haciendo oscilar el peso del cuerpo hacia la derecha, para contrarrestar la fuerza del viento.

Una sucia espuma gris bañó el cristal. La puerta de la cabina se abrió y volvió a cerrarse bruscamente. El viento los empujaba hacia la izquierda. Bonsuan movió otro interruptor y el potente foco de proa hizo un débil intento por taladrar la caótica oscuridad que se cerraba ante ellos. Si en algún momento la luz abría un hueco y podían ver hasta una distancia de varios metros, otra cortina de espuma les tapaba la vista.

Una hoja de la puerta de la cabina se abrió y golpeó a Brunetti en la espalda, pero el chaleco salvavidas amortiguó el impacto y apenas lo notó. Tampoco sentía la temperatura, que seguía bajando mientras la *bora* rugía sobre ellos. La lancha volvió a dar un salto hacia la izquierda, y Bonsuan volvió a llevarla hacia lo que debía de ser el centro del canal. A su espalda, en la cubierta de popa, sonó un fuerte golpe, y un objeto rompió el cristal de la ventana de estribor y pasó rozando la mano de Brunetti antes de caer a sus pies.

Éste tuvo que acercar la boca al oído de Bonsuan para hacerse oír al preguntar:

—¿Qué ha sido eso?

—No lo sé. Algo que estaría en el agua.

Brunetti miró el objeto, que no era sino un trozo de madera podrida, del tamaño de una botella. Lo apartó de un puntapié impaciente, pero una ráfaga de viento se lo devolvió inmediatamente. Por el cristal roto entraba la lluvia a raudales,

mojando a Bonsuan y haciendo bajar aún más la temperatura de la cabina.

—*Oh Dio, oh Dio* —Brunetti oyó murmurar a Bonsuan, El piloto hizo girar rápidamente el timón, primero, hacia la izquierda y, después, hacia la derecha, pero no sin que los dos sintieran un golpe sordo en el costado de babor.

Brunetti se quedó inmóvil, atento a si la lancha empezaba a zozobrar. Comprendiendo que Bonsuan no lo sabría mejor que él, se abstuvo de incordiar con la pregunta. Hubo otros dos golpes más leves, pero la lancha siguió avanzando, pese a que el viento parecía aún más fuerte y seguía atacando por la derecha.

Como surgida de la nada, una mole se alzó a su izquierda, y Bonsuan casi se echó sobre el timón, al poner todo el peso del cuerpo en el esfuerzo por hacerlo girar a la derecha. La mole desapareció de su vista, pero detrás de ellos hubo un fuerte crujido, tan fuerte como el del trueno que siguió, y la lancha giró sobre sí misma, pesadamente, como si estuviera tan empapada como la ropa de Brunetti.

Bonsuan movió el timón hacia la izquierda, y hasta Brunetti se dio cuenta de que el barco tardaba en responder.

—¿Qué ha pasado?

—Hemos chocado. Me parece que era un barco —respondió Bonsuan, haciendo girar el timón. Empujó el acelerador, y Brunetti oyó cómo el motor respondía, pero la lancha no pareció moverse más aprisa.

—¿Qué va a hacer?

—Tengo que encallar —dijo Bonsuan inclinándose para tratar de ver lo que había delante.

—¿Dónde?

—En Ca'Roman, espero —dijo Bonsuan—. No creo que lo hayamos dejado atrás.

—¿Y si ya lo hemos pasado? —preguntó Brunetti.

A modo de respuesta, Bonsuan meneó la cabeza, pero Brunetti no sabía si el gesto era para negar tal posibilidad o para asumir las

consecuencias.

Bonsuan volvió a empujar el acelerador y la maniobra aumentó el sonido del motor, pero no tuvo efecto en la velocidad. Una ola se estrelló contra un costado de la proa y barrió la cubierta y la pared de la cabina, entró por la ventana rota y se derramó sobre ellos.

—¡Mire ahí, ahí, ahí! —gritó Bonsuan. Brunetti se inclinó pero delante de ellos no vio más que una compacta muralla gris. Bonsuan se volvió a mirarlo un segundo—. No salga hasta que hayamos embarrancado. Entonces suba a cubierta. No salte por el costado. Vaya a proa y salte lo más lejos que pueda. Si cae en el agua, vaya hacia adelante y siga andando aun después de que haya salido del agua.

—¿Dónde estamos? —preguntó Brunetti, aunque la respuesta no significaría nada para él.

Hubo una sacudida brutal. La embarcación se paró como si hubiera chocado contra un muro, y los dos hombres cayeron al suelo. La lancha se volcó sobre el costado derecho, por la ventana rota entró el agua inundando la cabina. Brunetti se levantó y agarró a Bonsuan, que tenía un largo corte a un lado de la frente y se movía muy despacio, como si ya estuviera bajo el agua. Por la ventana entró otra ola.

Brunetti se inclinó para ayudar al piloto, que ya se levantaba, aunque con gran dificultad, sobre aquel suelo pronunciadamente inclinado.

—Estoy bien —dijo Bonsuan.

Una hoja de la puerta de la cabina colgaba de una bisagra, y Brunetti tuvo que abrirla de un puntapié. Cuando sacaba a Bonsuan, el agua los acometió por todas partes. Recordando las recomendaciones del piloto, Brunetti lo empujaba y tiraba de él hacia la cubierta situada delante de la cabina. Cuando lo hubo sacado, salió él.

Brunetti sostenía y empujaba a Bonsuan con una mano, mientras las olas zarandeaban la maltrecha embarcación haciendo oscilar la cubierta bajo sus pies. Tambaleándose, paso a paso, se acercaron a

la proa y al haz de luz del faro que se perdía en la oscuridad. Cuando llegaron a la barandilla, Bonsuan, sin vacilar ni mirar atrás, saltó pesadamente y desapareció en la masa gris.

Una ola hizo caer de rodillas a Brunetti, que se agarró a la base del faro para sujetarse cuando otra ola, más fuerte, lo acometió por la espalda y lo tiró de bruces. Él se puso, primero, de rodillas y, después, de pie y fue hacia la punta de la proa. En el momento en que se daba impulso para saltar, una ola enorme se alzó a su espalda y lo catapultó de cabeza hacia la oscuridad poblada de rugidos.

CAPÍTULO 24

Si Bonsuan y Brunetti hubieran llegado a Pellestrina un poco antes, al pasar por el muelle de San Pietro in Volta, hubieran visto a una radiante *signorina* Elettra, con su pantalón de lino azul marino, de pie en la cubierta de un gran barco de pesca, esperando con impaciencia hacerse a la mar, mientras Carlo y el hombre al que ella siempre había oído llamar *zio* Vittorio esperaban a que se llenaran los depósitos de fuel. Ella había reparado, en la medida en que era capaz de reparar en algo que no fuera Carlo cuando estaba con él, en un frente de nubes bajas que se alzaba detrás de la silueta apenas visible de la lejana ciudad. Pero, al volverse hacia las aguas del Adriático, ocultas tras las casas bajas de Pellestrina y el muro del rompeolas que las protegía, sólo vio unas nubes esponjosas y cándidas, y un cielo de un azul puro que acrecentó su ya robusto optimismo. Cuando Vittorio apartó la barca del poste de carburante, situado justo encima de San Vito, la lancha de la policía ya se encontraba amarrada al muelle de Pellestrina y, cuando el barco de pesca pasó junto a la lancha, rumbo al sur, Brunetti estaba en el bar, tomando el primer sorbo de vino.

Sería exagerar decir que la *signorina* Elettra tenía miedo de *zio* Vittorio, pero tampoco se sentía cómoda en su presencia. Su reacción se hallaba en un término medio, pero como era tío de Carlo, generalmente, ella conseguía olvidar el recelo que le inspiraba. *Zio* Vittorio siempre se había mostrado amistoso, contento de verla en casa de Carlo y en su mesa. Quizá lo que mejor describiría sus sentimientos sería decir que, al hablar con Vittorio, siempre le parecía que él se recreaba secretamente pensando en qué otro sitio de la casa de Carlo había estado ella.

Zio Vittorio no era alto, apenas más que ella, y tenía la misma complexión musculosa que su sobrino. Como había pasado la mayor parte de la vida en el mar, su cara había adquirido un color caoba, y sus ojos grises que, según se decía, eran idénticos a los de su hermana, la madre de Carlo, parecían aún más claros por el contraste. El pelo, más bien escaso, lo llevaba bastante largo, cubriéndole la nuca y peinado hacia atrás, pegado al cráneo con una gomina que olía a canela y a virutas de metal. Su dentadura era perfecta, y una noche, después de cenar, se puso a cascar nueces con los dientes y sonrió cuando ella no pudo disimular la impresión.

Aquel hombre debía de tener unos sesenta años, edad que, a los ojos de Elettra, automáticamente lo situaba en un ámbito donde no existían géneros y cualquier manifestación de interés por el sexo resultaba embarazosa, o algo peor. No obstante, hasta la más inocente de sus observaciones, parecía tener una connotación alusiva al sexo y a la actividad sexual, como si fuera incapaz de concebir un universo en el que hombres y mujeres pudieran relacionarse de otro modo. Y, bajo aquel delicioso estremecimiento que aún sentía ella al pensar en Carlo, latía esta pequeña repulsión, aunque casi siempre conseguía acallarla, especialmente, en un día como aquél, en el que el cielo del este presentaba tan buenos augurios.

La pesada embarcación salió al canal y puso rumbo al sur, por delante de Pellestrina, hacia la estrecha embocadura de Porto di Chioggia, por donde saldrían a mar abierto. No tenían intención de pescar: el tío había dicho a Carlo que quería probar un motor reajustado que acababa de instalar. Al principio, sonaba perfectamente pero, cuando habían llegado a la altura de Ottagono de Caroman, Vittorio les gritó que algo andaba mal. Segundos después, Carlo y Elettra notaron un cambio brusco del ritmo del motor, que empezó a jadear, mientras el barco se movía espasmódicamente, como de mala gana, en lugar de llevar una marcha regular.

Carlo fue hacia adelante.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Su tío desconectó el interruptor de arranque, conectó y volvió a desconectar. Durante el momentáneo silencio, respondió:

—El conducto del combustible, que estará sucio. —Volvió a accionar el interruptor de encendido y ahora el motor arrancó y mantuvo su habitual vibración regular.

—Me parece que suena bien —dijo Carlo.

—Hmmm —masculló el tío, que parecía escuchar a Carlo pero en realidad estaba pendiente del sonido del motor. Apoyó la palma de la mano izquierda en el panel de control y empujó la palanca del acelerador con la derecha. Creció el ruido, pero, bruscamente, el motor emitió un eructo dispéptico, seguido de una tos asmática y enmudeció.

Carlo, aunque había aprendido la mayor parte de las faenas de la pesca, no era un auténtico pescador, como tampoco era un buen mecánico, según había tenido ocasión de comprobar con mortificación. En un caso como el presente, se remitía a la pericia y experiencia de su tío, limitándose a esperar órdenes. Poco a poco, el barco se detuvo.

Vittorio dijo a Carlo que se quedara donde estaba y que pusiera el motor en marcha cuando él le avisara, luego se fue al centro de la cubierta de popa y desapareció por la trampilla del cuarto de máquinas. A los pocos minutos, gritó a Carlo que pusiera el motor en marcha. Se oyó un chasquido seco pero el motor no arrancó, y Carlo desconectó y esperó. Pasaron varios minutos. La *signorina* Elettra se acercó a la puerta a preguntar qué ocurría, y él le sonrió y dijo que todo iba bien y con un ademán la invitó a ir a popa, fuera del paso.

Vittorio volvió a gritar y esta vez el motor se puso en marcha al primer intento y respondió a todas las órdenes del acelerador. Vittorio se izó por la trampilla y volvió a la cabina diciendo:

—Lo que me figuraba, el tubo de alimentación. No he tenido más que… —Lo interrumpió el sonido de su *telefonino*. Al sacar el aparato, indicó a Carlo con una seña que saliera de la cabina.

Carlo salió andando hacia atrás, cuidando de que las puertas no se cerraran de golpe, y fue hacia la popa, donde vio a Elettra de pie con las manos apoyadas en la barandilla y la cara levantada hacia el sol. El motor seguía roncando con fuerza y ahogó el ruido de sus pasos, pero cuando él le puso una mano a cada lado de la cintura, Elettra no dio señal alguna de sorpresa sino que echó el cuerpo hacia atrás, buscando el de él. Carlo se inclinó, le dio un beso en la coronilla y hundió la cara en la explosión de rizos de su pelo. Se quedó con los ojos cerrados, meciéndose con ella acompasadamente. Entonces oyó un rugido bronco que no procedía del motor y abrió los ojos. A su izquierda, las torres de la ciudad que aquella mañana se veían a lo lejos, habían desaparecido, engullidas por unos nubarrones bajos que ya habían envuelto Pellestrina y venían hacia el barco.

—*Oh, Dio* —dijo él y, al percibir el horror que había en su voz, ella abrió los ojos y vio una cortina oscura que venía ondeando. Impulsivamente, él volvió a abrazarla con fuerza. Miró a la cabina y vio que su tío seguía hablando por teléfono, con los ojos fijos en ellos dos y en la tormenta que se acercaba impetuosamente por detrás de ellos.

Vittorio dijo unas palabras más, cerró el móvil y lo guardó en el bolsillo de la chaqueta. Empujó la puerta con brusquedad y llamó a gritos a Carlo.

Éste soltó a Elettra y fue hacia su tío, y entonces sintió que la popa del barco se elevaba, como si una mano gigantesca la levantara del agua, empujando hacia adelante. Miró atrás y vio que Elettra se asía con fuerza a la barandilla.

Tiró de la puerta.

—¿Qué hay?

En lugar de responder, el tío lo agarró con las dos manos por el cuello de la chaqueta haciéndole bajar la cara para acercarla a la suya.

—Ya te advertí que ella nos traería disgustos. —Le tiraba de la chaqueta furiosamente, una vez y otra, y cuando su sobrino trató de

desasirse, lo atrajo con más fuerza—. Su jefe está ahora en el bar. Saben lo de Bottin y saben lo del teléfono.

Desconcertado, Carlo preguntó:

—¿Quién lo sabe? ¿La Finanza? Lo han sabido siempre. ¿Por qué te crees que me echaron?

—La Finanza no, imbécil —gritó Vittorio, alzando la voz sobre la embestida del viento que impulsaba el barco hacia adelante—. La policía, su jefe, el comisario ese; tiene la cinta. La ha puesto en el bar y el borracho de Pavanello ha dicho que el que hablaba contigo era Bottin. —Soltó a Carlo y lo empujó con un fuerte revés gritándole—: Tendrían que ser idiotas para no comprender que los maté yo.

Después de revelar a su familia por qué lo había cesado la Finanza, Carlo había temido, y medio adivinado, que su tío se hubiera vengado. No obstante, la brutal confesión de Vittorio lo horrorizó.

—¡Calla! ¡No quiero saberlo! —La puerta de la cabina se abría y cerraba a su espalda y él sentía la lluvia en los hombros.

Vittorio señaló la popa.

—¿Qué le has dicho?

—Nada —gritó Carlo.

El viento y los golpes de la puerta ahogaban las palabras de Vittorio, pero la ira que las propulsaba alarmó a Carlo.

—Tú sabías dónde trabajaba, la estúpida de su prima lo había dicho a todo el mundo. Te advertí que no te acercaras a ella, y no me escuchaste. ¿Qué vas a hacer ahora?

El viento aullaba y hacía de pensamientos y recuerdos un remolino que arrastraba mar adentro, dejando a Carlo con la sola imagen de Elettra. Dio media vuelta, trabajosamente, fue hasta la popa y abrazó a una Elettra que tiritaba, mientras se abría el cielo y una cortina de lluvia caía sobre ellos.

Él se tambaleó y se agarró a la barandilla con una mano. Sin pensar ni darse cuenta de lo que hacía, la estrechó con más fuerza con el brazo izquierdo y tiró de ella hasta la puerta de la cabina, que

abrió con el hombro, y juntos se precipitaron al interior, para ser lanzados hacia la izquierda cuando una ola golpeó la embarcación por la derecha.

Otra ola proyectó a Elettra contra Vittorio, que se limitó a apartarla con el codo mientras asía fuertemente el timón con las dos manos. Carlo miraba a través del cristal, en el que las escobillas oscilaban inútilmente bajo aquel diluvio. En la oscuridad que los envolvía, de nada servían los tres faros, y él no veía nada más que la lluvia y la amenaza de las olas, blancas de espuma.

El ruido retumbaba por todas partes. Bruscamente, el viento subió de tono, ahogando todo lo demás. Carlo notó que se le erizaba el vello de la nuca y sintió el calambre del miedo antes ya de darse cuenta de que el súbito aumento del bramido del viento en sus oídos se debía al silencio del motor.

Veía, pero no podía oír, a Vittorio, que oprimía el interruptor de arranque con el pulgar y apoyaba la palma de la otra mano en el cuadro, para palpar la vibración del motor. Oprimía y soltaba, oprimía y soltaba, y sólo una vez notó Carlo una leve palpitación rítmica bajo los pies. Pero fue momentánea, y se apagó casi antes de que él pudiera acabar de darse cuenta. Seguía mirando aquel grueso pulgar que accionaba y accionaba el interruptor, hasta que sus pies sintieron que el motor volvía a funcionar, con una trepidación sincopada.

Vittorio retiró la mano del interruptor y volvió a empuñar la rueda del timón. Se alzó sobre las puntas de los pies, buscando el equilibrio y, con todo el peso del cuerpo, trató de hacer girar el timón hacia la izquierda. De pronto, la rueda se revolvió y casi lo levantó del suelo. Carlo soltó a una aterida Elettra y agarró con las dos manos una de las empuñaduras del timón, sumando su fuerza a la de su tío. El barco respondió, y él sintió bascular el peso de su cuerpo cuando la embarcación obedeció y viró pesadamente hacia la izquierda.

Carlo no tenía idea de dónde estaban ni de qué trataba de hacer su tío. El joven no pensaba en el mapa, en Ca'Roman ni en el Porto

di Chioggia, un canal por el que la corriente los llevaría al Adriático y a su furioso oleaje. Asentó bien un pie a cada lado del timón, unió su esfuerzo al de su tío y juntos llevaron el barco un poco más hacia la izquierda. Vittorio apartó la mano del timón y empujó la palanca del acelerador hasta el límite. Carlo notó que el latido del motor se apresuraba, pero su percepción del mundo exterior era tan confusa que no conseguía detectar cambio en los movimientos del barco. Y, casi al instante, sintió que cesaba la vibración del motor y el barco se paró con una brusca sacudida que lo proyectó contra una de las empuñaduras del timón e hizo caer a su tío encima de él. Carlo levantó la mirada a tiempo de ver cómo Elettra, que había sido lanzada contra la pared por el impacto, rebotaba hacia atrás y era arrastrada a cubierta. Hubo un choque colosal, el barco se estremeció y, bruscamente, quedó quieto.

Carlo apartó a su tío y se puso de pie. Sintió un dolor agudo en el costado izquierdo, pero él no pensaba más que en seguir a Elettra. Al caminar, el dolor se acentuó, pero él, sin detenerse, empujó las puertas de la cabina. Fuera, encontró los estampidos del trueno y el bramido de la lluvia y el viento. A la luz de la cabina, vio a Elettra que se ponía de pie. Una ola rompió contra la popa y barrió la cubierta derribando a la mujer y arrastrándola hasta hacerla chocar con las piernas de Carlo. Él se inclinó para ayudarla, pero el dolor lo paralizó, y entonces tuvo miedo por sí mismo y, en consecuencia, también por ella.

Mientras la miraba, sin poder hacer nada, el tiempo se detuvo. Elettra se alzó sobre una rodilla y levantó la cara hacia él. Con la mano izquierda, trató de apartar el pelo que le caía sobre los ojos. Pero, empapado como estaba por la lluvia y el agua de mar, se había hecho una maraña y ella no pudo sino echarlo hacia un lado. Él recordó la vez que había estado contemplándola mientras dormía, con la cara medio cubierta por el pelo, como ahora… y entonces las puertas de la cabina chocaron contra su espalda y Vittorio salió hecho una furia.

Fue todo tan rápido que Carlo no hubiera podido detenerlo aunque no hubiera estado paralizado por el dolor del costado y el miedo a un mayor dolor que sabía que cualquier movimiento había de causar. Vittorio se lanzó sobre Elettra gritando, gritando palabras que nadie podía oír. La agarró del pelo con la mano izquierda arrastrándola hacia un lado sin dejar de gritarle. Su mano derecha se deslizó al interior de la chaqueta y salió empuñando el cuchillo de destripar. Echó el brazo hacia atrás y lo bajó apuntando a la cara o el cuello de la mujer.

Carlo actuó sin pensar. Sujetándose con una mano a la barandilla, levantó el pie, apuntando por puro instinto. La bota golpeó el antebrazo de su tío en el momento en que pasaba por delante de su cara, desviándolo hacia arriba. La hoja del cuchillo desgarró la manga y abrió el otro brazo de Vittorio hasta la muñeca después de sólo rozar la cabeza de Elettra. El viento se llevó el grito del hombre y el cuchillo, que salió despedido de su mano. En su otra mano, quedaron los cabellos de Elettra.

Vittorio abrió los dedos y los cabellos volaron. Sujetándose el brazo contra el estómago, se revolvió hacia su sobrino, como si fuera a golpearlo, pero lo que vio detrás de Carlo le hizo dar media vuelta y correr hacia la proa. Sin vacilar, saltó al agua protegiéndose el brazo como podía. La ola rompió sobre ellos lanzando a Carlo contra la cubierta y, de rebote, contra el costado del barco. Al retirarse, el agua lo arrastró hacia la popa, pero el cuerpo de Elettra le cerraba el paso, y quedaron entrelazados, en la puerta de la cabina, en trágica parodia de pasados abrazos.

Nuevamente, prevaleció el instinto, y Carlo trató de ponerse en pie, pero sólo lo consiguió cuando Elettra se arrodilló a su lado y lo ayudó. Sin hablar, porque el estruendo de la tormenta hacía inútil la voz, él la agarró del brazo y, agarrotado por el dolor, señaló a la proa. Empujándose y tirando el uno del otro, subieron a la punta de la proa. Él la lanzó al agua sin pensarlo ni un instante. A la luz de los faros, la vio hundirse y reaparecer a poca distancia. Entonces saltó y sintió cómo el agua se cerraba sobre su cabeza. Cuando salió a flote,

gritó su nombre… y notó que unos dedos lo agarraban del pelo y tiraban de él, que estaba insensible, aturdido, desorientado. Sus brazos flotaban relajados, y entonces descubrió que las piernas no le obedecían, que no tenía fuerzas, que no podía hacer más que dejarse llevar por aquella mano. Sus pies chocaron con algo, y la sensación lo irritó. Él prefería la ingravidez, que le quitaba el dolor del costado; no quería tener que nadar, ni ponerse de pie, si flotar era tan fácil, e indoloro.

Pero la mano tiraba, y él no podía resistírsele. Cuando sus pies tocaron fondo un momento, el dolor lo tomó como la señal de que podía volver al ataque. Le punzaba, mordía, cortaba el costado, haciéndole doblar el cuerpo de tal manera que los pies salieron a flote y la cara se hundió. Y la mano, implacable, volvió a agarrarlo del pelo, arrastrándolo hacia un lado y hacia adelante, obligándolo a dejar la grata seguridad del agua profunda, el alivio de la ingravidez. Se dejó arrastrar un metro y luego otro hasta que, de pronto, no pudo seguir. Y entonces hizo lo que le pareció más sensato, y puso la mano derecha sobre los dedos que seguían tratando de arrastrarlo, les dio unas palmadas y, en su tono de voz más razonable, dijo:

—Gracias, pero ya basta.

Sus palabras se perdieron, ignoradas como el árbol en el bosque deshabitado, y entonces el bucle de una ola enorme lo envolvió.

CAPÍTULO 25

Brunetti estaba tendido en la arena como una ballena varada, sin poder moverse. Había tragado mucha agua, y una tos violenta lo había dejado exhausto. Yacía bajo la lluvia mientras las olas le tanteaban pies y piernas, como instándolo a levantarse y entrar en el agua para bañarse como es debido. Invitación que era rehusada. De vez en cuando, y de forma puramente maquinal, Brunetti clavaba los dedos en la arena y se arrastraba unos centímetros playa arriba, para alejarse de aquellas olas juguetonas.

Mientras permanecía allí echado, el pánico que sentía fue disminuyendo hasta desaparecer. El aullido del viento no era menos fiero, ni el azote de la lluvia menos duro, pero la firmeza del suelo que sentía bajo el cuerpo, la solidez de la playa, el tacto de la arena, de la madre tierra, le infundían una sensación de amparo y sosiego. Empezó a coordinar ideas, y pensó que habría que llevar a la tintorería aquella chaqueta, que quizá ya no tuviera arreglo, y lo sentía, porque era la mejor que tenía. Se la había comprado hacía un año, cuando lo enviaron a Milán para declarar por fin en el juicio de un asesinato cometido hacía doce años. Se le ocurrió que ésos eran unos pensamientos extraños en sus circunstancias, y entonces se puso a reflexionar sobre el sano criterio que le hacía encontrar extraños tales pensamientos. Qué orgullosa estaría Paola, que siempre lo tildaba de simplista, cuando le contara cuan intrincadas habían sido sus reflexiones en aquella playa situada en algún lugar al sur de Pellestrina. También ella lamentaría lo de la chaqueta, seguro; solía decir que era la que mejor le sentaba.

Tendido boca abajo en la arena, Brunetti pensaba en su mujer y, al cabo de un tiempo, ese pensamiento lo animó a flexionar una

rodilla, después la otra y, finalmente, a ponerse de pie. Miraba en derredor y no veía nada, ni sus oídos captaban más que el fragor del viento y la lluvia. Miró en la dirección de la que tenía que haber venido, buscando alguna señal de la lancha o del faro que aún estaba encendido cuando él saltó al agua, pero todo era oscuridad. Alzó la cabeza y vociferó en la tempestad:

—¡Bonsuan! ¡Bonsuan! —Únicamente el viento respondió, y él gritó entonces—: ¡Danilo! ¡Danilo! —sin mejor resultado. Dio unos pasos, con los brazos extendidos, como un ciego, llamando al piloto. Al cabo de unos momentos, su mano izquierda tropezó con algo, una superficie plana que se levantaba ante él. Debía de ser la pared del viejo fuerte de Ca'Roman, que él sólo conocía como una marca y un nombre en un mapa.

Se acercó hasta tocar la pared con el pecho y extendió los brazos para explorar a uno y otro lado. Lentamente, fue hacia la izquierda, pegado a la pared, andando de lado para poder tantear con las dos manos.

Oyó ruido a su espalda y se detuvo, sorprendido, no tanto por el ruido como por haber podido oírlo. Trató de vaciar la mente y tendió el oído a la tormenta; al cabo de un rato, advirtió que el ruido disminuía. Entonces oyó claramente lo que debía de ser una ola que rompía, agua que retumbaba en arena dura. Mientras escuchaba, le pareció que el vendaval amainaba; pero, a medida que disminuía la intensidad del viento, él sentía más el frío, aunque quizá se debía a que estaba saliendo del entumecimiento del trauma. Se desató el chaleco salvavidas y lo dejó caer al suelo.

Dio unos pasos más, con las manos extendidas y los dedos sensibles como antenas de caracol. De pronto, su mano izquierda dejó de sentir la pared y, al moverse en el vacío, descubrió las duras aristas de un arco o un pasadizo. Él las palpó, sin verlas todavía, mientras por el centro adelantaba un pie cauteloso, buscando una escalera que subiera o que bajara.

El pie descendió un peldaño bajo. Apoyando las manos a uno y otro lado de lo que parecía un estrecho pasadizo, Brunetti bajó uno,

dos, tres escalones, y el pie que exploraba con tiento, encontró entonces una superficie mayor.

Al amparo del viento, se despertaron sus otros sentidos, y lo asfixió el hedor a orina, a moho y no sabía a qué más. Sin viento, hubiera tenido que sentir menos frío, y le ocurría todo lo contrario, como si el silencio hiciera crecer el frío y la humedad.

Se paró a escuchar, atento, por un lado, adonde podía conducir aquel vacío que se abría ante él y, por otro, a los sonidos de la tormenta que se alejaba. Fue hacia la derecha hasta tocar la pared, se volvió y apoyó en ella la espalda, reconfortado por aquella estabilidad. Así estuvo mucho rato, hasta que, mirando en la dirección en la que imaginaba la puerta, vio un resplandor. Se dirigió hacia él y, al llegar a la zona iluminada, se acercó el reloj a la cara y descubrió con asombro que era poco más de media tarde. Fue hacia los escalones, atraído por la luz y por el silencio del exterior.

Emergió a una tarde radiante: por el oeste, el sol se dejaba caer lánguidamente hacia el horizonte, por detrás de las nubes dispersas que la tormenta había olvidado barrer y cuyo reflejo moteaba las tranquilas aguas de la laguna. Brunetti miró al este y, no lejos de la costa, vio la tormenta que se alejaba con sus rayos y truenos hacia lo que quedaba de Yugoslavia, como si tuviera prisa por descubrir qué estropicios podía causar allí.

Brunetti empezó a tiritar cuando, de repente, su cuerpo acusó el hambre, la tensión y el descenso de la temperatura. Cruzó los brazos sobre el pecho y se puso a caminar. Otra vez llamó a Bonsuan y otra vez se quedó sin respuesta. El lugar en el que se encontraba estaba rodeado de agua por tres lados. El cuarto era una estrecha lengua de playa que discurría hacia el norte. De lo que recordaba del mapa que había estudiado últimamente, dedujo que ése debía de ser el santuario de Ca'Roman, si bien brillaban por su ausencia las especies que se suponía debía proteger, que se habrían escondido o huido de la tormenta.

Al mirar atrás, vio las ruinas del fuerte y volvió sobre sus pasos, para comprobar si había más puertas por las que el piloto hubiera

podido entrar a refugiarse. A la izquierda de la puerta que había utilizado él, descubrió otra, de la que arrancaba una escalera ascendente. Subió un tramo, esperando mitigar el frío con el movimiento, pero ni entró en calor ni encontró a Bonsuan. Volvió a salir y, más a la izquierda, vio otra puerta que, como la primera, daba acceso a una escalera que bajaba.

Desde el umbral, llamó al piloto. Un sonido, quizá una voz, le contestó, y Brunetti bajó la escalera. Bonsuan estaba abajo, sentado en el suelo, con la cabeza levantada y apoyada en la pared. El sol que entraba por la escalera iluminaba su cuerpo acurrucado. Al llegar junto al piloto, Brunetti vio que estaba muy pálido, pero al mismo tiempo pudo observar que el corte que tenía en la frente ya no sangraba. También Bonsuan se había quitado el chaleco salvavidas.

—Venga, Bonsuan —dijo Brunetti, esforzándose por adoptar un tono optimista y enérgico—. Salgamos de aquí y volvamos a Pellestrina.

Bonsuan mostró su conformidad con una sonrisa y empezó a levantarse. Brunetti lo ayudó. Una vez estuvo de pie, parecía bastante firme.

—¿Cómo está? —preguntó el comisario.

—Tengo un buen dolor de cabeza —dijo el piloto sonriendo—. Pero menos mal que tengo cabeza. —Se desasió del brazo de Brunetti y empezó a subir la escalera. Al llegar arriba, se volvió y dijo —: Menuda tormenta. La peor desde 1927.

Como en la escalera se proyectaba la sombra de Bonsuan, tapando la luz, Brunetti bajó la mirada al primer escalón, para ver dónde ponía el pie. Al levantar la cabeza, vio que a Bonsuan le había crecido una rama. Antes ya de comprender que eso era imposible, volvió a asaltarle el pánico que había sentido durante la tormenta. A las personas no les crecen ramas: del pecho, de un hombre no salen trozos de madera. A menos que se los claven por la espalda.

Su cerebro estaba todavía procesando esa información cuando su cuerpo empezó a actuar por su cuenta, sustrayéndose a la reflexión,

el razonamiento causa-efecto y la capacidad de sacar conclusiones, en suma, todo aquello que, según se dice, define al ser humano, y se lanzó por la escalera arriba, con un rugido de agresividad animal. Bonsuan giró sobre sí mismo pausadamente, con elegancia, como el novio que va a besar a la novia, y cayó por la escalera. Su cuerpo pasó rodando por el lado de Brunetti, que no pudo detener la caída del corpulento piloto. La madera que le asomaba del pecho, una astilla gruesa y puntiaguda de lo que podía ser un remo o una rama, rozó las piernas de Brunetti arañándole los muslos a través de la lana del pantalón.

El instinto le dijo que nada podía hacer por Bonsuan y lo hizo salir disparado a la luz del tranquilo atardecer de primavera. Se encontró frente a un hombre bajo y grueso, uno de los que había visto en la tienda de la *signora* Follini, que levantaba las manos en actitud y ataque. El grito y la súbita aparición de Brunetti, lo habían sorprendido momentáneamente, pero ya avanzaba, andando con las piernas abiertas. La mano izquierda relucía, roja, al sol del ocaso.

Brunetti estaba desarmado. Desde que era adulto, no había necesitado más armas que las del ingenio y la elocuencia y, desde que era policía, pocas veces había tenido que defenderse con la fuerza. Pero era un veneciano de familia pobre, con un padre dado a la violencia y a la bebida, que muy pronto había aprendido a defenderse, no sólo de su padre sino de los chicos que se burlaban de él por lo que hacía su padre. Ahora, olvidándose de la civilización, dio al hombre un patadón entre las piernas.

Spadini se dobló y cayó aullando y asiéndose el vientre con desesperación. Mientras el hombre aullaba en el suelo, paralizado por el dolor, Brunetti bajó corriendo la escalera y, suavemente, dio la vuelta a Bonsuan: el piloto lo miraba con ojos de sorpresa. Brunetti le abrió la chaqueta y sacó la navaja del bolsillo de la derecha del pantalón, donde le había visto guardarla cien veces, mil veces, durante más años de los que tenía Chiara. Volvió a subir corriendo, con la navaja en la mano.

El hombre seguía en el suelo, gimiendo. Brunetti miró en derredor y vio en el suelo una bolsa de plástico: la recogió y, con la navaja de Bonsuan, la cortó en tiras. Asió bruscamente las manos del hombre y se las puso a la espalda. Con saña, queriendo hacer daño, Brunetti le ató las muñecas y, con otra bolsa, repitió la operación, apretando sin miramientos. Probó la solidez de las ligaduras tratando de separar los brazos del hombre, y no cedieron. Hizo tiras de una tercera bolsa y le ató los tobillos. Entonces, recordando algo que había leído en un informe de Amnistía Internacional, pasó una tira entre las muñecas y los tobillos, atándoselos al hombre a la espalda y dejándole el cuerpo arqueado hacia atrás en una postura que Brunetti deseaba que fuera aún más dolorosa de lo que parecía.

De nuevo bajó la escalera, esta vez más despacio, para volver junto a Bonsuan. Sabía que no hay que tocar el cuerpo de una víctima de asesinato hasta que el forense lo declare muerto, pero se inclinó y cerró los ojos a Bonsuan manteniendo durante largos segundos la presión de los dedos sobre sus párpados. Cuando retiró las manos, los ojos permanecieron cerrados. Registró los bolsillos de la chaqueta y los del chaleco de lana, ahora ensangrentado, de Bonsuan hasta encontrar el *telefonino* del piloto.

Salió a la playa y marcó el 112. El teléfono sonó quince veces antes de que una voz de hombre contestara. Brunetti, muy cansado para comentar la tardanza, dio su nombre y rango y explicó dónde estaba. Hizo una breve descripción de la situación y pidió el envío inmediato de una lancha o un helicóptero.

—Esto son los *carabinieri*, comisario —explicó el joven agente—. Quizá fuera preferible que hiciera la petición a su propio comandante.

El frío que había penetrado en los huesos de Brunetti se comunicó ahora a su voz:

—Agente, ahora son las 6.37. Si en su registro de llamadas no consta que ha pedido una lancha o un helicóptero antes de dos minutos, lo lamentará. —Mientras hablaba, ya hacía planes terribles

para averiguar cómo se llamaba aquel individuo, conseguir que el padre de Paola usara su influencia para hacer que el mando lo expulsara, decir a los otros pilotos quién era el que se había negado a ayudar a Bonsuan…

Antes de que Brunetti agotara las posibilidades de represalias, el hombre dijo:

—Sí, señor —y colgó.

De memoria, Brunetti marcó el número de Vianello.

—Vianello —respondió el sargento a la tercera señal.

—Soy yo, Lorenzo.

—¿Qué ha ocurrido?

—Bonsuan ha muerto. Estoy en Ca'Roman, en el fuerte. —Esperó la respuesta de Vianello, pero el sargento callaba, expectante—. Tengo al que lo ha matado. —El hombre estaba a sus pies, con la cara roja, forcejeando con las ligaduras que lo mantenían en aquella postura dolorosa. Brunetti lo miró y el hombre abrió la boca, para protestar o suplicar.

Brunetti le dio un puntapié. No apuntó a ninguna parte, ni a la cabeza, ni a la cara. Sólo extendió la pierna derecha, que fue a darle en el hombro, junto al nacimiento del cuello. El hombre gimió y calló.

—He pedido una lancha o un helicóptero —dijo entonces a Vianello.

—¿A quién lo ha pedido?

—Al 112.

—Son unos inútiles —sentenció el sargento—. Avisaré a Massimo y en media hora estaremos ahí. ¿Dónde está exactamente?

—Al lado del fuerte —dijo Brunetti, sin preocuparse de averiguar quién era Massimo ni qué haría su sargento.

—Ahora mismo vamos —dijo Vianello.

Brunetti se guardó el *telefonino* en el bolsillo, olvidando desconectarlo. Sin una mirada para el hombre que estaba en el suelo, se sentó en una piedra, con la espalda apoyada en la pared del fuerte, de cara al oeste y al calor del último sol de la tarde. Sacó

las manos de las axilas y expuso las palmas al sol, como el que se calienta al fuego de la chimenea. Pensó en quitarse la chaqueta, pero le pareció demasiado esfuerzo, aunque comprendía que librarse de aquella especie de emplasto pesado y frío lo ayudaría a entrar en calor.

Se quedó esperando acontecimientos. Éstos no se producían. El hombre gemía y se revolcaba, pero Brunetti no lo miraba más que de vez en cuando, y sólo para cerciorarse de que tenía los tobillos y las muñecas bien atados. Hubo un momento en que pensó que, si golpeaba al hombre en la cabeza con uno de los pedruscos que había por allí, podría decir que el hombre lo había atacado después de matar a Bonsuan y que había muerto durante la lucha. Lo alarmó haber tenido semejante idea, y lo alarmó más aún descubrir que, si no la ponía en práctica era porque comprendía que las marcas de las ligaduras en las muñecas y los tobillos del hombre delatarían lo que había sucedido realmente.

Poco a poco, el sol se escondió en la planicie gris de la costa llevándose consigo el calor de la tarde. Por el norte, huía la luz y se borraba el perfil anárquico, erizado de baluartes y espiras, del horror de Marghera. Brunetti oyó zumbar una mosca y, al escuchar atentamente, descubrió que el zumbido, agrio y agudo, no era de una mosca sino de un motor que se acercaba a gran velocidad. ¿Una lancha de la *questura*? ¿Vianello y el heroico Massimo? Brunetti no sabía cuál de sus posibles salvadores sería. También podía tratarse de un barco-taxi o de algún viajero que volvía a casa ahora que la tormenta había pasado. Pensó en el alivio que sentiría al ver a Vianello, el imperturbable Vianello, robusto como un oso, y entonces recordó que Vianello era el mejor amigo que tenía Bonsuan en el cuerpo.

Bonsuan tenía tres hijas: una médica, una arquitecta y una abogada, y todo, con un sueldo de piloto de la policía. Y Bonsuan siempre era el primero en invitar a una ronda de cafés o de copas. En la policía se decía que su mujer ayudaba a una bosnia, compañera de estudios de su hija pequeña, que aún tenía que

aprobar dos exámenes para licenciarse. Brunetti no sabía si eso era verdad y probablemente ya nunca lo sabría. Tampoco importaba.

El zumbido se acercó, cesó y entonces oyó una voz de hombre que gritaba su nombre.

CAPÍTULO 26

Brunetti se levantó y, por primera vez en su vida, oyó el disparo de aviso que le hacían desde el territorio de la vejez. Así pues, sería eso: la cadera dolorida, los músculos de los muslos que tardan en responder, el suelo que parece hundirse bajo tus pies y la sensación de que, sencillamente, todo empieza ya a pesarte demasiado. Echó a andar hacia la playa, en la dirección de la voz. Tropezó con una planta rastrera y dio un brinco cuando un pájaro aleteó casi debajo de sus pies, seguramente, para ahuyentar de su nido al intruso.

El ave protegía a sus crías. Todos los padres protegen a sus hijos, ¿quién protegería ahora a las hijas de Bonsuan, aunque ya no fueran niñas? Brunetti oyó un ruido que llegaba de la dirección opuesta y se volvió, esperando ver a Vianello, pero era la *signorina* Elettra. O, por lo menos, una mujer desastrada que se parecía a la *signorina* Elettra. Había perdido una manga de la chaqueta y por un desgarro del pantalón se le veía la pantorrilla. Tenía un pie descalzo y una herida en la planta. Pero lo más curioso era el pelo, que en el lado derecho de la cabeza tenía cortado casi a ras de la oreja, y le formaba mechoncitos hirsutos como los que asoman de las orejas de las crías de jaguar.

—¿Está bien? —preguntó él.

Ella levantó una mano hacia Brunetti.

—Venga, por favor. Búsquelo.

Sin esperar respuesta, dio media vuelta y retrocedió por donde debía de haber venido. Él observó que cojeaba del pie izquierdo, el descalzo.

—*Signore* —oyó gritar a Vianello a su espalda.

Brunetti se volvió y lo vio, vestido con pantalón vaquero y un grueso jersey. Colgado del brazo traía otro jersey. Detrás venía otro hombre, con un rifle de caza en una mano: seguramente, el Massimo que Vianello había dicho que lo traería tan pronto.

—Al lado del fuerte, en el suelo, hay un hombre. Vigílelo —gritó Brunetti al hombre del rifle, hizo una seña a Vianello y se fue tras la *signorina* Elettra.

La playa estaba sembrada de desechos de todas clases, los cientos de cosas que cada tormenta saca del fondo de la laguna y que quedan esparcidas, pudriéndose a la intemperie, hasta que la marea o la tormenta siguiente las devuelve al vertedero submarino. Trozos de salvavidas, infinidad de botellas de plástico, algunas, con el tapón bien roscado, grandes trozos de redes de pescar, zapatos, y cubiertos de plástico para un regimiento. Cada vez que Brunetti veía un trozo de madera, la astilla de un remo o de una rama, apartaba la mirada, y buscaba las botellas y los vasos de plástico.

Cuando llegaron a su lado, ella se había arrodillado en la arena, al borde del agua. Encallado en el bajío había un barco de pesca, con el costado izquierdo hundido, en medio de una negra mancha de fuel que iba expandiéndose.

Al oírlos acercarse, ella levantó la cabeza.

—No sé qué ha pasado, pero ha desaparecido.

Vianello se acercó a ella, le puso el jersey sobre los hombros y le ofreció la mano para ayudarla a levantarse. Ella hizo como si no lo viera, movió los hombros y dejó resbalar el jersey a la arena.

Vianello se puso en cuclillas a su lado, recogió, solícito, el jersey y volvió a arroparla con él, atándole las mangas bajo la barbilla.

—Venga con nosotros —dijo, se levantó y la ayudó a ponerse de pie a su lado.

El sargento fue a decir algo, pero se contuvo al oír un ruido que llegaba de la dirección de Pellestrina. Los tres volvieron la cabeza al mismo tiempo en dirección al zumbido estridente que anunciaba la llegada de los *carabinieri*.

Elettra empezó a tiritar.

La lancha se acercaba describiendo una curva cerrada. El piloto paró el motor y dejó derivar la embarcación hasta pocos metros de la orilla. En la proa, tres agentes con chalecos antibalas apuntaban con sus metralletas a las tres personas de la playa. Cuando el hombre que estaba al timón, al reconocer a Vianello, les ordenó bajar las armas, pareció que les costaba obedecer.

—Dos de ustedes, vengan a ayudarla —gritó Brunetti, indiferente a la circunstancia de que su rango no le daba autoridad sobre aquellos hombres—. Llévenla al hospital. —Los tres agentes miraron al piloto, esperando instrucciones. Él movió la cabeza de arriba abajo. No había embarcadero, y tendrían que saltar al agua. Mientras los hombres dudaban, la *signorina* Elettra miró a Brunetti y dijo:

—No puedo irme sin él.

Antes de que Brunetti respondiera, Vianello la tomó en brazos para llevarla a la lancha. Brunetti vio que ella protestaba, pero tanto sus palabras como la respuesta de Vianello quedaron ahogadas por el chapoteo de los pies del sargento en el agua. Cuando Vianello llegó a la lancha, uno de los *carabinieri* se arrodilló junto al costado, extendió los brazos e izó a bordo a la *signorina* Elettra.

El hombre la sentó con la espalda erguida, y Brunetti vio que Vianello se inclinaba hacia la lancha y que le ceñía el jersey a los hombros. El motor volvió a roncar y la lancha se puso en movimiento. Vianello desde el agua y Brunetti desde la playa la vieron alejarse, pero la *signorina* Elettra no miró atrás.

Vianello volvió a la arena y, en silencio, los dos hombres fueron hacia donde estaban Massimo y el prisionero. Encontraron al amigo de Vianello sentado en la piedra en la que Brunetti los había esperado, con el rifle atravesado sobre las rodillas. El prisionero les gritó:

—¡Soltadme! —Era una orden. Ellos hicieron como si no le hubieran oído.

—Bonsuan está ahí abajo —dijo Brunetti señalando la puerta de la escalera que descendía. Era más difícil ver el interior ahora que la

luz de la tarde se apagaba.

—Massimo —dijo Vianello a su amigo—. Dame la linterna. —De uno de los muchos bolsillos de su cazadora, Massimo sacó una linterna negra que tendió a Vianello.

—Espere aquí —dijo Brunetti al hombre del rifle. Él y Vianello bajaron la escalera siguiendo el haz luminoso de la linterna. Mientras bajaba, Brunetti suplicaba a algo en lo que no creía que hiciera que encontraran a Bonsuan vivo; herido y aturdido, pero vivo. Hacía mucho tiempo que Brunetti había abandonado la costumbre de su infancia de tratar de hacer un pacto con quienquiera que controlara esas cosas, por lo que se limitó a suplicar sin ofrecer nada a cambio.

Pero Bonsuan ya no estaba vivo, ni volvería a estar aturdido nunca más. Su última impresión de este mundo fue aquella explosión de dolor que sintió en el pecho al volverse hacia Brunetti en la escalera, para decir en son de broma que se alegraba de conservar la cabeza, aunque le doliera y admirarse de la fuerza de la tormenta.

Vianello enfocó con la linterna la cara de su amigo, sólo un momento, y dejó caer el brazo a lo largo del cuerpo. La luz iluminó sus zapatos, el suelo sucio y el hombro izquierdo de Bonsuan, del que asomaba aquella astilla incongruente.

Al cabo de un minuto, Vianello fue hacia la escalera, evitando iluminar de nuevo la cara de Bonsuan. Arriba, vieron que el amigo de Vianello no se había movido, ni tampoco el rifle, ni el hombre atado como un cerdo.

—Por favor —suplicó el hombre, ya sin asomo de amenaza en la voz—. Por favor.

Vianello sacó una navaja del bolsillo de atrás de su pantalón vaquero, la abrió y se arrodilló al lado del hombre. Brunetti, maquinalmente, se preguntó si iría a cortarle las ligaduras o el cuello, y descubrió que le era indiferente. Se quedó observando mientras la mano que sostenía el cuchillo desaparecía de su vista, oculta por el cuerpo de Vianello. El prisionero se estremeció y enderezó las piernas.

El hombre se quedó quieto un momento, jadeando del dolor que le causaba el movimiento. Miraba a Vianello con los ojos entornados. El sargento cerró la navaja con la palma de la mano derecha y echó el brazo hacia atrás, para guardarla en el bolsillo. El prisionero eligió ese momento para atacarlo. Dobló las rodillas hacia el pecho, gimiendo al tensar los músculos y golpeó a Vianello con los pies alcanzándolo en la cadera y haciéndolo caer de lado.

El hombre volvió a doblar las rodillas, para repetir el golpe, pero antes de que completara el movimiento, Massimo se levantó y se acercó a él sosteniendo el rifle por el cañón. El hombre, al sentir la presencia que se cernía sobre él, relajó las piernas, apartándolas de Vianello que en aquel momento se levantaba.

—Está bien, está bien. Ya he parado —dijo Spadini, y sonrió. Massimo, con indiferencia, levantó el rifle y con la culata le golpeó en la nariz. Brunetti oyó cómo el hueso se partía con un crujido líquido, como de cucaracha aplastada.

Spadini, con las manos atadas a la espalda, aulló y rodó por el suelo, para escapar del hombre del rifle. Massimo frotó la culata contra una mata de hierba, de un lado y de otro, media docena de veces, hasta que le pareció que ya estaba lo bastante limpia. Sin hacer caso de los sollozos del hombre que sangraba por la destrozada nariz manchando la arena, Massimo volvió a sentarse en la piedra, al lado de la pared. Dijo a Brunetti.

—Yo salía a pescar con Bonsuan.

No volvieron a hablar hasta que de Pellestrina llegó un todoterreno de los *carabinieri*, cruzando la playa a gran velocidad, indiferente a los estragos que hacía en las dunas y entre las aves que no conseguían escapar de sus ruedas.

CAPÍTULO 27

Los *carabinieri* que bajaron del *jeep* no mostraron gran sorpresa ante lo que encontraron, y cuando Brunetti les contó lo ocurrido parecieron aún menos interesados en los hechos. Uno bajó al bunker. Cuando subió ya estaba hablando por su *telefonino*, para pedir una ambulancia.

Entre tanto, los otros dos agentes habían metido a Spadini en el *jeep*, sin molestarse en desatarle las manos, dejándolo en el asiento trasero como un fardo. Ni Brunetti ni Vianello querían dejar solo el cuerpo de Bonsuan y rechazaron el ofrecimiento de los *carabinieri* de llevarlos hasta el puesto del Lido. Uno de los agentes se sentó al lado de Spadini, los otros dos subieron delante y el *jeep* se alejó.

La mole de Vianello ya no ofrecía a Brunetti aquella promesa de consuelo animal, y el comisario se acercó a la orilla. Vianello se quedó a la izquierda de la puerta que bajaba al bunker, mirando al inmóvil Brunetti que, a su vez, contemplaba la inmóvil ciudad que, pasada la tormenta, volvía a verse a lo lejos. Los dos estaban mojados y helados, pero no parecían notarlo, hasta que Massimo volvió de la lancha con un chaquetón para Brunetti. El hombre ayudó al comisario a cambiar la americana por el chaquetón. En el suelo quedó la chaqueta de Brunetti. Al oír la sirena de la ambulancia que se acercaba desde el norte, Vianello desvió la atención hacia ella, abandonando a su superior a sus cavilaciones.

Cuando oyó la ambulancia, Brunetti volvió al fuerte. Ni él ni Vianello bajaron a ayudar a los dos sanitarios que, al poco rato, reaparecieron maniobrando con esfuerzo para sacar por la estrecha puerta su carga, cubierta por una tela azul de cuyo centro se alzaba una estrecha pirámide. Fueron a la puerta trasera de la ambulancia e

introdujeron la camilla. A continuación, subieron al vehículo Brunetti y Vianello, que desplegaron las banquetas de cada lado. Viajaron en silencio hasta el Lido, donde una lancha-ambulancia los recogió para llevarlos a Venecia.

En la *questura*, Brunetti inició el proceso de acusar formalmente a Spadini del asesinato de Bonsuan. Sabía que las pruebas que lo asociaban al asesinato de los Bottin y de la *signora* Follini no pasaban de ser circunstanciales, en el mejor de los casos. Aunque se demostrara que tenía un móvil, no se habían encontrado pruebas que lo relacionaran directamente con aquellos crímenes. No le faltarían coartadas, todas, de pescadores que jurarían que Spadini estaba con ellos cuando fueron asesinados los dos hombres y cuando se ahogó la *signora* Follini.

Brunetti pidió a los empleados del depósito que no tocaran la estaca que había matado a Bonsuan, y dispuso que un técnico tomara las huellas dactilares, antes de que fuera extraída del cadáver. No era probable que, para ese asesinato, Spadini pudiera fabricar una coartada.

Brunetti pensó en la esposa y en las tres hijas de Bonsuan, que se habían quedado sin marido y sin padre. Los hombres andan matándose unos a otros, muchas veces, en defensa de ese aderezo de relumbrón que ellos llaman su honor, y las mujeres tienen que pagar las consecuencias. Entonces pensó en otra mujer, la *signorina* Elettra, y se preguntó cuánto dolor le costaría esto. Ahuyentando esos pensamientos y, casi inconsciente de la idea del honor, fue a hablar con la viuda de Bonsuan.

Después, en casa, contó a Paola lo sucedido, hasta donde le fue posible.

—No hacía más que repetir que le faltaban menos de dos años para jubilarse, que lo único que deseaba era ir de pesca y disfrutar de los nietos.

A Brunetti le parecía que las palabras de la mujer se le habían pegado a la piel como la túnica de fuego que mató a la hija de Creonte. Por más que se agitaba y revolvía para desprenderse de ellas, seguían quemándolo.

Brunetti y Paola hablaban sentados en la terraza. Los chicos estaban recluidos como ermitaños en sus respectivas habitaciones, preparando los exámenes de fin de curso. Hacía mucho rato que en el oeste se había extinguido el crepúsculo, dejando tras de sí sólo sonidos y el recuerdo de formas y líneas.

—¿Qué hará ella ahora?

—¿Quién? ¿Anna? —preguntó él, pensando todavía en la viuda de Bonsuan.

—No. Anna tiene a su familia. Elettra.

Sorprendido por la pregunta, él contestó:

—No sé. No lo había pensado.

—¿Él ha muerto?

—Lo están buscando —fue todo lo que Brunetti pudo responder.

—¿Quiénes?

—La Guardia di Finanza ha enviado dos barcos, y nosotros, una lancha.

—¿Crees que lo encontrarán? —preguntó Paola, que conocía esa clase de respuestas.

—Lo dudo. Y más, después de una tormenta como ésa.

Paola, sin nada que decir a esto, preguntó entonces:

—¿Y qué le pasará al tío?

Brunetti había estado pensando en eso durante las últimas horas.

—Dudo que en Pellestrina encontremos a alguien que admita saber algo de los asesinatos. No hablarán, ni aun tratándose de un individuo como Spadini.

—Ay, Dios, y decimos que es la gente del sur la que vive paralizada por la *omertà* —exclamó Paola. En vista de que Brunetti no respondía a eso, preguntó—: ¿Y por Bonsuan?

—Ahí no podrá librarse. Le caerán veinte años —dijo Brunetti, pensando en lo poco que eso parecía importar ahora.

Estuvieron un rato sin hablar.

Al fin, pensando otra vez en la vida, Paola preguntó:

—¿Elettra lo superará?

—No lo sé —se evadió Brunetti y, sorprendiéndose a sí mismo, agregó—: En realidad, no la conozco lo suficiente.

Paola se quedó pensativa un rato y al fin dijo:

—Nunca llegamos a conocerlos.

—¿A quién?

—A los demás. A las personas reales.

—¿Qué quieres decir con «personas reales»?

—Lo contrario de los personajes de novela —explicó Paola—. Son los únicos a los que conocemos de verdad. —Le dejó tiempo para pensarlo y prosiguió—: Quizá porque son los únicos sobre los que se nos da información fiable. —Lo miró un momento y añadió, como dirigiéndose a la clase, para comprobar si la seguían—: Los narradores nunca mienten.

—¿Y yo, te conozco yo a ti? —preguntó él casi con acritud, irritado por la aparente incongruencia de la conversación o por las circunstancias en las que ella había decidido empezarla—. ¿Te conozco realmente?

—Tanto como yo a ti —sonrió ella.

—Esa respuesta no me gusta —repuso él rápidamente.

—Eso no tiene importancia, cariño. —Callaron. Al cabo de un rato, poniéndole la mano en el brazo—: Ella lo superará, si sabe que puede confiar en el amor de sus amigos.

A Brunetti no se le ocurrió hacer objeciones al uso de la palabra «amor».

—Lo tiene.

—Ya lo sé —dijo Paola, y entró a ver qué hacían los chicos.



DONNA LEON nació en New Jersey el 28 de septiembre de 1942. En 1965 estudió en Perugia y Siena. Continuó en el extranjero y trabajó como guía turística en Roma, como redactora de textos publicitarios en Londres y como profesora en distintas escuelas norteamericanas en Europa y en Asia (Irán, China y Arabia Saudita). Protagonizadas por el comisario Brunetti, ha publicado las novelas *Muerte en La Fenice* (1992) que obtuvo el prestigioso Premio Suntory a la mejor novela de intriga, *Muerte en un país extraño* (1993), *Vestido para la muerte* (1994), *Muerte y juicio* (1995), *Acqua alta* (1996), *Mientras dormían* (1997), *Nobleza obliga* (1998), *El peor remedio* (1999) y *Amigos en las altas esferas* (2000). Sus libros están traducidos a veintitrés idiomas, incluido el chino. Desde 1981 reside en Venecia.